MIGUEL DEL REY Y CARLOS CANALES

DESPLEGABLES

BERNARDO DE GÁLVEZ

DE LA APACHERÍA A LA ÉPICA INTERVENCIÓN EN LA INDEPENDENCIA DE LOS EE UU



La figura de Bernardo de Gálvez sirve muy bien para analizar el trato que suelen recibir en España sus hombres más ilustres. Se ha pasado de ignorar todos los aspectos de su vida a convertirlo en un héroe del Olimpo, capaz de los trabajos de Hércules. La memoria colectiva tiende a recordarlo en esas circunstancias de modo extremo, sin grandes matices.

No debe ser así. Gálvez adquiere su justa talla cuando se estudia su vida con absoluta objetividad y eso es lo que se hace en esta ocasión: desde sus inicios en Nueva España, hasta su regreso al virreinato —donde fallecería a los 40 años—, sin olvidar su paso por Norteamérica y el apoyo incondicional que, desde su puesto de Gobernador de la Luisiana, dio a la independencia de los Estados Unidos.

Muchos de los sucesos que aparecen en este libro no gustarán a sus seguidores más porfiados. Es más, pensarán que no son ciertos o son fruto de una trasnochada y velada crítica a esa España imperial que intentaba a duras penas resurgir de sus cenizas. No es cierto. Tras la lectura de sus hazañas debemos situar a Bernardo de Gálvez y a su familia en el lugar correcto, y dejar claro lo que fue: un notable militar y político que dedicó su vida a defender los intereses de su patria, España —a la que sirvió siempre de la mejor forma posible—, pero sin poder separar sus actos de su época y de su tiempo. Nada más y nada menos.

epublibre

Carlos Canales & Miguel del Rey Vicente

Bernardo de Gálvez

De la apachería a la épica intervención en la independencia de los Estados Unidos

ePub r1.1
Titivillus 16.11.2019
EDICIÓN DIGITAL

Carlos Canales & Miguel del Rey Vicente, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Edición digital: ePubLibre, 2019
Conversión: FS, 2020



Índice de contenido

Bernardo de Gálvez
Intermedio
Introducción
1.ª PARTE. Asuntos de familia
1.1 Tiempos revueltos
1.1.1 Juegos preliminares
1.1.2 Abriendo camino
1.2 La Apachería
1.3 El rompecabezas de la frontera
1.3.1 De visitadores y otras pesquisas
1.3.2 La campaña de Cerro Prieto
1.3.3 Informes y más informes
1.4 El momento y lugar adecuados
1.4.1 Empeño desmedido
1.4.2 Ideales enfrentados
1.4.3 Recoger lo sembrado
1.4.4 La academia
1.5 Aventura en Argelia
1.6 Frágil como cristal
1.6.1 Las Provincias Internas
2.ª PARTE. La hora de la venganza
2.1 Con paciencia infinita
2.1.1 Un té demasiado frío
2.2 Un lugar peculiar
2.2.1 Tiempo de espera
2.3 El momento de las decisiones
2.4 Ofensiva en el Norte

2.4.1 Mano dura. La respuesta española
2.5 La mejor defensa: el ataque
2.6 De vuelta a la Florida
2.6.1 Luchar contra los elementos
2.6.2 Intercambio de golpes en Mobila
2.7 Líneas divergentes
2.7.1 Manu militari
2.7.2 «Yo solo»
2.8 El poder del dinero
2.9 El mundo al revés
2.9.1 La costa de los mosquitos
2.10 Una isla del Caribe
2.11 Despechados
3.ª PARTE. Regreso a Nueva España
3.1 Futuro incierto
3.1.1 Los navajos
3.2 La llegada del héroe
3.2.1 El asunto de Chapultepec
3.3 La guerra continúa
3.4 Los últimos días
3.4.1 Frágil herencia
3.5 El legado
Epílogo
Cronología
Apéndice: Las naciones indias
Anexo
Bibliografía
Sobre los autores

Notas

INTERMEDIO

La Florida.

13 de marzo de 1780.

Antes de que rompiera el alba y apareciera el intenso sol que nos acompañaba desde el día de nuestra partida, nos pusimos en marcha. Había dormido poco. A pesar del cansancio me desperté muchas veces. Oía a los compañeros roncar y soñar en voz alta, pero yo no podía conciliar el sueño. Sentía demasiado apego a la vida y no sabía lo que me iba a deparar la jornada.

Prometía ser un día caluroso y, a pesar del impresionante paisaje, todos percibíamos el creciente riesgo de estar metiéndonos en la boca del lobo con cada paso que dábamos en territorio enemigo.

Los hombres habían llegado por regimientos durante la tarde anterior desde Baton Rouge, en una agotadora marcha de varios días, la última etapa desde más de treinta kilómetros tierra adentro. Algunos no habían parado para comer y, al acampar de noche junto a la orilla del río, les habían prohibido cocinar o encender fuego por la necesidad de mantener en secreto nuestra posición. Habían tenido que conformarse con fruta o carne en salazón. Estaban hambrientos y cansados, pero se mantenían dispuestos a iniciar el asalto si se consideraba necesario.

Dejamos las mochilas atrás, y la primera brigada, a las órdenes del capitán Roncero, separadas sus dos compañías de infantería ligera, avanzaron por el camino del sur que llevaba

hacia Fort Charlotte, donde esperaban para atacar las tropas provinciales de los cazadores de la Luisiana al mando del teniente coronel Estaban Miró. Muchos de mis camaradas, los fusileros del sargento Villagonzalo, ya habían luchado contra los ingleses, y comentaron que era poco probable que recibieran cualquier tipo de ayuda mientras sus compañeros siguieran combatiendo al noroeste.

Subimos una cuestecilla larga y poco pronunciada a través de unos cañamares durante cerca de dos horas. Cuando alcanzamos la cima del montículo, vimos que el camino continuaba ante nosotros por una planicie y luego volvía a ascender entre la vegetación de forma abrupta. Al final, en lo alto de otra elevación, se divisaban a media distancia los tejados y hastiales de un pequeño pueblo.

A la derecha, al fondo de los campos, había una granja de tamaño mediano a la que se accedía por una estrecha senda que partía del camino principal. Más allá, una alquería mayor. Y una casa rodeada de plantas y árboles altos y frondosos. Luego, más lejos y a la izquierda, otras dos casas que sin duda también eran granjas. En total, cinco edificaciones que parecían habitadas. Eso era, más o menos, cuanto había de aquel lado.

Nosotros llegamos sin problemas a una amplia explanada, pero la infantería ligera no tuvo tanta suerte. Terminaron en un pantano y, tras varios kilómetros con agua y fango hasta las rodillas, tuvieron todavía que cruzar un pequeño arroyo antes de poder alcanzar el camino principal. La vegetación estaba infestada de insectos que no tardaron en darse un festín con la sangre fresca y, cuando aparecieron, daba lástima verlos, empapados, cubiertos de enrojecidas picaduras de mosquitos que todavía ardían en su piel y con las pantorrillas

plagadas de sanguijuelas que tuvimos que ayudarles a arrancar cuidadosamente.

A las diez de la mañana todas nuestras unidades habían atravesado el bosque. Poco después se tocó llamada y los batallones al completo empuñaron las armas. «¡Por aquí, por aquí!» —Nos decían—, mientras a toda prisa nos hacían ocupar posiciones entre otros regimientos. Llegaban Gálvez y su estado mayor.

Lo vimos sobre una inquieta yegua zaina, un poco más adelantado que los demás. Llamaba a sus oficiales para que reunieran a los elementos dispersos del 1.º batallón del Príncipe, a los voluntarios leales y a los criollos. Lejos, junto a los árboles, sentados en pequeños grupos, los indios seguían ajenos a todos nuestros movimientos, cómo habían hecho desde el momento de su llegada. Solo volvían a la actividad a la hora del ataque. Entonces, por propia seguridad, era preferible mantenerse lo más alejado posible de ellos. No éramos unos santos, pero al menos todavía manteníamos unas normas. Ellos también, solo que muy diferentes de las nuestras.

Lo mismo que los británicos. Todos sabíamos las historias de los incendios de La Habana, el saqueo y las violaciones. Matías, un mulato del batallón fijo reclutado en la ciudad, contaba en cuanto tenía oportunidad, a todo el que quisiera escucharle, como había visto durante la retirada a una mujer huir con su hijo pequeño de la mano. La perseguían tres robustos granaderos y no logró escapar. Abusaron de ella delante del niño y luego los mataron a los dos. Nosotros —remataba siempre Matías— los enterramos juntos en la misma tumba, sin poder contener las lágrimas. Verdad o no, nadie lo sabía. Lo cierto es que, quién más y quién menos, tenía sus cuentas que ajustar con los de enfrente.

Avanzamos despacio mientras delante, a la izquierda del estado mayor general, el fuego de los cañones estallaba contra las paredes del fuerte británico, una robusta masa oscura entre las casas de ladrillo y adobe, que ocupaba una posición algo más elevada que el resto de las construcciones. Amartillé el fusil y lo coloqué tal y como me habían enseñado, listo para disparar.

—¡Preparados! Resonó como un trueno la voz de nuestro sargento en el lateral de la primera fila. Yo estaba en la segunda, detrás de Sánchez Verdejo, un manchego de Albatana, seco y sereno. Imagínense lo abiertos que iba a mantener los ojos.

Miré los rostros familiares de alrededor y advertí en sus semblantes miedo y nerviosismo, posiblemente el mismo que reflejaría el mío. A pesar de ello, todos alzaban la cabeza con curiosidad, para ver lo que pasaba al otro lado.

Cuando dé la señal, abran fuego. Luego calen las bayonetas y corran como posesos hasta la cima de la colina. ¡Granaderos!

Si los granaderos se demoraban demasiado lo pasaríamos mal, pero Villagonzalo era un curtido veterano y aguantaría hasta el final. Seguía callado. Pasó entre las filas enderezando un poco el arma de uno de los nuevos reclutas y le oí musitarle palabras de ánimo.

—¡El arma firme!, ¡Firme!, repetía incansable.

Entonces llegó el momento. Las órdenes se asemejaron a una letanía que nos alcanzó de forma implacable. El se volvió y gritó sucesivamente:

—¡Granaderos! ¡Fuego! ¡A correr!

Toda la columna ya estaba en marcha. Soldados, tambores y oficiales, empujándose y atropellándose, como un huracán.

Nadie miraba atrás, el que caía estaba perdido, pasaban sobre él o lo aplastaban.

Apenas habíamos andado lo que a mí me parecieron pocos metros cuando se hoyó una voz que rugió de forma terrible:

—¡Los ingleses!

Hicieron fuego de fusilería cuando varios de los nuestros trepaban ya por las escalas y los rechazaban con las bayonetas. Una, dos o tres docenas de disparos pasaron con un soplo aterrador. Alcanzaron a dos soldados de nuestro pelotón, que cayeron como si los segaran.

—¡Cerrad las filas! Gritó un teniente al que no conocíamos, sin volverse siquiera.

—¡Cerrad las filas! Repitió Villagonzalo tranquilamente. La operación se realizó tan rápidamente que no me dio tiempo ni a reflexionar.

Nos tocó el turno en el muro. Aún me parece que los veo esperarnos, con la faz enrojecida por el esfuerzo, furiosos por el ataque. ¡No hay cuartel! decían mis compañeros. Como si hubiera tiempo de pensar en otra cosa que no fuera arremeter una y otra vez, o parar culatazos.

Apunté hacia la aglomeración escarlata y disparé, pero llegaron enseguida hasta donde estábamos y nos forzaron a retroceder. En ese momento, varias manos cogieron el cañón de mi fusil, pero conseguí arrebatárselo y luego pateé y golpeé furiosamente con él a los hombres que trataban de agarrarlo. Después hundí con saña la bayoneta repetidamente en la masa humana que me empujaba, aunque dudo que surtiera algún efecto.

Sin embargo, un rostro que se me quedó perfectamente grabado fue el de un inglés que surgió de repente tras una esquina y se abalanzó sobre mí con rabia inusitada. Un tipo bajito y carigordo, de estrecha frente llena de surcos y

desmesuradamente ancho de hombros, que supongo me insultaba en su idioma. Lo tenía tan cerca que me salpicaba su saliva.

Apretó los dientes con los ojos desmesuradamente abiertos cuando intentó lanzarme un golpe en el que arrojaba todo su peso. Por pura necesidad le metí con todas mis fuerzas el acero en el estómago, esperando que no se partiera. Lo recibió entero, mientras aullaba de dolor igual que hacen los cerdos de mi pueblo.

No resultó ser tan buena idea como parecía en un principio. Me faltaba experiencia y luego fue realmente difícil volver a sacarlo otra vez. Se sujetó las tripas con ambas manos para que no se le salieran y, sorprendentemente puso tanto vigor aunque tenía la boca llena de sangre, que tuve que emplearme a fondo para conseguir desembarazarme de él.

Aquel momento de ansiedad y miedo duró un cuarto de hora largo. Yo ya era incapaz de percibir ningún sonido. En mi cabeza solo resonaba una y otra vez: «¡Procura conservar la vida!, ¡Procura conservar la vida! ¡Procura conservar la vida!»

De repente, mis sentidos volvieron a funcionar. Se oían maldiciones en inglés, francés y español. Las voces de mando de nuestro sargento y las de los oficiales británicos, que ordenaban ir a buscar paja para prenderle fuego y lanzárnosla. Por fortuna no lo habían hecho antes, nos hubieran abrasado; ahora les sería imposible abandonar el parapeto. Puestos en hilera, rodilla en tierra y codo con codo, disparábamos cada vez que un hueco nos dejaba oportunidad. Y no se perdía un tiro.

Las voces y los golpes nos acompañaron durante un buen rato, aunque cada vez más lejos. Nuestra columna rebasó las defensas y bajamos sin mirar a los compañeros heridos,

algunos de los cuales nos pedían con gritos desgarradores que los sacáramos de allí. A unos los conocíamos, a otros no, pero así son los hombres: el miedo a morir los vuelve bárbaros.

***

Gálvez agitó contrariado la cabeza y se volvió hacia el teniente De Castro, que actuaba como su ayudante:

—Vaya hasta el lugar donde esté el teniente coronel Miró, si es que puede llegar, y dígale que no inicie otro ataque hasta que yo le dé la orden expresa. Que se retire a una distancia prudencial, no sé, 50 o 60 metros, y mantenga desde allí un fuego constante sobre sus posiciones. Basta con mantener a esos ingleses dentro de los límites de las murallas, sin que salgan al pueblo. Que haga avanzar a los pelotones sucesivamente, que disparen y que retrocedan fuera de su alcance. Así, de continuo. Bajo un fuego constante los mantendrá controlados y no tendremos bajas. De ninguna manera debe asaltar otra posición, que se limite a mantener entretenido al enemigo. No tardarán en rendirse. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente, señor.

INTRODUCCIÓN

España es una tierra de extremos en la que todo se intenta que sea blanco o negro. Lo mismo ocurre a la hora de enfocar las biografías de sus hombres más ilustres y la figura de Bernardo de Gálvez no es una excepción a la regla. Hemos pasado de ignorar todos los aspectos de su vida, a convertirlo en un héroe del Olimpo, capaz de los trabajos de Hércules.

Veamos un ejemplo: Todas las biografías insisten en que Bernardo de Gálvez ingresó muy joven como cadete en la Academia Militar, para iniciar su carrera al servicio de las armas del rey. Suponemos que para intentar demostrar una conciencia de clase entre oficiales que a nosotros se nos escapa. Bien, es imposible, como explicaremos más adelante. Baste saber, de momento, que el centro al que se refieren todos esos autores aún no existía.

Las cosas no deberían ser así. Gálvez adquiere su justa talla cuando se estudia su vida con absoluta objetividad y eso es lo que se hace en este libro. Desde sus inicios en Nueva España, hasta su regreso al virreinato —donde fallecería a los 40 años —, sin olvidar su paso por Norteamérica y el apoyo incondicional que desde su puesto de Gobernador de la Luisiana dio, únicamente en beneficio de su patria, a la independencia de los Estados Unidos. Una proeza de la que España, mucho más timorata que nuestro protagonista, no tardó en arrepentirse: aquellos nuevos amigos colisionaron enseguida con los mismos que los habían ayudado.

Muchos de los sucesos que aparecen en este libro no gustarán a sus más recalcitrantes seguidores. Es más, pensarán que no son ciertos o fruto de una trasnochada y velada crítica a esa España imperial que intentaba a duras penas resurgir de sus cenizas. No es cierto, la historia ni puede ni debería cambiarse. Le pese a quién le pese.

La entrada española en la conocidísima guerra que enfrentaba al gobierno de Londres con sus colonias, que se ve siempre como un sometimiento a los intereses franceses o un afán de revancha y resarcimiento de los daños padecidos a manos de Inglaterra apenas unos años antes, podría también interpretarse a la inversa: España se encontró ante una ocasión inmejorable para ganar una posición hegemónica en Norteamérica. Solo tenía que recuperar Florida, unirla a la Luisiana y a las ya sólidas posiciones californianas y texanas, para controlar la práctica totalidad del continente y relegar a los británicos al Canadá. Eso volvería a asegurar la circulación comercial a través del Atlántico y reafirmaría y estabilizaría la posición de España en toda América.

Si lo enfocamos así, la política norteamericana del reinado de Carlos III, que habría de interpretar magistralmente Bernardo de Gálvez, pero no tanto los ministros del rey, no sería defensiva —y ahí está su auténtico mérito, por lo que verdaderamente debería haber pasado a la historia nuestro protagonista, no porque colgaran un retrato suyo en el Congreso de los Estados Unidos—; perseguiría esa materialización de la necesaria hegemonía continental americana. Así debe interpretarse la cabezonería con que defendía el paralelo 35, y no el 31, como frontera septentrional de Florida, un límite que, tras su fallecimiento, España acabaría por ceder en octubre de 1795.

Y es que eso, como ya hemos dicho, no lo veían igual los importantes asesores de la corte, bien porque fueran mucho más cautelosos, bien porque buscaran sus propios intereses. Ya se lo dijo en una carta fechada en París el 13 de enero de 1778 el primer representante español antes las Trece Colonias, el conde de Aranda, a su íntimo enemigo político Floridablanca: «frente a las hipotéticas ventajas que pudieran deducirse de la contienda, más práctico para la seguridad y prosperidad de la monarquía sería expulsar a los británicos de América central, Gibraltar y Menorca».

Es verdad que lo escribió en plena guerra, cuando los rebeldes solo podían permitirse para su delegación una pequeña habitación de hotel de la capital francesa y todo era aún imprevisible, pero ese sería luego también su propósito. Y lo que es peor, el de Carlos III, que continuaba con esa penosa costumbre de la monarquía española de dejar todas las decisiones a sus validos, agravada por otra muy borbónica: olvidarse de América para centrarse en Europa. Lo había hecho su padre, lo hizo él y acabó de rematarlo su hijo. De su nieto, es preferible olvidarse.

Los acontecimientos posteriores demostraron que todos, salvo Gálvez, estaban equivocados. Que los Estados Unidos —de origen anglosajón al fin y al cabo— no eran un aliado, sino un peligroso enemigo; que la visión estratégica de España debía haber tenido miras más altas y haber sido ofensiva y no defensiva, y que debía haberse extendido, sin complejos, desde Mahón hasta el Estrecho de Magallanes, pasando por Pensacola.

Aunque los estadounidenses no tuvieran nada que agradecerle, se hubieran olvidado de él y no colgaran el dichoso cuadro.

Madrid, abril 2015

1.ª PARTE

Asuntos de familia



José de Gálvez. Autor anónimo. Salón de Presidentes del Palacio Municipal de Guaymas de Zaragoza. México.

Quien manda en este mundo
José, el primero,
Matías, el segundo,
Y Bernardo, el tercero.
Fiscal…virrey,
Virrey…ministro,
Ministro…rey.
El Padre, aquí,
El Hijo, en La Habana,
Y El Espíritu, en España.
Anónimo. Ciudad de México, 1784.

1.1 Tiempos revueltos

El pequeño y despierto monaguillo de 12 años que ayudaba a celebrar las misas de la diminuta iglesia local de Macharaviaya, uno de esos muchos pueblos andaluces pintados de blanco de la comarca de la Axarquía, no tardó en llamar poderosamente la atención del eminente obispo de Málaga, Diego González del Toro y Villalobos, durante una visita episcopal que realizó en 1732 a aquella comunidad cristiana para celebrar el sacramento de la confirmación con un grupo de niños de la localidad.

Pertenecía a una antigua familia de orígenes vizcaínos[1] —cordobeses según algunos autores—, que había recibido un lote de tierras en la región por su participación en la conquista de Granada. Eran de probada hidalguía desde hacía casi ya tres siglos, pues no habían ejercido «oficio vil, baxo ni mecánico, se habían mantenido con sus propias haciendas y eran cristianos viejos, sin mezcla de razas», pero su situación ya no era la de antes. Vivían como hidalgos, sí, pero con pocos recursos económicos.

José, el muchacho que había despertado tanta admiración, era el segundo de cuatro hermanos —Matías, nacido en 1717; él, en 1720; Miguel[2], en 1725 y Antonio, en 1728—, y no iba a heredar gran cosa, por lo que su madre, Ana Gallardo, que había perdido a su marido, Antonio de Gálvez, poco después del nacimiento de su hijo pequeño, estuvo encantada de que el prelado se mostrara tan interesado y le facilitara una beca para ingresar en el seminario de San Sebastián, en Málaga, donde podría iniciar estudios eclesiásticos.

Lo malo fue que no logró aguantar allí demasiado tiempo, aunque no por eso se vio desfavorecido. Cuando decidió que prefería recibir formación jurídica, le protegió fray Gaspar de Molina y Oviedo, que había ocupado en el obispado el puesto de González del Toro, y se preocupó de que asistiera a clases. Al menos eso es lo que se cuenta, pues no existe expediente alguno de su paso por ninguna de las universidades españolas de la época. Dejémoslo ahí y demos por bueno, como el resto de sus biógrafos, que estudió en Salamanca o Alcalá de Henares, tras una breve estancia en Granada. En cualquier caso, el que Gaspar de Molina, su nuevo mentor, hubiera sido nombrado en 1734 presidente del Consejo de Castilla, quizá el cargo más importante de la monarquía de Felipe V, marcaría también su futuro y le abriría de par en par las puertas de la administración borbónica.

Instalado en Madrid en 1744, José no tardó en iniciar una meteórica carrera. Trabajó como abogado del ayuntamiento de Málaga ante la corte, donde defendió diversos pleitos; contrajo matrimonio con María Magdalena Grimaldo y fue nombrado letrado de los Reales Consejos. Su esposa falleció repentinamente el 13 de junio de 1749. Un año después, el 21 de agosto de 1750, viudo y sin descendencia, volvió a casarse con Luisa Lucía Romet y Richelin, dama española de padres franceses que formaba parte de la cámara de la reina, lo que facilitó su entrada en los círculos galos de la corte de Fernando VI.

El cardenal Gaspar de Molina y Oviedo. Nacido en Mérida en 1679, ocupó desde 1734 hasta su repentino fallecimiento en agosto de 1744, la presidencia del Consejo de Castilla y la de la Comisaría de Cruzada, dedicada a administrar los fondos obtenidos por la bula de cruzada y utilizarlos para la guerra contra los infieles. Obra de Alonso Miguel de Tovar realizada en la primera mitad del siglo XVIII. Ayuntamiento de Sevilla.



Allí tuvo oportunidad de colaborar con varios embajadores y diplomáticos y darse a conocer en ambientes más internacionales. No tardó en establecer contacto con el secretario de la embajada francesa, que acabaría presentándole a Emmanuel de Durfort, duque de Duras, embajador del rey Luis XV de Francia ante la corte española. De ahí el posterior nombramiento de Gálvez como asesor jurídico de la legación gala en Madrid, tarea que desempeñó con brillantez desde 1752. Duras estaba más interesado en el teatro que en la política y apenas estuvo tres años en España, pero Gálvez también consiguió mantener buenas relaciones con sus sucesores: el abad de Frischmann —que actuaba como comodín de la política exterior francesa y nunca llegó a poner un pie en España—, y Henri Bouchard d'Esparbez, marqués de Aubeterre. Militar de carrera, buen vividor, que

en cuanto tuvo ocasión —y eso fue poco más o menos después de un año—, abandonó la Península a la carrera.

Sus méritos profesionales serían también muy apreciados por el marqués de Ossun, que se ocuparía de la embajada a partir de 1759, solo que este tenía algo más a su favor: era amigo personal de Carlos, el hermano del rey, desde los tiempos en que solo era infante de España.



Pierre Paul, marqués de Ossun. De antiguo linaje aristocrático, la primera parte de su vida adulta la pasó en el ejército real francés. En 1751 ingresó en el cuerpo diplomático para convertirse en el embajador en el Reino de Nápoles y las Dos Sicilias y, ocho años después, fue enviado a Madrid como representante oficial de Luis XV en la corte española. En 1778, tras su regreso a Francia, Luis XVI le nombró ministro en el Consejo de Estado. Obra de César Van Loo realizada en 1780. Galería Nacional de Arte, Washington.

La temprana muerte de su segunda mujer en 1753, con quién tampoco tuvo hijos[3], le reportó a Gálvez, además de esos importantes contactos, una gran fortuna, lo que consolidó su posición. Había comprado en 1751 el cargo de gobernador de Zamboanga, en Mindanao, en las islas Filipinas, por 1 500 pesos, pero ahora estaba muy lejos de sus intenciones apartarse tanto de los círculos de poder y, mucho menos en un lugar tan remoto, por lo que nunca llegó a desempeñar el puesto[4].

En 1757 —imaginamos que por las buenas relaciones de José—, todos los hermanos Gálvez estaban bien instalados: Matías, viudo de Josefa Madrid, casado en segundas nupcias con Ana de Zayas —su prima tercera en doble grado de consanguinidad—, seguía la carrera de las armas y tenía un solo hijo, Bernardo, pues José, el menor de su primer matrimonio, había fallecido el otoño anterior con apenas 8 años, y los tres nacidos del segundo habían muerto también a corta edad; Miguel había estudiado leyes, estaba soltero y se abría paso en los sectores burocráticos y diplomáticos de la corte[5] y Antonio, casado con Mariana Ramírez de Velasco con la que no tenía hijos había adoptado una niña, María Rosa posiblemente su hija natural—, seguía, como su hermano mayor, la profesión militar[6].

Pero ese año, la guerra —que mucho más tarde se denominaría de los Siete Años—, regresó a los campos de Europa. La comenzaron Francia e Inglaterra por el dominio de las rutas comerciales y los territorios de América del Norte, y no tardó en extenderse por todo el mundo conocido.

Desde el primer momento Fernando VI decidió mantenerse neutral, y el resto de los países no se opusieron. El antiguo todopoderoso imperio español había pasado a ser considerado en el concierto de las naciones como de segundo orden, pero tratar con él siempre estaba rodeado de precauciones tácticas y diplomáticas consecuencia de su anterior hegemonía. Buena prueba de ello fue que apenas un año después de iniciadas las operaciones, en diciembre de 1758, Francia, que había perdido ya Quebec y buena parte de sus posesiones de Canadá y la India, intentó inclinar a España hacia su bando. Aduciendo relaciones familiares, y consciente de que la armada y la flota comercial española habían tenido un desarrollo extraordinario, solicitó del rey una escuadra de

20 navíos para ayudar en la defensa de aquellos territorios, algo a lo que el monarca se negó rotundamente.

Desafortunadamente, el rey, que llevaba desde la muerte de su esposa —Bárbara de Braganza—, ocurrida en agosto de ese año, en el límite de una prematura locura, falleció a los 46 años el 10 de agosto de 1759. No dejaba descendencia, por lo que el trono le correspondía a su hermano Carlos, soberano de Nápoles. Con él, que tenía ya una gran experiencia de gobierno, llegaría una nueva forma más agresiva de enfocar la política exterior española.

1.1.1 Juegos preliminares

Entre el 17 de octubre de 1759, día de la llegada a Barcelona de Carlos III, recogido en Nápoles por la Real Armada para ocupar el trono, y la firma con Francia del Tercer Pacto de Familia, toda la política exterior del rey y su gobierno estuvo enfocada a conseguir una alianza permanente que permitiera a España renacer como potencia en América y el Atlántico.

De momento, la posición de España parecía inmejorable para poder intentar poner algunas condiciones a sus posibles aliados, y así lo entendieron también sus ministros. Al borrador francés que presentó el 3 de marzo de 1761 Etienne François de Choiseul, secretario de estado de guerra y marina, en el que ofrecía un tratado comercial, contestó días después su homólogo, Ricardo Wall, con la exigencia de que ese acuerdo marítimo para la defensa de América que solicitaban, incluyera un compromiso firme para asegurar, en caso de entrar en guerra, la devolución de Menorca. La isla, que había sido ocupada por los ingleses en 1708 y arrebatada a España

en el Tratado de Utrecht, estaba desde 1756 en manos francesas.

Ambos sabían que era un complicado juego diplomático, y que Francia solo buscaba apoyos para conseguir una posición fuerte en las negociaciones de paz con Gran Bretaña, pero había posibilidades de llevarlo adelante. No contaron con un elemento que precipitó todas las decisiones posteriores: la muerte del ya perturbado Jorge II de Inglaterra, con el que hubiese sido relativamente sencillo llegar a un acuerdo mientras los siguiesen manejando sus ministros. Con su hijo ya no iba a serlo tanto. Jorge III, el nuevo rey, tenía unas ideas muy claras sobre el poder y su ejercicio y, cuando llegó el momento, se negó rotundamente a firmar la paz con Francia.

España ya no podía echarse atrás. El 15 de agosto se firmó el Pacto de Familia que había ofrecido Wall, en realidad, dos tratados distintos. El primero era «de amistad y unión», basado en el principio de que quien ataca a una corona atacaba a la otra. Se extendía a los estados de los reyes Borbones de Francia, España, Nápoles y Parma, y declaraba enemigo común a la potencia que estuviese en guerra con Francia o con España. Establecía las fuerzas de mar y tierra que cada uno de los dos signatarios había de proporcionar al otro cuando lo reclamase, y daba consideración de súbditos de ambas coronas a los españoles y franceses, de manera que no hubiese ley de extranjería entre ellos.

El segundo, considerado «de alianza ofensiva y defensiva», era una convención secreta que estipulaba la unión de todas las fuerzas de las dos coronas y el acuerdo conjunto para las operaciones militares y para la paz. También estipulaba que Francia entregaría Menorca a España y, a cambio, París obtendría los derechos sobre las islas Dominica, San Vicente,

Santa Lucía y Tobago. Además, acordaba que debía obligarse al rey de Portugal a cerrar sus puertos al comercio inglés.



Retrato de Carlos VII de Nápoles y Sicilia, realizado en 1740 por Giuseppe Bonito. Casado desde 1738 con María Amalia de Sajonia, que le dio trece hijos, aunque solo siete llegaron a la edad adulta —entre ellos su futuro heredero—, ocupó el trono de España como Carlos III en 1759. Real Academia de Jurisprudencia, Madrid.

Su consecuencia inmediata, suponía la entrada en la guerra. El 2 de enero de 1762, la declaró Inglaterra y, el día 16, España contestó de forma análoga. Dos meses después, el 16 de marzo, Carlos III y Luis XV solicitaron a José I, rey de Portugal, su unión a la alianza. Se negó en redondo. Aunque mantuviera unos vínculos muy estrechos con España por estar casado con Mariana Victoria de Borbón, hija de Felipe V e Isabel de Farnesio, y ser el hermano de Bárbara de Braganza, no estaba dispuesto a perder su preciada amistad con Inglaterra y, mucho menos, a arriesgarse a ataques en América o Asia que le hicieran perder territorios.

Guillermo de Schamburgo-Lippe. Nacido en Londres en 1724, pero príncipe heredero de un pequeño estado del Sacro Imperio Romano Germánico, dirigió el ejército portugués a partir de 1762 y lo organizó para enfrentarse a una guerra con España. Dado el poco valor militar de las tropas con que contaba, su estrategia se limitó solo a defenderse en algunas posiciones. Fue muy efectiva: España, a pesar de

su superioridad, no logró ninguno de sus objetivos. Obra de Johann Georg Ziesenis, el joven, realizada en 1770. Palacio Bückeburg, Baja Sajonia.



La campaña contra Portugal, por proximidad la que suponía menos complicaciones, comenzó de inmediato. En abril, Carlos III llamó a la corte al teniente general Nicolás de Carvajal y Lancaster, marqués de Sarriá, para que se hiciera cargo del mando de las tropas y, en mayo, se situaron tres ejércitos en la frontera: uno en Galicia, otro en Extremadura y el tercero, como ejército de operaciones a las órdenes del conde de Maceda, en Castilla. Este último tenía como bases el fuerte de la Concepción, en Aldea del Obispo, y Ciudad Rodrigo y su objetivo era tomar Almeida. Aunque la ciudad cayó, el desembarco de un cuerpo expedicionario británico[7] hizo que dos días más tarde las unidades angloportuguesas obtuvieran algunas pequeñas victorias y lograran detener el avance español, que tan solo consiguió tomar Villavella antes de que Sarriá dejara su puesto al impetuoso conde de Aranda —por entonces tenía 40 años— y se firmara la paz entre los dos gobiernos.

Para lo único que le sirvió a España la guerra con Portugal fue para recuperar los territorios de la colonia de Sacramento, en el Uruguay actual. Para ello, el gobernador de Buenos Aires, el general Pedro de Ceballos, organizó una columna que la ocupó sin mucha resistencia el 30 de octubre. En el puerto le esperaba una sorpresa que inmediatamente envió a Buenos Aires: 27 buques ingleses cargados de pertrechos, que se preparaban para que una expedición angloportuguesa se apoderarse del territorio del Río de la Plata.

En general, este primer y desastroso asalto contra sus vecinos no tuvo mayor importancia, salvo que sirvió como bautismo de fuego de nuestro protagonista, Bernardo de Gálvez. Tenía 16 años y Matías, su padre, lo había enviado a Madrid desde Tenerife, —donde residía ahora la familia, que se había trasladado a Realejo de Abajo para administrar la hacienda de la Gorvorina, propiedad de los marqueses de Acialcázar—, para que con la mediación de su tío José hiciera carrera en el ejército. No tuvo ningún problema, se le permitió sentar plaza por tres años como segundo teniente voluntario en el regimiento de cazadores de infantería francesa *Royal Cantabres*. Con él intervino en alguno de los escasos combates formando parte del cuerpo auxiliar enviado por Luis XV, a las órdenes del por entonces teniente general Charles Juste de Beauvau[8].

La guerra llevó un camino mucho peor en el resto de teatros de operaciones. El 6 de enero, aunque España no había contestado todavía a la declaración de guerra inglesa, el Consejo de Ministros británico dirigido por el Conde de Bute, decidió ordenar el asalto de La Habana y, al mismo tiempo, aprobó también el plan del coronel William Draper del 79.º de infantería, de guarnición en Madrás, India, que contemplaba apoderarse de Manila, la que sin duda era la ciudad comercial más importante de Asia.

El rey autorizó el ambicioso plan de Draper el 21 de enero y nombró para acompañarle al contraalmirante Samuel Cornish, que trasladaría a los hombres necesarios en una escuadra perteneciente a la Compañía de las Indias Orientales. Eso permitiría a la empresa extender su influencia en el codiciado archipiélago.

Las dos operaciones les salieron bien a los británicos y, de pronto, se encontraron con que podían controlar el Pacífico y buena parte del Caribe, algo que España no podía permitir[9].

Desde mediados de 1762 comenzó a hablarse de negociaciones de paz. Francia, visiblemente derrotada, las buscaba abiertamente; España, que había sumado pérdidas considerables en unos pocos meses, no terminaba de estar convencida, e Inglaterra se dividía en dos corrientes: la popular, que exigía continuar la guerra, y la de Jorge III y su gobierno, a quienes el costoso conflicto les mutilaba a toda velocidad las finanzas, y se inclinaban por detener las hostilidades. Finalmente, como no podía ser de otra forma, fue el rey quien decidió. El 3 de noviembre se firmaron los preliminares del armisticio.

Los términos del tratado definitivo, corroborado en París el 10 de febrero de 1763 serían los desencadenantes de los siguientes conflictos. Hasta William Pitt[10], el futuro primer ministro de Gran Bretaña, lo reconoció, y profetizó que volvería la guerra. Para la magnificente Francia, heredera de los triunfos de Luis XIV, era un duro golpe a su orgullo. Aunque se le permitía conservar cinco plazas en la India, la isla de Gorée y las de Saint Pierre y Miquelon frente a Canadá, se le devolvía Guadalupe y Martinica en el Caribe, y se reconocían sus derechos de pesca en Terranova, cedía a Inglaterra todo el resto de Canadá, la isla de Cap Bretón, la

mayor parte de sus posesiones en la India, el Senegal y Menorca.

Pero para España era un desastre. A cambio de que Gran Bretaña le restituyera todo el territorio ocupado de la isla de Cuba, incluyendo La Habana, y Manila, debía de dejar todas las resoluciones sobre las presas marítimas pendientes de guerras anteriores a juicio de los tribunales del almirantazgo británico; permitir a los ingleses seguir cortando palo en Honduras si demolían todas las fortificaciones de sus factorías; renunciar a todas sus pretensiones de pescar en Terranova; devolver a Portugal Almeida y Sacramento, y ceder La Florida —con el fuerte de San Agustín y la bahía de Pensacola— y todas sus posesiones al este y sureste del río Misisipi.

A pesar de que ese mismo año Francia compensara a España por sus pérdidas con el inmenso y despoblado territorio de la Luisiana, el abandono de La Florida suponía un perjuicio incalculable. Se le daban a Inglaterra unos puestos en el golfo de México, de enorme importancia estratégica, que constituían una amenaza para la seguridad del Virreinato de Nueva España, para el comercio, y para el transporte de caudales por sus aguas. A partir de ese momento, recuperarla se volvía imprescindible.

1.1.2 Abriendo camino

En 1762, cuando los asuntos bélicos estaban en pleno apogeo y las cosas ya pintaban mal para España, José de Gálvez consiguió que le designaran abogado de cámara de Carlos, príncipe de Asturias. Más tarde pasaría a colaborar con el ministro Jerónimo Grimaldi, quien lo nombró

secretario particular, cargo que compatibilizó con el de fiscal general de la Regalía de Aposento. Todo eso permitió al joven abogado relacionarse con importantes casas de la nobleza que apuntalarían su vertiginoso ascenso, complementado en 1764 con el nombramiento de Alcalde de Casa y Corte, un influyente puesto que incluía administrar justicia en la ciudad que albergara todo el aparato cortesano y monárquico.



Uniforme del regimiento ligero Royal Cantabres, *la primera unidad a la que se incorporó Bernardo de Gálvez. Se creó el 15 de diciembre de 1745. Desde el 25 de septiembre de 1760 hasta su disolución, el 25 de noviembre de 1762, lo formaban un batallón con una compañía de granaderos y ocho de fusileros. En total, 27 oficiales y 685 soldados*. Obra de Philibert-Benoist de La Rue. Biblioteca Nacional de Francia.

Al mismo tiempo, nada más terminar la guerra y dadas las gravísimas pérdidas territoriales, aumentadas por las turbadoras noticias sobre un posible ataque británico que llegaban del Norte de México, España intensificó sus esfuerzos para proteger los territorios de ultramar y organizarlos de manera más eficiente. La intención era realizar profundos cambios militares y administrativos para consolidar el poder de la Corona, crear un solo cuerpo de «leyes comunes españolas», remodelar el ejército y

reestructurar tribunales y audiencias, por lo que no tardó en tocarle el turno a Nueva España de que se iniciaran allí las reformas anunciadas.



Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache. Nacido en Messina y muy vinculado al monarca desde su etapa de rey de Nápoles, fue el verdadero hombre fuerte del gobierno español desde 1759 hasta su caída en desgracia en 1766. Obra de Giuseppe Bonito. Museo del Prado, Madrid.

Hubo que elegir a alguien bien relacionado e imbuido de las nuevas ideas iluministas de la Ilustración para llevarlas a cabo, y allí estaba José de Gálvez, que ya se había interesado anteriormente por los problemas americanos, como demuestra el memorial que envió a Carlos III con el título *Discurso y reflexiones de un vasallo sobre la decadencia de nuestras Indias Españolas*, fechado alrededor de 1760. Se dividía en tres partes de dudosa originalidad dedicadas a «La decadencia de nuestro comercio en la América y algunos medios de restablecerlo»; «La constitución interior y actual de nuestras Indias en lo económico y civil» y «Labor y beneficio de sus minas», pero era bastante más de lo que otros podían aportar.

El malagueño, que no era el único candidato, de hecho era el tercero —el primero, Francisco Carrasco, futuro marqués

de la Corona, declinó el nombramiento con el pretexto de tener que atender asuntos domésticos, y el segundo, Francisco Anselmo Armona, falleció en alta mar cuando ya iba camino de Veracruz—, se vio favorecido por la suerte. En realidad, aunque tuviera escasa experiencia gubernativa, le abrieron las puertas para el cargo a partes iguales su buena fortuna y sus magníficas relaciones con Manuel de Roda, secretario de Gracia y Justicia; Pedro Rodríguez de Campomanes, secretario de Hacienda, y el influyente José Moñino y Redondo, futuro conde de Floridablanca. Todos, como él, habían llegado alto sin fortuna personal previa.

Su nombramiento e instrucciones le llegaron de la mano del Ministro de Marina e Indias, fray Julián de Arriaga, pero este solo se había limitado a ejecutar las órdenes transmitidas por Campomanes y el marqués de Esquilache, auténticos artífices de la reorganización del imperio.

El 26 de abril de 1765, José se embarcó en Cádiz rumbo a Nueva España con la amplia e importante misión de realizar una «visita general» por el territorio. Desembarcó en Veracruz, apenas un mes después. Acababa de cumplir 45 años y lo acompañaba su reputación de hábil trabajador y buen conocedor de la administración borbónica. Además, Carlos III lo había nombrado miembro honorario del Consejo de Indias, lo que aumentaba su poder.

Llevaba con él varias instrucciones en las que se detallaban los principales objetivos de su cometido: desde reformas hacendísticas, elaboración de nuevos reglamentos o enmiendas de errores, hasta la destitución de funcionarios corruptos. El rey lo apoyaba y le ordenaba ser contundente en sus actuaciones, pero le exigía mantener siempre buenas relaciones con el virrey, Joaquín de Montserrat, marqués de Cruillas.

Es fácil de imaginar que la presencia de Gálvez no le cayó demasiado bien a Montserrat. Producía una superposición de atribuciones entre él, el comandante general Juan de Villalba, inspector general de todas las tropas veteranas y de milicia, de infantería y caballería —enviado también desde la Península el año anterior para reformar el sistema defensivo de Nueva España— y el visitador, que desembocó en enfrentamientos personales, malos entendidos y quejas de la Audiencia y los ayuntamientos, siempre preocupados por quién se quedaba la mayor parte de recursos de la Real Hacienda. Pero era lo que había. De momento estaban condenados a entenderse.

1.2 La Apachería

Las potencias europeas no eran el único quebradero de cabeza para Nueva España. Desde mucho antes de que asumieran el poder Carlos III y su grupo de ministros extranjeros, los apaches, originarios de Canadá, pero que habían abandonado aquel territorio hacía ya cinco siglos, se agolpaban al Norte del río Bravo, a lo largo de los límites septentrionales de la frontera novohispana, en una ancha franja que iba desde la Luisiana hasta la actual Arizona, en los Estados Unidos.

Divididos en amenazantes grupos que actuaban de forma independiente y, a veces, chocaban entre sí, las tribus más numerosas eran las de los chiricahuas, mescaleros y lipanes, aunque había otros clanes menores —como los mimbreños, gileños, coyoteros o faraones—, igual de activos. En realidad, todos menos los jicarillas, que, normalmente, eran los únicos que no se mostraban hostiles con los españoles.

La primera vez que se tiene constancia de la utilización del término «apache», fue el 9 de septiembre de 1598, por parte del explorador Juan de Oñate, en el pueblo de San Juan —hoy Rio Arriba County, en Nuevo México—. Se lo había oído a los zuñi, parte de los indios pueblo, que estaban aposentados al oeste de la región. Los llamaban *apachu*, que significa «enemigo» mientras ellos se denominaban *ndeh* que quiere decir «la gente», «hombre» o «el pueblo». Pero fue en realidad el franciscano fray Alonso de Benavides, custodio de las provincias y conversiones de Nuevo México, quien en 1630, a petición de fray Juan de Santander, comisario general, escribió sobre ellos un informe para enviárselo al rey Felipe IV:

> Las tribus apaches rodean Nuevo México —decía Benavides—. Se extienden por el poniente desde El Paso del río Norte hasta la Mar del Sur; por el Norte, a las tierras de sus correrías no se las ha hallado fin y por el oriente, hasta lo vagamente designado como provincias de la Florida. No es exagerado decir que la sola nación apache tiene más gente que todas las naciones juntas de Nueva España.

Por extensión, los españoles pronto llamaron Apachería a todo ese territorio que ocupaban sus muchas familias, que nunca estuvieron unidas bajo una misma organización social, sino que formaban grupos relacionados entre sí por lazos matrimoniales o por meras razones de subsistencia. Varias familias podían formar una banda y varias bandas, una tribu. Los españoles denominaban a las diferentes bandas o tribus por el lugar en el que vivían, por las actividades a que se dedicaban e incluso, en algún caso, por el nombre de su líder. Cada una de las bandas tenía el suyo, que ejercía como jefe en

caso de guerra, aunque también podía desempeñar ese papel un destacado guerrero. Debido al carácter individualista de los miembros de su pueblo los jefes ejercían realmente una escasa autoridad excepto en la guerra y en las incursiones para conseguir botín.

Su economía se basaba principalmente en la caza y en la recolección, aunque algunos de más al Oeste, como los montaña blanca, de Arizona, también cultivaban maíz. El producto de sus incursiones formaba parte importante de su subsistencia y los asentamientos españoles, igual que los de los indios pueblo, no tardaron en sufrir las consecuencias de sus acciones. Tampoco tardaron en darse cuenta de que atacar a los blancos era un negocio mucho más rentable que hacerlo a otros indios. Además, cobrar rescate por prisioneros o secuestrados, también constituía una fuente de sus bienes y con los blancos eso era mucho más sencillo.



El trueno que cruza las llanuras. *Obra del prolífico artista neoyorkino Frank McCarthy —autor entre otros de los carteles de las películas* Los Diez Mandamientos *o* La Gran Evasión—, *que enlaza de forma mística al indio, su caballo y el cielo amenazante.*

Los apaches no criaban ganado, por lo que los caballos, mulas, vacas y ovejas que necesitaban se los robaban a sus vecinos sedentarios. Cuando un apache no necesitaba más su caballo porque estaba agotado, enfermo o, simplemente, lo perseguían y se había internado en una zona rocosa de montaña, lo mataba, se lo comía y conseguía otro en cuanto tenía ocasión.

Tampoco vivían en poblados ni casas, sino en tiendas y rancherías[11], que cambiaban con frecuencia de un lugar a otro según el rumbo que tomara la caza, imprescindible para su sustento. Los chiricahuas y mescaleros, por ejemplo, que vivían en las montañas, utilizaban como vivienda el *wickiup*. Se trataba de una choza circular de aproximadamente 2 metros de altura y 1,5 de diámetro construida sobre un armazón de sauces clavados en el suelo, doblados hacia el centro y atados en forma de cúpula cuya entrada solía orientarse hacia la salida del sol. Se completaba con palos horizontales fijados a las varas principales y el conjunto se cubría con hierba o pieles de animales. Eran necesarias dos horas largas para construir un buen *wickiup*, un trabajo que igual que el de fabricar cestas o utensilios del hogar, realizaban las mujeres.

Los apaches realizaban todas sus actividades de caza con arco —tcéc éhl'khiän—, *flechas* —k'há— *y lanza* —tchá tche she—, *una habilidad que los padres enseñaban a sus hijos. Los mejores fabricantes de esas armas, siempre hombres, alcanzaban un alto estatus entre los miembros de su pueblo. Durante el combate las flechas se impregnaban con sangre coagulada o sustancias de plantas venenosas con el fin de imbuirles un significado ritual y asegurarse de que causaran el máximo daño al enemigo. El arco, flechas y aljaba de la imagen está cosido con tendones de búfalo y decorado con bandas circulares de pintura roja. El arco mide 1,20 metros y está fabricado con madera y tendón. Las flechas, con una longitud media de 58 centímetros, tienen punta metálica y van decoradas con pigmento rojo y azul.*

Aunque utilizaran también armas de fuego de los europeos, los apaches iban armados generalmente con arcos que fabricaban con la madera de la morera silvestre, y que algunos

grupos reforzaban con tendón. Las mejores aljabas, con una capacidad para unas 40 flechas, se confeccionaban con piel de puma dejando intacta la cola del animal como adorno. También usaban pieles de lince, ciervo, caballo o vaca. Los chiricahuas incluso tenían una funda para guardar el arco cuando no lo necesitaban.



Las tribus occidentales solían emplear para hacer sus flechas cañas que encontraban en las orillas de los ríos, sobre todo en el Gila, aunque también utilizaban el sauce y otros tipos de madera. Las primeras flechas tenían la punta de piedra, por lo general, de obsidiana, con muescas a los lados para penetrar profundamente en la dura piel de ciervos y búfalos. Al tener contacto con los españoles, consiguieron también metal para las puntas. Para dar estabilidad a las flechas les ataban con tendón de ciervo tres plumas de pavo salvaje o de halcón de cola roja, en el otro extremo.

Las lanzas las hacían con el tallo seco del cactus —el sotol, que hoy da nombre a una bebida de Chihuahua, Durango y Coahuila similar al tequila—. Medían entre 1'35 y 2'5 metros de largo y, al principio, llevaban una punta hecha de hoja de yuca. Igual que con las flechas, al llegar los españoles consiguieron bayonetas y sables para sustituirlas. Solían pintar la vara de rojo y azul para luego adornarla con dos plumas de águila que se ataban en el extremo de la punta.

Utilizaban la lanza en el combate cuerpo a cuerpo, nunca la arrojaban como si fuera una jabalina.

No hay ninguna confirmación de que utilizaran escudos antes de la llegada de los españoles. Lo que sí puede asegurarse es que al ver que los conquistadores portaban la rodela, la copiaron como arma defensiva. Solo la confeccionaban con piel de vaca o caballo, lo que refuerza esa teoría, pues fue el ganado que introdujeron los españoles. Se utilizaba la parte de la piel de la media espalda del animal. Después de mojarla, se extendía entre clavijas de madera a una distancia de 8 o 10 cm del suelo. En medio se colocaba un peso que la hacía curvarse y le daba forma cuando se secaba. Una vez totalmente seca se quitaba de las clavijas, se recortaba el centro en forma de cuadro y luego se rebajaban las esquinas hasta formar un escudo redondo. Algunos apaches utilizaban solo una piel, pero los montaña blanca, por ejemplo, empleaban dos para darle más grosor, que pegaban una sobre otra. En ambos casos se fijaba detrás un lazo de piel endurecida para que sirviera de asa.

Para adornarlo, la parte exterior se pintaba con figuras rituales de serpientes, osos y otros animales. En el borde de la parte superior se ataban plumas de águila y a veces tiras de franela roja. Los mescaleros, por ejemplo, pintaban a veces sus escudos con la imagen del sol en el centro rodeado por la madre tierra y el cielo y, en los bordes, al Nordeste, Sudeste, Noroeste y Sudoeste, las montañas sagradas y el tocado que llevaban los espíritus que moraban en ellas.

También empleaban una maza para el combate cuerpo a cuerpo, cuyo mango era un palo que se introducía dentro del rabo de un caballo que se dejaba secar. La zona de impacto de la maza constaba de un trozo circular de piel de vaca, cosida

con una piedra redonda dentro, y adornada con el pelo de la cola del animal.

Los apaches diferenciaban las partidas de guerra y las incursiones en busca de botín. En el primer caso, se trataba de ataques para vengar alguna afrenta o muerte. A menudo, un familiar del difunto pedía voluntarios y, aunque podía ir cualquier guerrero, lo lógico era que participasen en ella todos sus parientes más próximos. También podía hacer un llamamiento el jefe de guerra, y practicar el *chaman* los rituales necesarios para asegurar el éxito de la empresa, antes de la salida de los guerreros. Muchas veces él mismo los acompañaba con un escudo de guerra que portaba su magia protectora.

Cuando se trataba de una incursión en busca de botín, la partida no tenía un número fijo de guerreros. Podían ir desde dos, hasta los que considerasen necesarios, aunque lo normal era de ocho o diez. También solicitaban la intervención del *chaman* para que les protegiera con su poder. Antes de partir calzaban a sus caballos con una especie de bota de piel para protegerles de las piedras y la vegetación del desierto; hacían cuerdas con piel de ciervo para atar los caballos que capturasen al enemigo y, para alimentarse, llenaban sus bolsas de piel con maíz molido, bayas, una especie de tarta hecha de higo chumbo y mescal seco que se mezclaba con agua cuando se iba a comer.

Antes de la llegada de los españoles, la mayoría de los apaches se hacían ropas con pieles de ciervo o antílope que las mujeres preparaban y curtían solas, o con la ayuda de los hombres cuando se trataba de piezas grandes y pesadas, como el búfalo o el alce. Normalmente, solo los jicarillas, algunos mescaleros, lipanes y kiowa, empleaban la piel del búfalo. Los hombres generalmente vestían solo un taparrabos y, a veces,

una camisa; las mujeres, —según un preocupado Benavides —, vestían honestamente, cubiertas con falda y blusa de gamuza. Cuando empezaron a mezclarse con los europeos, adoptaron parte de su vestimenta, aunque lo que más les costó siempre fue acostumbrarse a su calzado. Los chiricahuas y apaches del oeste usaban una bota, ligeramente curvada en la punta que les llegaba hasta debajo de la rodilla, llamada *n'deh b'ken.*

Desafortunadamente para Nueva España su dominio de los caballos, junto a su considerable rapidez, conocimiento de la región y adaptación al medio, los había convertido en enemigos sumamente peligrosos, cuyas constantes incursiones con la intención de conseguir botín diverso, afectaban a los pueblos de toda la zona fronteriza y causaban terror entre los viajeros y arrieros.

Hasta entonces tenían consolidadas tres grandes rutas en sus agresiones: la del Noroeste, desde Janos y Casas Grandes, hasta Papigochic; la del Norte, que atravesaba El Paso y Encinillas y llegaba hasta la ciudad de Chihuahua y la oriental, que partía del Bolsón de Mapimí —un amplio espacio de terreno agreste y despoblado entre las provincias de Cohauila y Nueva Vizcaya—, hacia los ríos Florido y Conchos y afectaba particularmente al valle de San Bartolomé y al territorio entre Guajoquilla y Julimes; pero el problema se había agravado tras la cesión de la Luisiana. De repente las autoridades se habían encontrado con la vecindad, e incluso la presencia ocasional en su territorio, de varias tribus de las praderas, como los osages, sioux, kiowas, y tonkawas que, en continuo movimiento, protagonizaron algunos asaltos, tráfico de armas y alcohol, y acabaron por atacar las factorías de San Luis, Arkansas o Natchitoches.

Ni que decir tiene que las incursiones indias, que en casos como el de los seris parecían tener incluso la posibilidad de internarse cada vez más en Sonora, la región limitada al Norte por el río Gila y al Noroeste por el Colorado, habían desquiciado el comercio, la minería y las actividades agropecuarias de toda la comarca. Máxime cuando habían arrasado varios asentamientos indígenas y españoles próximos a la frontera que se mantenía con los «salvajes». Además, los ataques contra asentamientos aislados suponía que los colonos se replegasen hacia el centro y sur de la circunscripción, donde estaban más protegidos, y esto a su vez suponía abrirles a los apaches mayores espacios que les permitían llevar sus incursiones con mayor profundidad.



Guerrero kiowa. El proceso de aplicar las pinturas de guerra suponía una fuerte preparación mental para la batalla. Los símbolos se utilizaban para intimidar al enemigo y canalizar la energía del usuario con representaciones del poder espiritual, la fuerza, la dominación o la protección. La mano representaba el combate cuerpo a cuerpo y ayudaba al guerrero a creerse invencible. Los kiowa se mencionan por primera vez en los registros europeos bajo el nombre de gattacka por el explorador francés René Robert Cavelier, señor de La Salle, en 1681 o 1682. Por entonces participaban en un lucrativo comercio de caballos españoles en el puesto fronterizo de Peoria Lake, en el país de Illinois.

En realidad, los apaches, relativamente sedentarios, que originariamente se encontraban asentados al Norte de los límites de Nueva España, en aquellas ignotas tierras sin fin de

las que hablaba Benavides, no habían comenzado a ser realmente un problema preocupante para la monarquía española hasta finales del siglo XVII o principio del XVIII, cuando se vieron ya muy hostigados por la llegada de otras tribus, en especial los comanches —la nación más poderosa de Las Llanuras—, originarios del Oeste de las Montañas Rocosas, y los yutas, con una cultura nómada directamente relacionada con la guerra.



El regreso de los guerreros. *En el siglo XVIII, el imperio de la nación comanche se extendía por más de la mitad del estado actual de Texas, y grandes partes de Oklahoma, Nuevo México, Kansas y Colorado.* Obra de Russell Charles Marion realizada en 1906. Colección particular.

Desbordados por la presión de estos pueblos, cuyo avance solo resistió una de las ramas de la Apachería, los kiowa, que lograron mantenerse en sus territorios —hoy el estado de Kansas—, varias naciones apaches fueron aplastadas por los comanches en un único combate, la batalla del río de Hierro, —el río Wichita—; en aquel encuentro causaron tal

mortandad entre los guerreros apaches, que tres de sus familias —pelones, natagés y jumanes—, tuvieron que unirse a partir de entonces para poder juntar el número de guerreros mínimo que les permitiera sobrevivir. Esa fusión sería el origen de los lipanes, una de las ramas apaches que mayores problemas causaron a los españoles.

Literalmente empujados por comanches y yutas, los apaches tuvieron que desplazarse cada vez más al Sur, hasta que acabaron por entrar en la zona de influencia del virreinato de Nueva España. Una vez en Nuevo México, aún se trasladaron más hacia el interior cuando los comanches, ayudados por sus aliados pawnees y vidais, pusieron en práctica contra ellos una política de bloqueo que les cerró las rutas comerciales hacia Luisiana. Para los apaches fue una auténtica catástrofe, puesto que a través de ella, de manos de los comerciantes franceses, obtenían las armas de fuego, la pólvora y la munición que les eran indispensables para cazar y hacer la guerra.

Esto demuestra la visión superficial y errónea que se tiene normalmente sobre la relativa simplicidad de las estructuras y las políticas de las naciones indias. Las más poderosas, como era el caso de los comanches, eran capaces de imponer políticas y estrategias comerciales que, en su entorno, eran perfectamente equivalentes a las que pudiera desarrollar una nación occidental. El bloqueo de las rutas hacia el Este que sufrieron los apaches es una muestra no solo del alcance de la esfera de influencia comanche, sino de su capacidad como conjunto de pueblos y clanes con una identidad común —eso es una nación al fin y al cabo— de implantar políticas complejas, coordinadas e integradas en planes estratégicos a medio y largo plazo.

La crisis que llevaba tiempo en gestación, estalló a mediados del siglo XVIII. El 18 de agosto de 1749, en parte por el acoso que sufrían por los comanches y en parte por las buenas gestiones del padre Benito Fernández de Santa Ana, cuatro jefes lipanes firmaron con los españoles el tratado de Álamo Plaza que permitía a la tribu asentarse en las tierras cercanas al presidio de la Bahía, para comerciar y realizar intercambios. No por ello el resto de las tribus cesaron los ataques y las incursiones los años siguientes, pero como consecuencia de ese acuerdo, el 17 de abril de 1757 el franciscano Alonso Giraldo de Terreros fundó junto al río San Saba, en Texas, en territorio de los lipanes, 6 kilómetros al este de un presidio recién terminado que se denominó San Luis de las Amarillas, la misión de Santa Cruz de San Saba —hoy 5 kilómetros al este de la actual Menard, en medio del campo de golf municipal—.

Era el segundo intento de convertirlos, aunque esta vez el lugar no estaba elegido al azar. En 1752 se había descubierto en las proximidades una mina de plata con el consiguiente aumento de la población y el primo de fray Alonso, Pedro Romero de Terreros, rico minero de Pachuca, pensó que era un buen lugar para construirla. Para ello donó de forma particular 150 000 pesos que sirvieran para mantener a 20 misioneros durante los tres primeros años.

Todo fue bien hasta que durante una larga campaña de incursiones coordinadas que tuvo lugar al año siguiente, una coalición norteña de cerca de 2000 guerreros de las tribus wichita, taovayas, tuacanas, comanches, texas y cadodacho, que pensaban que los lipanes los habían traicionado, cayeron sobre San Saba armados con mosquetes franceses y montados en caballos españoles.

La misión, rodeada de tierra seca y protegida por un burdo muro de piedra de doce pies, con un pequeño fuerte, una iglesia y algunos edificios anexos, no aguantó mucho. Los indios, tras matar a decenas de guerreros apaches, la asaltaron, la quemaron hasta los cimientos[12] y asesinaron a todos sus residentes.

Nada pudo hacer el capitán Diego Ortiz Parrilla desde el presidio, salvo esperar que los indios no los atacasen. Había allí unas 300 personas entre soldados, pastores, agricultores, mujeres y niños y la masacre hubiera podido ser mucho mayor.

La respuesta española no se hizo esperar. Al año siguiente tropas españolas y guerreros lipanes amigos lanzaron un ataque contra las tribus responsables de la campaña, pero la acción fue un total fracaso. Los norteños, esta vez ayudados por los poderosos comanches, se valieron de su superioridad numérica y del desconocimiento de sus enemigos con el que actuaron las tropas españolas, para terminar dando muerte a 99 de los 500 soldados que formaban la fuerza de castigo.

Lo de San Saba no fue más que el principio de una larga tragedia que estuvo a punto de arruinar gran parte de la economía ganadera y minera de las provincias de Sonora, Nueva Vizcaya y Nuevo México. Las noches en pueblos, misiones y ranchos, se hicieron largas a la espera de los aullidos ensordecedores de los indios. Los días, el momento que utilizaban para reconocer detalladamente sus objetivos, ocultos tras los matorrales y en las zonas montañosas, extremadamente peligrosos.

En 1762, todo se agravó aún más por los escasos recursos económicos y militares que destinaba el virreinato a esa parte de su frontera. Pese a la promesa hecha por las autoridades españolas de proteger con soldados a los apaches que

partieran al Norte a la caza del bisonte, una actividad estacional y fuertemente territorial, 40 cazadores apaches fueron asesinados por los «salvajes» junto al río Colorado. Los constantes fracasos españoles en protegerlos, convencieron a los lipanes de que la alianza era inútil y, gradualmente, fueron dejando las misiones y alejándose de la órbita de influencia española, para reanudar sus correrías y pillajes.

Era el momento de plantearse una nueva forma de hacer la guerra. Aunque no se produjeran batallas decisivas, el número de tropas involucrado fuese relativamente bajo y las pérdidas humanas escasas —para los parámetros de una guerra convencional entre naciones occidentales—, la violencia era constante; lo que producía en toda la región, además de un goteo incesante de muertos, robos, incursiones, saqueos y capturas de cautivos un estancamiento en el desarrollo económico y demográfico.

Porque ese era un gravísimo problema que sufría España de forma endémica en esta época, que nunca se trata lo suficiente —lo más normal es que ni se nombre—: su escasez de población. Según el primer censo que se realizó con garantías a mediados del siglo XVIII, incluido en el catastro del secretario de Hacienda Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, el reino de Castilla contenía 6 millones y medio de habitantes, a los que había que agregar otros 2 millones de los territorios no castellanos, y eso tras una sostenida recuperación de más de medio siglo. Por entonces, Francia tenía 25 millones de habitantes; Alemania, 20; los estados italianos, 15, y el conjunto de Europa 130. Así era bastante difícil cobrar impuestos o reclutar soldados.



La destrucción de la misión de San Saba, en la provincia de Texas, el 16 de marzo de 1758, durante un ataque comanche, y el martirio de los padres fray Alonso Giralda de Terreros y fray José de Santiesteban. Las incursiones reafirmaron la idea de que apaches y comanches no podían ser evangelizados, por lo que durante años se abandonó la idea de expandirse hacia el Misisipi desde Texas. Obra atribuida al pintor mexicano José de Páez realizada entre 1758 y 1765. Museo Nacional de Arte. México D.F.

Y ahí nos encontramos con otra de las olvidadas dificultades a las que se enfrentaba la monarquía de Carlos III. No había un sistema de quintas, con lo cual el ejército se surtía en gran medida de mercenarios extranjeros y levas de vagabundos. El primer sistema era caro, el segundo, proporcionaba reclutas de ínfima calidad. Se intentó implantar durante todo el siglo un servicio militar obligatorio, pero resultó imposible. Las resistencias de los pueblos fueron numantinas. Se tenía una inmensa aversión a servir en un ejército en el que se habían dictado unas nuevas ordenanzas inspiradas por el sistema prusiano, que prodigaba los castigos corporales y cualquier falta podía llegar al fusilamiento.

Hubo protestas, motines y resistencia pasiva de las autoridades encargadas de efectuar las quintas, y la consecuencia fue que el grueso del ejército siguiera dependiendo de irlandeses, suizos y alemanes, más algunos regimientos de españoles que de verdad sentían la carrera de las armas, y unas milicias con ínfimo valor combativo.



La caza del bisonte. Litografía coloreada a mano de George Catlin, realizada a partir de dibujos y notas tomados por el autor durante un viaje de ocho años que realizó a principios del siglo XIX. Nada había cambiado. La imagen de las tribus indias de las llanuras era prácticamente la misma que a mediados del siglo anterior.

Todas esas circunstancias repercutían también en los territorios de la frontera. Vale que esa fuera una vida especial, solo para gente aventurera, pero en Nueva España quedaba demasiado en manos del azar.

1.3 El rompecabezas de la frontera

El teniente general juan de villalba, hasta entonces capitán general de Andalucía, que como hemos visto ya estaba en Nueva España cuando llegó José de Gálvez, había desembarcado en Veracruz el 1 de noviembre de 1764 a la cabeza de una expedición militar formada por un variopinto conjunto de oficiales, suboficiales y tropa[13], más un regimiento de infantería regular denominado de América, creado en parte en Cádiz para completarlo con novohispanos.

El objetivo de su misión era brindar adiestramiento y disciplina con oficiales veteranos a las milicias tradicionales, de forma que sirvieran de reserva estratégica con capacidad ofensiva y defensiva en caso de emergencia. De esa forma, y con los refuerzos peninsulares, se podría iniciar un proceso de reorganización y modernización de tropas y fortificaciones, que evitaría armar a los vecinos sin instrucción militar de una localidad concreta en caso de conflicto para que, como se había hecho hasta entonces, asumieran, junto con las autoridades locales la defensa de sus pueblos o distritos aledaños.

Eso era lo que se hacía en toda España de forma habitual desde la época de la Reconquista, pero en La Habana había demostrado ser un fracaso. Además, ya era imprescindible organizar en Nueva España las bases para formar un ejército profesional. En principio, para vigilar a los franceses e ingleses, pero también para controlar la Apachería.

Solo que habilitar, armar y equipar totalmente a esas fuerzas de milicias «regladas», a las que se les ofrecía una serie de beneficios como el fuero militar[14], y privilegios reservados a los miembros del ejército regular —que podían disfrutarlos tanto oficiales como tropa mientras estuviesen en campaña—, era una tarea titánica. Titánica y cara, porque para fomentar

el alistamiento en casos como el de la frontera, todos recibirían un salario al estar siempre «sobre las armas».

Se optó solucionarlo de dos maneras, para evitar que tuviera que asumir el gasto la Corona. La primera fue que los oficiales comisionados para reclutar, también estudiaran la situación económica local, con lo cual determinaban como podía alcanzarse el monto del «donativo» que se pedía a los vecinos para el establecimiento de la unidad militar de su zona. Podía ser en dinero, cabezas de ganado o productos del campo y se sumaba a los arbitrios señalados por los cabildos para mantenerlas, que generalmente también tenían que ver con ganados, granos, vinos, lana y tabacos. Esas fueron milicias útiles. A partir de ellas, por ejemplo, surgieron también los dragones provinciales que, a caballo, tenían como principal función defender de cualquier ataque las recuas, diligencias y correos que transitaban por el Camino Real.

La segunda, fue recurrir a otros mecanismos de financiación, como el padrinazgo, por el que importantes mineros, hacendados o comerciantes se comprometieron a equiparlas totalmente. Esas fueron las peores. En muchas ciudades surgieron unidades sin ningún valor militar en las que el cuerpo de oficiales lo formaban los peninsulares y criollos más adinerados y socialmente distinguidos, aunque su experiencia se limitara a encabezar los desfiles y no se los viera con mucha intención de participar en ningún combate.

Desde el momento de su llegada, Villalba comenzó su cometido sin consultar al virrey, dado que su comisión dependía directamente del monarca, lo que supuso otro problema añadido al económico. Pero aún se complicaron más las cosas cuando el marqués de Cruillas decidió en agosto de 1765 encargarle también a Cayetano María Pignatelli Rubí y Corbera, barón de Llinàs y comendador de la Orden de

Alcántara, una inspección —la segunda que se hacía, la anterior la había llevado a cabo de 1724 a 1728 el general Pedro de Rivera y Villalón—, para reorganizar el sistema de defensas de la frontera de forma que permitiera mantener a los apaches hostiles fuera de las áreas pobladas.

Rubí partió de la capital a primeros de marzo del año siguiente, cuando ya estaban encargados de los asuntos de Nueva España el virrey, Villalba y Gálvez, e inició su gira especial el día 12, en Querétaro y Zacatecas, con los subtenientes de los ingenieros reales José de Urrutia y Miguel Constanzo, que levantaban los planos de los presidios. El 14 de abril se les unió en Durango otro ingeniero, Nicolás de la Fora, encargado también de cartografiar las zonas recorridas. Juntos se trasladaron a Sonora, y luego viajaron hacia el este, a Coahuila. Cruzaron el río Grande en julio de 1767 y continuaron hasta el presidio de San Luis de las Amarillas —San Saba—, a través de la parte superior del río Nueces, donde visitaron las misiones, en gran medida fallidas, de El Cañón.

1.3.1 De visitadores y otras pesquisas

Habíamos dejado a Gálvez recién llegado a Ciudad de México. Sus desavenencias con el virrey no le impidieron que, aliado con Villalba, acometiese con tenacidad y brío las transformaciones que tenía ordenadas en diversos ámbitos de la administración.

Destacaron sus reformas de las rentas estatales —alumbres, cordobanes, alcabalas, tributos, salinas, tercias, naipes, papel sellado, fiestas de gallos, perlas, naipes, servicio de indios o «lanzas y media annata[15]»—, pues lo que no se le puede

negar es que siempre buscó el aumento de los ingresos de la Corona.

Tres de las innovaciones más importantes que introdujo serían el estanco de tabaco, la rebaja del precio del azogue y la fundación del Real Colegio de Minería, aunque su presencia se dejó sentir en otros numerosos asuntos, desde el registro del galeón de Manila[16] y la inspección personal de la feria de Jalapa, a las reformas de aduanas, salubridad y seguridad de las ciudades, reparto de tierras o fundación de puertos, barrios y poblados.



Juan Manuel González de Cosio y de la Herrán, natural de Santander, coronel de milicias del regimiento de blancos de Tubuca. Cuando comenzaron a levantarse las milicias se suscitó gran resistencia por parte de los blancos a ser reclutados y formar en las mismas filas que las castas —el resultado de las mezclas raciales que se producían en Nueva España, clasificadas por sus orígenes étnicos—. Por ello hubo que organizar dos regimientos de infantería por separado: uno de Pardos y otro de Blancos. Obra de José Joaquín Esquivel realizada en 1781. Museo Nacional de Historia. Castillo de Chapultepec. México D.F.

A mediados de 1766, Villalba y Gálvez consiguieron gracias a las presiones sobre el monarca, el nombramiento de un nuevo virrey, el marqués Carlos Francisco de Croix, que hasta entonces ejercía el cargo de capitán general de Galicia. Llegó a Veracruz el 10 de julio y recibió la tradicional transferencia de poderes el 23 de agosto en Otumba, camino de Ciudad de

México. En su séquito, como capitán de la guardia, viajaba también su sobrino Teodoro, al que nos referiremos más adelante.



El valenciano Joaquín de Montserrat, marqués de Cruillas, virrey de Nueva España desde 1759 a 1766, con el uniforme de las Reales Guardias Españolas, junto a las que había combatido durante más de 3 décadas. Era muy difícil que un hombre de su experiencia, que ya tenía 65 años, aceptara cualquier sugerencia de José de Gálvez o Juan de Villalba. Obra de Pedro Martínez realizada en 1761. Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec. México D.F.

El buen entendimiento de Gálvez y Croix se puso de manifiesto con ocasión de las medidas que acompañaron a la expulsión de la Compañía de Jesús de Nueva España. Los jesuitas, en cumplimiento del Real Decreto publicado en la Península el 27 de febrero de 1767, fueron reunidos la madrugada del 25 de junio y enviados al puerto de Veracruz, salvo los que trabajaban en la frontera, que no acabaron de trasladarse hasta un año después. Luego, las tropas, comandadas por personas próximas al visitador, ocuparon las iglesias, haciendas y edificios de la Orden, que pasaron a engrosar un Fondo de Temporalidades. Es cierto que Croix no se lucró en ningún momento con la desamortización y que con el depósito se financiaron diversas obras y empresas

ilustradas, pero no lo es menos que también se malvendieron numerosas propiedades a comerciantes y mineros afines.

Igual que el virrey y otros muchos funcionarios borbónicos, Gálvez consideraba a la Compañía de Jesús una amenaza y un obstáculo para la realización de las reformas, por lo que no le pareció mal que se persiguiera a sus miembros, simpatizantes y doctrinas. De hecho, él mismo encabezó una expedición punitiva que recorrió varias ciudades del centro de Nueva España, cuyo vecindario, exaltado por las consecuencias económicas y sociales de otras reformas borbónicas, retenía a los padres y les impedía dirigirse al destierro.

El número de condenados por Gálvez durante la expedición fue más que notable —85 a la pena máxima y otros 854 a destierro y azotes—. Se rompía así la tradición por la que los virreyes eran propensos a negociar en los conflictos locales, algo que ya dejaba entrever el último párrafo del bando contra los jesuitas que había hecho público Croix el día 25: «Pues de una vez para lo venidero deben saber los súbditos del gran monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar y obedecer y no para discurrir, ni opinar en los altos asuntos del gobierno».

Infatigable, después del asunto de los jesuitas, Gálvez centró su atención en la vasta frontera Norte. Lo primero que le ofreció a Arriaga «para cumplir con las órdenes del rey de reducir a los enemigos en la provincia de Sonora», fue trasladarse allí con el objetivo de establecer poblaciones.

Al ministro no le gustó nada la idea del viaje a Sonora y, el 20 de julio, ordenó al virrey que esa decisión se tomara en junta. Sin embargo, Gálvez se las apañó bien para allanar el camino y la junta decidió permitirle llevar adelante una expedición cuyos objetivos serían, por este orden: «Primero:

reducir por conquista a los enemigos; segundo: formar poblaciones en las fronteras para asegurarlas y trabajar los ricos minerales, creídos abandonados por las correrías de ellos y, tercero y último, hacer útiles aquellos países con una nueva forma de gobierno y reglamentos». Obtenida la autorización, Croix recibió de inmediato su plan de operaciones.

Algunos de los puntos que plasmó se referían a la forma de establecer aposentamientos seguros que se sostuvieran con recursos generados en la misma frontera, bajo el esquema de colonización que se utilizaba en esos momentos en los desiertos de Andalucía o en la Sierra Morena peninsular, donde acababan de firmarse concesiones de tierras con grandes beneficios fiscales para 6000 colonos alemanes y flamencos[17]. Ese sistema tenía por objeto generar menos gastos a la Real Hacienda, luego los colonos debían ser al mismo tiempo milicianos y estar armados. Así, las actividades militares garantizarían que las nuevas colonias no se despoblaran con los ataques de los indios y, en teoría, conforme la sociedad civil-miliciana avanzara, se podrían ir disminuyendo el número de soldados regulares y presidios, lo que reduciría la enorme carga fiscal que suponían para la debilitada economía española.

El ahorro no era su único objetivo. Tenía también muy clara la imagen «de sociedad ideal» que quería establecer. A la larga, pretendía poder reemplazar las misiones para acabar con la colonización monástica e impulsar la civil: Los pobladores, tanto españoles como indios, se convertirían en pequeños propietarios a los que se les adjudicarían tierras comunales y particulares; los presidios se trasladarían a los pueblos en la medida de lo posible, o se harían refundaciones interdependientes y el resultado, totalmente secularizado, sería que los colonos obtendrían al mismo tiempo protección

y un mercado para su producción agropecuaria, totalmente autosuficiente.

El proyecto, demasiado utópico, pues el visitador no conocía ni Sonora ni sus recursos humanos, se hacía eco de las propuestas de otro ilustrado, el fallecido José del Campillo y Cosío, que había sido secretario de estado de Hacienda, Marina, Guerra e Indias, con Felipe V. Él siempre había mantenido que los defectos de Nueva España se podían solucionar con programas de poblamiento y el arreglo material de los asentamientos y las comunicaciones terrestres.

En cualquier caso, esa idílica visión de un mundo mejor, aunque hubiera podido resolver el enorme problema que era de dónde obtener pobladores, no era la que más le apetecía a Arriaga, al que no le interesaba lo más mínimo nada que no fuera la obtención de beneficios económicos. Al proyecto de Gálvez, le respondió el ministro: «deme vuestra merced esas gentes con que cuenta como apoyo de sus desvaríos que yo las colocaré donde en lugar de frutos, cojan plata y oro». Sin embargo, accedió de momento a que intentara llevarlo a cabo, puesto que se suponía que no tendría ningún coste para el tesoro.

Lo que nadie se molestó en contarle a Arriaga fue que Croix, Gálvez y Villalba, que tampoco había estado inactivo, ya tenían organizado todo lo referente al tema militar. Solo tuvieron que repartir el plan de operaciones. El 2 de abril de 1768 se puso en marcha desde Ciudad de México una potente expedición de castigo contra los indios seris, pimas y sububapas que habitaban una agreste zona al sur de Hermosillo —la capital de Sonora— constituida por un núcleo de montañas con las mayores alturas de la región situadas frente a la Isla Tiburón y próximas a Guaymas, el único puerto utilizable de la zona. La mandaba el coronel de

dragones Domingo Elizondo, un navarro del valle de Baztán, probablemente del mismo lugar de su apellido[18].

Iban a combatir a los apaches y, de paso, a poblar las Californias mediante el modelo ideado por el visitador.



Carlos Francisco de Croix, de origen flamenco —había nacido en Lille en 1699—, virrey de Nueva España desde agosto de 1766 hasta septiembre de 1771. Introductor en México de la comida y la moda a la manera francesa, viste uniforme de capitán general. Croix, bajo cuyo mandato se construyó la fortaleza de San Carlos en Perote por el temor a un posible ataque británico, se ampliaron las avenidas de la capital y se quitó de la vista pública el quemadero de la Santa Inquisición de Ciudad de México, pidió y obtuvo que la cantidad que la corona destinaba a salario del virrey pasara de 40 000 a 60 000 pesos anuales. Obra de Juan Patricio Morlete Ruiz, uno de los retratistas novohispanos más importantes de la época, realizada en 1771. Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec. México D.F.

1.3.2 La campaña de Cerro Prieto

Los primeros en partir fueron el piquete del regimiento de infantería de América y la compañía de fusileros de montaña al mando del capitán Diego Peirán. Los soldados del regimiento de dragones de España, a las órdenes de Elizondo, salieron el 26; los piquetes del regimiento de dragones de México dirigidos por el capitán Miguel Gallo el 29, y la

compañía de Voluntarios de Cataluña que mandaba el capitán Agustín Callis, el 15 de octubre.

La primera división llegó a Pitic, capital de Nueva Galicia, a 965 kilómetros de México —200 leguas— el 1 de junio; la segunda, el 5; la tercera el 18, y la cuarta, el 12 de diciembre. La ciudad era el punto de reunión de todas las unidades y el lugar elegido para establecer el cuartel general.



José Gómez de Cádiz y Lima, capitán del regimiento de Dragones de España. El regimiento se formó en Veracruz el 14 de Noviembre de 1764, con 8 compañías, a partir de la tropa y oficiales que llegaron desde la Península, y se amplió al año siguiente. El 1.º y 2.º escuadrones quedaron estacionados en la capital, y el 3.º en Jalapa. Uno de sus piquetes participó en la campaña de Sonora. El calzón era azul y, en tiempo frío, utilizaba una capa de paño del mismo color guarnecida de galón blanco con corchetes de latón. Para montar a caballo en campaña disponía de un par de botines de lienzo —a partir de 1771 fueron sustituidos por otros de vaqueta negra—, con espuelas de hierro, cadenilla y sus correspondientes correajes. La gorra de cuartel, que podía utilizar en lugar del sombrero, era también azul, con frente grana, guarnecida de galón blanco. En ella estaba bordado de seda, estambre e hilo, un escudo con las armas de España.

En eso estaban las tropas cuando salió el capitán Juan Bautista de Anza —era el hijo de Juan de Anza, que años atrás también había combatido a los seris en la misma zona— con 50 soldados del presidio de Tubac, Arizona, y encontró a una partida de indios hostiles en las laderas del Cerro Cautivo. Tras una corta escaramuza, un muchacho español apresado

hacia nueve meses pudo huir para reunirse con el destacamento y los informó que pensaban emboscarlos en el conocido como Cajón de la Nopalera, en Cerro Prieto. Contó que los indios no los temían y que los despreciaban porque ya no llevaban cueras y que junto a su amo se habían reunido el 16 de agosto cerca de 1000 pimas y seris.

El 1 de septiembre se iniciaron las operaciones previas de reconocimiento. Partieron con víveres para 15 días dos destacamentos camino de las marismas, donde les habían confirmado que se encontraba el enemigo. El primero, a las órdenes de Elizondo estaba compuesto por 100 soldados de infantería, 80 dragones y 30 «cueras» del presidio de San Miguel de Horcasitas. El segundo, dirigido por el capitán Bernardo de Urrea, lo formaban 70 dragones de cuera del presidio de Buenavista. Urrea debía salir de Pitic y recorrer el cerro del Tonuco, las Pilas de Ibarburu y la Sierra del Bacuachi. Elizondo, toda la costa de las marismas. Entre los dos también empujarían a los apaches hacia Cerro Prieto, donde caerían juntos sobre ellos y los exterminarían.

No era raro que después de una marcha tan larga como la prevista los soldados no tuvieran la fuerza ni los caballos suficientes como para entrar en campaña, ni mucho menos para enfrentarse a los ataques de los apaches en su largo camino de regreso a la región fronteriza. Para evitar esas inútiles y costosas salidas solía insistirse en que las tropas que formaran las partidas las iniciaran con varios animales de refresco. En 1750, por ejemplo, el visitador Rodríguez Gallardo sugería que ese número fuera de cuatro caballos por soldado y, de ser posible, seis. De hecho fue una solución que ganó terreno paulatinamente conforme los seris y pimas extendieron sus actividades en el sur, pero que no dejaba de tener sus dificultades y, a veces, tan graves que llegaban a entorpecer el desarrollo de las campañas.

El obispo de Durango, Pedro Tamarón y Romeral, era uno de los más reacios a que se utilizara caballería y prefería el uso exclusivamente de infantería en las operaciones contra los indios. En su opinión, controlar un número tan elevado de caballos resultaba difícil y no tenían ninguna utilidad cuando había que perseguir a los indios por los escabrosos montes donde se refugiaban. Además, y no le faltaba razón, la caballería necesitaba pastos y aguadas abundantes que escaseaban en las campañas largas, mucho más en tiempo seco, lo que siempre iba en contra de cualquier intento de las tropas de realizar una marcha rápida y sostenida.

En 1762, el gobernador José Tienda de Cuervo, con mayor experiencia militar que el obispo —lo que no quiere decir que eso le hiciera estar equivocado—, se refirió a otras limitaciones igual de importantes. La primera, que las polvaredas que levantaban los caballos en los llanos y el ruido que hacían en las marismas, avisaba a los indios de la llegada de las tropas. La segunda, que cuando los soldados tenían que atacar a pie a los indios en sus refugios, debían dejar un buen número de hombres a su cuidado, lo que disminuía sus efectivos desde el primer momento.

Además, aunque ninguno de los dos lo indicara, el manejo de las grandes manadas de caballos suponía un problema añadido: convertía a los presidios en donde se ponían a resguardo en objetivo de los apaches y obligaba con frecuencia a depender del abastecimiento de animales para poder realizar las operaciones. Su suministro no había supuesto un mayor problema antes de que se intensificara la guerra con los seris, pimas y apaches —los presidios los obtenían de las misiones de Sonora— pero después, cuando muchos de ellos fueron saqueados y destruidos en los asaltos, tuvieron que solicitarlos a las haciendas y ranchos de fuera de

la provincia, por lo general a Ostimuri y Sinaloa, que estaban a más de 700 kilómetros de la frontera.

Es fácil hacerse una idea de lo que sucedía. No solo debían de enviarse al menos 15 soldados a por ellos, lo que suponía prescindir de ellos en los combates, si no que el viaje que debían de realizar los caballos desde sus lugares de origen era tan largo y penoso que llegaban a los presidios tan estropeados y débiles que para ser utilizados con un mínimo de provecho debían descansar un año entero. Evidentemente, dado el estado de guerra permanente, esto no podía hacerse y se utilizaban de manera inmediata, lo que volvía a limitar de nuevo la efectividad de la campaña. Un importante detalle, este de las distancias y los alimentos, que se le escapa al heroico cine de Hollywood en sus películas del Oeste.

A mediados de noviembre, el día 18, el grueso de las tropas de Elizondo, apoyadas por indios pimas auxiliares, ocuparon las posiciones establecidas previamente y, a la mañana siguiente, comenzaron el ataque. Parte de los seris habían huido en balsas a la isla Tiburón y otros muchos lograron escaparse tras los combates. José de Gálvez, que había llegado a Santa Bárbara, envió una carta urgente a Elizondo y al gobernador Juan de Pineda con un bando de perdón en el que daba a todos los seris un plazo de 40 días para presentarse en el Real de los Álamos, en Sonora. Evidentemente la mayoría no lo hicieron, por lo que no llegaron a conseguirse grandes beneficios.

Simultáneamente con las maniobras para acabar con la amenaza seri, se habían realizado los preparativos para la ocupación de la costa de la Alta California —tal y como deseaba el visitador—, y expulsar definitivamente a los jesuitas que continuaban en las 14 misiones que habían fundado en la región. El 1 de julio se embarcaron en el puerto

de San Blas 25 dragones de cada cuerpo y 25 fusileros de montaña, todos a las órdenes de Gaspar de Portolá, capitán de los dragones de España, que había sido nombrado gobernador de la península. No consiguieron llegar, regresaron a los tres días por la cantidad de agua que hacía el barco que los trasladaba.

Lo intentaron por segunda vez el 24 de agosto. En esta ocasión, nada más que Portolá, su alférez José de Laso, un sargento de los dragones de México, otro de fusileros, el capellán mayor Pedro Fernández y dos padres de Propaganda Fide que debían entregar las misiones a los franciscanos[19], pero en cuanto doblaron la primera de las islas Marianas, cayó sobre ellos una furiosa tempestad con vientos y corrientes tan contrarias que a los ocho días de navegación tuvieron que regresar de nuevo a San Blas.

No quedó otro remedio que desembarcar y volver a Tepice para esperar que el tiempo fuera propicio. El 19 de octubre, tal y como se esperaba, las mareas fueron favorables. Portolá embarcó de nuevo junto a sus soldados, aumentados con 10 dragones y otros tantos fusileros, y junto a 12 franciscanos se hicieron a la mar a bordo de la balandra *Sinaloa* y la goleta *Sonora*. Esta vez consiguieron llegar al puerto de Loreto, en California. Allí, Portolá ordenó regresar a sus dos buques y a los dos que servían en la península para que, junto al bergantín *San Carlos*, que se remataba en San Blas, transportaran a las tropas destinadas a la expedición de Sonora.

Adarga de los soldados de cuera. Las armas que estipulaba el reglamento de 1772 para los soldados presidiales eran una espada ancha, lanza, adarga, escopeta y pistolas. La adarga era un escudo en forma de dos círculos traslapados fabricado de piel, capaz de contener las flechas y los golpes de los indios. Era de origen árabe, muy similar a la usada por los jinetes españoles en lo siglos XV y XVI. En su lugar se podía utilizar la rodela, también de piel, pero de forma circular. Tenían el escudo de España dibujado en el centro, siempre con variantes locales. Instituto Smithsonian.



El 24 de diciembre, a pesar de que aún faltaban algunos víveres y pertrechos, Elizondo ordenó embarcar a los cuatro piquetes de dragones en el *San Carlos*. 225 hombres entre tropa y tripulación, cuando se suponía que solo podía transportar a 160. Tampoco tuvieron suerte. Tras una agitada navegación en la que llegó a romperse el palo mayor y la botavara ante las Marianas, Elizondo decidió no regresar a San Blas. Optó por desembarcar en el puerto de Mazatlán para pasar el invierno.

A mediados de mayo de 1769 el propio José de Gálvez llegó a Sonora para supervisar la situación, después de recorrer las misiones establecidas en los valles de los ríos Sinaloa, Fuerte y Yaqui. De inmediato dispuso los recursos necesarios para mejorar el astillero de San Blas y crear una base naval desde donde pudieran partir con seguridad las expediciones hacia California. La más importante, realizada simultáneamente por tierra y mar acabaría por fundar allí la misión y presidio de San Carlos de Monterrey, la primera de las nuevas fundaciones que colonizarían la región favorecidas por el carácter pacífico y acogedor de los indios de aquel territorio[20].

Gálvez tenía fama de ejercer mano dura con los indios para acabar de una vez por todas con las rebeliones. Lo demostró a principios de junio, cuando los indios del río Fuerte se amotinaron en el pueblo de Charay y se enfrentaron a la milicia para que no los trasladaran a California a trabajar en las minas de la región. Mataron a un alférez y dos soldados, lo que motivó la ira del visitador. Sentenció a 38 que habían sido apresados: 21 fueron condenados a pena de muerte, además como se trataba de un delito de lesa majestad, sus casas fueron arrasadas, el terreno sembrado con sal y sus hijos varones castigados con el deshonor. Trece fueron sentenciados a 4 años de trabajos forzados[21] en el arsenal de San Blas que se había proyectado, 200 azotes y el corte de cabello, y 4 recibieron 100 azotes y se les cortó el cabello. Entre estos se encontraba una mujer, que fue castigada con la misma severidad que los hombres. Así era difícil que las bandas de las montañas no aumentaran su número de forma constante.

1.3.3 Informes y más informes

Tras su primera inspección y recorrido por la región, incluidas San Luis, Potosí, Guanajuato y Valladolid de Michoacán, José de Gálvez y el virrey Croix habían elaborado en noviembre de 1767 el informe definitivo de un proyecto en el que le proponían al rey la creación de una nueva instancia gubernamental con el rango de capitanía general que tuviera sobre esos inmensos territorios facultades fiscales, militares, administrativas y religiosas y los reuniera bajo un único mando: la Comandancia General de las Provincias Internas. Una idea incluida en el plan general de reformas político administrativas que presentó Gálvez para la defensa y

modernización del gobierno de las posesiones americanas que permitiera hacer efectivo el dominio español sobre una región, que parecían acechar franceses, ingleses e incluso rusos.

Daba como principal razón para erigirla, la conveniencia, e incluso necesidad, de establecer cuanto antes en los confines de las posesiones españolas un jefe superior y autorizado capaz de tomar decisiones por sí mismo. No podemos olvidar que uno de los mayores problemas a los que se enfrentaban los hombres del siglo XVIII eran las comunicaciones y la desincronización que se producía entre hechos y respuestas por el tiempo que tardaban las noticias y las órdenes en viajar desde el lugar donde se producían los acontecimientos hasta los centros de decisión; un viaje que debía ser, además, de ida y vuelta.

La sugerencia, aunque fue aceptada de inmediato por el virrey y la Audiencia y se valoró de forma muy positiva por los ministros, no contó con la aprobación final del monarca, influenciado sin duda por Arriaga, al que el visitador le tenía ya un poco harto. Aun tardaría nueve años más en ser llevada a la práctica de forma oficial —aunque sí lo hiciera oficiosamente—, como veremos, el tiempo necesario para que Gálvez subiera un nuevo escalón de su carrera.

También Rubí regresó en enero de 1768 y, además de los interesantes mapas que habían levantado, presentó a Villalba, su superior directo, un informe en el que se enumeraban un total de 23 presidios para los que apenas se disponía de 1200 hombres de guarnición. Le expuso con todo lujo de detalles que mantener a los rebeldes controlados podría lograrse mediante la construcción de puestos en los puntos más defendibles de la frontera, a lo largo de una línea más o menos recta, que se extendiera desde el Mar de Cortés, en el

Golfo de México, hasta el interior. Serviría para repeler las incursiones indias hostiles y, al mismo tiempo, protegerse contra la posible invasión de las fuerzas de otra potencia europea.

Sobre los problemas en Texas y Nuevo México, donde el gobernador de esta última provincia, Pedro Fermín de Mendinueta, tenía que combatir vigorosamente a los comanches desde finales de 1767, propuso formar con ellos una fuerte alianza que se enfrentara unida a los diversos grupos apaches que asolaban el sureste de Nuevo México, lo que permitiría no tener que dividir las escasas fuerzas. Ese tratado llegaría a firmarse en Taos en febrero de 1771 y prohibía a los españoles entrar en territorio comanche si estos dejaban de atacar el valle del río Grande, así como fomentar el comercio de los indios en la feria anual de Taos. Sin embargo, los comanches, que en ningún momento cesaron en sus incursiones, acabarían por romperlo definitivamente en 1779.

Con los datos de Rubí, Croix elaboró un *Reglamento e instrucciones para los presidios*, que discrepaba en algunos aspectos con el redactado por el general Rivera en 1729. Las diferencias más sustanciales giraban en torno a los indios no reducidos: si para Rivera podían aún ser atraídos bajo el dominio español, para Rubí eran salvajes que cada vez peleaban con mayor astucia y solo se les podría vencer con un coordinado sistema de defensa a gran escala.

Ambos reglamentos sí coincidían en poner límites a los negocios que mantenían los gobernadores y capitanes de los presidios, en muchos casos sumergidos en la corrupción y solo preocupados de incrementar su fortuna gracias al cargo.

Al rey y a sus asesores de la corte el plan Rubí sí les pareció una excelente idea y, con su autorización, se dieron los primeros pasos para llevarlo adelante. Solo que, entre unas

cosas y otras, las consideraciones del marqués no entrarían en vigor hasta mediados de septiembre de 1772.

1.4 El momento y lugar adecuados

Así estaban las cosas cuando Bernardo de Gálvez, reclamado por su tío, llegó en febrero del año 1769 al puerto de Veracruz. Nueva España era un magnífico destino para alguien que quisiera hacerse con un futuro y una reputación, y si ese alguien era un flamante teniente que llegaba a incorporarse al regimiento regular de la Corona —al que se le suponía una experiencia de 6 años, 11 meses y 22 días en el ejército aunque fuese a media paga— y, además, era sobrino del visitador, mejor que mejor.

En marzo, Gálvez viajó a Chihuahua para encontrarse con José. La región tenía un intenso comercio agrícola y ganadero, fomentado por las reales minas del Parral y Santa Eulalia, y la zona en que propiamente se desarrollaba la «guerra apache» se ubicaba hacia el Norte: en las inmediaciones de la confluencia de los ríos Zuñi y Gila, tierra de los mescaleros y lipanes; más allá de Carrizal, donde estaban también los mescaleros y se habían establecido los sumas, o hacia la región de Janos, ocupada por los gileños.

La peligrosidad de todos esos clanes se encontraba no solamente en su diversidad y en la cercanía a las poblaciones atacadas, sino también en el apoyo logístico que recibían de parte de indios huidos de las misiones y de bandas de infidentes[22]. Grupos formados por desertores, bandidos, prófugos, mulatos, gente de castas libres, cimarrones, indios cristianizados de los poblados y hasta españoles pobres. Gente que guiaba y servía como espías a los apaches y comanches o

incluso formaba sus propias partidas. El resultado de sus depredaciones era imposible distinguirlo de las que hacían los «indios bárbaros».

En seguida se incorporó al mando de la 1.ª compañía de su regimiento —se acababan de crear cuatro compañías—, a la expedición que había organizado Lope de Cuéllar, comandante de Nueva Vizcaya, para contrarrestar las últimas incursiones en Sonora de los apaches del Gila. La columna, compuesta por 700 soldados a los que acompañaba un contingente de indios como auxiliares, partió de la Hacienda Dolores, el 8 de junio. Llegó a El Paso el 1 de septiembre y de allí se dirigió a primera línea, al presidio de Janos.

Localizaron y destruyeron dos rancherías y partes de otras de los chafalotes, mataron a 60 indios, capturaron a 15 y liberaron a 2 españoles, pero sufrieron una derrota en El Corral de San Agustín, en la sierra de los Mimbres —la cara sur de lo que hoy recibe el topónimo de Devil's Mountains, en Nuevo México—.

Lo malo fue que la ausencia de Lope de Cuéllar y sus hombres la aprovecharon los apaches para cruzar el río Grande, entrar en Nueva Vizcaya, y atacar Nombre de Dios —hoy un suburbio de Chihuahua—; y el 22 de octubre, Santa Ana y San Jerónimo —ambos en la actual Aldama—. Allí mataron a 49 personas y capturaron a otras 10, lo que dejó San Jerónimo despoblado. En noviembre su ataque alcanzó Mapimí, los suburbios de Durango y San Juan del Río.



Uno de los cuatro mapas levantados por Nicolás de Lafora durante la inspección que realizó junto al marqués de Rubí. Los acompañó de un relato descriptivo de las provincias de Nueva Vizcaya, Nuevo México, Sonora, Nuevo León, Coahuila, Texas, Nueva Galicia y Nayarit. La relación de Lafora da comienzo el 18 de marzo de 1766, al salir de Ciudad de México y culmina al regresar a la capital el 23 de febrero de 1768.

Las tropas regresaron el 1 de diciembre. La campaña, a pesar de los cuantiosos gastos que ocasionó, no solo no produjo el fruto deseado, sino que supuso un desastre para los residentes de la provincia.

Pocos días después de su vuelta a San Felipe el Real de Chihuahua, hoy en otro suburbio de la ciudad, Bernardo se trasladó a Pitic para reunirse con su tío. Es más que probable que estuviera con él hasta mediados de 1770, cuando Croix, que había destituido en mayo a Cuéllar, lo designó —gracias a José— para ocupar el puesto vacante ya como capitán. Un ascenso que no llegaría de forma oficial hasta el 30 de diciembre, poco después de su vuelta de la frontera.

La carrera de Gálvez, a pesar de su edad —24 años— , y su corta experiencia militar, subía como la espuma. En su nuevo destino al mando de la comandancia de Nueva Vizcaya, Sonora y Opatería, se dispuso a planificar futuras operaciones, tal y como habían hecho todos sus predecesores.

No tardó en conseguir su primer triunfo diplomático: una alianza con los indios ópatas que, tras años de convivencia

pacífica, habían protagonizado un alzamiento y vuelto a asolar la región de forma continua. El tratado ofrecía muchas ventajas, ya que los indios no solo se comprometían a mantener la paz sino que también se mostraban dispuestos de nuevo a participar en las guerras contra otras tribus. Además, nombraron como su capitán general al propio Gálvez, con lo que parecían quedar bien aseguradas sus ofertas.

Es curiosa esa figura del capitán general de los indios. Entre los ópatas, ser soldado era un símbolo de prestigio que se adquiría desde muy joven, cuando el capitán de guerra del pueblo, una vez terminadas las pruebas de madurez a las que se sometía al chico, lo armaba con arco y carcaj, y cada uno de los asistentes a la ceremonia le regalaba un par de flechas, símbolo de que lo admitían como compañero.

Así, los jóvenes estaban listos para el combate y, en cualquier momento, podían ser llamados a integrar las compañías de «indios amigos» que reforzaban a las presidiales o, lo más frecuente, a defender su pueblo por sí mismos de cualquier ataque. Ya fuera de indios adversarios, colonos civiles o soldados. Esta organización e iniciativa fue la que reconocieron los jesuitas y autoridades españolas al incluir los cargos militares en la república de indios en Sonora y Ostimuri en el siglo XVII, que los otorgó ventajas a la hora de negociar pactos.

Esos puestos, según aumentaba la violencia en la región, fueron sobresaliendo sobre el resto de los «oficiales» del cabildo indígena. Antes de que se creara el cargo de capitán general de una nación, fueron constituidos los de capitanes generales para una región determinada; por ejemplo, hacia 1688, el ópata bautizado Marcos Humuta era gobernador del pueblo de Bacerac y, poco después, recibió nombramiento de capitán general del valle de Bacerac, lo que dejaba a su

cuidado la defensa de los pueblos de Bacerac, Huachinera y Bavispe. Lo mismo que Francisco Javier Cuervo, que ese año también recibió nombramiento de capitán general de la cordillera de Guásavas, Oputo, Nácori, Huachinera, Baserac y Bavispe. Ambas designaciones precedieron a la fundación del primer presidio en Santa Rosa de Corodéhuachi en 1690, en la frontera de Nueva España que ocupaban los ópatas que, a su vez, era la puerta de entrada de apaches, janos, sumas, jocomes y conchos. Durante 50 años, con solo 40 soldados y sus oficiales, Santa Rosa fue la única defensa. Estaba claro que, de una forma u otra, había que hacer recaer todo lo referente a su protección en ópatas y pimas.

Con todos esos honores los españoles no buscaban otra cosa que agilizar oficialmente los dilatados y complicados procedimientos de leva entre los indios, que hasta entonces recaía en los gobernadores y capitanes de guerra de cada misión, pero a partir de la segunda década del siglo XVIII, la figura del capitán general arraigó mucho entre las naciones indias, lo que supuso que ya fuera nombrado por el gobernador de la provincia, algo que además permitía alejarlo del control de los misioneros.

Desde el momento en que vieron que perdían parte de sus potestades, los misioneros se opusieron con vehemencia a la figura del capitán general, alegando que las facultades asociadas al cargo «emborrachaban» de poder a los indios. Buena muestra de esta «pataleta» es la crítica que el jesuita Juan Nentuig, originario de Silesia y autor del mapa de Sonora y Pimería, hizo de Luis del Sáric, capitán general de la Pimería Alta, ante la rebelión que este encabezó en 1751:

> Se ha empezado a introducir entre los indios, no sé por qué motivos, un oficio que ni ellos habían conocido antiguamente, ni es para la religión, ni para el servicio

> real, ni para el público, ni privado, bien suyo de utilidad alguna; es, a saber, el de capitán general. Este nuevo cargo no es bueno para la religión porque el indio, por más bueno que sea, si es ensalzado, de humilde pasa a soberbio. No es tampoco para servicio del rey, pues es contrario a su voluntad; es más expedito que el gobernador de cada pueblo mande a sus soldados en caso necesario, que esperar la orden de un capitán general.

Cuando los jesuitas fueron expulsados ya hubo escaso antagonismo entre los misioneros franciscanos que los sustituyeron y las autoridades civiles y militares. En 1784, el primer obispo de Sonora, fray Antonio María de los Reyes, refiriéndose a las misiones del Yaqui, señaló:

> El gobierno de estos indios y pueblos es particular y ha variado muy poco del que tenían en tiempo de los expatriados misioneros. El gobernador de la provincia nombra y autoriza con acuerdo y propuesta que le hacen los Padres Ministros de Doctrina, un capitán general, que lo es de toda la nación. Este, forma y tiene arregladas compañías de soldados con sus capitanes y oficiales subalternos. Todos llevan sus correspondientes insignias, para ser conocidos y obedecidos en las continuas ocasiones que se ofrecen de perseguir a los enemigos.

Para entonces el cargo de capitán general ya estaba por encima de los funcionarios locales de los pueblos, sobre todo de los que se denominaban «gobernadores», y le permitía a su poseedor representar a su nación de forma política y militar mucho más allá de los límites del pueblo en el que se ubicaba la misión donde habitaba. Comprender eso y saberlo

interpretar perfectamente fue el mayor éxito de Bernardo de Gálvez los años que estuvo en la Apachería.

1.4.1 Empeño desmedido

En octubre, con 250 hombres equipados con víveres para tres meses, Gálvez partió de San Felipe con la primera expedición bajo su mando. Su objetivo eran las rancherías apaches. Se adentró en el desierto y, el 1 de noviembre, llegó al norte del río Pecos, hasta el río Colorado[23], en Texas, sin conseguir ningún contacto con el enemigo.



La plaza mayor de Ciudad de México —el Zócalo—, en 1766, desde la azotea del palacio virreinal. El virrey Croix con todo su séquito, camino de la catedral, a la izquierda. Allí oía misa al día siguiente de recibir el correo de la Corte para agradecer la salud de Carlos IIII. La capital de Nueva España era una urbe poblada y cosmopolita. Obra atribuida a Juan Antonio Prado. Museo Nacional de Historia. México D.F.

Los veinte días de marcha habían resultado más duros de lo esperado y, el frío y la lluvia, que los acompañaban desde su partida, habían terminado por estropear la mayoría de los víveres que transportaban. Sin comida, calados hasta los huesos, acamparon y pasaron la noche a la orilla del río. A la mañana siguiente, cuando ya se extendía entre la tropa la idea de regresar, Gálvez se dirigió a sus hombres con la primera de las muchas arengas que tan buenos resultados le darían a lo largo de su vida:

> Compañeros —les dijo—, llegó el día de hacer el último esfuerzo para dar al mundo una prueba de nuestra constancia. Los fríos y hielos saben la alegría con que sabéis resistirlos; el hambre, que es peor que todas las intemperies del tiempo la tenemos a la vista, no por mi culpa si no porque el cielo con sus muchas aguas nos ha perdido el bastimento; nuestros enemigos ignoro los días y meses que tardaremos en encontrarlos; volver a buscar qué comer es dar tiempo a que nos corten el rastro los indios y después que sentidos seamos será imposible alcanzarlos. Irnos a Chihuahua con el sonrojo de haber gastado tiempo y dinero sin hacer nada no es para quién no tiene vergüenza, ni esta ignominia se acomoda a mi modo de pensar. Solo me iré si no hubiese quién me acompañe. Yo llevaré una cabellera para Chihuahua y cumpliré por uno o pagaré con la vida el pan que he comido al rey. Vuélvanse los que tengan el corazón débil y síganme los que quieran tener parte de mis gloriosas fatigas en el supuesto de que nada puedo darles si no es las gracias de esta fineza, que vivirá siempre en mi memoria y reconocimiento.

Cuentan las crónicas muy posteriores —sospechosamente similares a la romántica carga de Prim bandera en mano durante la Guerra de África—, que una vez hubo terminado «Gálvez picó el caballo con las espuelas y se lanzó a cruzar el río. La respuesta fue unánime. Uno tras otro, los jinetes le siguieron gritando que lo acompañarían hasta la muerte, que se comerían los caballos y después las piedras, pero que nunca lo abandonarían».

Es posible que los dos párrafos que acabamos de presentar puedan considerarse poco más que poéticos recursos literarios, pero lo que sí se desprende de las palabras de Gálvez son dos ideas mucho más prosaicas: que no estaba dispuesto a volver con un fracaso, dado como había obtenido el puesto, y que justificar los muertos mediante sus cabelleras era una práctica común entre todos los contendientes. Solo que, en el caso de los españoles, además se cobraba por ellas en muchas ocasiones[24].

Sí, es cierto. Era una costumbre muy arraigada. A todos les gustaba regresar a casa con colgajos sanguinolentos de cuero cabelludo. Incluso en 1780, Teodoro de Croix, el sobrino del virrey, que ya conocimos a su llegada a Nueva España y ejercía por entonces de comandante de las Provincias Internas, emitió un bando en el que se cuantificaban las jugosas recompensas por cada indio cazado:

> Y para que todos se enteren de que el gobierno advierte los gastos que pueden originar estas campañas a los vasallos del rey, y la justicia de que se remuneren sus servicios con premios de honor e interés, declaro y ofrezco, que concluida cada particular campaña que hicieren solos o en unión a los destacamentos de tropa, se les entregaran puntualísimamente por los Gobernadores de las Provincias 100 pesos por cada cabeza de yndio

> enemigo gandul que se aprehenda o mate justificándose este hecho. La cantidad deberá repartirse en la forma siguiente: Al que ejecute la acción 20 pesos, entre todos los individuos del destacamento de campaña incluidos soldados y cabos, pero no los sargentos y oficiales, 55 pesos, y al gefe o cabeza de los vecinos españoles de razón o yndio, en calidad de ayuda de costa, 25 pesos.

Hasta entonces, tanto indios como españoles habían sido —más o menos—, una mercancía intercambiable, lo que presuponía mantenerlos con vida como prisioneros o esclavos; pero al publicarse el bando de Croix, también el indio muerto se convertía de forma oficial en una mercancía muy lucrativa, luego era más fácil matarlo que arriesgarse a que se fugara o fuera rescatado, y más barato que alimentarlo y costear su traslado a las capitales provinciales para obtener la recompensa que se daba por un indio vivo. Eso complicaba mucho las relaciones entre ambos bandos.

Aunque había cosas que podían hacerlas aún más difíciles, como cuando en marzo de 1784 se olvidaron todos los principios y se clavaron en estacas, a lo largo de los muros del presidio de Tucson, las cabezas cercenadas del jefe Chiquito y otros 13 apaches muertos. Allí estuvieron en descomposición hasta que los rostros quedaron ajados y oscurecidos con la reseca piel pegada a las calaveras y las cuencas de los ojos vacías, como si quisieran advertir a cualquier espectador con sus expresiones petrificadas que aquello se había convertido en una oscura guerra de aniquilación.

Pero volvamos a Gálvez. Como no podía ser de otra forma, cruzó el río y todos le siguieron. La madrugada siguiente localizaron una ranchería apache, mataron a 28 de sus moradores, capturaron a 36, y regresaron a Chihuahua con un botín de 204 cabezas de ganado y más de 2000 pesos en

pieles de bisonte y venados. El 23 de noviembre, sin apenas bajas, pero con su jefe revestido de teatrales aires de heroísmo, llegaban a la ciudad.

Sirvió de poco. Seis días después los apaches iniciaron una serie de contraataques. El 29, liderados por dos jefes de nombres Canastrín y Malaoreja, cayeron sobre La Jabonera, un municipio del Valle de Zaragoza, en Chihuahua, y robaron una reata de 1000 mulas. En esa misma jornada asaltaron Carretas, San Andrés y La Laguna de Castillo, se llevaron otros 700 animales, mataron a 7 hombres y quemaron vivas a 23 personas que habían buscado refugio en la cercana capilla de San Antonio. Las tropas llegaron tarde y solo para constatar los destrozos.

Las represalias se prolongaron hasta diciembre. En ese mes, sin que se pudiera hacer nada para evitarlo, una partida apache destruyó por completo una caravana de suministros procedente de Nuevo México y consiguió llevarse una manada de caballos que se encontraba custodiada en el presidio de Janos.

Todas esas actuaciones suscitaron graves diferencias entre el gobernador de Nueva Vizcaya, el teniente coronel José Fayni, que había ocupado su puesto a finales de abril de 1768, y el nuevo comandante de la frontera. Su gestión fue duramente criticada por Fayni que no dudó en comunicarse directamente con el rey por vía del ministro Arriaga, para expresarle su preocupación por el estado de abandono y despoblamiento en que se encontraba la provincia por los ataques de los indios.

Gálvez, que se veía respaldado por el visitador —decía Fayni—, hacía la guerra a los apaches en términos totalmente opuestos a su dictamen, con tácticas que, a su juicio, distaban mucho de ser las más adecuadas; «no disimula su aversión

hacia mí —comentaba— y ha nombrado comandantes en mi jurisdicción sin hacer caso a mis órdenes». Además, se quejaba de que les había asignado gratificaciones especiales —se refiere también al pago por cabelleras—. Fayni, que hasta entonces siempre se había distinguido como un funcionario prudente y enérgico, muy pendiente de los problemas que afectaban a todos los que tenía a su cargo, concluía: «a mí no me ha dado un real ni lo he pedido, pues he venido manteniéndome a mis propias expensas[25]».

El propio rey se sorprendió al recibir la carta de la visión tan diferente sobre un mismo territorio que tenían ambos.

Con las primeras luces de la mañana, el 21 de abril de 1771, el comandante Gálvez salió a la cabeza de su segunda expedición. La formaban 110 hombres que llegaron hasta el río Pecos y se enfrentaron a un numeroso grupo de unos 250 apaches. Mataron a 58 en los choques posteriores. Mientras, las compañías de los presidios de San Buenaventura y Janos, en Chihuahua, con la ayuda de indios ópatas de Sonora, hacían también lo mismo y combatían durante seis días a los apaches en la sierra de La Boca, al sur de la región.

La ofensiva de primavera no supuso ningún alivio respecto a las hostilidades, al contrario, se intensificaron los ataques apaches y comanches en Nueva Vizcaya y se extendieron a Nuevo México, donde su gobernador, Pedro Fermín de Mendinueta, ya tenía considerables problemas para repelerlos. Aunque las operaciones apenas implicaran generalmente a más de veinte, cuarenta o setenta soldados en una misma patrulla, que a su vez perseguían a grupos de guerreros que rara vez superaban unas pocas decenas de combatientes, mantener la vigilancia y el control del territorio era una tarea enorme, agravada por el escaso número de

hombres que la Corona podía poner en liza sobre tan inmenso escenario.



La misión de San Xavier de Bac, en Tucson, Arizona, destruida durante las represalias apaches de 1770, fotografiada en 1900. Se conoce localmente como «la paloma blanca del desierto». El edificio original fue reconstruido con un préstamo de 7000 pesos a partir de 1783. Las obras terminaron en 1797.

El número de bajas que se producían en estas acciones era reducido según los parámetros de la guerra en el siglo XVIII, pero eso no implicaba que siempre faltasen efectivos. A las incesantes peticiones de recursos de los diversos comandantes o gobernadores, respondían los diversos virreyes, una y otra vez, que era imposible sustraer las tropas pedidas de las que guarnecían las provincias occidentales, o que tampoco era factible conseguir refuerzos de otra parte del virreinato, y menos de la Península, debido a un coste económico que la Real Hacienda no podía soportar.

La reunión para buscar una solución tuvo lugar en julio de ese año, en la capital, donde se citó a todos los miembros de la Junta de Guerra y Hacienda. Hasta que se diera solución al tema de la nueva capitanía, decidieron crear un cargo que se ocupara del asunto: el Comandante Inspector de Fronteras, que tendría el mando del ejército en los confines virreinales del Norte y jurisdicción sobre los presidios de todas las provincias. La Audiencia y la Junta, que no estaban dispuestas a dejar todos esos asuntos solo en manos de un capitán —que además les daba problemas, fuese cual fuese su apellido—, propuso para el puesto al teniente coronel de origen irlandés Hugo O'Connor.

Regimiento de la Corona de Nueva España

Soldado con el uniforme de 1756, que se mantuvo aproximadamente hasta 1781. Durante las operaciones de La Habana, Santo Domingo o la frontera, la casaca y el sombrero pronto se vieron que eran poco útiles para las difíciles condiciones de la vida en campaña. A pesar de ello, la casaca continuó en uso; el sombrero se cambió por uno similar al de los «cueras» siempre que hubo oportunidad. El ejército fijo de Nueva España, aunque era numéricamente el más importante después del de la metrópoli, nunca llegó a superar la fuerza permanente de 6 000 hombres antes de que comenzaran en Hispanoamérica los levantamientos del siglo XIX. Archivo General de Indias, Sevilla.



El 27 de junio de 1749, para la guarnición de Veracruz «llave del reino de la Nueva España» y el Castillo de San

Juan de Ulúa, frente a sus costas, que hasta entonces estaban defendidos por el Batallón de la Armada de Barlovento, se creó un batallón de seis compañías, el primero del ejército regular dentro del virreinato. Fue denominado de la Corona.

Años más larde, en 1767, ese batallón y el tercero del regimiento de América, que había llegado como refuerzo en la expedición dirigida por Francisco de Villalba y Angulo durante el turno de rotaciones que estableció el gobierno de la Península para organizar con sus unidades en América un ejército regular, formaron el Regimiento de la Corona de Nueva España.

Con la nueva estructura se ampliaron sus responsabilidades. Además de guarnecer Veracruz, la unidad participó en las campañas de La Habana y Santo Domingo y formó parle del ejército de operaciones destinado a combatir con los indios en la frontera noroeste.

Su primer uniforme consistió en calzón azul, casaca del mismo color con vueltas blancas y cuello y puños encarnados; chupa también encarnada y sombrero negro con galón de plata para los oficiales y de seda blanca para los soldados. La cartuchera, de cuero marrón, llevaba una corona como emblema del regimiento.

O'Connor, que era conocido entre los indios como «el capitán colorado», por su pelo rojo llameante, había llegado a Nueva España en 1765 para unirse a la misión militar del teniente general Villalba y, desde entonces, ocupado diversos puestos en las regiones del Norte, incluido el mando del presidio de Adais. En ese momento llevaba tres años como gobernador interino de Texas, donde intentaba acabar con la

venta de armas a los indios por parte de los colonos franceses de la Luisiana. Al recibir su nombramiento, se trasladó a la frontera y tomó enérgicas medidas para tratar de aliviar la situación en la zona limítrofe entre Nuevo México y Texas.

La primera, desde su puesto de mando en Chihuahua, fue reorganizar las compañías presidiales y establecer las volantes, armadas más ligeramente, y por tanto con más movilidad que los «cueras». La idea era que pudieran combatir más cómodamente pie a tierra y alcanzar a los indios que se refugiaban en alturas rocosas donde era imposible seguirles a caballo o cargando con el peso de la cuera. Funcionaron con mayor eficacia y redujeron de forma notable las actividades depredadoras apaches.

Luego, decidió una costosa reubicación de hombres y puestos militares que seguía el plan ideado por el marqués de Rubí para crear una línea de presidios de mar a mar. De esa forma, decía, quedaría cerrada toda la frontera y libres de enemigos las provincias de Nueva Vizcaya y Coahuila. En general, era un sistema que mezclaba el asegurar una red de defensa estática formada por presidios y fuertes desde el que las tropas pudieran responder con rapidez a las incursiones enemigas y perseguir a los agresores, con incursiones en profundidad contra la Apachería en el que se recorrían en ocasiones miles de kilómetros con la intención de intimidar a las tribus y causarles el máximo daño posible, aunque no siempre se lograra.

A pesar de sus esfuerzos, y de que durante su gestión se mejoraran las condiciones de vida de los soldados y su forma de pago —se aseguró de que se hicieran en moneda, con el fin de terminar con los abusos de jefes y capitanes que en algunos casos aprovechaban para hacerlos en especie y quedarse ellos

con el dinero asignado—, la «línea» jamás llegó a funcionar como escudo de defensa.

El comandante inspector no tardó en redactar un extenso informe dirigido a Croix sobre el estado de las provincias bajo sus órdenes, que en buena parte había recorrido en su viaje de inspección. En su opinión, aunque se pronunciaba también sobre otros grupos indígenas y las tropas españolas, el problema principal lo presentaban exclusivamente los apaches. Sus actuaciones contrastaban con el comportamiento de otros muchos grupos que vivían en paz y dedicados a sus labores en el campo.

O'Connor, que no omitía acusaciones por los excesos cometidos por los propios españoles, comenzaba el informe con el recuerdo de los destrozos, robos, muertes y otros daños que los apaches habían causado en numerosos pueblos, tanto indios como españoles, en la provincia de Nueva Vizcaya; y continuaba: «En la guerra que se haga contra los apaches, siempre opinaré como conveniente que se emplee a los fidelísimos ópatas, así por su acreditado valor como por su gran conocimiento de los terrenos, sierras y aguajes en que habitan los indios apaches del poniente».

Ni que decir tiene que, tal y como estaban las cosas, llevaba razón, aunque hubiera quien pensaba que no se podía confiar en ellos. En realidad, por muy correosos y experimentados que fueran los dragones de cuera, no nos cansaremos de repetir que los indios amigos que actuaban como auxiliares repartidos por los presidios —ópatas, norteños o jache—, eran imprescindibles para la defensa de la frontera. Se organizaban en escuadras compuestas de un cabo o capitán de guerra y 24 guerreros y no suponían coste alguno. Las armas que utilizaban eran las suyas tradicionales —arco, carcaj con treinta flechas, lanza y chimal—, por lo que no

causaban ningún gasto y, ni siquiera se les pagaba aun cuando estuvieran en campaña. En ese caso solo recibían su ración diaria de alimentos. Solo le costaban a la Corona una pequeña tierra y las semillas para sembrar una milpa de maíz. Lo estrictamente necesario para que no les faltaran víveres mientras estaban de operaciones.

O'Connor y Gálvez coincidieron poco en la frontera. En octubre, durante un asalto apache a San Felipe en el que murieron 10 españoles, Gálvez, sorprendido en el combate por un grupo de 5 indios recibió un flechazo en el brazo y dos graves heridas de lanza en el pecho que le mantuvieron durante días entre la vida y la muerte[26].

Ese año, desde el 20 de enero al 20 de diciembre, los apaches mataron a 140 personas, robaron más de 7000 caballos y provocaron enormes pérdidas económicas. A petición del virrey, O'Connor ofreció diversas soluciones para mantener el control. Una de ellas fue pasar a la ofensiva, ya que, en su opinión, desde que había tomado el mando, las aptitudes de los soldados estaban muy mejoradas. Una idea cuanto menos arriesgada, dada la dependencia que se tenía de los auxiliares para detener a unos enemigos tan orgullosos, pero que arraigó en el sustituto de Croix.

Para el curtido Antonio María Bucareli, en el ejército desde los 11 años —tenía 54— que había cambiado la capitanía general de Cuba por el virreinato en septiembre de ese año, todo se había desorbitado demasiado, y tanto los gobernadores de Nueva Vizcaya y Nuevo México, como los propietarios de las minas o los ganaderos, exageraban la magnitud de las incursiones, que «eran poco más o menos las mismas correrías rateras de siempre —decía el virrey—», para su beneficio. No debía de haber leído el informe que exponía

que desde 1748 se contaban ya los fallecidos en más de 4000, y los daños se valoraban en cerca de 12 000 000 de pesos.



Estatua en honor de Hugo O'Connor erigida en los exuberantes jardines de Manning House, en Tucson, Arizona. La casa, construida en 1904 por Levi Manning un alcalde y empresario feliz del origen español de la ciudad, está dentro del recinto del antiguo presidio. Hoy, en un tiempo en que la práctica totalidad de los estadounidenses identifican todo lo «hispano» con algo proveniente de México, las cosas ya no son como a principios del siglo XX. O'Connor, ha pasado a ser irlandés, y el desfile con el que Tucson celebra el día de San Patricio unas falsas raíces que le permiten compararse con las ciudades de la costa Este, pasa junto al monumento.

Aún con esos datos, en su primera carta le describió al ministro Arriaga la situación en Nueva Vizcaya en los siguientes términos: «Sigue en esta provincia la quietud y tranquilidad que ha empezado a gozar mediante las disposiciones del comandante inspector, y continúa la vigilancia de las escuadras que cortan el terreno por donde pueden los indios enemigos hacer sus irrupciones». Alguien mentía.

1.4.2 Ideales enfrentados

Durante la etapa final de su viaje por Sonora, José de Gálvez sufrió una enfermedad desconocida, aunque se supone

que tuvo que ver con depresiones nerviosas. De regreso a la capital virreinal, ya recuperado de sus afecciones, el visitador, al que no le agradaba demasiado Bucareli ni su forma de actuar, dio por terminada su misión. Solicitó permiso para abandonar Nueva España y, el 29 de noviembre de 1771, poco después de obtenerlo, embarcó en Veracruz rumbo a la Península junto a su amigo Croix y el sobrino de este. Habían transcurrido seis años desde su nombramiento como visitador general, durante los que había realizado numerosos trabajos, participado en expediciones y sobrevivido a un grave problema de salud.



Oficial de la compañía de encuerados de tierra adentro según un dibujo anónimo que se conserva en la colección Vinkhuijzen de la Biblioteca Pública de Nueva York. El uniforme está erróneamente datado entre 1826 y 1862 a pesar de que es claramente de la segunda mitad del siglo XVIII. Forma parte de una serie de láminas en las que se representan las milicias de Nueva España. Toda la reglamentación que regulaba la uniformidad y organización de las 15 compañías presidiales que debían vigilar la línea de la frontera de Nueva España quedó recogida por primera vez en la ordenanza de 1772.

A petición de su tío, Bernardo, que se quedaba allí sin apoyos, regresó también con él. Sus experiencias en las campañas en que intervino las plasmaría al año siguiente en un documento —al menos a él se le atribuye, aunque no esté firmado—, titulado *Noticia y reflexiones sobre la guerra que se tiene con los indios apaches en las provincias de Nueva España*.

Solo entresacaremos unos párrafos, suficientes para hacernos una idea de sus opiniones, en general propias de su época —aunque hable de ellos con cierta admiración—, imposibles de comprender si intentáramos entenderlas solo desde el punto de vista actual:

> El indio es de un temperamento sano por la dureza en que se cría y la simplicidad de los manjares con que se alimenta: nace y vive en la inclemencia, de que resulta que su cuerpo curtido en la intemperie es casi insensible, tanto al frío penetrante, como al calor ardiente: su cutis tostado le es de más abrigo y defensa que a nosotros los tejidos más compactos. De esta unidad de principios y el incesante ejercicio de la caza y de la guerra, depende la robustez que goza.
>
> Los apaches tienen una especie de creencia que puede llamarse religión: conocen que hay una primera causa que llaman «capitán grande», y aseguran que para después de la vida hay un lugar destinado a la recompensa del bueno y otro al castigo del malo. A la gloria solo es acreedor el hombre fuerte y la mujer fiel. Son las dos únicas virtudes que conocen y excluyen de toda felicidad a los que carecen de ellas, condenando a eterno desconsuelo la cobardía y el adulterio. Aunque los indios no tuvieran por su vida frugal y activa fortificado el espíritu, bastaría esta creencia para hacerlos terribles en el combate.
>
> Los españoles acusan de crueles a los indios. Yo no sé qué opinión tendrán ellos de nosotros; quizá no será mejor y sí más bien fundada. Lo cierto es que son tan agradecidos como vengativos y que esto último debíamos perdonarlo a una nación que no ha aprendido filosofía con que domar un natural sentimiento, que aunque vicioso es causa heroica, cual es tener sensible el corazón.

> Los apaches son vigilantes y desconfiados tanto que, por temor de que los españoles u otra nación enemiga de ellos les acometa, mueven casi todos los días su campo de un sitio a otro, viviendo en continua peregrinación para no dar tiempo a ser espiados o reconocidos. Sufren la sed y el hambre mucho tiempo, llegando a verificarlo en cinco o seis días, sin que la falta de alimento cause una decadencia notable en sus fuerzas.
>
> No creo que sea menester citar otras menudas circunstancias. Bastan estas principales de carácter y naturaleza de los indios para conocer que esta nación, por constitución, es la más apta para la guerra.

Muy distintas serían las invenciones años después de fray Vicente de Santa María, conocido insurgente durante los levantamientos que dieron lugar a la independencia de México, que en sus descripciones publicadas en 1789, cuando todavía era un fiel súbdito de la Corona, dejó correr sin freno su calenturienta imaginación:

> El mitote[27] de los comanches y apaches deja atrás con muchas ventajas a cuantos sacrificios gentilicios y bárbaros se han visto en el mundo. Congregados ellos solos, porque su número es bastante y a nadie necesitan, en el lugar más retirado del monte, aderezan allí los preparativos de su embriaguez y demás para su festejo. Encienden su hoguera en los propios términos, y la carne que tienen que servirles para el ambigú es uno, dos, o más indios de los que a una u otra nación se han hecho prisioneros. Estos están vivos, atados de pies y manos y puestos a la larga, boca arriba y a un lado de la lumbre; son el objeto de la monstruosidad de su fiesta.

Para disponer mejor y suavizar la carne de estos desventurados, les frotan todo el cuerpo con cardos y pieles humedecidas hasta hacerles verter la sangre por todas partes. Preparado así este manjar tan horrible y más que brutal, se ordenan los danzarines en una fila, en círculo, alrededor de la hoguera y de la víctima. Uno a uno y de cuando en cuando, saliéndose del orden de baile, se acercan a los miserables prisioneros y, con los dientes, les arrancan a pedazos la carne, que palpitando aún y medio viva, la arriman con los pies a la lumbre hasta que, dejando de palpitar, se medio asa; entonces vuelven a ella para masticarla y echarla a su estómago antropófago, cruel y más que inhumano.

1.4.3 Recoger lo sembrado

De vuelta en la Corte, José se incorporó al Consejo y Cámara de Indias en 1772, una vez superado sin demasiadas dificultades el Juicio de Residencia que se abrió sobre su conducta en el virreinato. Era algo habitual, un instrumento de control de la Corona sobre la gestión de todos sus mandatarios y servidores, que se realizaba una parte con información secreta y otra con pública. Durante el procedimiento, que había cobrado especial relevancia en los virreinatos de América, y sobre todo en el de Nueva España, debido a los abusos y tramas de corrupción en la que la mayoría se habían visto involucrados, cualquier institución o ciudadano que se sintiese perjudicado por la gestión de cualquiera de los cargos oficiales, comenzando por el virrey, podía elevar ante los representantes de la Corona sus quejas y reclamaciones al concluir su periodo de gobierno. La sentencia absolutoria y limpia en el juicio, era requisito

indispensable para concluir con honorabilidad, y no en la cárcel, la responsabilidad concedida.

El 26 de febrero de 1774 el antiguo visitador fue nombrado miembro de la Junta General de Comercio, Moneda y Minas, además de Superintendente de Regalía de Corte, lo que demuestra sin ninguna duda el apoyo del rey a sus gestiones americanas. Un año después, el 23 de febrero de 1775, contrajo terceras nupcias. Esta vez con María de la Concepción Valenzuela, huérfana de los condes de Puebla de los Valles, de veinticinco años de edad, de quien nacería María Josefa de Gálvez y Valenzuela, su única hija. El matrimonio supuso la entrada de Gálvez en la nobleza, con lo que unió prestigio social a su ya amplia y brillante carrera política y a su elevada fortuna. Su nueva esposa aportó al matrimonio una pensión de seiscientos ducados, pero él ya no los necesitaba.

Para la carrera de Bernardo, que entonces contaba con 26 años y seguía soltero, se pensó que, una vez en la Península, era mejor que se trasladara a Pau, en el lado francés de los Pirineos, y que ampliara sus conocimientos militares a la espera de que su tío se situara y le ofreciera una nueva oportunidad. Allí, desde octubre de 1772 hasta los últimos meses de 1774 pasaría los que fueron sin duda los momentos más oscuros de su carrera, aprendiendo a la perfección un idioma, que más tarde le resultaría extremadamente útil.



Carlos III comiendo ante su Corte. *Durante los años de su reinado el monarca no tuvo ningún inconveniente en aumentar de forma desmedida el número de duques, condes y marqueses, solo que a diferencia de lo ocurrido con los Austrias, que vendían los títulos nobiliarios, se distribuyeron de forma sistemática por servicios a la Corona.* Obra de Luis Paret y Alcázar. Museo del Prado, Madrid.

Ese año consiguió un nombramiento de capitán en el regimiento de Sevilla y que le admitieran como alumno en la exclusiva academia militar de Ávila. Allí conocería al sevillano Francisco Saavedra, también capitán de infantería, que aparecerá de nuevo en nuestra historia más adelante y con el que desde entonces mantendrá una gran amistad. Ambos partieron de la ciudad castellana el 10 abril de 1775 en dirección a Cartagena, donde se congregaba su regimiento junto a una buena parte del ejército español, dispuesto a dar un rotundo golpe de efecto en el teatro de operaciones mediterráneo.

1.4.4 La academia

Hagamos aquí un alto. Se escribe constantemente, de forma errónea, que Gálvez inició su carrera militar como cadete en Ávila. No es cierto y, como decíamos en la introducción, es hora ya de dejarlo claro de una vez por todas.

La Real Escuela Militar de Ávila de los Caballeros fue creada por Real Orden de 31 de enero de 1774 e inaugurada el 15 de abril de ese mismo año por Alejandro O'Reilly, que ejercía de Inspector General de Infantería, Inspector General de la tropa de América, y gobernador de Madrid y, como parece evidente, contaba con el apoyo incondicional de Carlos III. Es inútil dar más explicaciones.

A diferencia de otras academias militares europeas, O'Reilly estableció que ingresaran en ella una selección de los oficiales en activo directamente desde los regimientos, no de diversas escuelas militares en las que se hubiesen realizado estudios previos, como —entre otras que existían en Cádiz, Pamplona, Badajoz o Madrid— el Seminario de Nobles[28], la Academia de Matemáticas de Barcelona o el Real Colegio de Artillería de Segovia. Su intención era reunir allí a los oficiales de más talento —él mismo lo dijo cuándo explicó en una relación el método y reglas que se seguirían en la escuela—, para ascenderlos a jefes de cuerpo y generales, no a alumnos sin experiencia, por lo que en marzo de 1774 se eligieron 2 oficiales de cada uno de los regimientos de infantería y 1 de los de caballería[29], en su mayoría capitanes.

Esto suponía un problema dentro del ejército, porque desde el momento que la selección se hacía a criterio del director de la escuela —queda fuera de nuestro trabajo el papel que desempeñó O'Reilly en la venta de cargos durante su etapa de inspector general de los ejércitos en España e

Indias—, los ministros, miembros de la corte o el rey, parecía institucionalizarse el camino del ascenso de forma privilegiada dentro del cuerpo de oficiales, ya a su vez formado por miembros de la élite social. Y eso sin contar con las suspicacias que levantó la idea en otros cuerpos que ya tenían un recorrido de ascenso igual de privilegiado, como era el caso de la Guardia Real, donde los miembros de la nobleza consideraban «legítimo» que se iniciara su paso por las instituciones militares, camino del mando de los regimientos.

Para alcanzar sus objetivos, la escuela de Ávila presentaba un novedoso plan de estudios en dos años basado en la enseñanza teórica de las matemáticas; el conocimiento teórico de los sistemas de fortificación, las técnicas de artillería, el análisis, preparación y desarrollo de operaciones militares y, finalmente, el estudio comparativo de las tácticas y ordenanzas militares de varios países.

Toda esta teoría debía de aplicarse sobre el campo de batalla. Con ese fin se reunieron en Ávila doce batallones de infantería y doce escuadrones de caballería para instruir a sus oficiales en las grandes maniobras a campo abierto y se construyeron modelos a escala «para la mejor y más fácil inteligencia de todo lo relativo al ataque y defensa de plazas».

En esa línea, los libros se convirtieron en un instrumento didáctico indispensable, por lo que la biblioteca fue lo primero que organizó O'Reilly, aunque el propio director reconocía que contenía pocos ejemplares, pero seleccionados.

La escuela de Ávila pudo así servir de centro de conexión de los oficiales peninsulares que iban a cumplir un importante papel en el gobierno y en la continuación de las reformas militares de la América española durante la década de 1780 y 1790. Esa era precisamente una de las intenciones

de O'Reilly cuando apuntó que «el exercito del Rey está repartido en unas guarniciones y quarteles tan distantes unas de otras que los oficiales tienen poquísima proporción para tratarse ni conocerse; carecen de libros, de dirección para sus estudios, y de los motivos de emulación».

El problema era que muchos de los seleccionados llegaron a la escuela no en base a sus propios méritos, por criterio exclusivos de alguien que, además de ser el director de la escuela, ocupaba un cargo tan importante como el de Inspector general en España e Indias.

1.5 Aventura en Argelia

El interés de Carlos III por los asuntos del Mediterráneo era el resultado de una tradición de siglos. El rey, durante su época en Nápoles, ya había concertado un tratado con el imperio otomano, que aunque estuviese en plena decadencia, aún lo consideraba el freno imprescindible para contrarrestar los ambiciosos movimientos de rusos, austriacos y británicos en sus aguas orientales. Así lo expuso al menos en la *Instrucción al Consejo de Estado*, en la que evitó referirse directamente a la firma de una alianza para la que entendía que el pueblo español todavía no estaba preparado.

Aparte de las ventajas comerciales, se mencionaba también en la *Instrucción* la utilidad que podrían tener los turcos a la hora de contener a las regencias africanas. En teoría, aunque muchas veces eso no fuera más que una ilusión, salvo Marruecos, todo el norte de África dependía directa o indirectamente de Estambul.

Ese era el caso de la regencia de Argel. El que Orán estuviera subordinada a la Sublime Puerta, no impedía que

sus bases de corsarios hostigaran continuamente el tráfico marítimo, la pesca y el comercio de la costa sur de España.

Al rey se le vendió bien la idea de que apoderarse de Argel, el principal puerto pirata, sería una empresa fácil y hacia allí zarpó a finales de junio de 1775, tras meses de preparación, una numerosa expedición militar sin tener en cuenta lo suficiente que se dirigía a tomar una importante plaza fuerte con muchas defensas naturales y una considerable guarnición.

El 1 de julio un ejército de 18 827 hombres y una escuadra compuesta de 6 navíos, 12 fragatas, 9 jabeques, 4 bombardas y 18 naves diversas, junto a una flota mercante de 331 embarcaciones de distintas nacionalidades, se concentró frente a las costas de su objetivo sin ni siquiera haber guardado el más mínimo secreto.

Nada menos que seis después —tiempo más que suficiente para que los argelinos organizaran cualquier defensa—, hechos los imprescindibles reconocimientos previos del terreno, las tropas desembarcaban e iniciaban una campaña absurda, costosa, e infructuosa, contra el gobierno del regente Mohammed ben Othman Pachá, que había instigado al emperador de Marruecos para que se apoderase de Ceuta, Melilla y el Peñón de Vélez. Parecía que, como en tiempos de Felipe V, cuando los enemigos escaseaban había que salir a buscarlos.

Al frente de las tropas se encontraba O'Reilly, que había dejado momentáneamente sus ocupaciones en Ávila y Madrid, elegido personalmente por el rey, aunque es más posible que contara con algún empujón del ministro Grimaldi para dejar en la cuneta a su oponente, Pedro Ceballos, cuya experiencia al reconquistar a los portugueses la colonia de

Sacramento, en Uruguay, le hicieron solicitar para la campaña 40 000 efectivos, el doble de los que decía necesitar el irlandés.

Las instrucciones recibidas por O'Reilly eran precisas: destruir todas las fortalezas y buques de guerra que hubiese al servicio de argelinos o marroquíes desde Argel hasta Gibraltar; dejar en los cimientos todas las fortificaciones de la plaza, apoderarse de su artillería y embarcaciones, y destruir el puerto para siempre. El problema era que O'Reilly había demostrado ser un excelente organizador, pero nada más. Su experiencia en el campo de batalla se limitaba a algunas escaramuzas bajo bandera austríaca durante la Guerra de los Siete Años y a castigar con severidad a los franceses rebeldes de la Luisiana. Ni unos ni otros, eran los curtidos argelinos.

Al mando de una de las compañías de cazadores de su regimiento, Gálvez desembarcó en la playa la mañana del día 8 junto a los hombres del regimiento de Aragón y los Voluntarios Extranjeros. Todos adscritos a la brigada de Felipe López-Pacheco de la Cueva, marques de Villena, que ejercía como coronel del Aragón.



Plano de la ciudad de Argel y su costa desde la Punta de Pescada hasta más allá del río Jarache. *Lo levantó la propia armada mientras estuvo fondeada en la bahía. Se aprecia perfectamente que el objetivo español contaba con mas defensas naturales difíciles de atacar*. Biblioteca Nacional, Madrid.

Las cosas se torcieron desde el principio. El tramo de costa entre Argel y el río Jarache elegido para dejar en tierra a los primeros 8000 soldados que llegaban empapados en los botes y lanchas, era tan estrecho, que la confusión convirtió en imposible la orden de O'Reilly, magnífica sobre un mapa, de formar cuatro columnas de ataque, una a la izquierda, otra a la derecha y dos en el centro, apoyadas por una quinta columna de reserva que cerraría el despliegue.

Al final se hizo todo lo contrario. Los primeros que tomaron tierra fueron los reservistas destinados a ocupar la retaguardia y los últimos la infantería ligera y las compañías de cazadores, que debían haberse adelantado a toda la fuerza para realizar el reconocimiento y asegurar las primeras posiciones. No fue el único despropósito, con la mayor parte de las unidades en tierra, una orden mal dada o mal interpretada provocó que las columnas pasaran a formar preparadas para la batalla antes de lo establecido.

Hasta entonces no se sabía nada de los argelinos, pero no tardaron en iniciar un fuerte tiroteo desde posiciones elevadas y a cubierto de tapias, arbustos y rocas, sobre los desprotegidos flancos de la formación.

Alejandro O'Reilly, conde del mismo nombre. Irlandés, al servicio de la corona española desde que se incorporara a su ejército en 1761 para combatir contra Portugal, fue gobernador de la Luisiana en 1769. Tras su desastrosa campaña en Argel fue alejado de la Corte y se le nombró capitán general de Andalucía, aunque conservara la dirección de las dos Inspecciones generales —España e Indias—. Obra de Francisco de Goya realizada sobre 1780. Museo de San Telmo, San Sebastián.



O'Reilly ordenó entonces que las tropas ligeras de infantería y los cazadores se adelantaran en busca de ese enemigo invisible, pero recibieron tal castigo y sufrieron bajas tan abundantes, que tuvieron que regresar enseguida a la relativa seguridad de las filas propias.

La puntería de los tiradores argelinos, que elegían como objetivos a los oficiales españoles era excepcional. Bajo el intenso fuego cayó muerto con dos balazos en el pecho el mariscal de campo Pedro Caro y Fontes, marqués de la Romana, y fueron alcanzados, entre otros muchos, el general Antonio Ricardos; el mariscal Francisco González Bassecourt, conde del Asalto; el mariscal Luis de Urbina; el brigadier Carlos José Gutiérrez de los Ríos, conde de Fernán Núñez y el propio Gálvez.

La llegada de la segunda oleada de desembarco no mejoró mucho las cosas aunque se efectuó un avance al son de los tambores con las banderas desplegadas y la bayoneta calada que permitió adelantar algo la línea de combate española. Un bonito despliegue del que no se sacó nada en claro, pues los

argelinos se retiraron y ocultaron, y ni siquiera llegaron a verlos las formaciones españolas. A cambio, las líneas de los flancos fueron de nuevo sorprendidas por un ataque de la caballería argelina, desbaratado gracias al atento cañoneo de la escuadra, que evitó lo que hubiera sido una masacre de consecuencias inimaginables.

A las 09:00 del 9 de julio, apenas 24 horas después del desembarco, O'Reilly decidió comenzar la retirada. El ejército, amontonado en un burdo atrincheramiento que se había realizado a última hora, se replegó por secciones, cara al enemigo, con el orden que les había faltado a la hora de presentar batalla. Ni siquiera los atacaron los argelinos. Bajaron a la playa cuando ya se habían ido los españoles para hacerse con el botín abandonado y cortar las cabezas de los muertos con el fin de cobrar la recompensa que ofrecía el *dey* por cada una de ellas: diez cequíes, las monedas de oro puro acuñadas por los venecianos.

Las bajas sufridas por la expedición eran brutales. Ascendían a 1500 muertos y unos 3000 heridos, aproximadamente el 25% de los efectivos.

Gálvez, que había permanecido estoicamente junto a sus hombres hasta que pudo retirarse toda la compañía, con una pierna agujereada por una bala, era uno de esos heridos graves que regresaban a España, pero le aguardaba mejor suerte que al resto de las tropas que, entre gemidos de dolor, se hacinaban en las fétidas bodegas de los buques hospital donde trabajaban sin descanso los cirujanos: en el reparto generalizado de grados con los que se premió a los jefes y oficiales de tan desastrosa expedición, le correspondió el de teniente coronel[30]. Luego, el propio rey le ordenó reingresar en la academia de Ávila hasta que estuviera totalmente recuperado.

Allí, esta vez bajo al mando del teniente general Ceballos, que había pasado a ocupar el cargo de consejero de guerra puesto que O'Reilly —del que ahora se habían empezado a cuestionar sus métodos educativos al mismo tiempo que su posición en la Corte se deterioraba irremisiblemente— había sido trasladado, permaneció los últimos meses de ese año. Hasta que las circunstancias le ofrecieron la oportunidad de regresar a América.

1.6 Frágil como cristal

Poco cambiaron las cosas en la frontera tras abandonar Nueva España Croix y los Gálvez. La primera expedición punitiva de O'Connor duró seis meses, de diciembre de 1772 a junio de 1773. Reconoció los territorios situados al norte del Bolsón de Mapimí y rechazó a los indios en la orilla izquierda del Río Grande. Sin embargo, para desgracia de Mendinueta, que continuaba protestando, los gileños, natajes y mezcaleros derrotados, optaron por volverse sobre Nuevo México, otra vez con el sorprendente apoyo de los comanches. Durante dos años, hostilizaron repetidamente las poblaciones de la provincia.

Por su parte, O'Connor, que tras desalojar a varias partidas apaches de la Serranía del Burro y el arroyo de la Babia, cruzó el río Grande, había rechazado a finales de 1773 a un grupo numeroso en la Sierra de Mogano pero, luego, varias fuerzas combinadas los habían batido a ellos en las sierras de Mimbres, Sacramento y Mogollón, obligándolos a retroceder a posiciones más seguras.

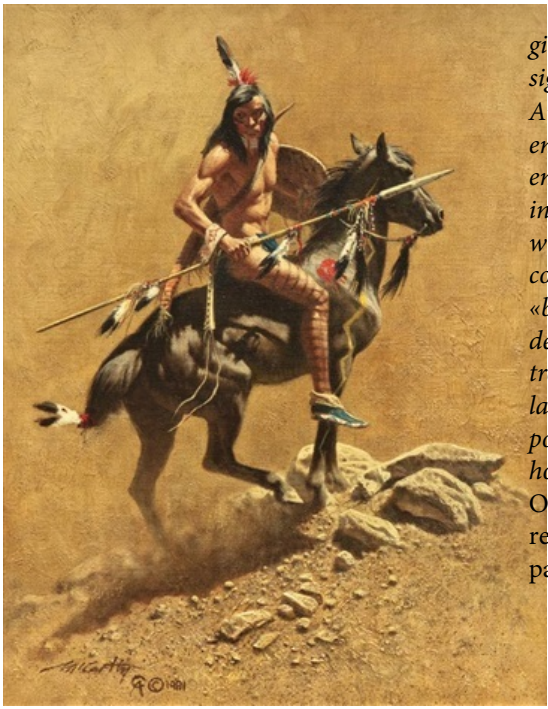
En agosto del año siguiente, dados los repetidos ataques a poblados y los constantes asaltos en los caminos, Bucareli

aprobó dar inicio a una campaña general; una guerra total contra las incursiones indias que, en sus propias palabras, «permitiría la paz, la conversión de los indios gentiles y la tranquilidad de la frontera».

Para organizar las fuerzas militares, cada gobernador debería poner a disposición de O'Connor las fuerzas necesarias para la ofensiva. El de Coahuila, Jacobo Ugarte y Loyola, aportó un destacamento de 325 hombres entre soldados presidiales, vecinos de la jurisdicción e indios amigos, a los que se sumaron 120 soldados de los presidios de Texas. Francisco Bellido, capitán del presidio Paso del Norte, mandó 140 hombres, de los que 100 eran vecinos e indios amigos y, el gobernador de su jurisdicción, otros 300 soldados, 200 vecinos y 100 indios amigos. El gobernador de Sonora envió 100 indios amigos de la nación ópata de los presidios de su jurisdicción y el de Nuevo México, otros 565 individuos de los que 375 eran indios amigos. Finalmente, el propio O'Connor aportó 60 dragones, 160 soldados de cuera de las compañías volantes y 75 de las presidiales de San Buenaventura, Janos y El Carrizal. En total, llegaron a reunirse 2228 hombres.

El comandante general, organizó los recorridos de cada uno de los frentes y dio instrucciones precisas sobre los puntos de encuentro y los kilómetros diarios que debían avanzar las fuerzas de cada uno de los gobernadores y capitanes al mando. Según la táctica que defendía, hasta que llegaran los refuerzos solicitados del regimiento de Voluntarios de Cataluña, se podría seguir con la recluta de indios amigos para reponer las bajas. Eso representaba una gran ventaja, según su experiencia, pues sabían montar a caballo a la perfección, usar armas de fuego y, como dijo en su informe: «manejar la adarga, que es como natural en ellos; correr con aguante muchas leguas, de día y de noche; sufrir

sol, sereno, agua y nieves, sin otro alimento que un poco de maíz deshecho en agua y no necesitar más tienda de abrigo que la que ofrece un capote».



Explorador de los apaches gileños. En la segunda mitad del siglo XVIII la guerra en Texas, Arizona y Nuevo México era ya endémica. En ella se enfrentaban de manera indiscriminada españoles, wichitas, apaches cristianizados, comanches y apaches «bárbaros». El desplazamiento de las grandes columnas de tropas permitía que los indios las viesen a kilómetros por el polvo que levantaban y las hogueras de los campamentos. Obra de Frank McCarthy realizada en 1981. Colección particular.

En cuanto la campaña se puso en marcha originó que se exacerbara aún más la hostilidad de los indios y que se fortalecieran las alianzas entre grupos nativos rebeldes, lo que supuso un considerable aumento de los guerreros que formaban sus fuerzas. Esto a su vez obligó a que las operaciones tuvieran que incrementarse con sucesivas campañas locales organizadas por las autoridades militares regionales.

El año que se combatió en Argel, la olvidada frontera de Nueva España continuó marcada por el estado de guerra. Sus pobladores, como si pertenecieran a un país extraño, ajeno a todo lo referente a la Corte de Madrid, tuvieron que soportar numerosos asaltos comanches y apaches, además de otros

perpetrados por los navajos sobre los indios pueblo, que no dejaban de ser súbditos de la Corona.

A comienzos de 1776 solo hubo algunas acciones aisladas de los comanches y, a mediados, se desarrolló la última campaña de O'Connor, que venció a los apaches del Oeste y los obligó a abandonar la cuenca del Gila y la sierra de Mimbres, para refugiarse en la misión de Zuñi. Allí, pidieron la paz. Ese año mismo, el virrey atendió las repetidas peticiones de Mendinueta para ser relevado en el gobierno de Nuevo México, y nombró a Juan Bautista de Anza en su puesto.



Regimiento de dragones provinciales del Príncipe, de la villa de Chihuahua. A partir de la creación de la Comandancia de las Provincias Internas se organizaron cuerpos de milicias provinciales disciplinadas para servir en su frontera en apoyo de los soldados presidiales. En muchas ocasiones, a pesar de sus pomposos nombres, no pasaban de tener los efectivos de una compañía. Archivo General de Indias, Sevilla.

Ese año también, el 31 de enero, tras fallecer el día 26 Arriaga, el ministerio de Indias y Marina fue dividido en dos. Para dirigir este último, Carlos III eligió al teniente general de la armada Pedro González Castejón, que había mandado la escuadra en Argel, y como titular de la Secretaría de Indias a José de Gálvez. Dejaba así a su mando todos los asuntos

civiles, militares, económicos y eclesiásticos de América y Filipinas, sobre los que ejercería durante el resto de su vida un poder casi absoluto.

Durante el primer año como ministro aprobó dos medidas trascendentales para la división administrativa de América: su idea de la Comandancia de las Provincias Internas de la Nueva España, que aún seguía pendiente, y la creación del Virreinato del Río de la Plata, que reunía las provincias de Buenos Aires, Montevideo, Paraguay y Alto Perú. Los principales objetivos de estas novedades eran el fomento económico, el poblamiento y la defensa del territorio. Los mismos que estuvieron también en la implantación del sistema de intendentes en América y Filipinas, que suprimió los alcaldes mayores y el sistema de repartimientos.

Otra medida trascendental que llevaría a cabo en lo referente a América fue la aprobación en 1778 del Reglamento y Aranceles para el Comercio Libre de España a Indias, cuyo principal objetivo era desarrollar el tráfico mercantil protegido entre España y los territorios ultramarinos con el fin de revitalizar la agricultura, la industria y la navegación. Con ese decreto se ampliaba la política liberalizadora de Arriaga, y se habilitaban en América, además de Montevideo y Buenos Aires, que ya estaban liberalizados, siete puertos mayores —La Habana, Cartagena, Valparaíso, Concepción, Arica, Callao y Guayaquil— y otros trece menores —Puerto Rico, Santo Domingo, Montecristo, Santiago de Cuba, Trinidad, Margarita, Campeche, Santo Tomás de Castilla, Omoa, Santa Marta, Rio de la Hacha, Portobello y Chagres—. En contrapartida, los puertos peninsulares que quedaron abiertos al tráfico americano, además de los tradicionales de Cádiz y Sevilla, fueron Barcelona, Málaga, Cartagena, Alicante,

Santander, Gijón, La Coruña, Almería, Los Alfaques de Tortosa, Palma de Mallorca y Santa Cruz de Tenerife.

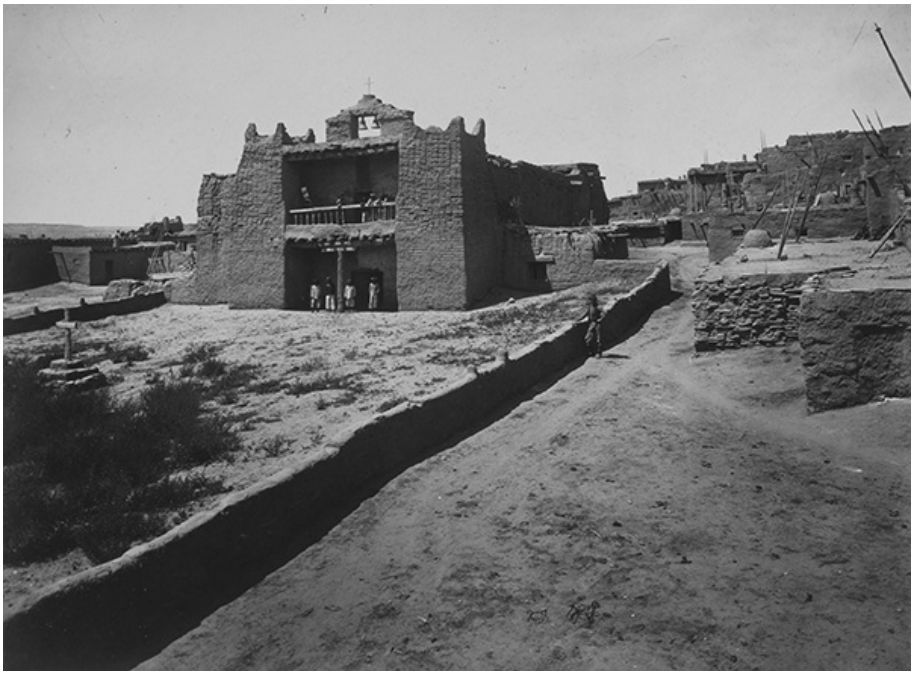
Como complemento de este gran sistema comercial que preocupó mucho a los ingleses, Gálvez impulsó la creación de la Real Compañía de Filipinas y aprobó medidas complementarias para potenciar la construcción de barcos y el desarrollo de industrias locales. Luego decidió perseguir el contrabando —lo que todavía los alarmó más aún—, y redactó un nuevo reglamento sobre el tráfico negrero y el asiento[31].

1.6.1 Las Provincias Internas

La creación de la nueva jurisdicción en la que Gálvez se había empeñado «por no ser fácil aplicar desde la metrópoli de México las providencias eficaces y oportunas que exigen la suma importancia de esas provincias», impulsó el nombramiento de Teodoro de Croix, como su primer comandante general. Una muestra de la estrecha amistad y alianza de los Gálvez y los Croix, que continuó en la bien planificada carrera de sus sobrinos: Teodoro, de 34 años, tercer hijo de los condes de Heuchín, caballero de la Orden Teutónica, que había sido alférez de granaderos de la guardia y servido en Italia a las órdenes del marqués de Mina, fue designado para el cargo el 26 de julio de 1776. Más o menos por la misma fecha en que Gálvez enviaría a su sobrino a la Luisiana.

Croix, —que dependía directamente del rey con unos poderes equiparables en muchos aspectos a los de un virrey, aunque su rango fuera teóricamente menor— y cuya capitanía general, tras muchas discusiones en la Corte, tenía

jurisdicción sobre las provincias de Nuevo México, Coahuila, Texas, Chihuahua, y la colonia de Nuevo Santander —entre todas una extensión enorme—, llegó a Nueva Vizcaya en agosto de 1777. Tenía instrucciones de seguir al pie de la letra el reglamento de 1772 y, desde su punto de vista, el mejoramiento y la disposición racional de los presidios era la respuesta idónea para lograr la estabilidad de la zona, pero la teoría parecía darse de bruces con la realidad: casi al mismo tiempo que ponía el pie en el territorio bajo su jurisdicción, una banda apache quemaba la iglesia, las casas y el granero de San Cayetano de Calabazas —hoy en Arizona—.



La misión de Zuñi, Nuevo México, tal y como era durante el virreinato, en una fotografía tomada en 1873 por Timothy O'Sullivan. Establecida en 1630 fue abandonada a principios del siglo XIX. El edificio actual es una reconstrucción que se terminó en 1970. Biblioteca del Congreso, Washington.

Todos estos cambios coincidieron con la llegada a la frontera del coronel gaditano Juan de Ugalde[32], que había sido nombrado por el rey el 26 de marzo de 1776 gobernador

de la provincia de San Francisco de Coahuila, con la orden de protegerla de los ataques indios y, específicamente, de los lipanes y los apaches mescaleros. Ugalde tomó posesión de su cargo el 23 de noviembre de 1777 y, el 3 de mayo del año siguiente, con el apoyo de Croix, inició su primera campaña contra los mescaleros al norte de Coahuila y en las regiones texanas del río Grande —hoy el parque nacional Big Bend— y río Pecos. Los propósitos de la empresa eran diversos. Desde localizar a ciencia cierta las rancherías y destruirlas si era posible, hasta poner a prueba a los lipanes amigos para conocer los límites de la palabra que había empeñado su jefe, Xavielillo, dispuesto a hacer la guerra a los odiados mescaleros, a sus aliados y a sus parientes, si era preciso.



Mapa geográfico de la frontera de Nueva España, con las provincias y las tribus indias, realizado en 1779. El mismo año que se publicaba, Teodoro de Croix, comandante general de las Provincias Internas, le enviaba al virrey Bucareli un informe sobre la situación en la frontera: los ópatas del pueblo de Chinipas incitaban

a los indios cumpas para que se sublevasen; había posibilidades de un levantamiento en la Pimería Alta; los apaches atacaban Sonora, Coahuila y Nueva Vizcaya y se producían asaltos comanches, apaches y navajos en los pueblos de Pecuries, Valencia, Galisteo, Pecos, Taos, Laguna, San Ildefonso, San Felipe y Alburquerque, en la provincia de Nuevo México. Para enfrentarse a todo eso y defender el resto de la inmensa frontera, que aquí se ve perfectamente representada, Croix contaba solo con la escasa guarnición de los presidios, cuatro compañías volantes y 270 indios exploradores. Autor anónimo. Biblioteca Nacional de España. Madrid.

Ugalde, muy diestro a la hora de manejar todo lo referente al territorio «nómada» —en el que además de atacar a los apaches, buscó siempre afianzar alianzas con otros grupos a los que se comprometía a ofrecer protección, no solo contra naciones enemigas, sino también contra los misioneros y autoridades locales—, pronto se convirtió en una estratega experto en localizar las 77 rancherías en las que calculó que se organizaban más de 300 mescaleros; las dos primeras en las márgenes del Río Grande: una formada por unos 40 indios y capitaneada por «Zapato bordado» y otra, más al este, comandada por «Boca tuerta», ambos conocidos jefes de partidas que realizaban sangrientas incursiones contra los pueblos españoles.

Sus continuos éxitos le hicieron ganar una fama enorme en todo el virreinato, el problema fue que, a pesar de ello, al acabar los ocho meses de campaña los números que podía presentar eran muy bajos: 7 indios muertos —incluido el jefe Cuernitos—, 9 prisioneros, y 1 cautivo español liberado.

Anza, por su parte, comenzó el 15 de agosto de 1779 desde Santa Fe una exitosa campaña de un mes de duración contra los comanches en el transcurso de la cual derrotó y dio muerte a 30 de sus jefes, entre los que se encontraba Cuerno Verde, uno de los caudillos de guerra más importantes de su nación. Su pérdida, unida a una epidemia de viruela que devastó tres años después a los indios[33], llevaría a los comanches a negociar la paz en 1785 —escenificada con lo

que se denominó el «abrazo de Anza»—, cuando ya, como veremos, los Gálvez estaban otra vez en Nueva España.

Esa alianza, ocurrida tras la guerra contra los británicos, sería de especial importancia para la Comandancia General de las Provincias Internas, y el eje de la nueva política española en lo referente a los indios. Al ser el grupo más numeroso y fuerte militarmente de cuantos recorrían las Grandes Llanuras, la lealtad comanche era indispensable para la seguridad de la frontera, puesto que, a pesar de un constante proceso de disminución demográfica, patente también en otros grupos de la región, sus bandas podían disponer de varios miles de guerreros dispuestos para el combate, muy diestros en el manejo de la flecha, la lanza y el fusil, estos últimos, todos de excelente calidad.

No volverían a atacar al Nuevo México español durante décadas. El comercio en la Comanchería quedó establecido a través de los comancheros, que facilitaban armas de fuego y todo tipo de objetos a los indios. Esta relación se mantuvo incluso cuando los comanches comenzaron a hacer uso de las armas de fuego contra los colonos de Texas, al fin y al cabo una provincia española.

Ugalde emprendió su segunda campaña el 11 de noviembre de 1781, cuando lo mejor del ejército virreinal ya combatía en Luisiana, Florida o Nicaragua contra los británicos, y nadie tenía intención de prestar atención a un grupo de indios desharrapados en el límite norte de una frontera olvidada. La prolongó hasta el 23 de enero de 1782.

Con unos 150 soldados presidiales recorrió 300 leguas de ásperas tierras que le llevaron a rodear los ríos Grande, San Pedro Colorado y Puerco. En esta ocasión las operaciones estaban destinadas a terminar con uno de los más famosos caciques mescaleros, Gabol o Dagbole —«Hombre que anda a

caballo»—. Tras varias semanas vagando por el desierto, y salvo una pequeña escaramuza, no tuvo demasiado éxito, por lo que nada más regresar comenzó a organizar la tercera, ya con mucha más experiencia sobre las esquivas maneras de hacer la guerra que tenían sus enemigos.

Mientras, Croix no se cansaba de enviarle referencias sobre las instrucciones de gobierno expedidas por el rey en 1776 en la que hacía hincapié en que lo más importante y conveniente era mantener la paz mediante frecuentes regalos periódicos a los jefes y el suministro de los productos básicos que necesitaran, para —le decía— «procurar la conversión de las numerosas naciones de indios gentiles, valiéndose de los suaves y eficaces medios que prevenían las leyes de Indias, como el halago y el buen trato», pero el terco Ugalde, convencido plenamente de que lo único que se podía hacer era perseguirlos hasta su extinción, optó por no darse por enterado.

El 9 de marzo de 1782 partió con 194 soldados y algunos indios lipanes a lo que sería una odisea de cuatro meses. Peleó contra seis jefes mescaleros —Zaguadas, Chille, «Bigotes», Dagune, «Hombre consolado» y Quiliegulla—, que años antes habían entrado en Coahuila y habían asesinado a más de 80 españoles. Aunque solo mató a 19 apaches y cogió 77 prisioneros, muchos otros se vieron obligados a huir de sus rancherías o hacer la paz.

El sevillano Antonio María Bucareli y Ursúa, general de los ejércitos del rey y caballero de la Orden de Malta. Ejerció el virreinato con mano firme desde 1771 hasta su fallecimiento en 1779. Nunca aceptó de buen grado las injerencias del ministro de Indias en los asuntos de Nueva España ni la posición de Teodoro Croix —al que consideraba un advenedizo manejado por José de Gálvez—, como comandante general. Obra de Francisco Antonio Vallejo. Castillo de Chapultepec. México D.F.



Fue el principio del fin. Desde ese momento y hasta 1811, las relaciones de la Corona y sus representantes con el resto de las naciones indias que, si bien no eran potencias internacionales, en aquel contexto geográfico y estratégico podían considerarse un poder por sí mismo[34], sufrirían un cambio importante: se pasó de intentar llegar a pequeños acuerdo con ellas, a la ofensiva; especialmente contra los «bárbaros» apaches. Ugalde había marcado el camino: o rendición incondicional, o aniquilamiento.

2.ª PARTE

La hora de la venganza



Retrato de Bernardo de Gálvez realizado en 1785 por José Germán de Alfaro. Al fondo, se aprecia el bergantín Galveztown. Museo Nacional de México.

Confiemos en nuestra fuerza sin alardes y respetemos la de los otros sin temor.

Thomas Jefferson

2.1 Con paciencia infinita

Durante los primeros años de la década de los setenta del siglo XVIII, todo parecía indicar que la Luisiana, una tierra fértil donde la agricultura se desarrollaba de forma asombrosa extendiéndose hacia el Norte y el Este, se iba a convertir enseguida en una de las joyas de la corona de España. A pesar de que el gobierno se hubiese resistido en un principio a aceptarla, ante la duda de si los intereses de los colonos franceses allí residentes, sus problemas, su economía, su industria y las relaciones con un número aún mayor de tribus indias, supondrían más perjuicios que beneficios.

La enorme provincia que se extendía desde Nueva Orleans al Canadá, cuyos límites en la práctica nadie sabía a ciencia cierta dónde terminaban, que a los franceses les había costado enormes sumas de dinero mantener sin apenas provecho —realmente por eso lo cedían— aún estaba relativamente poco poblada, pero parecía rica, y sus habitantes formaban un saludable conjunto de europeos de diversas procedencias —franceses, alemanes, austriacos, algunos suizos—, negros libres, esclavos, mulatos —pardos y morenos— e indios. Estos últimos todavía dueños y señores de la mayor parte de las inmensas extensiones de tierras que, en buena parte, ni siquiera habían sido exploradas por los blancos.

Comerciantes, cazadores, religiosos y militares, seguían en su afán de extender las fronteras de ese territorio que parecía tener personalidad propia. Remontaban los ríos hasta lo más profundo del interior del continente, creaban asentamientos, puestos comerciales o fuertes y ampliaban las relaciones con los indios. Había sido un poco sorprendente para sus

residentes el pasar a ser súbditos de un país y un monarca diferentes, y el cambio un poco complicado para el gobierno de Madrid, pero la soberanía española se había asentado con firmeza y la población *creole* se adaptaba bien a la nueva administración. Tanto, que la tolerante Nueva Orleans, la ciudad fundada en 1718 en la margen oriental del Misisipi por Jean Baptiste de Bienville en honor del duque de Orleans, regente de Francia, comenzaba a ser un destino incluso más atractivo que La Habana.

Mucho más desde el momento que se mantuvo la creación de nuevos puestos comerciales para garantizar ingresos que hiciesen atractiva la vida en la colonia. Por ello los gobernadores se mostraron tolerantes con muchas de las restricciones al comercio que se exigían desde la Corte y nunca dejaron de quejarse e intentar explicar que esas medidas limitadoras perjudicaban la prosperidad de la provincia.

No deja de ser llamativo que la aplicación menos estricta de las leyes convirtiera en unos años a Luisiana en una de las colonias con más porvenir de América. Por ejemplo, se mantuvo en sus puestos a los oficiales franceses que lo desearon, a los que se les reconoció el grado que tenían, o se apoyó a comerciantes y plantadores de la misma nacionalidad con prebendas y concesiones, favores que devolvieron con creces a la Corona. Tales fueron los casos del parisino Athanase de Mezieres, nombrado en 1769 comandante del importante fuerte de Natchitoches, en la frontera con Texas, porque los indios se negaban a comerciar con españoles. El de Post du Rapide, una posición fortificada de origen privado fundada en 1723 junto al río Rojo para prevenir ataques indios, cuyo mantenimiento fue apoyado por las autoridades españolas, o más adelante, en 1794 y 1795, los del francés Jean Baptiste Truteau y el escocés James MacKay, respectivamente,

que extendieron la presencia española en la región hasta límites insospechados. Unos y otros colaboraron a mantener la soberanía, la expandieron, o impulsaron la creación y mantenimiento de milicias regladas y uniformadas que defendieron el territorio para España.



Mapa de Luisiana y el río Misisipi publicado en 1718 por el cartógrafo francés Guillaume De Lisle. Contiene la primera mención de los cheroquis en un mapa oficial europeo, denominados charaqui *por De Lisle. Un amplio grupo de pueblos* charaqui están situados *por encima de la confluencia de los ríos Tennessee y Pequeño Tennessee. Una amplia concentración de pueblos koweta aparece junto el río Chattahoochee. En ese momento, los muskogeans y yuchi aún ocupaban la cuenca del Pequeño Tennessee, sin embargo, las palabras* creek *y* muskogee, *no se utilizan. Tampoco se hace mención a los colonos españoles que vivían en las montañas Apalaches. Los* chalaque *ocupan en el mapa tierras del sureste de Georgia, antes en manos de la confederación yamasee.*

En este panorama tan esperanzador, la única amenaza era el territorio británico que se extendía al este del Misisipi, también poco poblado en la frontera, pero que de Canadá a Florida, suponía una población de millones de habitantes en

continuo crecimiento. Era posible que los menos de 50 000 pobladores de Luisiana tuvieran problemas si la expansión británica hacia el Oeste se aceleraba, y su destino podía llegar a ser tan oscuro como lo había sido el de los acadianos —exiliados del Canadá francés ocupado por los ingleses—.

De hecho, los británicos se habían establecido con rapidez en la Florida Occidental desde que estaba en sus manos. En 1763, tras evacuar La Habana, dos de sus regimientos pasaron a ocupar de inmediato las plazas de Pensacola y Mobila, y no tardaron en construir nuevas fortificaciones en Manchac —Fort Bute—, en la confluencia de los ríos Iberville y Misisipi, y en Natchez —Fort Panmure—. El Iberville, la única vía fluvial que se internaba en su territorio junto a la costa era la clave para el comercio británico, pues aunque mantenían el derecho a la navegación por el Misisipi, las dos orillas estaban en manos españolas.

La mayor dificultad a la que se enfrentaba España en esa inmensa provincia —como siempre—, era la escasez de tropas para defenderla. Ya en 1767 su primer gobernador, Antonio de Ulloa, un brillante científico y oficial de la armada respetado en toda Europa, había tenido que echar mano de los soldados franceses que estaban allí destinados y ofrecerles mantener los 35 pesos mensuales que cobraban —los españoles percibían por entonces 7 pesos—, para formar en las filas del rey Carlos III. Un compromiso que muy pocos aceptaron.

A pesar de ello, primero Ulloa y luego Luis de Unzaga y Amézaga, su sustituto, habían conseguido establecer y mantener algunos aposentamientos tanto en la Baja Luisiana como en Ilinueses —la Alta Luisiana—: Uno en la confluencia de los ríos Misuri y Misisipi, otro —para consolidar San Luis — en Ilinueses, un tercero frente a los puestos ingleses de

Manchac y Natchez y el último, dividido, en los dos márgenes de la desembocadura del Misisipi. Todos, a la manera de la época, constituidos por un fuerte y florecientes poblaciones en las que se establecieron algunos colonos acadianos y las esposas e hijos de los soldados casados.

Fueron suficientes cuando en 1768 los británicos abandonaron casi por completo sus posiciones en la Florida Occidental para agruparse en San Agustín, en la Florida Oriental, hartos de deserciones y enfermedades; pero completamente inútiles desde el momento en que decidieron regresar con mayores bríos en 1770, nada más estallar una crisis con España por la posesión de las Malvinas, y se pusieron de nuevo a construir peligrosas fortificaciones. «Si la guerra se declara —le escribió en esos momentos Unzaga al ministro Arriaga—, los ingleses podrían descender por el río hasta Nueva Orleans sin obstáculo alguno[35]».

Esas pesimistas predicciones iban bien encaminadas. El general Thomas Gage, comandante en jefe de las tropas en las colonias americanas, se encontraba en Nueva York reuniendo soldados y pertrechos con los que invadir Luisiana por los ríos Ohio y Misisipi. Pero la guerra nunca llegó. Españoles y británicos, resolvieron todo el asunto mediante arduas negociaciones.

Entonces surgió un nuevo riesgo, los ingleses descubrieron las tierras fértiles de Natchez, Baton Rouge y Manchac, junto al Misisipi, y colonos, criados, comerciantes y esclavos, comenzaron a establecerse en la orilla oriental del río de forma imparable. Unzaga, muy alarmado, informó de todos esos movimientos de gentes, barcos y bienes que se producían frente a Nueva Orleans, pero únicamente recibió acuse de recibo de sus cartas y una tímida orden de que se mantuviera atento. Durante los más de dos años que los estuvo

observando concienzudamente, a los británicos les dio tiempo a hacerse con el control de la mayor parte del comercio de la zona. Era lo que querían desde el principio, luego tampoco tuvieron necesidad de desplegar grandes fuerzas militares.

¿Qué ocurrió? Lo normal en España. Como ya no había ninguna preocupación, se instaló la desidia en todas las defensas en vez de aprovechar la paz para mejorarlas. La estacada que protegía Nueva Orleans y Bayu San Juan, quedó en ruinas, podrida por la humedad, con sus cañones al descubierto. En Manchac, Punta Cortada, Natchitoches, el río Misuri y Arkansas la empalizada resistía, pero los exiguos cañones no servían, ni tampoco había pólvora fresca, cureñas, tiros o pertrechos. Todo eso sin contar que el batallón fijo, que se suponía sobre las armas, estaba reducido a 500 hombres escasos, muchos de ellos desertores del depósito de La Coruña enviados a servir allí como castigo. Nadie podía imaginar, ni siquiera los miembros mejor informados del gobierno de Carlos III, que todo daría un giro sorprendente a partir de abril de 1775.

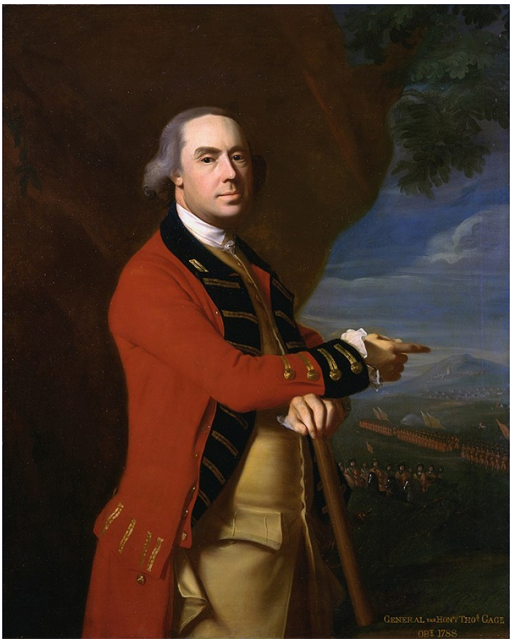
Antonio de Ulloa, nacido en Sevilla en 1716, con uniforme de teniente general de la armada. Miembro de diversas academias científicas de Europa y caballero de la Orden de Santiago, fue gobernador de la Luisiana de 1766 a 1768 y general de las flotas de 1776 a 1778, pero su servicio activo no resultó tan brillante como su faceta de hombre erudito. Obra de Andrés Cortés realizada en 1856. Palacio de San Telmo, Sevilla.



2.1.1 Un té demasiado frío

En la Costa Este de América del Norte, bajo absoluto control británico desde que terminara en 1763 la Guerra de los Siete Años, la clase dirigente de las Trece Colonias originales —bastante culta para la época—, se mostraba muy influenciada por las ideas filosóficas de los enciclopedistas franceses, que veían en la ciencia pura una nueva fuerza motriz intelectual capaz de luchar contra el oscurantismo de las autoridades políticas y religiosas. En esencia, era una élite ilustrada que pretendía elevar en todos sus aspectos el nivel social de los ciudadanos con los que convivía, mediante la razón y la educación, pues pensaba que si se les enseñaba la verdad y se aumentaba su nivel cultural, no caerían en los mismos errores del pasado. Principalmente en lo referente a

libertad religiosa, igualdad entre todos los seres humanos y gobierno del pueblo como expresión de un convenio entre ciudadanos.



El teniente general Thomas Gage, un veterano soldado de familia noble que había combatido en Fontenoy y Culloden. Fue el creador en 1757 de la infantería ligera británica, que se adaptaba mejor a la lucha en los densos bosques de América del Norte. En octubre de 1775, debido a la inclinación de su esposa hacia la causa rebelde, se fue a Londres. Lo sustituyó William Howe. Obra realizada en 1788 por John Singleton Copley. Universidad de Yale, New Haven.

Eran ideas claramente enfrentadas a las de la monarquía absolutista que reinaba en Europa, pero que rápidamente se afianzaron en la parte que les convenía —la igualdad de razas, por ejemplo, ya no les resultaba tan interesante—, entre los colonos angloamericanos, mayoritariamente de origen inglés, escocés y galés, con un fuerte componente irlandés y notables minorías de origen alemán y holandés que, dedicados a la agricultura y al comercio, se mostraban hábiles e industriosos y disponían de una educación básica muy desarrollada, hasta el extremo de que la mayor parte de ellos sabían leer y escribir. Casi todos eran protestantes, pero se toleraba a una pequeña parte de la población que profesaba el catolicismo, y se había consolidado un pequeño grupo de judíos.

Estaban muy alejados de la metrópoli, eran celosos de sus libertades y mantenían un buen espíritu emprendedor, lo que

terminó por llevarlos a oponerse a los impuestos que les exigía el gobierno británico. Entendían que no tenían por qué pagarlos, puesto que en realidad su opinión no era tenida en cuenta, se les consideraba ciudadanos de segunda y no estaban en plano de igualdad con los británicos europeos. Razón que les había llevado a solicitar la presencia de sus representantes en el Parlamento de Londres. Una petición que se les negó categóricamente, y que aumentó la frustración de muchos de sus líderes.

Tampoco ayudó mucho el hecho de que, en la práctica, las normas reguladoras del comercio beneficiaran claramente los intereses europeos —pues obligaba a las colonias a comprar determinados productos en Inglaterra—, ni que otras medidas impuestas por el gobierno, como la prohibición de expandir las colonias al oeste de los montes Alleghany, en la cordillera de los Apalaches, gustaran demasiado en la frontera, donde ya eran muchos los que estaban dispuestos a ignorar directamente las normas dictadas por el rey.

Las primeras revueltas comenzaron en los puertos, donde los americanos se opusieron a la importación obligatoria y la imposibilidad de exportar sus productos. Un incidente ocurrido en Boston en 1768 tras la detención por los británicos de la tripulación del buque *Liberty*, acusada de actividades ilícitas de contrabando, provocó un motín popular. A partir de entonces, la situación en Nueva Inglaterra se fue complicando paulatinamente, hasta que, el 5 de marzo de 1770, también en Boston, las tropas británicas estacionadas en la capital de la Provincia de la Bahía de Massachusetts con el fin de proteger a los funcionarios de la Corona, respondieron a una algarada formada ante un centinela abriendo fuego contra la multitud que le increpaba.

Abatieron a cinco ciudadanos, todos varones —tres, Samuel Cray, James Caldwell y Crispo Attucks, murieron en el altercado; los otros dos, Samuel Maverick y Christopher Monk, a consecuencia de las heridas—. Desde ese momento, aunque se detuvo y condenó a los soldados implicados en el incidente[36], que habían actuado sin órdenes, ya nadie logró detener los continuos enfrentamientos.

Por si fuera poco, un intento del Parlamento británico de evitar la quiebra de la Compañía de las Indias Orientales mediante la rebaja radical de los impuestos sobre el té que se enviaba a las colonias americanas, provocó nuevas e intensas protestas, ya que los norteamericanos consideraron que se les arrebataba uno de sus escasos derechos. Los incidentes en los puertos se ampliaron a Nueva York y Filadelfia, pero destacó el ocurrido otra vez en Boston, donde unos ciudadanos disfrazados de indios tiraron por la borda al mar el cargamento de té de los buques británicos. La reacción de las autoridades fue muy dura y la respuesta americana consistió en convocar el 5 de septiembre de 1774, en Filadelfia, el Primer Congreso Continental. En él estuvieron representadas la mayor parte de las colonias de Norteamérica —faltaron Nueva Escocia, Terranova, Canadá y las Floridas—, que no eran parte de las autodenominadas Trece Colonias. De ellas solo estuvo ausente Georgia, que esperaba soldados de refuerzo para solucionar los graves problemas que tenía con los indios en la frontera, y no quería indisponerse con los británicos.

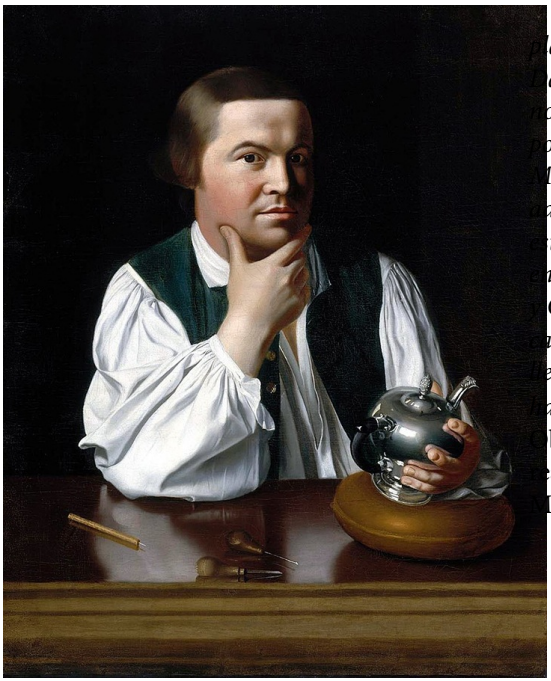


El incidente ocurrido el 5 de marzo de 1770, conocido actualmente como «La masacre de Boston». Los soldados, acusados de homicidio, fueron defendidos durante el juicio por el futuro presidente de los Estados Unidos, John Adams. Obra de Alonzo Chappel realizada en 1868. Biblioteca Pública de Nueva York.

El Congreso contó con la presencia de 56 delegados de unos territorios que, en ningún caso, tenían una pasión abrumadora por la independencia —en realidad, sus defensores eran una minoría—, y los asistentes fueron descritos como un tercio *whig*, un tercio *tory*[37] y el resto variable, es decir, que estaba dispuesto a sumarse y animar a cualquiera de los bandos que pareciera resultar ganador. De hecho, solo se llegó a emitir una declaración de derechos y agravios que se envió a Jorge III y al Parlamento de Londres. Ninguno de sus puntos fue atendido, por lo que decidieron volver a reunirse más adelante.

El 14 de abril de 1775, después de un duro y complicado invierno en el que el Parlamento había declarado a Masachusets bajo la Ley Marcial, el general Gage recibió la orden de arrestar a todos los insurrectos y a sus líderes. La noche del 18, envió a una fuerza de 800 hombres al mando

del teniente coronel Francis Smith para apoderarse de las municiones almacenadas por la milicia colonial en Concord y, a la mañana siguiente, entraron en Lexington. Los enfrentamientos que se produjeron entre las tropas regulares británicas y las cada vez más numerosas milicias norteamericanas disponibles, que obligaron a las tropas de Smith a retirarse a la seguridad de Charlestown y acabaron por sitiar Boston, fueron gravísimos, lo que auguró el comienzo de una abierta rebelión.



Paul Revere, el conocido latero que junto a William awes protagonizó la cabalgada octurna el 18 de abril de 1775 or las actuales Somerville, edford y Arlington, para dvertir que las tropas del rey taban a punto de embarcarse n Boston camino de Lexington Concord. Una linterna en los mpanarios era la señal de que egarían por tierra, dos, que lo arían por el río Charles[38]. bra de John Singleton Copley alizada entre 1768 y 1770. useo de Bellas Artes, Boston.

Boston, en realidad no tenía ningún interés militar, salvo por su puerto. No había objetivos dignos de ataque ni las tropas británicas corrían ningún peligro, pues el istmo que la unía al continente apenas podía cruzarse con la marea alta, pero era la tercera ciudad de Norteamérica, con cerca de 16 000 habitantes, y el gobierno no podía permitir que ese pulso se mantuviese.



La muerte del general Warren en Bunker Hill. *La gran mayoría de las bajas en el ejército de Howe se produjeron durante el desorden que siguió a la retirada de las milicias continentales. Los británicos las menospreciaron y no mantuvieron la imprescindible formación, cosa que sí hicieron los colonos*. Obra de John Trumbull realizada en 1786. Museo de Bellas Artes, Boston.

Apenas un mes después de los sucesos de Lexington, el 10 de mayo, se reunió de nuevo el Congreso Continental, ya con la intención de que cada colonia reclutase a su propia milicia y todas juntas se organizasen para la inminente guerra civil. Se declaró al propio Congreso presidido por el rico plantador virginiano Peyton Randolph[39] como órgano de gobierno para las Trece Colonias y se decidió la creación de un ejército, el de Observación —precursor del Ejército Continental—, que fue puesto al mando de George Washington, un experimentado general de la milicia de Virginia —coronel si hubiese estado en el ejército regular—, que había combatido en las guerras francoindias durante el decenio anterior. Desde entonces llevaba retirado, dedicado a la política y a la explotación de sus extensas haciendas.

A mediados de junio, con el buen tiempo y las unidades de un convoy de refuerzos llegado del otro lado del Atlántico, Gage decidió pasar a la acción y acabar con aquella «chusma pueblerina» que le incomodaba. La tarde del 16, a la caída del sol, el ejército se puso en marcha y, la mañana del 17 ya cerca del istmo, en Bunker Hill, una de las tres colinas que rodean la península de Charlestown, las unidades británicas, dirigidas por el general de división William Howe, se enfrentaron por primera vez en campo abierto a las milicias continentales que los cercaban.

Los soldados profesionales, con disciplina y experiencia, derrotaron sin demasiados problemas a los hombres que mandaban el general Israel Putnam —un mediocre oficial de milicias— y el coronel William Prescott —también oficial de milicias pero mucho más capacitado que su colega—, pero de forma totalmente inesperada sufrieron un gran número de bajas[40]. Todo hacía presagiar que acabar con el levantamiento era, como mucho, cuestión de un par semanas. No fue así.

Indignado por la batalla, el rey Jorge declaró a Nueva Inglaterra en estado de rebelión y, poco a poco, la idea de la independencia, que hasta entonces en realidad casi no había defendido nadie, comenzó a extenderse. En palabras del capitán Levi Preston, que intervino en los combates de Lexington y Concord, entrevistado en 1842 a la edad de 91 años por el historiador estadounidense Mellen Chamberlain: «Yo nunca me sentí oprimido, tampoco bebí jamás una gota de té, vi ningún timbre —se refiere a los impuestos de la Ley del Timbre— o leí otra declaración que no fuera la Biblia, pero siempre nos habíamos gobernado a nosotros mismos y teníamos la intención de seguir haciéndolo».

Tras varias semanas de discusiones y enfrentamientos, los participantes en el Congreso Continental llegaron el 2 de julio a un acuerdo: presentar a votación una resolución tomada el 7 de junio que declaraba formalmente rotos todos los vínculos con el Estado y la Corona de Gran Bretaña y, consecuentemente, la independencia de una nueva nación llamada Estados Unidos de América. El día 4 se decidió aceptarla de común acuerdo. Solo Nueva York se abstuvo de votar.

Para Inglaterra, la única solución era la guerra abierta, solo que a diferencia de otras ocasiones, entre los ciudadanos de la metrópoli no hubo manifestaciones ni grandes demostraciones de patriotismo. Esa no era su lucha.

2.2 Un lugar peculiar

En enero de 1776, en cuanto tomó posesión de su flamante y poderoso puesto, el activo José de Gálvez, que necesitaba que la Luisiana sirviera de colchón ante los indios, los contrabandistas, los agentes extranjeros y los siempre codiciosos británicos, se entrevistó con el capitán del primer batallón del fijo, Francisco Bouligny, que se encontraba en la Península.

Bouligny escribió una larga memoria sobre las mínimas defensas que existían, el escaso número de pobladores, las relaciones con los indios, el contrabando con los ingleses y la falta de comercio legal. Gálvez, agradecido, le nombró teniente del gobernador de la provincia, encargado de los asuntos de emigración, comercio y relaciones con los indios, y le prometió enviar pobladores, crear un nuevo batallón y estimular el comercio mediante el tabaco, el cáñamo y el lino.

Por lo demás, la extensión de la insurrección de los colonos americanos no parecía influir en un primer momento en la vida de la Luisiana. Solo el hecho de preservar tenazmente la enorme línea divisoria que suponía la frontera con los territorios británicos ahora en rebelión, ya era, por sí mismo, un desafío más que suficiente. De todas formas, el ministro y la Corte, muy conscientes de la gran importancia que podía tener la provincia, decidieron adoptar medidas que demostrasen su decidida voluntad de mantener con firmeza su soberanía y autoridad. Más que nada para evitar que los bandos en liza se aprovechasen de una supuesta debilidad.

Era la ocasión para Gálvez de que ejerciera el gobierno una persona de su entera confianza que le permitiera mantener sus propias fuentes de información, y que mejor que enviar a su sobrino y protegido, Bernardo. Venía de desempeñar un buen papel en la desastrosa campaña contra Argel y tenía experiencia en América, por lo que no le fue difícil designarlo el 22 de mayo como nuevo coronel del batallón de la Luisiana, con destino en Nueva Orleans, en sustitución de su titular hasta entonces, José de Estacherría.

De ahí a conseguir nombrarlo el 19 de julio —tan solo unos pocos días después de la declaración de independencia de las colonias norteamericanas—, gobernador interino de la provincia en sustitución de Unzaga, al que el ministro había ascendido a capitán general de Venezuela[41] para que dejara el campo libre, ya no hubo más que un paso. Máxime cuando el ya cincuentón Unzaga tenía sus finanzas bien saneadas desde que había contraído matrimonio en 1770 con la joven de 18 años María Isabel de Saint Maxent, hija de un acaudalado plantador y comerciante francés que tenía el derecho exclusivo de negociar con las tribus nativas a lo largo del río Misuri. Puede que fuera casualidad, pero Saint Maxent

tampoco casaría mal a su otra hija, María Felicidad, la futura esposa de Bernardo de Gálvez.



La declaración de independencia. *De izquierda a derecha, Robert Livingston, Roger Sherman, John Adams, Thomas Jefferson y Benjamin Franklin*. Obra de Alonzo Chappel realizada en 1858. Museo de Aret Heckscher, Nueva York.

Gálvez llegó a Nueva Orleans desde La Habana, a bordo del bergantín *Santa Catalina* el 3 de diciembre. Tomó el mando de su unidad, que contaba apenas con 462 hombres repartidos en solo 7 compañías la semana siguiente, y la dirección de la provincia el 1 de enero de 1777. Sus instrucciones, aunque dependía en los asuntos militares de la Capitanía General de Cuba, eran muy claras: «Atender las defensas de la provincia y asegurarlas contra un posible ataque inglés». Durante los siguientes dos años y medio cumpliría esa misión con creces.



Mulatas con sus hijos y sirvientes. *Los creoles de Luisiana eran descendientes de franceses, españoles, africanos y nativos americanos. Convivían con los cajuns, descendientes de acadianos exiliados, y con los europeos, lo que convertía Nueva Orleans en algo fascinante*. Obra de Agostino Brunia realizada entre 1764 y 1796. Museo de Brooklyn, Nueva York.

Es curioso —podríamos reflexionar—, que a pesar de estar en una zona tan expuesta, La Luisiana —una intendencia— no formara parte de las Provincias Internas, con las que enlazaba en la confluencia de las cuencas del Misisipi y el Misuri, ni tuviera dependencia alguna del virrey de Nueva España, pero eso precisamente era lo que la permitía mantenerse en manos del ministro Gálvez. Además, hay también que tener siempre presente en todo lo relativo a la costa Este de Norteamérica durante estos años, que La Habana no solo era la capital de la administración y la economía de las islas del Caribe, sino que actuaba como centro logístico del Golfo de México. Desde finales de la década de 1760 el puerto principal de Cuba se convirtió en el

cuartel general de las tropas españolas al otro lado del Atlántico, y su astillero vivió una etapa de intensa actividad. En sus muelles se mezclaban comerciantes, esclavos, marineros y, sobre todo, soldados.

Nada más ocupar su puesto en la capital de la Luisiana, mientras su tío reforzaba la red de agentes y espías que operaban en todas las colonias británicas —además de en las de Norteamérica, en Bahamas, Jamaica y el resto de puestos del Caribe—, a fin de tener información fiable del desarrollo de la guerra[42], Bernardo inició, al principio tímidamente, un refuerzo de los puestos del Misisipi y del interior, para afirmar la presencia española. Muchos emigrados de origen francés y no pocos de las vecinas posesiones británicas se habían establecido también en el curso del río y, aunque parecían participar de intereses comunes con los españoles a la hora de afianzarse en el territorio e incrementar los negocios con los indios, no dejaban de resultar peligrosos.

Para asegurar sus fronteras y establecer las imprescindibles relaciones con los indios, Gálvez decidió de inmediato emprender un viaje desde Nueva Orleans a Punta Cortada, junto al Misisipi, a unos 120 kilómetros de la capital, uno de los antiguos establecimientos franceses que se dedicaba al cultivo del tabaco y la exportación de madera. El objetivo era establecer contacto con 6 naciones indias que nunca habían sido amigas —chactas, atacapas, opeluzas, bicategueny, nilchez y carcovas— y otras 14 partidas —alibamones, chetimachas de la Grande Tierra, chetimachas del Río, tingas, illinois, houmas, bayagoulas, arkansas, jónicas, avoyelles, hogoulas, biloxis, mobilanos y chactos independientes—, que los ingleses habían expulsado para ocupar sus tierras. Todos ellos fueron atraídos hacia el bando español a cambio de 13 429 libras y 12 sueldos, el equivalente a 21 487 reales y 12 marcos de plata. Una inusitada generosidad que, como le dijo

a su tío cuando le escribió para contarle la novedad, había sorprendido a los indios y causado entre ellos «bastante admiración».

A cambio, los indios ofrecieron «mantenerse incorruptibles», y entregaron como prueba las medallas que habían recibido de los ingleses con la intención de que les dieran otras con la efigie del rey de España. Gálvez no tenía ninguna, pero prometió que se las enviaría.

La relación con los chactas, que eran una de las tribus más numerosas establecidas en la Florida Occidental que ocupaban los ingleses, aunque no fuera con todos sus caciques, resultaba vital para los españoles si se declaraba la guerra. Mientras, servía para aumentar el comercio, puesto que ellos mismos, que decían «no estar contentos de la mala fe de los ingleses ni de sus efectos» solicitaron que Gálvez les mandara a los tratantes de su rey.

Precisamente, a partir de sus observaciones en la región y su experiencia previa en el combate con los apaches, Bernardo urgió a su tío a confiar en ese comercio para controlar a los indios de Florida, y no en guerras costosas e ineficaces como las que se mantenían en Nueva España. «A través del comercio —le escribió—, el rey daría gran contento a los indígenas durante diez años con la suma que gasta anualmente en hacerles la guerra».

Aparentemente persuadido por ese argumento, y acuciado por ahorrar recursos para asignarlos a preparar la guerra con Inglaterra, su tío puso en marcha tanto en Luisiana como en Nueva España una política de relativa «dulzura, buen trato y beneficencia hacia los indígenas»: Instruyó a sus funcionarios a realizar solo acciones defensivas para evitar matanzas, y procuró que los indios dependieran de los españoles para obtener sus provisiones, bienes y armamento. «Conseguido

esto —le había dicho Bernardo—, no podrán vivir sin nuestros auxilios».

La idea era buena, pero duró solo el tiempo imprescindible. En 1782, cuando Inglaterra ya estaba vencida, José de Gálvez dispuso que se volviera a la guerra ofensiva, atendiendo a las reclamaciones de los oligarcas más poderosos de la frontera, que indignados por las incursiones indias, demandaban una política militar más agresiva que protegiera su ganado y sus posesiones.

En cuanto a mejorar los vínculos con los colonos rebeldes, como se esperaba, habían acudido enseguida a Luisiana para buscar aliados. A mediados de diciembre, apenas cinco meses después de que los representantes de la Convención de Virginia declarasen la independencia, le propusieron a Gálvez como gobernador interino la colaboración comercial, militar y política con el mutuo interés de enfrentarse a la monarquía británica. La carta[43] que le enviaron iba firmada por Edmund Pendleton, el presidente de la Convención, y la ratificaban un gran número de delegados. Además, autorizaba la mediación en todo lo referente a esa solicitud del general Charles Lee, que a su vez le entregó otra carta a Gálvez en la que se reafirmaban todas las propuestas anteriores. Finalmente, se adjuntaba una nota aclaratoria del coronel George Gibson, a cargo del 1.º regimiento del estado de Virginia, en la que se concretaba el ofrecimiento rebelde a conquistar a cambio Pensacola, para entregársela posteriormente a la Corona española.

En este caso el gobernador sí siguió paso a paso las directrices de José de Gálvez. A partir de agosto, con mucha precaución —tal y cómo le ordenaba el ministro, que en su carta de contestación dejaba entrever muestras de preocupación ante las posibles represalias inglesas[44]—,

además de a proteger la provincia de cualquier intento de agresión británica, se dedicó a favorecer la causa de los insurgentes americanos a los que abrió la navegación por el Misisipi y les permitió moverse por los dominios y costas españolas. Eso les garantizaba una vía libre y abierta de obtención de suministros, armas y municiones.

Regimiento fijo de la Luisiana



El uniforme estaba confeccionado con telas que permitieran aguantar mejor el calor y la humedad. La casaca era de lino blanco con botones de peltre y forro, cuello y puños azules y el chaleco y el pantalón también de lino, pero de color azul. La cartuchera de cuero negro se sujetaba con un correaje de ante color crudo. Siempre se llevaban polainas de lona blancas que llegaban encima de la rodilla y se sujeta en la parte exterior de la pierna por una fila de dieciséis pequeños botones de cuerno. El diseño representado forma parte del expediente sobre uniformes para los terceros batallones de los regimientos fijos de La Habana y Luisiana que presentó el 15 de septiembre de 1785 Esteban Miró al marqués de Sonora. Archivo General de Indias, Sevilla.

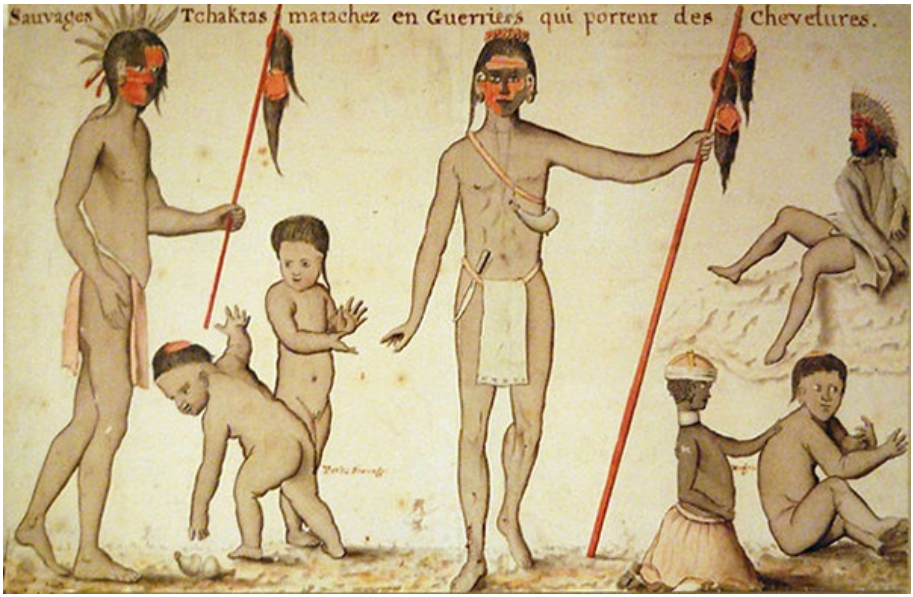
El Real Ejército decidió organizar en octubre de 1769 un solo batallón fijo para cubrir todo el extenso territorio de la nueva colonia. Se creó con 12 oficiales españoles y 24 franceses tomando como base para la tropa a 213 hombres de los regimientos de Aragón y Guadalajara que habían llegado en agosto desde La Habana formando parte de una expedición destinada a

pacificar la provincia dirigida por Alejandro O'Reilly, 200 soldados adicionales del regimiento de Lisboa y cerca de 100 franceses, nacidos en la provincia o pertenecientes a regimientos que habían regresado a Europa. A pesar de tratarse solo de un batallón, su comandante tendría el grado y sueldo de teniente coronel.

El batallón disponía de 8 compañías de fusileros y 1 de granaderos. Aumentó sus efectivos para tener entidad de regimiento al crearse un segundo batallón a partir de 1777 y fue incrementado con un tercero tras la guerra con los británicos.

El 1.º y el 2.º, bajo el mando directo del gobernador y apoyados por la milicia de la ciudad, estaban de guarnición en Nueva Orleans. El 3.º, a partir de 1783 estuvo destinado a proteger las plazas de Pensacola, Mobila y San Marcos de San Agustín, con un pequeño destacamento en San Marcos de Apalache. En 1804, el regimiento pasó entero —siempre incompleto— a Florida, al cederse la soberanía de Luisiana a los Estados Unidos.

A la corte de Madrid y a sus ministros, todas esas conversaciones que se llevaban en estricto secreto por orden real les servían como detonante idóneo para volver a abrir un conflicto con Londres que se había cerrado en falso. Sentían que era una gran oportunidad, pero de momento se mostraron cautos, divididos entre los que se sentían asqueados por una rebelión popular que quería desembarazarse de la monarquía absoluta y los que pensaban que era la ocasión idónea de prepara un plan para vengarse de Inglaterra y, al mismo tiempo, asentarse con firmeza en Norteamérica.



Indios chactas —choctaw— *con pinturas de guerra y cabelleras atadas a sus lanzas. Hacia 1780 eran unos 20 000 individuos en 60 o 70 poblaciones repartidas en las orillas del rio Yazoo —Misisipi inferior y al Oeste de los ríos Alabama y Tombigbee —centro y sur del Misisipi—.* Obra de Alexandre de Batz realizada en 1732.

De hecho, desde primeros de 1777, consciente de que tenían buenas relaciones con los españoles, el Segundo Congreso Continental, que se mantenía en la clandestinidad, había designado al médico y abogado Arthur Lee, por entonces su representante en París —un puesto que ahora pasaba a desempeñar Benjamin Franklin—, para que actuara como su enviado en España y Prusia. En la corte de Potsdam no le fue mal, pero en España obtuvo un gran éxito. Con el beneplácito del gobierno contrató el envío a través de la compañía bilbaína de José Gardoqui e Hijos[45] de 215 cañones de bronce, 4000 tiendas de campaña, 12 826 granadas, 30 000 mosquetes, 30 000 bayonetas, 30 000 uniformes, 51 314 balas y 300 000 libras de pólvora, que serían embarcadas en un puerto francés para ser expedidas a Boston, vía las Bermudas. Todo por un valor de 946 906 reales.

A esa ayuda habría que sumar los créditos por 7 944 906 reales que la Corona también concedió a las colonias americanas entre 1776 y 1779, a través del comerciante irlandés Oliver Pollock, afincado en Nueva Orleans, para la compra de toda clase de suministros: uniformes, zapatos, mantas, alimentos, medicinas, balas, pólvora, mosquetones, yesca, cañones y otros materiales, que fueron enviados por los ríos Misisipi y Ohio, a las mal provistas tropas de George Washington, Charles Lee y el coronel de las milicias de Virginia George Rogers Clark[46], lo que permitió al Ejército Continental sostenerse y asegurar todo el territorio al Oeste de los montes Alleghany.

Gardoqui y Pollock, que acabaría por convertirse en encargado de los asuntos navales de la Revolución y agente del Congreso de Filadelfia ante las autoridades españolas, hacían llegar todos los suministros a uno de los miembros de la red de espionaje que comentábamos en las páginas anteriores, establecido ahora en Filadelfia: Juan de Miralles. Un rico comerciante nacido en Petrel, Alicante, de padre español y madre francesa, que tenía residencia en La Habana desde 1740 y al que José de Gálvez, por recomendación expresa de Diego José Navarro, capitán general de Cuba, nombró el 21 de enero de 1778, de manera extraoficial, Comisionado Real de España ante el Congreso Continental, con unos «gastos de representación» de 39 000 pesos. Oficialmente dedicado al tráfico de esclavos desde 1765, es de suponer que estableciera relaciones con los ingleses durante el tiempo que ocuparon La Habana[47].

En cualquier caso le sirvieron para establecer una red propia de agentes en Savannah, Charleston y Baltimore para vigilar el curso de la revuelta a lo largo y ancho de las zonas involucradas en la guerra, mantener sus negocios, y canalizar los créditos que conseguía en el extranjero Robert Morris[48]

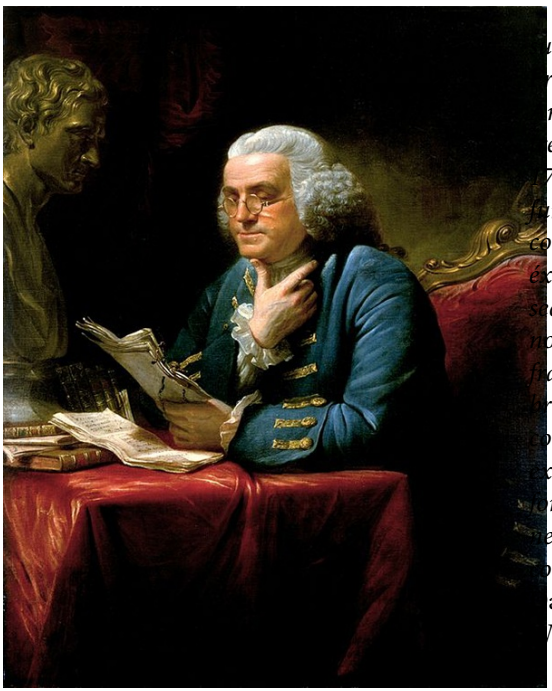
—un miembro del Comité de Correspondencia Secreta, creado en 1775 por el Congreso Continental para, entre otras cosas, financiar la guerra—. Miralles conseguía así algo también muy español: cumplir sus objetivos con la Corona, a la que informaba mediante mensajes ocultos en sus navíos, y seguir engordando sus arcas gracias a la guerra.

Mientras, Bernardo de Gálvez continuaba ampliando su control de la Luisiana para mostrarles a los ingleses la creciente fuerza española en el Misisipi y, como se suponía, desde el momento en que el comercio español se involucró en la guerra, los incidentes con los británicos comenzaron a ser habituales. Buques de la *Royal Navy* o corsarios ingleses se dedicaron a apresar con frecuencia navíos con bandera española y tripulantes americanos que ejercían el contrabando, a pesar de que ambas naciones estaban formalmente en paz.

El tema del contrabando le daba lo mismo, pero Gálvez no estaba dispuesto a soportar insultos de sus vecinos. A finales de abril de 1777, cuando los ingleses capturaron en el lago Pontchartrain un bajel español y otro francés cargados de alquitrán, con todos los permisos en orden, el gobernador respondió con el apresamiento en una sola noche de 11 buques británicos dedicados al comercio ilegal[49] y un bando que dictaba la expulsión de Luisiana, en un plazo de quince días, de todos los súbditos del rey Jorge. Esa decisión producía un daño inmenso a los intereses británicos en la costa del Golfo y el Misisipi, pues además la orden permitía que se abriesen los puertos a los buques franceses, a quienes incluso se autorizó la importación de esclavos de Guinea.

Fue el primer incidente serio entre ambas naciones. El día 27, mientras descendía el Misisipi y antes de llegar frente a Nueva Orleans, el capitán Thomas Lloyd, comandante de la

fragata *Atalanta* de 18 cañones, pidió bajo veladas amenazas el retorno de los barcos y sus tripulantes. Gálvez le contestó con firmeza el 1 de mayo[50] —lo que obligó a Lloyd a mantenerse al pairo unos días—, que le auxiliaría si tenía alguna otra necesidad, pero que no pensaba devolvérselos —posteriormente le informaría a Navarro: «le he recibido con las mechas en la mano para no permitirle ninguna violencia»[51]—. Al capitán británico no le quedó más opción que retirarse convenientemente con la excusa, para salvar el honor, de que zarpaba tras un barco corsario con bandera americana que navegaba por el delta del río, y aunque solicitó otro buque de apoyo a Pensacola, nunca se lo enviaron.



Benjamin Franklin durante u estancia en Londres, en 1767. ranklin, Robert Morris y rthur Lee, representaron a las ece colonias en París de 1777 a 783. Lee, que además de sus nciones diplomáticas actuaba omo espía, e identificó con xito a Edward Bancroft, ecretario de la legación orteamericana en la capital ancesa, como un agente ritánico, nunca se llevó bien on Franklin. No soportaba su xtravagante estilo de vida ni su orma de llevar a cabo unas egociaciones que él onsideraba vitales. Obra de avid Martin. Casa Blanca, Vashington.

El riesgo había sido alto, pues la ciudad estaba prácticamente indefensa, pero no desmedido, ya que ninguno tenía realmente intención de empezar un enfrentamiento. No obstante, el gobernador era plenamente consciente de que necesitaba con urgencia proteger bien su capital, por lo que

decidió mandar construir unas cañoneras que artilló con piezas de a 18 o 24, con las que esperaba poder enfrentarse a fragatas como la *Atalanta*. Además, preocupado por lo ocurrido, Navarro le envió el 1 de junio la fragata *Volante*, con orden de permanecer en aquel destino todo el tiempo que Gálvez considerara necesario.

No por ello dejó de amonestarle por el suceso. La *Volante* llegó con una rigurosa carta en la que el capitán general le recordaba la posición del gobierno y le advertía que no cambiara las costumbres establecidas con los ingleses en el río.

En agosto, Bernardo, que a su vez se había quejado a José en mayo de la actitud de Navarro —un enfrentamiento que se prolongaría en el tiempo—, vio cómo el gobierno tomaba por fin algunas medidas para mejorar las defensas de la provincia. Autorizó que un navío de guerra y un paquebote estuvieran preparados en La Habana para zarpar rumbo a Nueva Orleans si eran necesarios, y ordenó que se completaran los efectivos del batallón fijo y se levantara un segundo, para darle a la unidad entidad de regimiento. Los reclutas que se incorporaron a ambos llegaron poco después desde las islas Canarias y Nueva España. Eran buenas noticias para Gálvez, pero ninguna mejor que la carta que recibió de su tío a finales de mes en la que le contaba que el rey aprobaba la firmeza con la que se había enfrentado a los ingleses.

George Washington y su esclavo «Billy» Lee. William, comprado por 61 libras y 15 chelines el 3 de mayo de 1768, cuando apenas era un adolescente, estuvo durante toda la guerra junto a Washington. Sus diversas funciones incluían desde dirigir los perros durante la caza del zorro, a la que su amo era muy aficionado, hasta cepillarle el pelo. Fue el único de sus esclavos que el futuro presidente de Estados Unidos liberó en su testamento. Obra de John Trumbull, realizada en 1780, fue la primera representación autorizada de Washington en Europa. Museo Metropolitano de Arte. Nueva York.



Durante la segunda mitad de 1777 la posibilidad de que se diera una guerra con Inglaterra disminuyó. Ni Carlos III, un rey muy consciente de lo que suponía la institución de la monarquía, parecía muy dispuesto a apoyar un levantamiento contra un igual —por muy británico que fuera—, ni el gobierno se sentía muy inclinado a asumir cualquier decisión que pudiera afectar al vital tráfico naval en el Atlántico.

Mientras, Matías, el padre de Bernardo, fue comisionado el 4 de agosto por su hermano José para comenzar el reclutamiento para la Luisiana en Canarias. Estuvo en ese puesto hasta el 27 de enero del año siguiente, cuando el Ministro de Indias lo nombró presidente de la Real Audiencia de Guatemala. Tampoco el gobernador permaneció inactivo. Gálvez envió a Ciudad de México al subteniente del batallón, Francisco Goudeau, al mando de un piquete para obtener reclutas. Pronto comenzó a enviar a Nueva Orleans pequeños

grupos de soldados casados, con muchos familiares, que ayudaron también a poblar la provincia[52].

Entre tanto, desde Nueva Orleans y sin contar oficialmente con nadie —aunque dudamos mucho que su tío no lo supiera —, Gálvez había atendido otra petición formal de ayuda solicitada por Lee, que ejercía de comandante en jefe del Ejército Continental en el Sur; Patrick Henry, gobernador de Virginia y George Morgan, que defendía Fort Pitt hoy Pittsburg, en Pennsylvania—. Le envío 10 000 libras de pólvora en un buque de bandera española que burló los puestos británicos de vigilancia, alcanzó el Ohio y llegó al fuerte amenazado para lograr inclinar la balanza en la región a favor de los norteamericanos.

Ese mes de noviembre Bernardo de Gálvez volvió a actuar por su cuenta, pero esta vez por razones más personales. El día 2, sin el preceptivo permiso de Carlos III, se casó en el más absoluto secreto con María Felicidad de Saint Mexant, de 22 años, viuda de Jean Baptiste Honoré d'Estrehan, antiguo tesorero del rey de Francia y madre de una niña de corta edad, María Adelaida. El sacramento, celebrado por fray Cirilo de Barcelona, vicario general, juez eclesiástico de Luisiana y párroco de la iglesia de San Luis de Nueva Orleans, ni siquiera tuvo rito. Gálvez no lo haría público hasta muchos años después, cuando ya estaba en la cumbre de su carrera.

2.2.1 Tiempo de espera

El primer ataque de los rebeldes americanos a la Florida Occidental comenzó el 10 de enero de 1778, cuando el capitán James Willing, con 29 hombres del 13.º regimiento de infantería del Ejército Continental partió de Fort Pitt, recorrió

el Ohio en pleno invierno en una barcaza armada —el *USS Rattletrap*— durante tres meses, y saqueó salvajemente las poblaciones británicas de Natchez, Manchac y Baton Rouge, que estaban sin defensas. Incluso en Manchac, el 21 de febrero, capturaron la goleta *Rebecca*, que montaba 20 cañones y había sido enviada junto a la *Hinchenbrook* para terminar con la incursión.

Muchos de los ingleses que vivían en la zona huyeron al lado español del Misisipi con todas las propiedades que pudieron salvar. Gálvez los acogió, pero también permitió que Willing y sus hombres, a pesar de que «por error» habían atacado a algunos colonos españoles, llegaran hasta Nueva Orleans y se instalaran allí hasta septiembre para vender todo el botín obtenido, principalmente un centenar de esclavos. Al actuar de esa forma se situaba descaradamente del lado de los insurgentes, y así lo entendieron también los británicos, que presentaron una queja formal y enviaron buques a la capital de la Luisiana para proteger a sus súbditos.

El 14 de julio, Gálvez insistió en su postura, y envió mensajes a los oficiales de los destacamentos a lo largo del Misisipi para que permitieran a los rebeldes remontar de nuevo el río. Así lo hizo por ejemplo, en agosto, el teniente Robert George, que condujo a sus hombres hacia el Norte a través de territorio español —Opelousas, Natchitoches, y el río Arkansas—, tras jurar que no atacaría a los ingleses de camino. Cuando llegó a San Luis, se incorporó con sus hombres al ejército de Clark.

Desde el momento en que se vio al gobernador de Luisiana claramente inclinado hacia la causa de los colonos alzados, a los que ya apoyaba sin tapujos —máxime cuando Pollock había organizado grupos de voluntarios en Nueva Orleans para que cooperaran con Willing en el saqueo de los

británicos—, todos los residentes en la región, tanto españoles como extranjeros, fueron conscientes de que la guerra era inevitable. A pesar de que en Madrid se mantuvieran las dudas, la situación se complicaba y los incidentes eran constantes.

Como era evidente, a la incursión de Willing Gran Bretaña contestó con tropas para defender sus poblaciones, lo que incrementó otra vez la tensión en la frontera. En octubre, el recién ascendido a general de brigada John Campbell, un noble escocés que conducía hasta entonces en el Norte al veterano regimiento de infantería n.º 57, recibió la orden de *lord* George Germain, Secretario de Estado para América en el gabinete de *lord* North, de dirigirse a Florida y asumir allí su primer mando independiente. Llevaba con él para reforzar la provincia las unidades que el general Henry Clinton, el nuevo responsable de las tropas británicas en América del Norte tras la salida hacia Londres de Gage en 1775, y la destitución de Howe en 1777, le había asignado: el regimiento alemán de Waldeck y el Cuerpo Provincial Unido de Pennsylvania y Maryland —realistas americanos—. En total, 1200 hombres con los que se debían aumentar las guarniciones de los puestos menores en el interior del territorio, pero también en los principales fuertes ingleses: Pensacola; Bute, en Manchac; Panmure, en Natchez, y Baton Rouge.

Todas las fortificaciones se reforzaron y pusieron en condiciones, se mejoró y modernizó la artillería y sus elementos defensivos y se situaron de forma permanente en la zona el bergantín *Sylph*, del capitán John Fergusson, que quedó al mando del escuadrón naval, y la balandra *Hound*, de 14 cañones. Estos preparativos, unidos a los mensajes que enviaban los agentes españoles, convencieron a Gálvez de que

un ataque británico era inminente y que Luisiana corría el riesgo de ser invadida.



Sir *Henry Clinton, comandante en jefe de las fuerzas británicas en América de 1778 a 1782. El sustituto de Howe fue educado en Nueva York. Comenzó su carrera militar en 1748, en la milicia local. Tres años más tarde fue a Inglaterra para entrar en el ejército británico, donde había comprado el cargo de capitán del regimiento Coldstream de la Guardia. Obra de Andrea Soldi realizada en 1765.* Museo Americano de Gran Bretaña. Bath.

Es obvio que las medidas británicas no podían pasar desapercibidas en Luisiana, donde Gálvez estaba realmente preocupado por lo que podía ocurrir en caso de guerra abierta, pero seguía sin quedar claro si eran ofensivas o todo lo contrario, puramente defensivas. En cualquier caso, aunque se habían mejorado las fortificaciones de Nueva Orleans y aumentado el número de soldados, al gobernador le faltaba lo principal: población. Para corregirlo, ese año el ministro de Indias organizó las medidas necesarias para comenzar el envío masivo de unos 4000 emigrantes canarios, que se establecieron al sudeste de la capital, en la parroquia de San Bernardo y el Bayou Lafourche. Allí, al sur de Baton Rouge, frente a la boca del río Amite, fundaron Valenzuela dirigidos por el suegro de Gálvez, Saint Maixent.

Con canarios se fundó también la población de Barataria, abandonada poco después debido a un huracán, e incluso se establecieron en la localidad de Galveztown —desaparecida en 1805— junto a una colonia de angloamericanos e ingleses que buscaban protección de España y llegaron ese año huyendo de la guerra. Finalmente, con quinientos emigrantes malagueños en su mayoría de Alhaurín de la Torre, dirigidos por Bouligny, nació Nueva Iberia. Con todos esos colonos era más fácil nutrir al regimiento de infantería y las milicias, y mejorar la capacidad de defensa de la provincia.



Nueva Iberia, en Luisiana. Situada en una tierra rica, pero demasiado próxima a las insalubres marismas y pantanos de Bahía Bermellón, al oeste de Nueva Orleans, en territorio de los indios atacapa. Los colonos no tardaron en ser víctimas de la viruela y la sarna.

Mientras, Gálvez siguió en su línea de apoyar a los norteamericanos y especialmente a Clark, en Illinois, que pasaba por una situación muy complicada. A través de Pollock se hizo llegar al Ejército Continental toda la ayuda

posible, si bien esta vez con más discreción. Los pertrechos españoles serían esenciales para la campaña de Clark, que tras tomar los fuertes británicos de Kaskaskia, Cahokia y Vicennes aseguró para la nueva nación el valle del Ohio.

Esa Navidad, Miralles, que había conocido en agosto, en Filadelfia, a Conrad Alexander Gerard, el primer embajador francés ante los rebeldes, con el que entabló una buena amistad que le facilitó el acceso a los círculos más cerrados de la política de las colonias, se mostró también muy activo. El 31 de diciembre aprovechó la llegada de George Washington a la ciudad para ofrecer una fiesta en su honor y celebrar el nuevo año. A la cena asistieron, además del matrimonio Washington, otras personalidades como el general francés de origen bávaro Johann von Robais o el oficial de estado mayor prusiano, ahora al servicio del Ejército Continental, Friedrich Wilhelm von Steuben, así como numerosos miembros de la alta sociedad local.

Fue todo un éxito que le abrió las pocas puertas que le faltaban, y pronto las cenas ofrecidas por el español, a las que asistían habitualmente Washington y su esposa, se convirtieron en algo frecuente. En esos contactos se forjó una solida relación entre Miralles y Washington, que se había dado a conocer al general la primera noche de una forma un tanto peculiar: con una carta de presentación redactada por Navarro, como capitán general, en la que se alababan sus «cualidades especiales» de servicio a la Corona. Todo estaba preparado.

2.3 El momento de las decisiones

Al comenzar el año 1779, la situación parecía clara. Francia, que mediante Gerard había reconocido virtualmente la independencia de los Estados Unidos de América del Norte a mediados del año anterior, se dirigía inexorablemente hacia la guerra. Su gobierno sufría una fuerte presión de los intelectuales y enciclopedistas, favorables en su práctica totalidad a la causa americana, y de una parte de la oficialidad del ejército que, aún resentida de la derrota de 1763, buscaba revancha. Además, ya participaban en los combates decenas de soldados franceses que, como el joven marqués de La Fayette, de 21 años, habían ido de forma voluntaria, sin obedecer las órdenes de su rey, a luchar en el Ejército Continental.

De nada sirvió que la mayor parte de los ministros franceses se esforzaran en desaconsejar a Luis XVI la ruptura con los ingleses. Ni que le explicaran que la hacienda del reino no pasaba por su mejor momento, o que intentaran hacerle ver que tampoco estaban claras las ganancias que se obtendrían de tratar con una nación norteamericana libre. A pesar de todas esas reticencias, quizá presionado por una opinión pública dirigida por el bando pronorteamericano, el rey firmó el 6 de febrero un tratado con los Estados Unidos en el que reconocía el derecho a los norteamericanos a ser independientes. En la práctica, eso suponía declararles la guerra a los británicos.

Por el contrario, España, donde el conde de Floridablanca se mostraba radicalmente opuesto a la guerra, intentó mantenerse neutral. Floridablanca alegaba que Francia no la había consultado antes de provocar a los ingleses, pero la realidad era que no existía en el país un núcleo de intelectuales del estilo de los franceses y, los que había, no tenían capacidad de ejercer ninguna presión, por lo que

apoyar a los colonos americanos —clase baja, al fin y al cabo — no era del agrado de la mayoría dirigente. Aunque acabase de adquirir su nobleza. Además, y eso era lo principal, Floridablanca, temía el contagio de las ideas norteamericanas en las posesiones españolas, lo que acabaría por ocurrir.

El problema era que Floridablanca no estaba solo, y su opositor era el conde de Aranda, embajador en París, que apoyaba sin reservas a los franceses. Él consideraba que una sólida alianza entre las dos coronas era la única forma de oponerse con éxito a Inglaterra, y la experiencia de lo sucedido desde 1700, parecía darle la razón. Muy consciente de su criterio, Francia le presionó todo lo que pudo pero, a pesar de estar en desacuerdo, siguió fiel a las instrucciones de Floridablanca y mantuvo firmemente la no beligerancia de España.

En cuanto a Gran Bretaña, la verdad es que *lord* North hizo esfuerzos diplomáticos para mantener a España fuera de la guerra —de ahí que demos por hecho que las fortificaciones de la Florida Occidental fueran defensivas—, pero la agresividad y altanería desplegada por sus marinos cuando, en marzo, Floridablanca envió a Londres una propuesta de mediación en el conflicto inspirada en la esperanza de recuperar Gibraltar, le impidió actuar con la prudencia que requería la situación. En consecuencia, el ministro envió el 3 de abril un ultimátum que los ingleses rechazaron con mayor dignidad que sentido común.

En vista del cariz que tomaba la situación, y puesto que tampoco cesaba el acoso de la *Royal Navy* a los buques españoles, Floridablanca decidió estudiar la propuesta de alianza con la que le instigaba el ministro de exteriores Charles Gavrier, conde de Vergennes. El día 12, tras llegar a un acuerdo previo entre las Cortes de Madrid y París, los

representantes de Carlos III y Luis XVI firmaron en Aranjuez un tratado secreto —una especie de extensión del Tercer Pacto de Familia—, por el que Francia prometía a España, a cambio de su entrada en la guerra, su apoyo para la reconquista de Gibraltar y Pensacola, con toda la costa de la Florida correspondiente al canal de Bahama; la expulsión de los británicos de Honduras; la revocación del privilegio de corte del palo en Campeche y la restitución de la isla de Menorca.

Estaba claro que si norteamericanos y franceses querían triunfar en América del Norte —de ahí su insistencia—, debían de contar con el apoyo financiero, material y naval de España, que por su parte, precisaba del apoyo francés en el Mediterráneo y en Gibraltar. Si las dos potencias borbónicas se coordinaban bien, sería factible amenazar las islas británicas, lo que obligaría a su gobierno a desatender otros escenarios de guerra y mejoraría las posibilidades de éxito de España en el Caribe, y de Francia en la India.

El 18 de mayo, el gobierno impartió desde Madrid instrucciones para la defensa de todos los territorios de Ultramar, ante la previsión de la inminente entrada en guerra y, el 16 de junio, se la declaró oficialmente a Inglaterra.

Gilbert du Motier, marqués de La Fayette, retratado en 1780, cuando contaba con 23 años, con el uniforme de general del Ejército Continental. Subteniente de los mosqueteros del rey a los 14 años y casado a los 17 con María Adrián de Moailles, la hija del 5.º duque de Moailles, ostentaba desde entonces el mando de una compañía del regimiento de dragones del duque. En febrero de 1778 se incorporó al ejército de Washington. Obra de Charles Willson Peale. Universidad de Lexington. Virginia.



España era aliada de Francia, pero entraba en el conflicto solo en su propio interés. Ni enviaba ningún cuerpo expedicionario a combatir por las libertades de los colonos, ni reconocía su independencia. Eso es indiscutible. Todos combatirían conjuntamente a los británicos, pero en calidad de cobeligerantes, no de aliados.

Con su participación España aportaba también su flota, la tercera del mundo, y extendía mucho más el teatro de operaciones. Ahora quedaba dividido en dos frentes claramente delimitados: Europa y América, unidos por el océano Atlántico.

El cuartel general para llevar a cabo los planes en América se situó en La Habana, sede del Ejército de Operaciones, donde llegó la noticia del inicio de la guerra el 17 de julio. Se le dio prioridad a defender Cuba, Puerto Rico, Nueva España, Luisiana y Honduras que se consideraban los territorios más amenazados —puesto que dada su vecindad con los

británicos allí podían comenzar los choques armados de inmediato—, y a tomar la Florida, para controlar todo el Golfo de México desde allí hasta Costa Firme o Centroamérica.



Luis XVI, rey de Francia desde 1774 hasta su arresto durante el asalto al palacio de las Tullerias el 20 de agosto de 1792. Puesto a disposición de la Convención Nacional Republicana, heredera de los revolucionarios que habían triunfado en el país en 1789, fue procesado y condenado a morir en la guillotina el 21 de enero de 1793. Obra de Antoine François Callet realizada en 1786. Museo Carnavalet, París.

Así, además de recuperar lo perdido, se privaría a Inglaterra de un punto de apoyo desde donde poder lanzar una contraofensiva en tenaza contra las colonias rebeldes, que quedarían obligadas a recibir todos sus refuerzos solo por el Norte.

La lucha comenzó en Europa el 11 de julio, en el lugar del mundo en que españoles y británicas estaban más cerca: Gibraltar. Las tropas españolas bloquearon la Roca nada más iniciarse las hostilidades y una fuerza naval atacó el puerto. También comenzaron de inmediato las conversaciones con Francia acerca de cuál debía ser la estrategia a seguir.

Se pusieron en marcha unos hipotéticos planes de invasión de Inglaterra, si bien no quedó claro si el esfuerzo principal

debía de ir encaminado contra Inglaterra o contra Irlanda, donde se presumía que la población apoyaría a las dos potencias católicas. España carecía de las fuerzas terrestres que exigiría una invasión del suelo inglés, pero confiaba que la presión obligaría a los británicos a aflojar en la defensa de Gibraltar. Floridablanca estaba dispuesto para ello a comprometerse con dinero y medios materiales y esperaba que Francia pusiera las tropas.

El único problema estratégico que veían los altos mandos de los ejércitos borbónicos con respecto a un ataque a las islas, era que naciones neutrales de Europa, como Prusia, acabasen combatiendo del lado inglés para guardar el equilibrio continental. En cualquier caso, aparte de esas consideraciones de tipo político, había que tener en cuenta otros factores militares, como el estado deplorable de una parte importante de la flota francesa o la escasez habitual de tropas españolas.

El plan o mejor, planes de invasión, nunca se abandonaron del todo pero estuvieron en realidad más bien orientados a distraer a las tropas británicas de los frentes de batalla que a invadir las islas. Respecto a Gibraltar, el sitio duraría hasta el final de la guerra, y Menorca no sería reconquistada totalmente hasta el 4 de febrero de 1782. En América, la guerra afectó a Campeche, Yucatán, Honduras y, en la parte que le corresponde a nuestro protagonista, a la lucha por mantener a salvo Luisiana, intentar reconquistar las dos Floridas y dominar el Caribe.

En aguas del canal de la Mancha, a las órdenes del almirante Louis Guillouet, conde de Orvilliers, y del teniente general Luis de Córdoba, se desplegó una escuadra francoespañola de 76 navíos —40 franceses y 36 españoles—

bajo la atenta mirada de una británica de 35, dirigida por el almirante de la escuadra blanca Charles Hardy.

El 14 de agosto, la flota, incrementada por 8 navíos y 2 fragatas de la escuadra de Ferrol al mando del teniente general Antonio Arce, avistó las costas de Inglaterra, se aproximó a Plymouth y apresó un navío de 64 cañones. La alarma se extendió como la pólvora. Las poblaciones costeras se despoblaron y la Bolsa de Londres cerró sus puertas, pero no pasó nada más. Vientos adversos comenzaron a soplar en el Canal y, los aliados, obligados a esperar, se vieron arrastrados fuera. Luego, comenzó el escorbuto.

El día 25, un consejo de guerra a bordo del navío *Bretagne*, decidió que había que retirarse para, de camino a Brest, buscar la escuadra de Hardy. La descubrieron la mañana del 31 y, el 1 de septiembre, los cañones disparaban ya sobre su retaguardia. Eran 36 navíos, 8 fragatas y algunos buques ligeros. La flota aliada estaba concentrada en la persecución cuando los barcos de cola comenzaron a izar las señales de convoy a sotavento. Era lo que esperaban, un magnífico botín que venía de América. Probablemente el que esperaban desde hacía días los comerciantes ingleses, cargado de objetos de valor. Guillouet no lo dudó, ordenó virar a toda la flota y salió tras él abandonando la persecución. Se equivocó. Al llegar a su altura se encontró con una flota holandesa que se dirigía a puerto. Muy atrás se alejaba le escuadra británica, ya sin posibilidad alguna de alcanzarla y destrozarla.

Mientras, como lo que había comenzado en Gibraltar como un sitio estaba convertido en un simple bloqueo, Floridablanca decidió atacar Menorca, y le encargó al marqués de Solleric, que preparase un plan de campaña. Abrir un segundo frente en el Mediterráneo, además de útil para recuperar la isla, no dejaba también de ser una forma

indirecta de ayudar a los rebeldes y perjudicar a Gran Bretaña.

Los británicos tampoco estaban inactivos en su guerra personal contra España. El 3 de febrero de 1780 partió de Jamaica una expedición, idea de John Dalling, gobernador y comandante en jefe de la isla. Su objetivo era capturar Granada, en Nicaragua, una de las provincias pertenecientes a la Real Audiencia de Guatemala, que recordemos presidía ahora Matías de Gálvez. La incursión pretendía cortar las posesiones españolas y conseguir un acceso directo al Pacífico. Entraría navegando por el río San Juan y continuaría por su cauce hasta el lago Cocibolca. El mando de las unidades terrestres, que suponían 300 o 400 soldados regulares de los regimientos de infantería 60.º y 79.º, 300 hombres del Cuerpo Leal Irlandés levantado por Dalling en Jamaica, y varios cientos de reclutas locales, mulatos, negros e indios miskitos, se le entregó el capitán John Polson del regimiento 60.º, y el de las operaciones navales a un jovencísimo Horacio Nelson, capitán del *Hinchinbroke*.

A mediados de marzo llegaron a la desembocadura del San Juan y, el día 17, comenzaron a navegar aguas arriba. El primer contacto con las sorprendidas tropas españolas lo tuvieron el 9 de abril, en la isla de Bartola, cuando tomaron la batería que la defendía y, cuatro días después, pusieron sitio a la fortaleza de San Juan, con una guarnición de 236 hombres.

San Juan, sin posibilidad de recibir refuerzos, resistió hasta el día 27. Pero para entonces, los combates y las enfermedades tropicales habían diezmado a la fuerza atacante, que se encontraba ya sin municiones ni pertrechos. De nada sirvió que el 15 de mayo llegaran 450 soldados británicos de refuerzo; los indios, los mulatos y los negros abandonaron la expedición y dejaron solos a los ingleses. Aguantaron en San

Juan sin hacer ningún avance seis meses. El 8 de noviembre recogieron lo poco que les quedaba, volaron la fortaleza y se marcharon. Dejaban atrás 2500 muertos sin haber conseguido nada, probablemente el mayor desastre británico en toda la campaña.

Solo una cosa queda por aclarar antes de sumergirnos por completo en el conflicto: su financiación. Durante el primer semestre de 1779, mientras los ministros discutían, Miralles, del que no nos hemos olvidado, además de las grandes sumas económicas que llegaban desde España para sufragar la rebelión, aportó entre otros prestamos personales unos 35 000 pesos a Carolina del Sur, 15 000 a la flota rebelde y otros 140 000 al comandante de Charleston. Ahora, una vez declarada la guerra, también eso sería distinto: el 17 de agosto de 1780, apenas un año después de iniciadas las operaciones, el rey y José de Gálvez firmaron en el Palacio Real de San Ildefonso el documento que dejaba bien claro quién iba a hacer frente a sus costes económicos:

José Moñino y Redondo. Nacido en Murcia en 1728, fue uno de los hombres que introdujeron en la monarquía española el reformismo ilustrado que por entonces recorría Europa. Destinado como embajador español en Roma, desde allí gestionó en 1772, junto al conde de Aranda y Campomanes, la disolución de la Compañía de Jesús, lo que le valió al año siguiente el título de conde de Floridablanca. El 19 de febrero de 1777, tras el desastre de Argel, Moñino sucedió en la Secretaría de Estado a Jerónimo Grimaldi, cargo en el que se mantuvo hasta 1792 cuando, ya con Carlos IV en el trono, fue cesado en beneficio del conde de Arando. Obra de Pompeo Girolamo Batoni realizada hacia 1776. Instituto de Arte de Chicago.



La tiranía insultante de la nación inglesa me ha precipitado en una guerra. El costo exorbitante de ella me ha obligado, por culpa de un tercero, a aumentar los ingresos exigido a las provincias de nuestra patria española. Tenía la esperanza de no tener que extender esta carga a mis súbditos leales de América, a pesar de que parecen ser el objetivo principal de la avaricia de mis enemigos. Sin embargo, siempre he podido contar con la generosidad de las contribuciones voluntarias de aquellas vastas y ricas colonias. Para hacer esta carga lo más ligera posible, he decidido pedir un donativo de un peso a todo hombre libre, indio o mestizo, y solicitar dos pesos de todos los españoles y los de la clase superior. Estos últimos también pueden pagar por sus funcionarios y los

trabajadores y posteriormente descontar el monto de sus salarios o jornales.

Por tanto, ordeno a todos mis funcionarios reales en las Indias que anuncien y expliquen mi real decreto para que todos los habitantes de las Indias vuelvan a tener la oportunidad de mostrarme su amor y gratitud por los beneficios que he derramado sobre ellos. También exhorto a todos mis funcionarios de la iglesia que agilicen este proyecto con su persuasión y buen ejemplo, porque esta es mi voluntad.

2.4 Ofensiva en el Norte

No cabe ninguna duda de que los problemas de Bernardo de Gálvez una vez declarada la guerra eran considerables. Casi todas las obras modernas que tratan su campaña contra los británicos se centran solo en las acciones militares que llevó a cabo el gobernador de Luisiana, y olvidan que la guerra no se limitaba al bajo Misisipi y al Golfo de México, sino que se extendía hasta Canadá por un territorio donde, durante la primera mitad del siglo xviii, audaces viajeros y exploradores, militares, comerciantes, tramperos y religiosos, franceses o españoles, habían abierto una importante vía de comunicación que rodeaba las colonias británicas y terminaba en Nueva Orleans.

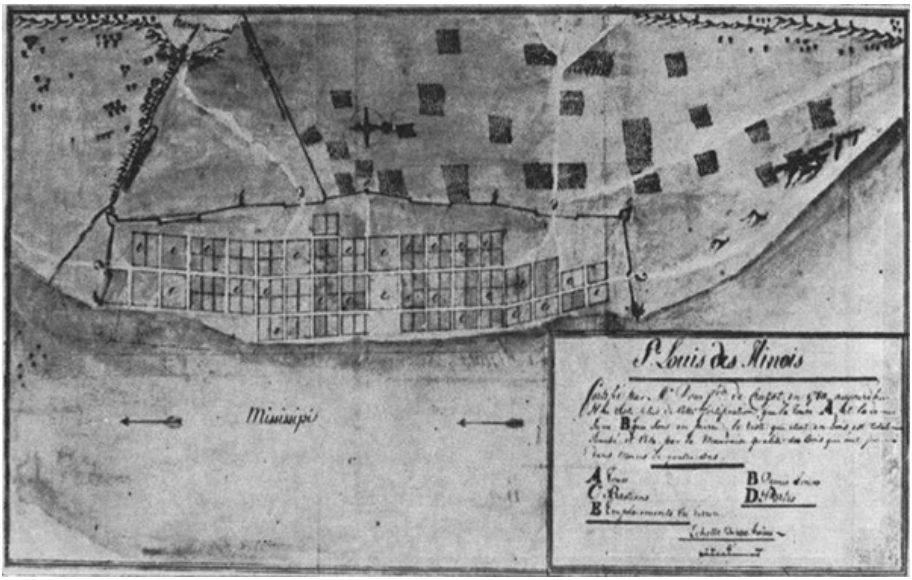
Una omisión que convierte a las operaciones en el Norte de los dominios españoles en algo prácticamente desconocido, cuando allí, los escasos soldados españoles que defendían la inmensa frontera y los colonos franceses de la Alta Luisiana, también se enfrentaron a los británicos y sus indios aliados en los desolados bosques y ríos alrededor de los Grandes Lagos.

Una guerra ignorada y salvaje, llevada a cabo por patrullas de largo alcance, que en marchas de centenares de kilómetros entre la nieve, el hielo, la lluvia y el barro, atacaban fuertes y puestos comerciales lejanos. Sitios en los que el enemigo surgía de improviso, de la forma más insospechada.

En esos combates, que se extendieron por un gigantesco arco que va desde Arkansas hasta Michigan, en lugares que sorprenden cuando se localizan en un mapa, las tropas españolas se enfrentarían a tribus como los sioux y los fox, con las que jamás habían luchado, pero cuyo eco nos resuena muy próximo gracias al cine y la televisión.

A principios de 1778, San Luis, una villa escasamente fortificada, que ejercía como capital de la Alta Luisiana, construida por los franceses al poco tiempo de acabar la Guerra de los Siete Años, no era una ciudad grande. Rondaba los 900 habitantes y su guarnición era de apenas una treintena de soldados veteranos del batallón fijo. Gálvez había designado como gobernador al capitán Fernando de Leyva[53]. Sustituía a Francisco Cruzat, depuesto por haber enviado agentes a los indios del territorio británico sin órdenes de Nueva Orleans.

Leyva, que se mostró mucho más firme en la regulación del comercio que su antecesor y abordó nada más llegar los trabajos para fortificar la ciudad, no gozó inicialmente de mucha popularidad. Sus subordinados no veían la necesidad de tanto preparativo. Pensaban que nunca llegaría a atacarse San Luis y que la guerra que mantenían los rebeldes se decidiría en otra parte. Máxime desde que, como ya comentamos, Clark había capturado los puestos británicos del Ohio y el Misisipi.



El diseño que Pierre de Laclede de Liguest utilizó en 1764 para la ciudad de San Luis —el mismo que se empleaba en Aquitania— fue inusualmente complejo: calles rectas e idénticos bloques de viviendas establecidos en ángulos rectos exactos. El mapa, de 1780, muestra un plan urbano ortogonal a lo largo de un eje longitudinal paralelo al río, con una sola plaza central abierta al Misisipi y un muro perimetral de frente para defender la ciudad fronteriza. Museo de Historia de Misuri.

Clark, que tenía su cuartel general en Cahokia, al otro lado del río, a unos 6 o 7 kilómetros de San Luis, acudió a Leyva para abastecerse de suministros y poder combatir a británicos y shawnee y, en gran parte, mantuvo sus posiciones gracias a la ayuda que Gálvez le hacía llegar por el Misisipi desde Nueva Orleans. En verano de 1778 realizó una visita de cortesía a San Luis y fue recibido con salvas de artillería por la guarnición española. Por la noche, se celebró un baile en su honor al que asistieron una treintena de personas y posteriormente se alojó en casa de Leyva. El coronel, que tenía 25 años y prácticamente no había salido hasta entonces de la inmensa plantación de más de 2000 acres —810 hectáreas— que tenía su familia en la frontera de Virginia, nunca se había relacionado con españoles. Se sorprendió del

trato recibido y describió a su anfitrión como un hombre que hacía mucho a favor de la causa americana.

Evidentemente, ese escenario tan bucólico cambió con la entrada de España en la guerra. Los británicos, que a pesar de la rebelión de sus colonias ya habían visto la posibilidad de ampliar su influencia a ambos lados de la cuenca alta del Misisipi y liberar así extensos espacios en beneficio de sus traficantes de pieles, contaban con ventajas estratégicas a su favor. La más importante, sin duda, su capacidad para atacar las posiciones españolas de la Alta Luisiana, e incluso intentar desde allí descender el río hasta Nueva Orleans, para ocuparla y dominar el Golfo. Era una oportunidad única para acabar también con la principal vía de suministros del ejército norteamericano, y no pensaban desperdiciarla.

Un día después de que España y Gran Bretaña iniciaran las hostilidades, *lord* Germain envió instrucciones al general Frederick Haldimand, gobernador de Quebec, para comenzar una campaña contra los puestos españoles en Ilinueses. Si el plan tenía éxito, lograrían expulsar a los españoles de la orilla occidental del Misisipi, luego harían lo mismo con los estadounidenses de la orilla oriental, y podrían establecer una sólida base en las tierras al oeste de los Apalaches desde donde organizar futuras incursiones río abajo. A partir de ese momento, el capitán Patrick Sinclair, gobernador adjunto del fuerte de Michilimackinac, situado muy al Norte, en el estrecho que separa los lagos Michigan y Hurón, empezó a planear un ataque directo contra San Luis.

Leyva supo de todos esos preparativos a finales de marzo de 1780 gracias un comerciante de pieles que bajaba por el Misisipi. Había solicitado varias veces refuerzos, pero Gálvez no había atendido ninguna de sus peticiones alegando que

necesitaba todas las tropas en el sur, en espera de los refuerzos que debían llegar de Cuba o la Península.

A pesar de la falta de medios, en buena parte debido a la ayuda proporcionada a las tropas de Clark, Leyva se apresuró en agilizar los trabajos de fortificación que ya había iniciado a su llegada, para dar alguna consistencia defensiva a la población. El plan consistía en construir cuatro torres de piedra que protegieran los tres costados del pueblo que no daban al río, comenzando por la del lado occidental —el más vulnerable— y cavar una gran zanja por todo el perímetro del aposentamiento que las conectara. Eso entendía que sería más que suficiente.

El 17 de abril se inició la construcción de la torre occidental, que dominaba la mayor parte del Oeste de la ciudad y los terrenos circundantes. Una fortaleza cilíndrica de 12 metros de altura y 10 de diámetro que se denominó Fuerte San Carlos, en homenaje a Carlos III. Pero el gobernador subestimó el coste de los trabajos. Los fondos se acabaron antes siquiera de poder replantear el resto de las fortificaciones.

Sir *Frederick Haldimand, nacido en el cantón de Neuchatel, Suiza, en octubre de 1718. Llevaba en el regimiento británico formado con suizos y alemanes creado para servir expresamente, en América del Norte —los* Royal Americans—, *desde su creación en 1756. Conocía bien a los españoles. En marzo de 1767 recibió el mando del Departamento Sur, con sede en Pensacola, donde permaneció hasta la primavera de 1773, con la excepción de un año —entre abril de 1769 y abril de de 1770— que estuvo en San Agustín. Ese periodo en un territorio que le resultaba insoportable y odioso fue «la experiencia más terrible de su vida»*. Obra anónima realizada en 1780. Biblioteca y Archivos de Canadá.



Leyva, que ya había aportado de su propio bolsillo aproximadamente un tercio del coste, expuso a los habitantes de San Luis la necesidad de prepararse para la defensa y les invitó a cooperar con sus caudales y mano de obra según las posibilidades de cada uno. Se empezaron las tareas de cimentación de la segunda torre, que debía erigirse al Norte. Sin embargo, al poco de iniciarse los trabajos, se consideró que era imposible asumir los gastos, dada la extrema pobreza de los habitantes de la ciudad[54].

Las obras se dieron por finalizadas con una estacada y más de un kilómetro de trincheras que impedían el acceso por tierra. A la torre se trasladaron las 5 piezas de artillería del fuerte que los españoles tenían a la entrada del Misuri —también se llamaba San Carlos—, que había sido abandonado meses atrás debido a su ruinoso estado.

Wanata —«El cargador»—, gran jefe de los sioux yanktona, que vivían junto al río San Pedro, uno de los afluentes del Misisipi. Wanata combatió en su juventud, a favor de los británicos, contra los rebeldes americanos del coronel William Crawford durante la campaña del río



Sandusky, que se inició en el país de Ohio, para terminar con las incursiones indias contra los colonos de Pensilvania. Crawford, cuyos milicianos habían asesinado a 100 indios pacíficos, era buen amigo de George Washington. Fue capturado por los sioux, brutalmente torturado hasta la muerte y posteriormente quemado. Obra de Charles Bird King realizada en 1826. Museo de Arte de Tacoma.

El caso de los británicos era muy distinto. Gozaban de una inmensa ventaja material y militar, sólidas posiciones en Canadá y en los Grandes Lagos y la habitual alianza con los indios, a los que suministraban armas de fuego a cambio de pieles, para que pudieran enfrentarse con otras tribus, por lo que no es de extrañar que Haldimand recibiese esa orden para destruir todos los asentamientos españoles y de los insurgentes americanos en el río Misisipi.

Sinclair, que debía de dirigir sus tropas regulares hacia el sur, unirse a sus aliados indios y, desde la desembocadura del Wisconsin avanzar hacía San Luis, animó también a los comerciantes de pieles a unirse a la expedición. Les ofreció como incentivo la oportunidad de controlar todo el comercio de la Alta Luisiana, un bocado muy apetecible.

Según algunos autores, por supuesto estadounidenses, los británicos barajaban como objetivo principal el puesto de

Clark, en Cahokia. Para ellos, el ataque a San Luis no tuvo ninguna importancia, fue solo producto de un acto de venganza promovido por Jean Marie Ducharme, un antiguo habitante francés de San Luis, traficante de pieles, que había visto cómo su negocio era desmantelado en 1773 por el capitán Pedro Piernas —el predecesor de Cruzat— al aplicar las medidas comerciales españolas. Es una pena que todos ellos —con la notable excepción de Thomas E. Chávez—, que se ocupan ahora tanto de la campaña de Gálvez, ignoren o dan escasa importancia a esta parte importantísima de la guerra, pues si los ingleses hubiesen tenido éxito en conquistar San Luis y los puestos españoles en la Alta Luisiana, habrían puesto en peligro todo el dispositivo español y tomado a las tropas de Gálvez por la espalda. En cualquier caso, habrían desbaratado todo su plan ofensivo, al obligarlo a defender la capital de Luisiana y el delta del Misisipi, haciendo imposible el ataque sobre Pensacola y comprometiendo el éxito final tanto de la campaña española como de la revolución americana, cogida entre dos fuegos.

Lo único que jugaba en este caso a favor de los españoles era el gran trabajo realizado por Clark, que había conquistado para los rebeldes la mayor parte del territorio al Oeste de los Apalaches, por lo que Leyva, en caso necesario podía disponer de un buen apoyo por parte de los norteamericanos.

Pero sigamos con la expedición que habían puesto en marcha los británicos. El 17 de febrero, Sinclair ordenó al capitán Charles Emmanuel de Hesse-Rheinfels-Rotenburg[55], un singular noble germano de 34 años, *landgraf* —señor feudal— de su región de origen, que había llegado a América con las tropas alquiladas a Federico de Prusia para luego incorporarse al *Royal Americans*, congregar en Prairie du Chien todas las fuerzas disponibles. Se reunieron 300 soldados regulares, cerca de 1 000 indios chippewa, otawa,

outgami, wyandot, menominee, winnebago y sioux, deseosos de armas botín y prisioneros, y una centena de codiciosos traficantes de pieles canadienses, seguros del éxito de la empresa y ávidos de hacerse con el comercio exclusivo en Misuri.

Las instrucciones de Hesse, que puso al mando de todos los indios al jefe chippewa Matchekewis[56], eran muy concisas: capturar San Luis, permanecer allí al mando y enviar a los cerca de 200 guerreros de Wabasha, el jefe sioux, sobre Santa Genoveva y Fuerte Gage, en Kaskaskia.

El movimiento de ese enorme contingente, Misisipi abajo, no pasó desapercibido para los españoles ni para los norteamericanos. Menos aún cuando en Rock Island se unieron al grupo unos 250 indios sauk y fox, que normalmente eran aliados de los españoles. Se mostraron reacios a atacar a San Luis, pero Hesse les convenció al garantizarles grandes regalos.

El 9 de mayo, cuando la expedición británica se encontraba a 400 kilómetros de su objetivo, Leyva recibió una información más precisa de sus fuerzas, y ordenó al teniente de la milicia, Silvio Francisco de Cartabona, ir a buscar a Santa Genoveva 60 hombres de refuerzo. Mientras, los exploradores españoles y franceses recorrieron el territorio para conminar a la población a refugiarse tras las defensas de la ciudad, que fue reforzada con los últimos 150 milicianos disponibles.

Los colonos de la región y los exploradores enviados al Norte localizaron las avanzadas enemigas el día 23, a 58 kilómetros, cuando ya habían abandonado sus canoas y marchaban rápido por el agreste territorio para caer sobre San Luis. Informaron con rapidez a las autoridades españolas. Aunque los esperaban, cundió la alarma.

A estas alturas Hesse ya tenía muy claro que, como muchos de los diversos planes que trazaban en Londres o en Madrid hombres que no tenían una idea real de lo que era América del Norte, la campaña no iba poderse llevar adelante con la estrategia prevista. Se había pensado organizar tres frentes, pero era imposible. Había que limitarse a dividir en dos el grupo de ataque. El más pequeño, de unos 300 hombres, encomendado a Ducharme, marcharía contra Cahokia, al Este, y el mayor, de uno 750, a sus órdenes, continuaría su avance sobre San Luis.

El día 26, sobre la una de la tarde, varios cientos de indios ansiosos de cautivos y cabelleras cayeron sobre las casas situadas a las afueras de la ciudad, desde el Norte y el Oeste. Llegaron arrastrándose a través del bosque y sorprendieron con sus terribles gritos de guerra a los agricultores, sus familias, los peones y los esclavos, que recogían fresas y cuidaban el ganado en los campos comunales. A pesar de las advertencias, no habían abandonado sus casas para refugiarse tras las defensas.

Uno de los primeros en enfrentarse a ellos fue Jean Marie Cardinal, un comerciante criollo recientemente asentado en San Luis con su familia, que había explorado con los españoles buena parte del Misisipi. Su esposa Careche-Caranche una india pawnee con la que tenía siete hijos, consiguió llegar a la empalizada protegida por los disparos de su marido, derribado a golpes de *tomahawk*. También otro francés de nombre Canciller, que junto a su familia regresaba al galope en un carro tirado por caballos, cayó en los campos. Lo alcanzaron dos balas en el brazo y su esposa recibió un disparo en la mano. Con su hija mayor herida en el hombro y la más pequeña herida en la cabeza, Canciller murió exhausto, a las puertas de la ciudad, hasta donde había llegado con enormes dificultades para evitar que los indios les arrancaran

a todos el cuero cabelludo. Sus hijas, su mujer, y muchos de los campesinos consiguieron ponerse a salvo con la ayuda de la joven maestra María Josefa Rigauche[57], que vestida con la casaca de su marido y armada de una pistola y un cuchillo, realizó varios viajes más allá de las puertas de la ciudad para ayudar a los que se precipitaban hacia la seguridad de las fortificaciones.



El jefe Shawnee Tenskwatawa —«El profeta»—. Aunque Tenskwatawa fue conocido a partir de 1805 por sus enfrentamientos en el Valle del Ohio con el ejército estadounidense, lleva aún los distintivos que le regalaron los británicos para representar su cargo. Obra de Charles Bird King. Smithsonian Institution.

Mientras los primeros momentos de pánico hacían mella en la población, un disparo de cañón anunció el inicio del ataque y llamó a sus puestos a todos los que aún no ocupaban los lugares previamente establecidos. Las mujeres y niños, por si las defensas cedían y los indios lograban entrar, se trasladaron a la casa del gobernador, defendida por el teniente Cartabona y un piquete de una veintena de hombres. El resto de tropas españolas, los tiradores *creoles* con sus rifles de caza rayados, y los pocos norteamericanos que estaban entre el grupo de defensores —armados y equipados como los *creoles*

—, se desplegaron en las empalizadas y las trincheras, a la espera de la orden de abrir fuego.

El entramado defensivo se centraba en dos grandes terraplenes con barricadas de tierra y piedra que formaban cuatro medias lunas y dos bastiones. La media luna del norte —hoy en la calle Franklin— se equipó con los otros dos cañones que quedaban. Tras ellos estaba la empalizada, de unos 5 metros. Todo lo guarnecían algo menos de 300 hombres entre regulares, milicia y paisanos[58] que quedaban cubiertos por los cinco cañones situados en San Carlos, que también debían proteger el acceso al pueblo. Leyva, enfermo y cansado, tomó el mando con un tremendo esfuerzo y se situó en la torre para dirigir personalmente la artillería. Junto a él izó una gigantesca bandera blanca con el aspa roja de San Andrés, para que todo el mundo pudiera verla, como símbolo de su decisión de mantener la ciudad bajo la soberanía de España.



Mural en el Capitolio del Estado de Missouri que representa el ataque británico a San Luis. Obra de Oscar Berninghaus realizada en 1924.

A una señal de sus oficiales, los defensores se alzaron en sus parapetos y realizaron una descarga cerrada contra los

asaltantes, que fueron barridos por una lluvia de plomo. A continuación, los cañones abrieron fuego y lanzaron sus botes de metralla contra la masa de indios atacantes y las tropas regulares que, prudentemente, se habían situado en perfecta formación tras los indios, pero a suficiente distancia de los parapetos como para no sufrir costosa bajas. Hesse y sus hombres sabían perfectamente que sería un suicidio cargar contra la artillería.

Ni los indios ni los británicos habían imaginado por un momento encontrar tantos preparativos para la defensa, ni a la población tan dispuesta, pero se lanzaron sobre la estacada con furia y determinación. En palabras del propio Leyva: «los indios llegaron como locos, con audacia increíble, enorme furia y terribles gritos». A pesar de ello, la eficacia de los cañones, su estruendo, y el fuego de fusilería, los mantuvo a raya durante todo el combate.

Los sauk y fox, que eran los que menos ganaban con el asalto, se retiraron de inmediato en vista de la situación. No así los chippewa, winnebagos y los sioux de Wabasha, que persistieron en su ataque durante cinco horas más sin ningún resultado práctico. Según el propio Leyva, el momento más delicado se produjo cuando las mujeres y los niños, angustiados por el ruido de los disparos y los gritos de los indios, comenzaron también a chillar. Al creer que los indios se habían infiltrado en el asentamiento para masacrarlos, los hombres que se batían en la estacada estuvieron a punto de abandonar sus puestos. «Solo el heroico coraje —escribió Leyva— impidió que las armas cayeran de las manos de los padres de familia».

Una vez repelido el ataque, incluso la milicia pidió autorización para hacer una salida y perseguir a los indios que se retiraban. Leyva, muy consciente de la superioridad

numérica del enemigo, no la autorizó. Prohibió cualquier ataque, a pesar de que los dakota y winnebagos, mutilaron los cadáveres de los muertos para tratar de hacer salir a los españoles de sus trincheras.

Al ver que no podrían entrar en la ciudad, los indios, con autorización de Hesse, se esparcieron por los alrededores para saquear y destruir los campos que encontraran. Algunos granjeros aún se habían mostrado reacios a abandonar sus propiedades ante la llamada de Leyva —quizá porque creyeron que la guerra no iba con ellos o que sus granjas no eran el objetivo de los británicos—, y sembraban maíz con sus esclavos negros cuando cayeron sobre ellos.

No hubo distinciones, dejaron los campos quemados, llenos de cadáveres de hombres y bestias. «Qué espectáculo tan horrible, —relata Leyva en su informe— ver esos pobres cuerpos cercenados en piezas, sus entrañas arrancadas, sus extremidades, cabezas, brazos y piernas esparcidos por todo el campo».

Hesse y sus hombres no lograron convencer a sus aliados para continuar la lucha. Derrotados, todos se retiraron a la desembocadura del Illinois a la espera de los atacantes de Cahokia, que también habían fracasado, antes de remontar el río para regresar a casa. Hesse esperaba que bajaran refuerzos por el río a las órdenes del capitán Charles de Langlade, el segundo al mando en Michilimackinac, para emprender una nueva acometida sobre San Luis, pero nunca llegaron.

A pesar de todo, los indios no regresaron con las manos vacías. En el campo habían matado a 15 blancos y 7 esclavos, herido a 7 personas y capturado a otras 25. Además, de las 46 que habían apresado camino de San Luis. Solo algunos de estos cautivos serían finalmente rescatados o intercambiados. El número de bajas por parte española rondó los 100 hombres

entre muertos, heridos y prisioneros. Se desconoce con exactitud las bajas de los británicos y sus aliados indios[59].

Leyva no estaba muy seguro de que todo hubiera terminado. Temía que la desorganizada fuerza británica y sus enloquecidos indios intentase volver a atacar la ciudad, con los alrededores totalmente devastados y sus habitantes aterrorizados. La única solución era perseguir al enemigo, destruirlo, e impedirle regresar. Clark envío en su ayuda dos oficiales, el teniente coronel John Montgomery y el capitán John Rogers, que le propusieron dirigir una fuerza armada al Norte para bloquear el avance británico antes de que llegaran al Misisipi. Leyva aceptó y se ofreció a apoyar a los 200 soldados del Ejército Continental y las milicias norteamericanas con artillería, municiones y todas las tropas que pudiese reunir. En total, envió un grupo con 62 hombres de la guarnición de Santa Genoveva que había traído Cartabona, dos barcos artillados y 150 colonos franceses —barqueros, agricultores, cazadores y comerciantes—, buenos conocedores de los bosques y mejores tiradores. Con ellos se inició la persecución. Quemaron hasta los cimientos el pueblo de Saukenuk, en Rock Island, en castigo por su participación en el asalto, pero más al Norte solo encontraron total desolación y campamentos y aldeas indias abandonadas.

El 8 de junio, Leyva elevó a Gálvez el detallado informe de la batalla al que ya hemos hecho referencia, excusando la tardanza en escribir por la enfermedad que desde hacía tiempo le afectaba. Fue su última carta. Veinte días más tarde falleció, y fue enterrado en la iglesia de San Luis, la ciudad que había defendido con valor y energía para dar ejemplo y rendir un último servicio a su patria y su rey. Mientras, la noticia del episodio llegó a la Península por vía del intendente de la Luisiana, Martín Navarro. El 3 de febrero de 1781, sin saber

todavía que Leyva había muerto, el rey le concedió el grado de teniente coronel en agradecimiento por la vigorosa defensa.

En el bando británico por el contrario, todo fueron recriminaciones. Haldimand culpó a los francocanadienses de haberle traicionado y haber servido como espías para los españoles, lo que era falso, además de injusto, pues los canadienses que sirvieron con Sinclair fueron leales y fieles a los británicos. Nadie quiso admitir que la causa más clara de la derrota, además de la determinación de Leyva, fue la falta de confianza entre las tribus, y entre estas y los británicos. Los dakota y winnebago no confiaban en los sauk y los fox, y no querían correr el riesgo de quedar atrapados entre dos enemigos. Y ninguno confiaba en los blancos, que no habían ayudado en el asalto frontal a las trincheras.



Campamento potawatami junto al Lago Hurón. Los potawatami, que habían protagonizado la rebelión de Pontiac en 1763, un intento de empujar los colonos europeos fuera de su territorio, eran generalmente aliados de los británicos. Eso no impedía que cambiaran sus compromisos según sus propios intereses. Obra de Paul Kane. Colección particular.

A pesar del éxito obtenido, la situación en el Misuri y el Ilinueses todavía era crítica, y Gálvez se vio obligado a volver a llamar a Cruzat para que ocupara el puesto del fallecido Leyva. Los británicos mantenían en constante agitación a los indios de la región, atrayéndolos a su bando con regalos, e instigándoles a atacar a los españoles. «Sin embargo, —escribió Cruzat a Gálvez el 19 de diciembre— para destruir sus intenciones, he determinado tomar algunas medidas, las cuales les serán informadas a su excelencia después de que hayan sido ejecutadas».

2.4.1 Mano dura. La respuesta española

El eficaz Cartabona no había perdido el tiempo durante su mando interino de San Luis. Con las escasas tropas de que disponía por entonces, había ocupado una lejana posición avanzada en Sac Village, cerca del actual Montrose —Iowa— y también en Peroia, en Illinois.

El mando de estas tropas lo ostentaba un francés perteneciente al ejército español, Jean Baptiste Malliet, que envío patrullas para reconocer el territorio y tomar contacto con las tribus indias de la región, entre otros los sauk, fox y potowtami, que generalmente se mostraban amistosos. En sus conversaciones llegó a la conclusión de que tarde o temprano los británicos intentarían otro ataque contra San Luis y, a través de dos jefes milwaukee, que apoyaban a los rebeldes norteamericanos, descubrió que la base principal inglesa se encontraba en la orilla Este del lago Michigan, en Saint Joseph, cuyo fuerte se había convertido en un importante almacén de municiones y pertrechos para la preparación y organización de expediciones contra norteamericanos o españoles. En consecuencia el audaz Malliet concibió una idea

temeraria: atacar el puesto en pleno invierno y destruirlo. Solo había un problema, para llegar había que avanzar más de 800 kilómetros por territorio helado y nevado, plagado de enemigos. Ese era el objetivo al que hacía referencia Cruzet en su carta a Gálvez.



Escena en el noroeste. *Durante las duras campañas en los Grandes Lagos, la uniformidad de españoles y británicos fue sustituida por ropa de abrigo similar a la utilizada por los indios*. Obra de Paul Kane realizada en 1845 o 1846. Galería de Arte de Ontario.

Saint Joseph había sido construido por los franceses en 1691 en tierras concedidas a los jesuitas por Luis XIV, al Sur de la actual Niles, junto al lago Michigan. Allí se había establecido una misión en 1680 que pronto se convirtió en un importante centro de tráfico de pieles. A mediados de la década de 1750, no había crecido mucho, contaba con apenas 15 casas y una guarnición francesa a las órdenes de un comandante, compuesta por 10 soldados, un herrero, un sacerdote y un intérprete.

En octubre de 1761, durante la Guerra de los Siete Años, los británicos tomaron el fuerte y lo mantuvieron como un puesto comercial de cierta importancia, hasta que cayó en manos de los potawatami durante la rebelión de Pontiac, en 1763. Los indios tomaron prisioneros a su comandante y a los supervivientes de la guarnición, que por entonces eran 15 soldados, y lo abandonaron. Tras la revuelta perdió su papel militar en la defensa de la frontera, pero mantuvo su función en el comercio de pieles.

Al comenzar la insurrección de las Trece Colonias, los ingleses decidieron utilizar Saint Joseph como depósito de armas y suministros desde el que dar apoyo a las partidas de indios potawatomi, miami y sauk que combatían junto a la Corona británica contra los rebeldes. Los norteamericanos, conducidos por Jean-Baptiste Hamelin y el teniente Thomas Brady, logaron tomarlo en 1780. No obstante, la expedición británica de represalia al mando del teniente Dagreaux du Quindre, aniquiló a la fuerza armada rebelde en las cercanías de Lort Petit, en Indiana. Tras la derrota del grupo de Hamelin, estaba claro que era preciso destruir el fuerte británico para garantizar la seguridad de San Luis.

El 2 de enero de 1781, 40 milicianos de la compañía de Pourré, acompañados del intérprete Luis Chavalier, junto a 60 indios otaguas, sotú y potawatomi dirigidos por los jefes Eleturnó y Naquiguen, salieron de San Luis con la intención de llegar a Saint Joseph y atacar por el camino a todos los grupos británicos o de sus aliados que encontrasen. Se les unió una semana más tarde otro pequeño contingente de tropas españolas, 25 hombres a las órdenes del subteniente de milicias Carlos Tayón.

La expedición remontó en canoas el Ilinueses hasta que, a unos 320 kilómetros de su objetivo, el hielo les obligó a

abandonar el cauce del río para internarse a pie por un territorio accidentado, bajo penosas condiciones climáticas. Tras muchos sacrificios y cientos de kilómetros de marcha durante los que decidieron esconder suministros por si era necesario utilizarlos a su regreso, llegaron frente a Saint Joseph. Antes de atacar el puesto, los españoles negociaron con los 200 guerreros indios que auxiliaban a los británicos para que los abandonaran a cambio de parte del botín.

La madrugada del 12 de febrero, las tropas de Pourré sorprendieron a los pocos centinelas congelados de frío que guardaban la empalizada del fuerte, y lo ocuparon sin que la guarnición opusiera gran resistencia. Entre los prisioneros, además de los soldados británicos, se encontraba Joseph Duguay, un comerciante llegado de Montreal cuya misión consistía exclusivamente en hacer regalos a los indios e instigarlos contra los españoles.

Pourré, solo mantuvo izada la bandera española en Saint Joseph durante un día, pero fue suficiente para tomar posesión en nombre del rey de todo el territorio. Después de repartir el botín entre los indios aliados, ordenó quemar todas las mercancías y suministros que se hallaban almacenados, la empalizada y las casas y, tras cargar con todo lo que podían llevar, partieron de vuelta a San Luis. Entraban en la ciudad, aclamados por sus vecinos, como no podía ser menos, el 6 de marzo. La noticia de un éxito tan increíble —al mejor estilo de los actuales comandos— llegó pronto a La Habana y finalmente a la Corte. El rey concedió a Pourré el grado de teniente del ejército con medio sueldo; a Carlos Tayón de subteniente, también con medio sueldo; y una gratificación a Luis Chavalier.

El ataque a San Luis fue la única acción militar al oeste del Misisipi durante toda la Guerra de Independencia de los

Estados Unidos. Cuando comenzaron las negociaciones de paz, España, gracias a esta victoria y a la de Saint Joseph, consolidó sus derechos sobre la orilla occidental del río, mientras los estadounidenses se quedaban con la mayor parte del Valle de Illinois-Ohio. En los años posteriores las fortificaciones españolas alrededor de San Luis mejoraron y San Carlos se reforzó. Sin embargo, era una ciudad en crecimiento y pronto se expandió más allá de sus defensas. San Carlos fue derribado en 1818. Hoy, aparte de las injustas descripciones de Leyva como traidor, avaro y cobarde, que aparecen en los libros de historia estadounidenses, la única indicación física de donde se libró la batalla es una placa que se colocó en el número 1 de la calle South Broadway, cerca del lugar donde se erigió San Carlos.

En cuanto a la acción de Pourré, desde el punto de vista militar tuvo escasa importancia, pero desde el estratégico fue importantísima. Gran Bretaña pensó que el poder español en la zona era mucho mayor de lo esperado y anuló sus proyectos de ofensiva hacia el Misisipi. En adelante, los británicos se situaron a la defensiva, para proteger Canadá de cualquier ataque, algo que en realidad estaba muy lejos de las posibilidades españolas e incluso norteamericanas. Durante el resto de la guerra ambos bandos —con sus aliados indios—, se limitaron a intercambiar golpes en acciones limitadas de patrulla en lo más profundo de los bosques. Como la incursión llevada a cabo por un grupo de *rangers* y realistas americanos que, en compañía de una partida de indios, lanzaron en 1783, el último año de la guerra, un raid al estilo del de Porrué contra el lejano puesto de Arkansas. El ataque fue rechazado, pero demostró que, incluso hasta el final, el peligro siempre estaba presente para los soldados que ocupaban los fuertes dispersos en el interior del enorme territorio de Luisiana.

2.5 La mejor defensa: el ataque

A Gálvez, la noticia de que se iba a declarar la guerra de forma inminente, le llegó por vía de su tío el 18 de mayo de 1779. Agresivo por naturaleza, estaba convencido de que había que actuar cuanto antes. Como le escribió a Juan Bautista Bonet, comandante en jefe del departamento naval de La Habana, era necesario «jugar a los dados y probar suerte».



Campamento británico en Norteamérica. Desde el primer momento, los oficiales ingleses, que tenían todo a su favor, despreciaron tanto a los rebeldes —«un grupo confuso, ridículo y mal organizado»— como a los españoles. El general John Burgoyne —«Gentleman *Johnny»—, que se rindió en Saratoga el 17 de octubre de 1777, viajaba con 27 carros de equipaje que transportaban para su uso personal tiendas de campaña, catres, mantas, estufas para cocinar, porcelana china, cubertería de plata, cristalería, vinos, champagne, artículos personales y uniformes. A veces, su ejército, con 7 000 soldados y 4 baterías de artillería, junto al que se trasladaban mujeres y niños, solo podía cubrir un kilómetro y medio diario.*

Hombre de criterio y recursos, desde el primer momento sopesó la idea de realizar acciones ofensivas contra los británicos, y acabó por decidir que había que atacar los fuertes y pueblos de la parte baja del Misisipi, pues de lo

contrario podrían convertirse en una seria amenaza —los planes británicos no eran un secreto y todos sabían que el riesgo era cierto si no se actuaba con celeridad—. Además, entendía que tomar esos puestos permitiría posteriormente a España negociar la paz desde una posición ventajosa, ya que él también era de los que pensaban que si los norteamericanos se independizaban, a la larga serían una amenaza tan temible como los ingleses.

Desde el punto de vista estratégico, Gálvez contaba con todo lo que necesitaba, al menos en lo referente al conocimiento del enemigo al que se enfrentaba. Ya hacía tiempo que su suegro, que conocía bien los fuertes británicos, le había facilitado planos y dibujos precisos, especialmente de Bute de Manchac, pero había visto y conocía los de Natchez y Baton Rouge.

Sabía también que, poco a poco, recibían refuerzos, por lo que ante el temor de que el número de tropas enemigas a las que debiera enfrentarse fuese mayor de lo supuesto, solicitó a La Habana más efectivos. La petición fue atendida con la celeridad que requería la ocasión y, a mediados de julio, Navarro preparó en Cuba al 2.º batallón del regimiento de infantería España n.º 16 —631 hombres—, una unidad veterana bien fogueada, creada en 1665 como Tercio de Portugal.

Esta vez el problema sería los buques para transportarlos. No estuvieron disponibles hasta el mes siguiente. Zarparon de La Habana con las tropas el 18 de agosto, una semana después de que la región sufriera los embates de un terrible huracán que barrió Nueva Orleans y arrasó la ciudad y su comarca. Las pérdidas fueron cuantiosas y la confusión y el caos importantes por los innumerables daños. Desgraciadamente, también una parte considerable de los barcos de transporte de

que se disponía se vieron seriamente afectados, y los refuerzos ni siquiera llegaron para participar en la campaña que Gálvez ya había iniciado contra los puestos del Misisipi.

Pero volvamos a los preparativos en la capital de la Luisiana. El 13 de julio se celebró en Nueva Orleans una Junta de Guerra. A pesar de que la noticia oficial de que el conflicto con los ingleses había comenzado el día 29 del mes anterior, aún no había llegado a La Habana —a Cuba llegaría el 17 de julio, y a Luisiana en fechas posteriores—.

A esa reunión, asistieron la mayoría de jefes encargados de las tropas regulares o la milicia y los responsables de los destacamentos de toda la provincia destinados al control del territorio. La primera recomendación de la Junta hizo referencia a la defensa de la capital, para lo que se consideró esencial fortificar el Bayou San Juan y concentrar el máximo posible de tropas en la ciudad. Por consejo del teniente coronel del fijo de Luisiana, Esteban Miró, se decidió construir de inmediato cuatro reductos junto a Manchac —en manos inglesas—, para proteger Nuevo Orleans de un ataque desde el río.

Aun así, se consideró que si los ingleses tenían éxito y lograban abrirse paso desde el Norte, para unirse con las tropas de los fuertes del Sur, sería muy difícil conservar la ciudad sin ayuda exterior —el gobernador señaló en un mapa los numerosos puntos por los que la capital podía ser atacada y tomada—. Además, hacían falta municiones, armas, pólvora y, sobre todo, alimentos, ya que se preveía que si comenzaba una ofensiva británica los refugiados abandonarían sus granjas, plantaciones y asentamientos y se amontonarían en la ciudad.

Era lógico que Gálvez, aunque tuviese las ideas bastante claras sobre los pasos a seguir, se mostrase intranquilo. Por

eso se alegró enormemente al ver la respuesta entusiasta de civiles y militares cuando días después, en una reunión extraordinaria en el Cabildo de Nueva Orleans, comunicó a los presentes que España y Gran Bretaña estaban en guerra.

Al tiempo que Navarro se esforzaba en Cuba por organizar tropas para trasladar a la Luisiana, le envió a su gobernador el bergantín *Kaulicán* para que le remitiese un plan de batalla que permitiera atacar la Florida Occidental británica por tierra y mar. Gálvez contestó el 17 de agosto al capitán general con una copia completa de las operaciones que proyectaba, para que tanto él como Bonet le diesen el visto bueno.

Les comunicaba con claridad que su idea era iniciar de inmediato una ofensiva contra los asentamientos ingleses del Misisipi, antes de que se conociesen sus planes, para aprovechar el factor sorpresa. El objetivo final debía ser Pensacola, cabeza del gobierno militar y civil y la plaza más importante de aquella provincia británica. Como el ataque directo ofrecía serias dificultades debidas a las fuerzas navales de que disponía el vicealmirante John Byron, las baterías de costa que defendían la entrada del puerto y los refuerzos que podrían llegar desde Jamaica, se proponía como paso previo conquistar Mobila, de menor importancia, pero vital para la defensa de Pensacola.

«La Mobila —decía Gálvez—, no necesita de Pensacola, pero esta apenas puede subsistir sin aquella, que es la que la provee de carnes y otros víveres. Además, con la conquista de esa plaza se cortaba toda comunicación de los británicos con los indios chactá y chicasá, situados al oeste de la ciudad, por lo que, a partir de entonces podría contarse con ellos como posibles aliados».

Como paso previo para el ataque a Mobila, se realizarían incursiones para neutralizar todos los puestos del río a los que

hacía referencia, lo que permitiría asegurar la retaguardia. Gálvez estimaba que necesitaba para comenzar las operaciones de 4500 a 5000 hombres, que habría que ir ampliando hasta los 7000, pero de momento no contaba más que con los 370 del batallón fijo, los piquetes de La Habana y los milicianos.

Navarro no estaba totalmente de acuerdo con aquellas cifras que le enviaba, por lo que comenzó un serio enfrentamiento sobre el número de soldados que serían precisos para la campaña. Para el capitán general, 3200 hombres eran más que suficientes para tomar Pensacola y, aunque no disponía de ellos, se alejaban mucho de los 7000 que solicitaba Gálvez, una cantidad que le parecía desorbitada. El problema estaba en que Navarro temía que ocurriera algo parecido a lo sucedido en 1762 y quería retener como mínimo 3900 soldados para la defensa de La Habana, además de los que fueran necesarios para las operaciones en Centroamérica —Yucatán, Campeche y Honduras— y el Caribe.

Gálvez no se desanimó ni por las opiniones de Navarro ni por la falta inmediata de refuerzos. Informó a los comandantes de los puntos más expuestos a un ataque británico —Carlos de Grand Pré, un acadiano que servía en las filas españolas, en Pointe Coupe; Raimundo DuBreüil, en San Gabriel de Manchac y Francisco Collel, en Galveztown—, les pidió que se prepararan para formar una milicia, e inició un reclutamiento urgente de voluntarios solteros que no tuvieran obligaciones familiares inexcusables. También autorizó la incorporación de norteamericanos a las milicias criollas formadas por franceses y españoles.

Apenas unos días después del desastre producido por el huracán, organizado, y estimulado por las noticias que le

enviaba DuBreüil, cuyos hombres habían realizado varios reconocimientos en los alrededores del fuerte inglés de Bute, en Manchac, y notificaban que no apreciaban una gran capacidad o voluntad ofensiva en el enemigo, Gálvez tomó una decisión: iniciar por su cuenta la ofensiva.

El 27 de agosto bajo el sofocante calor y la humedad de Luisiana, partió de Nueva Orleans en dirección a su primer objetivo una de las fuerzas militares más heterogénea que jamás se hayan reunido en América del Norte. La formaban 669 hombres, y comprendía 170 soldados veteranos del batallón de la Luisiana, 330 reclutas del Real Ejército recién llegados de Nueva España y las Islas Canarias, entre 60 milicianos y ciudadanos locales, 20 carabineros de Nueva Orleans —una unidad de caballería de milicias de élite—, 80 negros y mulatos libres y 9 rebeldes británicos, entre los que se encontraba Pollock. Parte de la tropa viajó en una flotilla de 4 buques —una pequeña goleta y tres lanchas cañoneras— rescatadas del fondo del Misisipi y reflotadas, al mando del teniente de artillería Julián Álvarez, mientras el resto recorría con dificultad tortuosas sendas a través de la espesa vegetación. Por el camino, se alistaron otros 600 voluntarios reunidos entre los inmigrantes alemanes y los acadios de Luisiana que vivían en la costa, y unos 160 indios. En total, algo más de 1400 hombres.

La marcha, a pesar de las dificultades, nunca perdió el orden que se había establecido desde el primer momento. La tropa veterana formaba en columna con su costado izquierdo apoyado en el Misisipi, defendido por las embarcaciones armadas que llevaban la artillería. A su derecha quedaba un espeso bosque que, para evitar sorpresas, batían un kilómetro por delante las tropas de color y los indios. Las milicias, los alemanes y los acadios, cerraban la retaguardia.

Poco antes de la llegada de la expedición, Collel dirigió una incursión contra unas barcas inglesas en el río Amite, a 30 kilómetros de Manchac. Cortó las comunicaciones entre el lago Marrepas y el Misisipi, y capturó a los escasos 12 soldados que formaban la guarnición del pequeño fuerte Graham. Si los británicos tenían alguna duda acerca de cuál sería el comportamiento de los españoles, ya tenían la primera respuesta.



Mapa general de las colonias británicas del Sur. Comprende Carolina del Norte y del Sur, Georgia y las Floridas Oriental y Occidental —esta última se extendía desde Apalachicola hasta el río Misisipi—, con los países indios vecinos y los cálculos hidrográficos de las costas Este y Oeste. Lo realizó en 1776 Bernard Romans con los datos aportados por los oficiales del Real Cuerpo de Ingenieros Brahm, Collet y Mouzon. Se publicó ese mismo año con otros cinco mapas de gran formato en El atlas militar de bolsillo de América, *obra de Robert Sayer y John Bennet, muy utilizada por los oficiales británicos del ejército y la armada que estaban allí destinados.*

La verdad es que las cosas eran justamente lo contrario de lo que ambos bandos esperaban. De inmediato, Gálvez

decidió aprovechar la falta de combatividad inglesa, pues si no parecían tener planes ofensivos, sin duda tampoco imaginarían lo insignificante de la fuerza española a la que se enfrentaban, ni el agotamiento de sus soldados tras días de fatigosa marcha. Sin dar tregua, sus tropas atacaron el 7 de septiembre el fuerte Bute, que cayó sin una sola baja española y con una inglesa en manos de los milicianos, mientras la tropa veterana vigilaba la posible llegada de un grupo de cerca de 400 británicos que se habían detectado por las inmediaciones. Un capitán, un teniente y 18 soldados se rindieron sin apenas resistencia. Solo un pequeño contingente logró escapar y llegar a Baton Rouge.

Es posible, como se dijo después, que los británicos no estuviesen enterados de la declaración de guerra, pues el responsable de todas aquellas posiciones, el teniente coronel Alexander Dickson, al conocer las actividades de las avanzadas del agresivo Collel, decidió no enfrentarse a las tropas enemigas en fuerte Bute y se replegó a Baton Rouge. En cualquier caso, hubiese sido solo un problema de sus comunicaciones. Lo que sí es seguro es que Dickson recibió el 9 de septiembre desde Pensacola una notificación del gobernador de Florida Occidental que le confirmaba que España ya era uno más de sus enemigos.

Precisamente al día siguiente, el 10, los rebeldes que apoyaban las operaciones desde el mar combatieron en el lago Pontchartrain, donde fue apresada la goleta británica *West Florida*. Patrullaba el lago desde 1776 dedicada a detener y abordar los mercantes españoles que comerciaban con Nueva Orleans. Su captor era el *Morris*[60] también conocido como *Morris Tender*, un regalo de Gálvez a Pollock para reemplazar a un *Morris* anterior que se había perdido durante el huracán de agosto. Vigilaba el estuario del Misisipi bajo el mando del capitán William Pickles, cuando su vigía divisó a la goleta

británica. Tras ardua persecución y varias andanadas bien dirigidas, la tomó el grupo de abordaje del capitán Pedro George Rousseau, nacido en Francia, pero al servicio de las armas de España[61].

La *West Florida* la venderá posteriormente el Ejército Continental en Filadelfia, en el primer semestre de 1780, tras la toma de Mobila, por considerarla ya inútil para el servicio. La comprará Gálvez, que ordenará cambiar su aparejo y transformarla en el bergantín *Galveztown*, que tomará un papel protagonista en la conquista de Pensacola.

Agotados, sucios de barro, con sus uniformes de lana empapados por la humedad y entre enjambres de enormes moscas negras, los españoles comenzaron a cavar trincheras en Baton Rouge el 18 de septiembre, tras quince días de campaña. Allí les esperaban recias posiciones de artillería y casi medio millar de soldados británicos —de ellos unos 400 veteranos del 3.º regimiento alemán de Waldeck[62]—, junto a sus aliados indios. Guerreros pintados en ocre, carmesí, azafrán, verde o rojo sangre, dispuestos a combatir salvajemente por botín y cabelleras, a partes iguales. Entre todos eran algo inferiores en número a los atacantes, pero ese era un dato que, bien protegidos tras los muros de piedra gris de su fortaleza, desconocían por completo.

Ante la imposibilidad de rendir el fuerte mediante un asalto frontal, los hombres de Gálvez, muy mermados por el duro recorrido a través de los bosques, se limitaron a emplazar con la mayor eficacia posible los 10 cañones que llevaban, servidos por 14 artilleros. Toda la maniobra la dirigió el teniente Álvarez, que hizo el trabajo a la perfección. Sus baterías lograron silenciar a las del enemigo e incendiar sus cuarteles y almacenes.

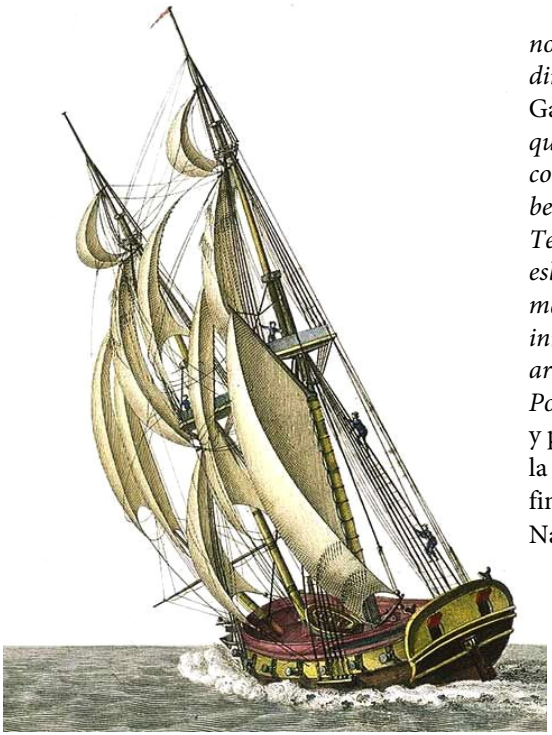
En la guerra que comenzaba, muy distinta a la que se había desarrollado hasta entonces en los campos de Europa, la artillería iba a desarrollar un papel fundamental en la defensa y el ataque de las fortificaciones. Llegarían a emplearse piezas de todos los calibres, con las únicas limitaciones de su movilidad, la falta de cureñas o las siempre escasas municiones disponibles.

Del mismo modo pasaron a desempeñar una labor esencial en todos los ejércitos los ingenieros, que estudiaban las técnicas de ataque y defensa de fortificaciones, inspiradas generalmente en el método del mariscal francés Sebastián Le Prestre de Vauban, de aproximación por paralelas, aunque en España también estuvieran todavía vigentes otras tácticas muy similares desarrolladas en 1687 por Sebastián Fernández de Medrano. El sistema de paralelas consistía en efectuar cuatro operaciones sucesivas: cercar la plaza y aislarla; bombardearla con la artillería; aproximarse mediante tres trincheras en paralelo y zigzag por la que avanzaban lentamente una serie de baterías hasta situarse muy próximas a los muros de la fortaleza y, finalmente, tomarla por asalto.

A cambio, la caballería, tan útil en otros teatros de operaciones, recibió durante toda la guerra un uso muy escaso. Se limitó a misiones de exploración, vigilancia o enlace, o a combatir desmontada junto a la infantería.

Respecto a los ingleses, no podía decirse que en esta primera fase de la campaña se comportaran según lo esperado. Ni siquiera que tuvieran muchas ganas de resistir. El 20 de septiembre, tras un corto pero intenso bombardeo de tres horas que desmanteló muchas de las defensas y parte de los muros, el teniente coronel Dickson solicitó capitular. Su petición fue aceptada, pero con la condición de que rindiera también el fuerte Panmure, en Natchez, una posición más al

Norte, bien guarnecida, con una excelente y estratégica situación.



Aunque no quedan datos que nos permitan establecer las dimensiones exactas del Galveztown, *podemos suponer que sería un mercante de tipo colonial —similar a este bergantín de 16 cañones—. Tendría unos 18 metros de eslora y estaría construido con maderas locales, sin detalles innecesarios, adaptado y artillado para patrullar en el Pontchartrain*. Obra del marino y pintor Agustín Berlinguero de la Marca y Gallego, realizada a finales del siglo XIX. Museo Naval, Madrid.

Esa misma tarde, Dickson enviaba a Campbell los términos de su rendición. Cerraba su carta con las palabras siguientes: «Debo decir, para ser justo con su excelencia don Bernardo de Gálvez, que los oficiales y soldados que son prisioneros de guerra en esta plaza son tratados con la mayor generosidad y atención. No solo por los oficiales, sino incluso por los soldados españoles, que parecen disfrutar siendo civilizados y amables con los prisioneros de guerra».

A las 15.30 del día 21, tras una tregua de veinticuatro horas para que enterrara a sus muertos, Dickson salió al frente de 375 hombres para entregar sus armas y 8 barcos de transporte. Las mujeres y los niños fueron liberados. Los soldados comenzaron un cautiverio que duraría casi un año y les llevaría primero a Veracruz y luego a Cuba. Cuando

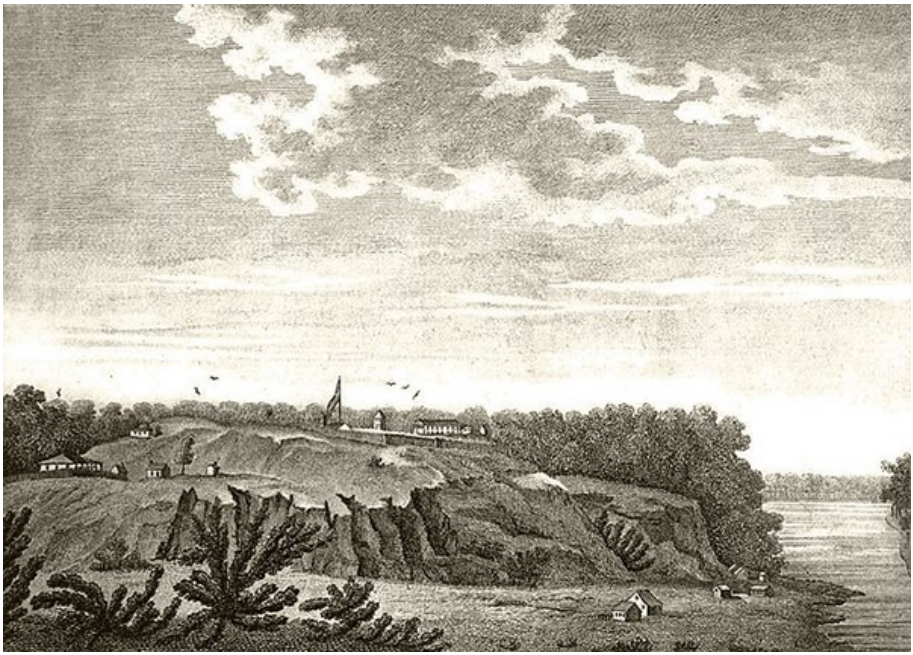
fueron intercambiados, algunos regresaron a Nueva York, pero otros remontaron el Misisipi y se unieron a las tropas de Clark para combatir ahora a los ingleses[63].



Oficial británico durante la Guerra de Independencia Americana. Identificado como el alférez Richard St. George Mansergh, del 4.º regimiento de a pie, muestra el aspecto general de los oficiales de los batallones de infantería ligera durante la campaña, con fusil, bayoneta, bolsa de cartuchos y espada. Muchos de los jóvenes soldados británicos y alemanes que llegaron de Europa conocían tan poco del terreno en que combatían que ni siquiera sabían que existían las serpientes de cascabel. Solo el pensar que podían encontrarlas, les produjo siempre auténtico terror. Obra de Thomas Gainsborough. Galería Nacional de Victoria. Melbourne.

Después del mediodía, según lo acordado, partió para Natchez el capitán Juan De la Villebeuvre con 50 soldados y un representante de Dickson que llevaba un mensaje para el capitán Foster, comandante de la guarnición de fuerte Panmure. No fue suficiente. Campbell había derogado los términos de la rendición de Baton Rouge e instado a unirse contra los españoles a la milicia y a los habitantes de la región hasta que él pudiera llegar con más de 1000 hombres de las tropas leales de Pennsylvania y Maryland. A pesar del calor de septiembre le habían hecho caso, y se habían reunido todos tras los muros del fuerte, lo que obligaba a Foster a enfrentarse a un importante dilema.

La solución llegó de la pluma de Pollock, que resultó más poderosa que las órdenes de Campbell. Seguro de que los residentes en Natchez favorecerían los intereses de los rebeldes y de los españoles, les envió una carta con la noticia de la declaración de guerra de España, invitándoles a renunciar a la fortaleza en beneficio de las futuras relaciones comerciales[64]. Tanto la milicia como los civiles se mostraron de acuerdo, lo que permitió a Foster, en clara minoría, entregarse sin resistencia junto a su bandera y 80 granaderos el 5 de octubre.



Fort Panmure, en Natchez. Una vista de la fortaleza y, abajo en la colina, el asentamiento, realizada en 1796 por el ingeniero y cartógrafo estadounidense Georges Henri Victor Collot. Aunque el grabado sea en blanco y negro, se aprecia perfectamente la representación de la bandera española de la armada, roja y amarilla, cuyo uso había extendido Carlos IV en 1793 a las plazas marítimas, castillos y defensas de las costas. Departamento de Historia y Archivos del Misisipi.

Con la caída de Panmure, algo que ni los más optimistas habían previsto que sucediera con tal rapidez, todos los objetivos de la primera fase de la campaña se habían

cumplido en un tiempo récord. Durante las semanas siguientes las patrullas españolas se dedicaron a limpiar los núcleos de resistencia en la cuenca baja del Misisipi que aún estaban en manos inglesas. Esos días, Vicente Rieux, un criollo de Luisiana, capturó con su goleta y 13 hombres un transporte de tropas británico con 56 soldados del Waldeck y 12 marineros que acudían a recuperar alguno de los fuertes, luego se dedicó a rastrillar sin oposición el río Amite. Entre tanto, Grand Pré se encargó de ocupar el puesto británico de Thompson's Creek, en el Bayou —hoy muy próximo a Jackson, la capital del estado de Misisipi—, que también había sido incluido por Dickson al aceptar las condiciones de rendición en Baton Rouge.

Aunque Campbell mantuvo durante un tiempo que los informes de todas esas pérdidas eran falsos y no se trataba más que de una estratagema para hacer salir a sus soldados de las poderosas fortificaciones de Pensacola, el éxito de Gálvez fue una agradable sorpresa para George Washington y un enorme quebradero de cabeza para el alto mando británico, que se veía en la obligación de comenzar a trasladar tropas de otros frentes. Incluso la guarnición de San Agustín entró en pánico ante la amenaza de un ataque español. El comandante de la fortaleza y gobernador de Florida Oriental, el coronel Patrick Tonyn, le escribió a Clinton en diciembre: «En caso de recibir una visita similar de La Habana, voy a hacer lo que se debe hacer; pero no tengo el don de hacer milagros».

Las noticias de las derrotas sufridas en América también ante los españoles no tardaron en llegar a Inglaterra. En la *London Gazette* del 1 de abril de 1780, Whitehall —como se denominaba por extensión a la sede del almirantazgo— publicaba un extracto de la carta enviada el 15 de diciembre de 1779 desde Pensacola por el general Campbell a *lord* George Germain. Con ella pretendía justificar las pérdidas

que le habían ocasionado a la *Royal Navy* esas primeras acciones del gobernador de la Luisiana:

> Como quiera que sea, es ahora sabido sin discusión que llevaba tiempo preparándose en secreto para la guerra. Que habiendo reunido previamente todas las fuerzas de la provincia de Luisiana, la independencia de América fue públicamente reconocida con toque de tambores en Nueva Orleans el 19 de agosto y, teniendo todo preparado para ese propósito, inmediatamente marchó contra nuestras fuerzas en el Misisipi; y logró efectivamente la captura con estratagema de un *sloop* —balandro— del rey en el lago Pontchartrain, el apresamiento de un *schooner* —goleta— en el río Misisipi que iba con ron y provisiones para Manchack, y de otras seis naves menores en el lago y en el río Amit.

Campbell era tan hipócrita, que olvidaba la carta que le había enviado a él *lord* Germain el 25 de junio para que atacara Nueva Orleans cuanto antes y «le diera un golpe a los dominios de España». En cualquier caso, dijeran lo que dijeran en Londres, la impresionante maniobra española bloqueaba todo intento británico de remontar el Misisipi desde el Golfo de México. Además, le permitía conseguir a José Boisdore, un criollo que ejercía como comisario ante las naciones indias, que medio millar de guerreros chactas y 17 caciques que vivían en esas tierras recién ocupadas y que hasta entonces eran aliados de los británicos, variaran sus lealtades. El gobernador los recibió en Nueva Orleans con toda la ceremonia posible, y allí mismo, en señal de sumisión, cambiaron sus insignias británicas por medallas con la efigie grabada de Carlos III.

Antes de que concluyera el año, la victoria le valió a Bernardo de Gálvez su ascenso a mariscal de campo. Contaba solo 33 años.



Retrato del teniente de granaderos del 2.º batallón del Regimiento de Luisiana, Ignacio de Balderes. Nacido en Salamanca en 1757, ingresó en el ejército como soldado a los trece años. En 1779, ya sargento, obtuvo por la captura de Manchac una distinción y una concesión de tierras próximas a Pensacola. Tras la campaña, Balderes quedó como comandante de Balize, un puesto de avanzada que guardaba la boca del Misisipi. Obra atribuida a José Francisco Xavier de Salazar y Mendoza realizada en 1790. Museo Estatal de Luisiana.

2.6 De vuelta a la Florida

En el 111 de la Calle Real —*Royal Street*—, rodeado de los altos y modernos edificios del centro de Mobila, Alabama, Fort Condé y su actual museo —cuyo patio de armas se utiliza mucho para celebrar bodas «a la estadounidense»—, conservan aún parte de los antiguos muros que tomaron los granaderos españoles. Es una fortaleza de ladrillo con cimientos de piedra local, construida en 1723 por los franceses para proteger los edificios de los colonos, que lleva su nombre en honor del hermano del rey Luis XIV

Erigida sobre una superficie de unas 50 hectáreas al trasladar en 1711 Fort Louis, el asentamiento original que se había fundado nueve años antes unos 45 kilómetros río arriba, la fortaleza protegía desde un alto el acceso de españoles y británicos a su estratégica bahía —una ensenada de entre 13 y 29 kilómetros de ancho en el Golfo de México —, y a las tierras entre el río Misisipi y las colonias francesas del Atlántico —la mayor parte del este de la colonia de Luisiana— que se extendían a lo largo del curso de los ríos Alabama y Tombigbee. No era excesivamente grande, 20 esclavos negros y 5 obreros blancos se habían esforzado para levantar las murallas y los edificios de adobe y madera de cedro que constituían la iglesia, el edificio de gobierno y los sencillos alojamientos de los soldados, los colonos y sus familias.

La bandera británica había sustituido a las lises de los borbones franceses en esa importante posición en 1763, al concluir la Guerra de los Siete Años, cuando Francia perdió todo su poder en América del Norte y, con el cambio de

dueños, también le tocó a la fortaleza mudar su nombre: pasó a llamarse Fort Charlotte, en honor de la esposa del rey Jorge III. Para entonces las edificaciones se habían extendido extramuros y prósperos comerciantes se instalaban en las fértiles tierras adyacentes.

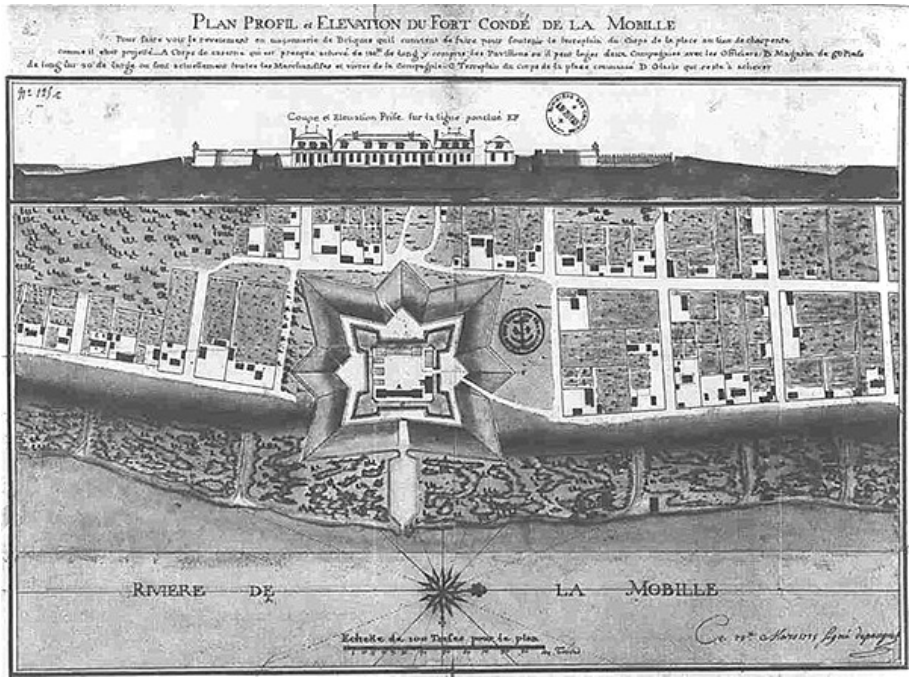
Hemos visto que Gálvez consideraba Mobila, a unos 200 kilómetros de Nueva Orleans, un objetivo crucial. Lo malo era que eso también lo sabían los ingleses, que durante los meses previos a la entrada de España en la guerra dedicaron tiempo y dinero a reforzar Fort Charlotte. En ese momento disponía ya de 35 piezas de artillería bien situadas y una guarnición de 300 hombres auxiliada por algunos indios aliados.

El principal problema al que se enfrentaba Gálvez para llevar adelante su plan de tomar la plaza —cuyo acceso por mar era difícil por culpa de unos islotes y bancos de arena próximos a la costa, y por tierra peligroso por la presencia de indios aliados de los británicos—, era que en Luisiana no disponía de fuerzas ni recursos suficientes. El 16 de octubre solicitó a Cuba el envío de las tropas y el material necesario para dar inicio a la nueva campaña pero, como casi siempre, la petición fue el inicio de arduas negociaciones y largas dilaciones.

Navarro y Bonet, que aguardaban la llegada de refuerzos de la Península o de Nueva España, aprobaron a grandes rasgos el plan de Gálvez y acordaron enviar a primeros de diciembre, directamente a la Mobila, varios transportes con cerca de 1200 soldados de infantería, 40 artilleros, 200 negros para los trabajos de fortificación y artillería, el correspondiente tren de sitio y los servicios de hospital. El convoy lo escoltarían un navío, dos fragatas y un bergantín. Al menos así se lo comunicó Navarro a Gálvez el 20 de noviembre por mediación del coronel del regimiento del Príncipe, Jerónimo

Girón, que salió de La Habana en el *Kaulicán* para referirle con detalle al gobernador todos los preparativos de la expedición.

Gálvez los consideró insuficientes, al menos en lo referente al número de tropas que se le suministraba, pero tampoco tenía otras opciones. Pasó diciembre y, en vista de que no llegaban, decidió enviar a La Habana al teniente coronel del regimiento de la Luisiana, Esteban Miró, con la intención de que activara cuanto antes su puesta en marcha y, ya de paso, informara a las autoridades de la isla de otros asuntos relacionados con las futuras operaciones. Zarpó el 1 de enero de 1780.



Fort Condé, en Mobila, la fortificación más importante en el Seno Mexicano después de San Juan de Ulúa. En el plano, levantado en 1725 por Adrien de Pauger, está perfectamente representada su nueva planta en forma estrellada. Universidad de Alabama.

Miró desembarcó del bergantín *Las dos hermanas* en el tumultuoso puerto de la capital de las Antillas a las 10 de la

mañana del día 24. Sus instrucciones eran lograr que se aumentaran a 2000 los efectivos destinados a la campaña, no aceptar menos de 1300, y mostrarse firme al exigir que las tropas estuvieran en Mobila, lo más tardar, a mediados de febrero. Se encontró con que todos los batallones llevaban listos para embarcar desde el 18 de diciembre y que los buques esperaban ya cargados con víveres municiones y pertrechos. Solo que Bonet no parecía querer dar la orden de partir.

Ante su asombro primero, y luego sus respetuosas quejas, Navarro aprovechó para jugar un poco entre dos aguas y comunicarle que podía incrementar algo sus tropas: 567 hombres del l.º batallón del regimiento de Navarra. No estaba dispuesto a desprenderse de más. El coronel del Navarra, José de Ezpeleta, amigo personal del gobernador, tomaría el mando de todas las fuerzas del convoy, hasta que Gálvez pudiera ponerse al frente.

Se esperaba que ahora se produjera un nuevo retraso, pero Ezpeleta, activo y eficiente, no pensaba perder tiempo. La tarde del 29, el mismo día que había recibido la orden de incorporarse a la expedición, se entrevistó con Bonet para organizar el embarque de su unidad. Ahí volvió a saltar la sorpresa. Bonet no solo se mostraba reacio a apoyar la expedición, se oponía directamente a atacar Mobila y Pensacola. Incluso si damos por buena la versión de esa conversación, ofrecida por Miró, les dijo: «Es verdad que hay una orden del rey para que se vaya; y yo no sé si alguna vez no convendría desobedecer las órdenes del rey».

Pese a todos los impedimentos Ezpeleta y Miró consiguieron que el 10 de febrero partieran 4 transportes con 200 hombres y, el día 15, estuvieran embarcados los 1766 restantes en otros 16. Junto a ellos esperaba también

preparada una escuadra de 11 buques de guerra dispuesta para zarpar, pero ahí acabó su suerte. Esa tarde se comprobó que aún faltaba por cargar gran cantidad de víveres y prácticamente toda la aguada.

El día 21 todos los buques continuaban anclados con las tropas a bordo apiñadas y agotadas. Bonet dio largas, hizo referencia a las condiciones climatológicas, habló de los suministros. Todo superfluo. A nadie se le escapaba ya su mala voluntad.

Para entonces Gálvez llevaba más de un mes camino de Mobila. Había embarcado en un convoy de 12 buques de todos los tipos posibles[65] a los 1000 hombres de que disponía —el 2.º batallón del España, 141 del fijo de Luisiana, 50 del fijo de La Habana, 43 del Príncipe y 14 artilleros, a los que se sumaban 26 carabineros, 223 milicianos blancos, 107 milicianos negros y pardos libres, 26 norteamericanos y 24 esclavos negros—, y se había puesto en marcha el 14 de enero. Tormentas y calmas, por partes iguales, dificultaron día tras día la navegación de lo que hubiera sido una corta travesía en otras condiciones, hasta que el 10 de febrero fue posible embocar la bahía.

Una vez más la naturaleza se mostró adversa a los españoles y un tremendo temporal arrastró a 6 de los 12 transportes a la costa. Varios naufragaron sin poder ser auxiliados y otros embarrancaron a la entrada de la bahía en una isla desierta. Se salvaron 800 hombres sin apenas víveres ni pertrechos y solo lograron rescatar unos pocos cañones.

Gálvez reorganizó las tropas que pudieron desembarcar y con los cañones de los buques instaló una batería en la punta de Mobila, con objeto de controlar la entrada a la bahía y establecer una mínima defensa. Luego ordenó fabricar escalas con los restos de los barcos para poder asaltar las

fortificaciones y avanzó hacia fuerte Charlotte. El 28 de febrero tomó posiciones a unos dos kilómetros del enemigo, para iniciar los preparativos del ataque.



La Habana y su puerto a finales del siglo XVIII. La capital de Cuba tenía el monopolio sobre la salida de América de todos los buques españoles con destino a la Península. Litografía coloreada de Eduardo Laplante. Museo Naval, Madrid.

Ezpeleta se desesperaba. Tres días antes, el 25, pasado el temporal que había alcanzado a Gálvez, La Habana amaneció con un cielo claro y despejado por el que asomaban los primeros rayos del fuerte sol del Caribe. En resumen, una jornada esplendida para hacerse a la vela. Bonet, en lugar de dar la orden de salida, propuso al coronel que desembarcara la tropa, pues no estaba dispuesto a zarpar «hasta ver el tiempo asegurado». Intervino Navarro, y para mantener la paz, pero sobre todo para aliviar el estado de los hombres, autorizó que, a partir del día siguiente, bajaran a tierra con la condición de que el reembarque —como aseguraba Bonet—, pudiese hacerse en menos de 2 horas.

Fue la gota que colmó el vaso. Eso, y la rechifla generalizada con la que el pueblo, los franceses, los americanos, y hasta los ingleses prisioneros, recibieron a los

soldados que volvían a pisar el puerto tras casi dos semanas de espera. «Una vergüenza para nuestra marina», en palabras del propio Miró.

En vista de todos aquellos sucesos, Navarro informó de manera reservada al Ministro de Indias, y este a su vez a la Junta de Estado y al rey. La respuesta no se hizo esperar. Una Real Orden creó de inmediato la Junta de Generales de La Habana, a la que tendría que convocarse a todos los oficiales generales del ejército y la armada. Sus decisiones deberían ser de obligado cumplimiento. Pero eso, dado el tiempo en que se demoraba la correspondencia, sería más adelante. De momento era imprescindible solucionar la salida de las tropas, sobre todo, porque en la isla parecían haberse olvidado de los ingleses.

Campbell, al tener noticias de lo que ocurría en Cuba, había decidido sin pérdida de tiempo marchar desde Pensacola con una fuerza de 1100 hombres en apoyo de la guarnición de la Mobila. Era una oportunidad de destruir a los españoles antes de que se reforzasen.

No era mala idea, pero afortunadamente para Gálvez, el desdén y la desidia no habían impedido que Ezpeleta estuviera ya en mar abierto, tras lograr finalmente zarpar con el convoy el 7 de marzo. Lo formaban 11 buques de guerra y 20 transportes, y en él, con tres meses de retraso, viajaban 5904 hombres. Cerca de 2000, del ejército.

Mientras, en Mobila, suponemos que irritado por todo lo acontecido, el gobernador de Luisiana se mostraba dispuesto a comenzar el sitio de la plaza cuanto antes, aunque fuera solo con los efectivos de que disponía. Habían llegado los 200 hombres del regimiento de Navarra enviados por adelantado con algo de material de sitio, junto al chambequín de 30 cañones *Caimán*, el paquebote *San Pío*, los bergantines *Santa*

Teresa y *Renombrado* y la saetía *Catalana*. Esos refuerzos, por pequeños que fueran, significaban mucho para alguien que estaba dispuesto a intentar el asalto solo con escalas —algo más fácil de decir que de llevar a la práctica—.

El 1 de marzo, por mediación del coronel Bouligny, que conocía al comandante del fuerte, el capitán de ingenieros Elias Durnford, comenzaron las negociaciones. Ambos bandos intercambiaron cartas y regalos con mucho doble sentido, como era tradicional en las batallas del siglo XVIII. Durnford envió vino, pollo, pan recién hecho y cordero; Gálvez respondió con vinos españoles y de Burdeos, galletas de té, tortas de maíz y una caja de cigarros, persuasivamente cubanos.

El británico agradeció todo y se despidió con una última nota: el honor le obligaba a resistir. Era cierto, pero también que esperaba la llegada de refuerzos de Pensacola que aliviaran su situación y la de la guarnición, una variopinta colección de marineros, voluntarios residentes, esclavos armados y tropas regulares. Esa semana, mientras ante sus ojos los españoles reanudaban el arduo trabajo de construir terraplenes y trincheras para completar una batería que bombardeara la fortaleza, no aparecieron. Lejos, en los pantanos, la columna de socorro, con el barro hasta los muslos, ralentizaba cada vez más su marcha.

Muy pocos de los escasos libros escritos en inglés sobre la campaña de Pensacola —y por supuesto ninguno de los españoles— hablan de Durnford, y los que lo hacen se limitan a pasar de puntillas por el personaje. ¿Por qué? Simplemente, porque ordenó quemar hasta los cimientos todas las casas y comercios de Mobila y arrasar los cultivos de la zona para que no pudieran utilizarlos los españoles ni los vecinos que juraran obediencia a Carlos III. Todos, salvo la joya de su

corona, una plantación de 5000 hectáreas, Belle Fontaine, situada en los acantilados de la costa este de la bahía, en una zona libre de las fiebres y el hacinamiento, que eran los principales males de Mobila.

Ingeniero y topógrafo, tras participar en la conquista de La Habana en 1762, donde había establecido buenas relaciones con algunos españoles, embarcó de regresó a Inglaterra en 1769, a la muerte del primer gobernador británico de la Florida Occidental, John Eliot. Allí, gracias al mecenazgo de *lord* Simon Harcourt, virrey de Irlanda, se las apañó para que lo nombraran vicegobernador del territorio y aprovechó para casarse el 25 de agosto con una joven de buena familia y mejores rentas, Rebecca Walker, con quien tendría cinco hijos y cuatro hijas.

La pareja se embarcó de nuevo para Florida, donde Durnford sirvió como gobernador interino hasta la llegada de su titular, Peter Chester, el 10 de agosto de 1770. Luego asumió sus funciones de vicegobernador en el Consejo de Florida Occidental, que funcionaba de manera muy cerrada como cámara alta legislativa de la colonia, y se encargó de ejercer gran influencia en todas sus decisiones. Tanto, que entre 1766 y 1778 perdió solo una de las votaciones a las que se enfrentó.

Además de su modesto salario oficial, Durnford también cobraba una buena comisión por cada 100 hectáreas que cultivaban los colonos, lo que aumentó considerablemente sus ingresos y le permitió hacerse en la región con 52 262 hectáreas de fértiles tierras. Eso sin contar la petición de fondos que hizo al gobierno para reconstruir el puerto de Mobila según unos detallados planos que el mismo dibujó, —una obra que nunca se llevó a la práctica—, o replantear el

trazado de la carretera para unir Mobila y Pensacola, que solo llegó a realizarse en parte.

¿En qué manera influyó todo esto en su actuación durante el asedio? Por completo. La revolución americana apenas había afectado hasta entonces a la Florida, y en enero de 1780 se había visto obligado a dejar sus fructíferos negocios y tomar el mando de Fort Charlotte. Su intención de resistir era nula. Solo pensaba limitarse a guardar las apariencias con la vista puesta en lo que le depararía el futuro.

Volvamos con Gálvez, que es muy posible que sí supiera quién era Durnford. La primera noticia de la llegada de Campbell la recibió el día 10. Los exploradores le informaron de la presencia de dos campamentos ingleses en las cercanías con una fuerza estimada de 400 a 600 hombres cada uno. Eran demasiado pocos y llegaban demasiado tarde. Durante esa jornada arreció sobre la trinchera española el fuego de los defensores, pero no evitó que por la noche, bajo una intensa lluvia que dificultaba enormemente los movimientos de los obreros, continuaran los trabajos en la batería.

Las piezas de 18 y 24 libras destinadas a derribar los muros de Fort Charlotte quedaron situadas el día 12. A la diez de la mañana comenzaron a machacar las posiciones británicas con un bombardeo intenso y sostenido que llenó el cielo de humo y balas de cañón. Se prolongó prácticamente hasta la puesta del sol. Al amanecer del 13, ya con parte de los parapetos y troneras destrozados, se logró abrir una brecha por la que las tropas españolas se lanzaron a un breve asalto. Los granaderos que iban en vanguardia barrieron a los defensores, que tras retirarse al interior del fuerte entregaron las armas.

Dunford, enarboló bandera blanca ese mismo día y recibió las condiciones para la rendición al siguiente. Las aceptó enseguida. Se entregó a las 10 de la mañana junto a 2 oficiales

y 93 soldados del 60.º regimiento de a pie; 16 soldados de la milicia de Maryland, 6 artilleros, 60 marineros, 54 civiles, 51 esclavos negros armados, ingentes cantidades de municiones, provisiones y 65 cañones de diversos calibres. Campbell, cuya vanguardia llevaba 8 días con las trincheras españolas a la vista, se mostró especialmente pasivo. Se limitó a esperar, y a retirarse sin combatir cuando sus compatriotas se rindieron.

Gálvez, al que irónicamente Durnford había puesto como condición para entregar la plaza que se abstuviera de cualquier represalia en contra de los habitantes de la ciudad, permitió que se iniciara tras ellos una intensa batida. Una de las partidas enviadas logró capturar a un capitán y 20 dragones que protegían la retaguardia. Con ello, para evitar pérdidas, se dio por suspendida la persecución. A pesar de que las tropas españoles deseaban proseguir el acoso y buscaban cortarles el paso para enfrentarse con ellos a campo abierto antes de que pudieran cruzar el río Perdido, la última barrera natural que los separaba de Pensacola.

Fueron muchas las quejas en la expedición por no haber llegado aún los refuerzos de La Habana. Con ellos —se lamentaba Gálvez en una carta enviada a su tío el 20 de marzo —, habría podido destruir por completo el ejército de Campbell, que se había marchado sin apenas provisiones.

La toma de Mobila, que permanecería en manos españolas los siguientes 33 años, fue una importante victoria que consolidaba las conquistas del año anterior. Gálvez, que quería mantener la ofensiva a toda costa, consciente de la importancia de actuar con rapidez contra un enemigo fuerte pero desmoralizado, con el que se debía acabar antes de que se recuperase, solicitó a Gabriel de Aristizabal, capitán de la fragata *Nuestra Señora de la O*, que había apoyado las operaciones navales, que le permitiese emplear las fuerzas de

la armada destacadas en la bahía para realizar un desembarco en Pensacola. Aristizabal se negó rotundamente por considerar insuficientes sus fuerzas, y la empresa que le proponían, audaz, pero temeraria.

Días después, impaciente, Gálvez le hizo la misma sugerencia al capitán de fragata Miguel de Goicoechea, jefe de las unidades navales presentes en la Mobila y comandante del *Caimán*. Tras un intercambio de oficios evasivos, Goicohechea se excusó igual que Aristizabal: Bonet estaba cerca, que él decidiera lo que debía hacer la armada.



Basílica Menor de San Francisco de Asís, en La Habana. *Durnford había participado en la toma de la ciudad en 1762. Son muy conocidos los dibujos y grabados que realizó de la campaña ese año. Abandonó definitivamente Florida y volvió a Gran Bretaña con su familia en 1782, pero reanudó su carrera militar en la década de 1790 y se incorporó a la ofensiva contra los franceses en Martinica, Guadalupe y Santa Lucía con la intención de hacerse con tierras en las islas. Murió en Tobago de fiebre amarilla el 21 de junio de 1794.* Obra de Elias Durnford. Colección particular.

Una junta de guerra examinó otras alternativas, como la de dirigir una expedición por tierra que atacase el puesto por su cara posterior, para lo que antes incluso de la reunión, se

habían enviado varias patrullas con oficiales de ingenieros y artillería que evaluaran las posibilidades de éxito. Las conclusiones fueron pesimistas. No se consideraba factible llevar por tierra el tren de sitio, por lo que la única alternativa era el asalto de la infantería sin apoyo artillero. Intentar tomar Pensacola con un ataque frontal en esas condiciones era muy complicado, dada la calidad de las defensas y de las tropas que se protegían en su interior.

Tampoco se podía sorprender a la guarnición, así que la única posibilidad era pedir refuerzos, organizar un plan de operaciones en condiciones y conseguir la ayuda de la armada, que debía mover hombres y materiales, proteger la expedición con apoyo naval y garantizar las comunicaciones de las tropas con Nueva Orleans y La Habana. Eso llevaba tiempo. Con esas conclusiones, Gálvez decidió regresar para organizar cuanto antes todo lo necesario para comenzar la campaña. Entre los días 11 y 17 de abril reembarcaron las tropas y pusieron rumbo a la capital de la Luisiana.

Durante las semanas siguientes las cosas no siguieron los derroteros que Gálvez buscaba. Bonet se negó una vez más a cualquier intervención, y su opinión fue respaldada por varios de los vocales de la junta de guerra. Dictaminaron por unanimidad que la expedición contra Pensacola debía disolverse y solo quedaría una guarnición competente en el castillo de la Mobila.

El 5 de mayo llegó procedente de La Habana la fragata *Príncipe de Asturias* que transportaba los cañones y pertrechos para abastecer la plaza. Gálvez volvió a convocar en junta de guerra a los mismos vocales para retomar el asunto antes de que la fragata zarpase de regreso, pero el dictamen no varió. El día 6, la expedición contra Pensacola quedó definitivamente disuelta.

Todas las partes se apresuraron en enviar a la Península cartas de protesta. Gálvez, como no podía ser de otra forma, quejándose a su tío de la actitud y pasividad de la armada. Bonet, defendiéndose, al Secretario del Despacho Universal de Marina, Pedro Castejón y Salazar. No tenían ninguna necesidad. El Ministro de Indias ya había convencido por entonces al rey y a Floridablanca de la absoluta necesidad de reconquistar la Florida, y estaban dispuestos los medios para ello.

2.6.1 Luchar contra los elementos

El 28 de abril una gran flota de 140 buques de transporte y 16 navíos de escolta, partió de Cádiz rumbo a La Habana. En los barcos, al mando del jefe de escuadra José Solano, iban experimentadas tropas de un Ejército de Operaciones que debía de reforzar el dispositivo de defensa español en Puerto Rico y Cuba. En total, 12 000 marineros y soldados —seis regimientos con artillería y pertrechos: Rey, Soria, Guadalajara, Hibernia, Aragón y Flandes—, al mando del teniente general Victorio de Navia. Cuando Gálvez supo en Nueva Orleans de la partida de la flota, organizó todo para viajar a La Habana, donde llegó poco antes de que lo hicieran el 4 de agosto los navíos procedentes de la Península.

Esa primavera alguien más suspiró aliviado por el rumbo que tomaban las operaciones españolas. El Ejército Continental y el Congreso, que con la deserción del general Benedict Arnold, los motines de dos regimientos de Connecticut que amenazaban con regresar a su casa en protesta por la falta de pago y las escasas raciones, y la rendición de Charleston ante Clinton tras un brutal asedio de seis semanas con continuos bombardeos diarios[66], había

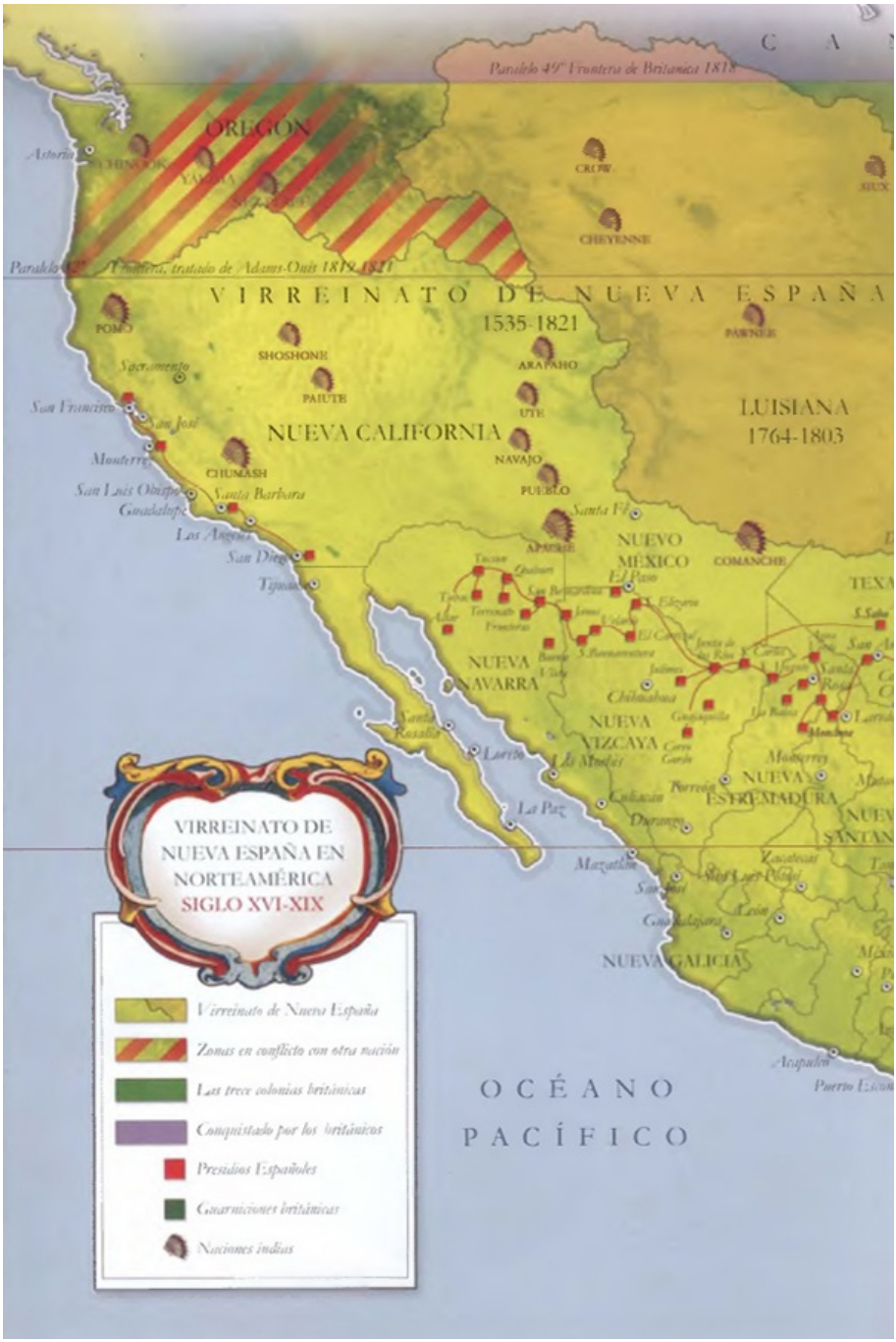
recibido en el teatro de operaciones Sur varios golpes importantes en su moral, vieron con inmensa tranquilidad que los británicos tenían ahora otras cosas importantes en que preocuparse. La sola presencia del ejército de Gálvez suponía, para alivio de los rebeldes, que el alto mando británico se viera obligado a desviar algunas de las fuerzas presentes en Savannah para volver a reforzar Pensacola.

Fue providencial. Clinton regresó a Nueva York a principios de verano, pero el general Cornwallis infligió una nueva y devastadora derrota a los norteamericanos a 10 kilómetros de Camden, Carolina del Sur, el 16 de agosto. El comandante estadounidense, el general Horatio Gates, vencedor en Saratoga, desapareció del campo de batalla, lo que arruinó su reputación militar, y George Washington tuvo que enviar a su general más capaz, Nathanael Greene, para dirigir el Departamento del Ejército del Sur. Viajó hasta su nuevo puesto de mando a través de Delaware, Maryland y Virginia, deteniéndose constantemente para solicitar tropas y suministros de los líderes políticos —con poco éxito, dado que las cosas parecían torcerse—, pero para eso estaban lo españoles. Para hacerle llegar todo lo que necesitaba ahora que controlaban el Misisipi.

En junio, la corte francesa también decidió ir más allá de la mera financiación y suministro de abastecimientos a la Revolución Americana. Ordenó el despliegue de tropas profesionales en América del Norte bajo el mando de un comandante experimentado, el teniente general Jean Baptiste Donatien de Vimeur, conde de Rochambeau, veterano de la Guerra de los Siete Años. Cuando Rochambeau y sus 6000 hombres comenzaron a desembarcar en Newport, Rhode Island, el 11 de julio, se encontraron con el ejército de Washington en condiciones deplorables y prácticamente desmoralizado. Solo que a diferencia de lo que ocurría con los

españoles, su presencia no alteró demasiado los planes británicos. El propio general francés decidió no alejarse demasiado de la flota francesa que permanecía bloqueada por la británica en la bahía de Narragansett, cerca de donde habían desembarcado, lo que supuso que sus tropas se mantuvieran prácticamente inactivas durante casi un año.


APACHERÍA
Sonora, Chihuahua, Arizona y Nuevo México
JANOS
1.- Compañías volantes.
2.- Guerrero comanche.
3.- Guerrero apache.
LEZA SUÁREZ


Paralelo 49º Frontera de Británica 1818
OREGON
Astoria
CHINOOK
CROW
CHEYENNE
Frontera, tratado de Adams-Onís 1819-1821
VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA
1535-1821
POMO
SHOSHONE
ARAPAHO
PAWNEE
Sacramento
PAIUTE
San Francisco
San José
UTE
LUISIANA
1764-1803
NUEVA CALIFORNIA
Monterrey
CHUMASH
NAVAJO
San Luis Obispo
Santa Bárbara
PUEBLO
Guadalupe
Santa Fé
Los Angeles
APACHE
NUEVO MEXICO
COMANCHE
San Diego
Tijuana
El Paso
NUEVA NAVARRA
Chihuahua
NUEVA VIZCAYA
Santa Rosalía
Loreto
Monterrey
NUEVA ESTREMADURA
La Paz
Mazatlán
Zacatecas
Guadalajara
León
NUEVA GALICIA
Acapulco
OCÉANO PACÍFICO
VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA EN NORTEAMÉRICA
SIGLO XVI-XIX
Virreinato de Nueva España
Zonas en conflicto con otra nación
Las trece colonias británicas
Conquistado por los británicos
Presidios Españoles
Guarniciones británicas
Naciones indias


LAS TRECE COLONIAS
ATLÁNTICO NORTE
FLORIDA ESPAÑOLA
1513-1763 y 1784-1821
FLORIDA BRITÁNICA
1763-1784
GOLFO DE MÉXICO
CUBA
JAMAICA
YUCATÁN
MAR CARIBE
CAPITANÍA GENERAL DE GUATEMALA
VIRREINATO DE NUEVA GRANADA
NEW HAMPSHIRE
MASSACHUSETTS
RHODE ISLAND
CONNECTICUT
DELAWARE
PENNSYLVANIA
VIRGINIA
TENNESSEE
MISSISSIPPI
GEORGIA
ISLAS BAHAMAS

BANDERAS DE LAS NACIONES Y EJÉRCITOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS



Bandera española.
Fortificaciones.



Bandera coronela.
Regimiento fijo
de la Luisiana.



Bandera de batallón.
Regimiento fijo
de la Luisiana.



Gran Bretaña. 1707-1800.



Bandera coronela -King's colour-.
Regimiento de infantería n.º 60.



Bandera de batallón -Regimental colour-.
Regimiento de infantería n.º 60.



Regimiento francés
Royal Deux Ponts.



Regimiento francés
Touraine.



Regimiento francés
Gâtinais.



Gran Unión. 1775.



Bandera de Betsey Ross. 1776



Bandera de las 15 estrellas. 1777.




PLANO
DE LA CIUDAD Y PUERTO DE
SAN AGUSTIN
1.- Oficial. Armada Real.
2.- Guerrero seminola.
3.- Oficial de granaderos.
Regimiento fijo de la Luisiana.
LEZA SUÁREZ
MAR


1.- Oficial británico.
2.- Milicia armada.
3.- Guerrero creek.
LEZA SUÁREZ
NORTE


Castillo de
San Marcos
(Florida)
Esta fortificación creada por Don Ignacio Daza
es un ejemplo perfecto de las forficaciones en forma de "Diamante" de la
Desde ella las tropas españolas fueron capaces de defender San Agustin durante la turbu
Leyenda
1) Bastión de San Carlos. . 2) Bastión de San Pablo .
3) Patio de armas. 4) Bastión de San Pedro. 5) Ravellin.
NORTE



Al tiempo que se producían todos esos movimientos en el continente, en La Habana las cosas no parecían ir tan bien

como Gálvez había imaginado antes de su partida. Las tropas que se acababan de incorporar a la guarnición de la isla habían sufrido mucho durante los tres largos meses de travesía. Cientos de hombres habían muerto en el mar por las enfermedades contraídas al estar demasiado tiempo en puerto bloqueados por la escuadra del almirante George Rodney, y otros tantos parecía que iban a seguir el mismo camino mientras estaban hospitalizados en Cuba.

Se convocó una vez más a la junta de guerra que debía planificar las operaciones, en la que estaban representados todos los altos jefes del ejército y la marina que tenían algún tipo de responsabilidad en el desarrollo de las futuras campañas, pero lo cierto es que su trabajo dejó mucho que desear. Las constantes discusiones la convertían a menudo más en un obstáculo que en una ayuda, sobre todo para quienes como Bernardo de Gálvez lo que buscaban era hablar menos y combatir más.

La insistencia del gobernador de Luisiana, que alegaba que no había tiempo que perder pues el retraso beneficiaba a los británicos, logró convencer finalmente a la junta. Costó un esfuerzo enorme poder reunir el primer núcleo de tropas expedicionarias, y se fijó la primera quincena de octubre como fecha de partida, a pesar de la oposición de Solano —Jefe del Ejército de Operaciones de América—, que al fin y al cabo era el responsable de la flota y no quería dirigirla a Pensacola en plena época de huracanes.

El día 16 zarpó de La Habana una potente expedición —desproporcionada si tenemos en cuenta lo que podían enfrentar a ella los ingleses—, contra Pensacola. La formaban 50 buques de transporte, 4000 hombres de infantería regimientos Rey, Príncipe, Navarra, Fijo de La Habana, España, Segundo de Cataluña y milicias de La Habana—,

artillería, dragones y equipo de sitio, e incluía municiones y provisiones suficientes para un largo asedio.

Desgraciadamente los peores temores de Solano se cumplieron. Al tercer día de navegación, se abatió sobre ella un fuerte huracán —una de las peores tormentas de la década según las crónicas— que desarboló 4 navíos del convoy y dispersó a la desdichada escuadra española. Sus buques quedaron desperdigados por todo el Golfo de México. Unos fueron a parar a Campeche —1771 hombres—, otros a Luisiana —831—, una fragata de 36 cañones se estrelló contra las costas de Yucatán y dos transportes —365 soldados— acabaron cerca de Mobila, en las costas que estaban en manos de los indios. Afortunadamente para lo que podía haber sucedido, las bajas no fueron cuantiosas. Solo que, tras la tormenta, los altos mandos navales decidieron que las condiciones climatológicas eran tan malas, y los desperfectos en la flota de tanta importancia, que lo mejor era poner rumbo de inmediato a Cuba. Eso fue lo que se hizo. La dañada flota regreso a La Habana en espera de mejor ocasión. Allí, reunida por enésima vez la junta de guerra, se decidió aplazar la expedición hasta principios de 1781, en unas fechas en las que el tiempo fuera más propicio.



Llegada de las tropas francesas a Rhode Island. Una popular postal aparecida en Nueva York en 1903, que aúna toda la participación de Francia en la guerra, representada, a la izquierda, por los retratos de Rochambeau y Lafayette. Nunca se publicó en Estados Unidos algo similar referente al ejército español.

De nuevo Carlos III recibió información de su Ministro de Indias acerca de la incapacidad de la junta de La Habana para obtener los resultados que se le exigían, por lo que decidió enviar un representante plenipotenciario que pusiera fin a cualquier disputa que impidiera la consecución del objetivo que se había marcado como principal: la toma de Pensacola. Es evidente que en Madrid se sospechaba que el éxito de Gálvez y su juventud levantaban envidias, y era preciso cortar de raíz cualquier rencilla que pudiese alterar el buen curso que llevaba la guerra, pero no lo es menos que, aunque era cierto que si se dejaba pasar la oportunidad ahora, cuando los ingleses estaban arrinconados en América y en guerra con medio continente, se perdería para siempre la posibilidad de recuperar la Florida, esa idea estaba muy bien dirigida por

José de Gálvez, que aunaba como nadie los intereses de España con los propios.

2.6.2 Intercambio de golpes en Mobila

No hace falta explicar que los británicos no se limitaron a quedarse mirando mientras los españoles resolvían sus problemas. El primer año de guerra contra España en el teatro de operaciones del Caribe había sido desastroso y tenían que resarcirse de alguna forma de la pérdida de toda la cuenca baja del Misisipi, así que decidieron que el lugar idóneo donde descargar su revancha era Mobila, que para ellos seguía siendo imprescindible. Allí, al ahora denominado Fuerte Carlota, para proteger la zona ocupada, Gálvez había mandado a Ezpeleta como gobernador el 3 de mayo. Bajo sus órdenes quedaba una guarnición de 800 hombres de tropa veterana a la que se la había suministrado artillería, municiones y víveres para seis meses.

Ezpeleta estaba prácticamente aislado y los combates en las proximidades de la plaza, unas veces protagonizados por los indios de uno u otro bando, y otras por los colonos británicos, en realidad nunca se habían detenido del todo, por lo que decidió establecer una pequeña fuerza en un pueblo cercano, al este del fuerte, para evitar que un ataque por sorpresa dirigido desde Pensacola pudiera recuperarlo.

A fin de cuentas esa era la llave de la ciudad y de toda la bahía, luego estaba claro que cualquier ofensiva terrestre debería ir obligatoriamente en esa dirección. Los efectivos destinados a la posición no eran muchos: 190 hombres procedentes de los regimientos Príncipe, España, Navarra, fijo de La Habana, y de la milicia negra de Nueva Orleans. Todos

a las órdenes del teniente Ramón de Castro, del regimiento del Príncipe. Estaban cansados por el esfuerzo diario, la falta de refuerzos y la escasez de suministros, pero se mantenían con la moral alta.

Dos veces, atacaron Fuerte Carlota los británicos antes de final de año. Los indios, y destacamentos de los *Royal Forresters West Florida*[67], una unidad voluntaria de caballería provincial de escasa calidad. Por esas batidas Campbell se enteró de la existencia de ese puesto avanzado tan comprometido, que a partir de entonces los británicos denominaron «el pueblo» o la «fortaleza española». En la siguiente incursión, sería su objetivo.

El asalto, mucho más organizado que los anteriores, correría a cargo de una tropa veterana al mando de uno de los oficiales más capaces del ejército británico en las Floridas, el coronel Johan Ludwig Wilhelm von Hanxlenden, comandante del regimiento Waldeck. La fuerza, apoyada por 2 cañones de 4 libras, consistiría en 60 soldados del Waldeck; 100 de los *Royal Americans* —la unidad de élite que ya comentamos hace algunas páginas—; de 200 a 250 realistas de Pennsylvania y Maryland, 11 milicianos de los *Forresters* y 300 indios choctaw.

Los choctaws habían llegado a reforzar a la guarnición de Pensacola el 2 de abril junto a otros 300 guerreros creek. Causaron una fuerte impresión en el capellán del Waldeck:

> Estaba sentado tranquilamente en mi tienda cuando de repente oí fusiles disparar cerca del campamento. Algo, muy parecido a como si atacaran uno de nuestros puestos de avanzada. Salimos deprisa de las tiendas y vimos llegar una partida de indios choctaw, que llevaban treinta días de viaje desde su tierra, aquí. Todos iban vestidos a su

manera. Acamparon, repartidos de una manera casi oriental, rodeados de sus hachas de guerra.

Si te acercas a ellos no tienes suficientes manos para saludarlos a todos. La estrechan con tanto vigor que después de darle la mano a treinta de ellos, dejas de sentir los brazos. Los choctaws no se cortan el cabello como los arroyos, pero llevan grasa y pintura en la cabeza como ellos, con plumas blancas finas. Sus miembros y todo su cuerpo son más fuertes que los de los europeos. Sus mujeres se sientan separadas de sus maridos y, en términos generales, no tienen tan buena constitución como los hombres. Las mujeres hacen todo el trabajo. Cuidan de sus hijos, de los suministros, e incluso de las mantas de los hombres, mientras estos marchan sin trabas, solo con su fusil o arco. Estas mujeres llevan cargas muy pesadas y, sin embargo, caminan tan rápido como los hombres.

Los creek no eran menos impresionantes. Como ocurría en una gran parte de las tribus de Norteamérica, combatían prácticamente desnudos, apenas cubiertos por un taparrabos y se pintaban el cuerpo de rojo y negro desde la cintura a la cara. Portaban arcos y flechas, macanas, tomahawks y cuchillos, así como armas de fuego. También llevaban unas pequeñas bolsas con cuero para reparar sus mocasines y, para sus mosquetes y fusiles, un cuerno con pólvora.

En la segunda mitad del siglo XVIII, todos los indios del sudoeste habían aprendido el uso de armas de fuego y se habían aficionado a ellas rápidamente. La intensa rivalidad y las constantes guerras entre franceses, ingleses y españoles les permitía acceder de forma permanente a un suministro constante de fusiles y pólvora que supieron aprovechar muy bien, ya que incrementó de forma notable su capacidad

militar. Aunque nunca fueron capaces de organizarse lo suficiente como para poder hacer frente a fuertes ejércitos europeos cuando estos tenían la oportunidad de actuar de forma contundente en campo abierto. Ni siquiera aunque estuvieran encuadrados en sus unidades. De hecho no aprenderían a hacerlo hasta el siglo XIX, cuando ya eran muy pocos.

Una partida de guerra creek tenía habitualmente entre 20 y 50 hombres. Sus jefes, los más capaces de llevar adelante una campaña determinada, elegidos en asambleas abiertas, daban preferencia en el reclutamiento —como también hemos visto que hacían otras naciones indias—, a los miembros de las familias que habían perdido a alguien en un combate o incursión de una tribu enemiga.

Para los elegidos se desplegaba un complejo sistema de ritos iniciáticos en el que los nuevos guerreros tomaban sustancias alucinógenas y recibían una completa formación espiritual que debía ponerles en condiciones de enfrentarse a sus enemigos. Una vez purificados y listos para entrar en acción, cada jefe de guerra iba acompañado de un asistente que debía transportar un arca sagrada de madera en la que se guardaban los objetos mágicos que proporcionaban la fuerza al grupo. Consistían en partes de animales —principalmente huesos—, piedras sagradas y cristales. Curiosamente había lugares y pueblos en los que estaba prohibido derramar sangre, por lo que nunca eran seleccionados para la elección de los líderes.

Iniciada la incursión se desplazaban en fila por los bosques, a buen paso y siempre en absoluto silencio, separados a corta distancia unos guerreros de otros. Durante las agotadoras marchas bebían y comían poco, con el objeto de aumentar su sufrimiento y ganar el favor de los dioses.

Tras aproximarse a su objetivo comprobaban con cautela el número probable de enemigos y sus defensas y, una vez hallados sus puntos débiles atacaban. Normalmente los guerreros evitaban usar senderos transitados, cambiaban a menudo de ruta y se ocultaban al máximo entre los árboles, siempre aprovechando las ventajas que les otorgaba el medio natural en que vivían. Eran buenos combatientes, pero se desesperaban en los largos asedios.

Acabada la batalla sus guerreros eran otros de los que arrancaban la cabellera al enemigo abatido y la guardaban como trofeo en su casa en señal de triunfo. Los prisioneros solían ser torturados de forma salvaje, pero a los niños habitualmente se les adoptaba e incorporaba a la tribu.

Gálvez, basándose en lo que denominó razones de prudencia y humanitarismo, le envió a Campbell el 9 de abril una carta proponiéndole la no intervención de los indios en la guerra. El hecho de que las tribus aliadas de los británicos cometieran sus actos de pillaje y destrucción contra la población civil supervisadas por oficiales o colonos ingleses inducía a pensar que era el propio general británico quién ordenaba esas actuaciones, pero eso suponía también que los indios que habían decidido ponerse de parte de los españoles se consideraran con derecho a tomar represalias y a cometer las mismas acciones contra los habitantes británicos de la región, por lo que si no se ponían de acuerdo, era imposible la convivencia con los colonos.



Tratado con los indios. *Los jefes creek, denominados «bastones rojos», un emblema que todavía hoy los mikasuki utilizan como propio, ocupan el centro de la representación*. Obra de William Penn realizada en 1772. Academia de Pensilvania de Bellas Artes, Filadelfia.

La respuesta de Campbell llegó a Nueva Orleans el 19 de mayo. Fue rotunda: se negaba a la neutralidad de las naciones indias. Era evidente, puesto que su ayuda —tenía acampados junto a la ciudad 1500 guerreros entre creeks, chactás y chicasás— era vital para Pensacola, que pocos refuerzos podía esperar que llegaran de Georgia o Jamaica, donde las tropas británicas estaban demasiado ocupadas en frenar a los rebeldes o conservar sus conquistas de Honduras y Nicaragua. Además, ni siquiera le parecía que la propuesta fuera sincera. Era cierto que Gálvez no los había utilizado en la Mobila, pero se había servido de ellos sin ningún complejo durante la campaña del Misisipi.

Las tropas que Campbell tenía destinadas para realizar el ataque contra Mobila que esperaba fuera definitivo salieron de Pensacola, a unos 100 kilómetros, el 31 de diciembre.

Llegaron a los alrededores de la aldea el 6 de enero de 1781, y se dispusieron para atacar la posición al alba siguiente. Para apoyarlas, las fragatas británicas *Mentor* y *Hound*, acompañadas de la balandra *Baton Rouge*, penetraron en la bahía de Mobila enarbolando banderas españolas, lo que evitó que las baterías defensivas colocadas por Gálvez hicieran fuego sobre ellas.



William Augustus Bowles, conocido pirata de finales del siglo XVIII, que participó en el ataque a Mobila. Nacido en Maryland en 1763, se unió a las fuerzas británicas muy joven, pero lo expulsaron por razones que nunca llegaron a quedar claras. Se refugió con los indios creek, aprendió su lengua, se casó con la hija de un jefe y tomó el nombre de Estajoca. En 1781 se le permitió reincorporarse al ejército, y mandó a los creek que acudieron a apoyar al general Campbell en Pensacola[68]. *Thomas Hardy lo retrató con los exóticos atavíos de un jefe de la tribu en 1790.* Upton House and Gardens, Warwickshire.

Mientras marineros e infantes de marina de las naves inglesas se retiraban, tras tratar infructuosamente de capturar la isla Delfina, defendida con encono por el sargento Manuel Rodríguez y 18 hombres, comenzó el ataque terrestre en el pueblo, sobre la posición española, protegida por una estacada de troncos de árboles.

La noche anterior había llovido copiosamente, una cortina de agua típica de los trópicos, y de madrugada una espesa niebla lo envolvía todo. La milicia negra de Nueva Orleans estaba posicionada en la línea defensiva de la aldea, sin

embargo, los veteranos de Hanxlenden, amparados por la escasa visibilidad y sin hacer ningún ruido, lograron infiltrase entre las líneas de los milicianos sin ser detectados. El subteniente Manuel de Córdoba del regimiento España los vio a lo lejos, pero no se preocupó demasiado por esas tropas que penetraban sus líneas, pensando que era la milicia negra que volvía de patrullar. Tampoco le comunicó los movimientos a De Castro, su comandante.

El ataque ingles penetró en las trincheras sin disparar un tiro y los Waldeckers se sorprendieron ante la falta de resistencia, pero no supieron aprovechar su ventaja. En cuanto los españoles que estaban en el pueblo se dieron cuenta de lo que sucedía, abrieron fuego y se lanzaron a combatir cuerpo a cuerpo con cuchillos y bayonetas. A duras penas los Waldeckers pudieron continuar su avance por las trincheras españolas. Hanxlenden envió varias patrullas en busca de un punto débil para forzar la línea y luego cruzar la bahía y atacar Fuerte Carlota. Sin embargo, cada minuto que pasaba la resistencia española era más feroz y tenaz, y el avance inglés más difícil. El sargento mayor del Waldeck, segundo al mando, organizó una carga contra la posición de los granaderos del regimiento España, pero le resultó imposible sobrepasarla y murió en el intento. Poco a poco los españoles pasaban de defenderse a llevar la ofensiva.

La tormenta había mojado los dispositivos de chispa de los dos cañones enemigos inutilizándolos; en cuanto se secaron, los artilleros alemanes los emplearon con gran puntería. Hanxlenden cayó herido de muerte por un disparo en la cabeza en el siguiente asalto y la desmoralización comenzó a enraizar entre sus hombres. El mando recayó en el capitán Philip Barton Key, del regimiento de Maryland, y no dudó ni un momento en dar la orden de retirarse a Pensacola a toda

velocidad. Retrocedieron hasta río Perdido, donde terminó la persecución, ya bajo un intenso fuego español.

En general, el tanto por ciento de pérdidas si consideramos el número de hombres en liza fue considerable en ambos bandos. Al reocupar las trincheras, los españoles encontraron quince muertos e hicieron prisioneros a tres heridos. Bajo la estacada encontraron los cuerpos sin vida del coronel von Hanxlenden, de un capitán de granaderos y de su ayudante de campo. Tomaron prisioneros a dos negros, quienes decían que los ingleses habían perdido unos 18 hombres y por lo menos tenían 60 heridos, más otros dos indios muertos y cinco heridos. Las bajas españolas eran casi un tercio de las fuerzas destinadas en aquel destacamento: 14 muertos, 23 heridos y 1 prisionero. Aun así, Mobila seguía en manos españolas.

El parte oficial de la batalla enviado a José de Gálvez en febrero de 1781 sirvió, como era costumbre, para que la Corte reconociera el valor de los defensores. El primer premiado fue el teniente De Castro, por su coraje y serenidad bajo el fuego. Recibió el ascenso a capitán con una pensión de 3000 reales.

Desde que se sabía en La Habana la desesperada situación que se vivía en Mobila, Gálvez había intentado que Cuba enviase refuerzos de manera urgente. Logró que el 6 de diciembre partiese un convoy con 8 buques que transportaban todo lo que necesitaban en la plaza y un refuerzo de 500 soldados, pero el capitán de fragata José de Rada, comandante de la fuerza naval, no se atrevió a entrar en la bahía. Consideró que un temporal había cambiado las condiciones de navegación en la zona, pues había alterado el fondo y podía embarrancar, por lo que se dirigió a Balize, en la desembocadura del Misisipi, sin que los defensores de Mobila llegaran a recibir nada del socorro prometido.

2.7 Líneas divergentes

El 22 de enero de 1781, a la caída del sol, recién llegado de Jamaica tras un largo y azaroso viaje, el funcionario del Ministerio de Indias Francisco de Saavedra, convertido en espía por azares del destino, se encontró al fin seguro en el Barrio de Cristo, extramuros de La Habana. Esa misma noche, sobre las ocho, se entrevistó con su buen amigo Bernardo para relatarle toda la información recogida. Juntos, tras más de tres horas de conversación y dado lo avanzado de la hora, decidieron esperar a la mañana siguiente para visitar a José Navarro.

Navarro, que ya tenía 73 años y distaba mucho de aquel aguerrido joven que se había distinguido por su brillante carrera militar, sabía que Saavedra llegaría en cualquier momento. Había recibido meses antes una carta reservada de José de Gálvez fechada en Aranjuez el 24 de junio de 1780, en la que le avisaba que iba directamente comisionado por Carlos III y que el monarca esperaba que se le escuchara como «si fuera él el que hablara».

Así lo hizo. Se mostró atento, manifestó su más fervoroso deseo de que se cumplieran cuanto antes los preceptos de su majestad, y envió a sus dos visitantes a que se entrevistaran con la Junta de Guerra que él mismo presidía. La formaban, junto a Gálvez y el capitán de ingenieros Antonio del Valle, que actuaba como secretario, Navia, Bonet, el mariscal de campo Juan Manuel de Cagigal y los jefes de escuadra José Solano y Juan de Tomasco.

El 1 de febrero, en el mismo momento en que en San Luis se preparaba la expedición contra Saint Joseph de la que le hablábamos al lector hace algunos capítulos, se celebró la primera de las seis reuniones de la junta de guerra que debía

discutir la estrategia a seguir. La presidió Saavedra, que presentó oficialmente los documentos que demostraban su autoridad, con el fin de que nadie mostrase dudas sobre su mando.

Lo que deseaba hacer lo dejó bien claro desde el primer momento: conocer cuanto antes la situación real de las fuerzas terrestres y marítimas disponibles, el capital habilitado y el estado en que se hallaban los preparativos para cumplir los objetivos que se le habían señalado en sus instrucciones. Eran, por este orden: poner de nuevo en marcha el plan de operaciones contra Pensacola que había sido aprobado hacía ya un año y que por diversas circunstancias había fracasado; remitir a España los caudales que estaban en La Habana, enviar ayuda al reino de Guatemala y reconquistar Jamaica. Ahí comenzaron las sorpresas.



El coronel Johnson y Karonghyontye. *El retrato representa al oficial y diplomático británico Guy Johnson y al jefe Mohawk Karonghyontye —David Hill en su nombre inglés—. Johnson era el superintendente británico ante seis de las naciones indias, esas alianzas entre las fuerzas británicas y las tribus, que muchas veces solo cambiaban de bando gracias a la labor de los españoles, amenazaron seriamente las posibilidades de victoria de los colonos rebeldes durante toda la guerra*. Obra de Benjamin West, realizada en 1776. Galería Nacional de Arte, Washington.

Los navíos estaban sucios, pendientes de carena; faltaban hospitales a los que trasladar a las posibles bajas; el erario no disponía de más de un millón de pesos aunque en el puerto permanecía la flota que debía partir hacia la Península con cuatro millones; faltaban víveres, y las diferencias entre los distintos jefes eran evidentes: Navarro no quería desprenderse de tropas por temor a un contragolpe británico; Navía quería conquistar Jamaica; Gálvez urgía a tomar Pensacola y Bonet buscaba la forma de ocultar todo lo posible el estado de sus buques y lo desprovisto que se encontraba el Arsenal.



Ramón de Castro y Gutiérrez retratado en 1800 por José Campeche. Nacido en Lucena, Córdoba, en 1751, era el hijo y heredero de Lorenzo de Castro, marqués de Lorca y barón de San Pedro. Comenzó su carrera militar como teniente de las milicias de Burgos, desde donde se incorporó al regimiento del Príncipe del ejército regular. Su actuación en la defensa de la Mobila en 1781, además de un ascenso, le valió ser nombrado caballero de la Orden de Santiago y recibir la encomienda de Pozo Rubio. En 1797, ya capitán general de Puerto Rico, protagonizaría otra heroica defensa contra un ataque británico que, al mando del general Ralph Abercromby, pretendía ocupar la isla. Museo de Arte e Historia. San Juan de Puerto Rico.

En cuanto al ejército, se encontraba en un estado deplorable. A las enfermedades provocadas por la mala alimentación, las pésimas condiciones de alojamiento y la falta de equipo, ropa y calzado se unía una elevada tasa de deserción. Por si fuera poco, había una deuda en salarios de

casi 3 millones de pesos. El total de efectivos lo formaban 5000 hombres en La Habana, 2500 en Luisiana, los 7000 llegados en pésimas condiciones con la ilota de Solano de los que eran aprovechables no más de 3000 —el resto, en su mayoría enfermos habían pasado a formar parte de la guarnición local— y cerca de otros 3000 marineros, entre los que también abundaban las deserciones. O todos se ponían de acuerdo o, una vez más, se preveían malos tiempos. Máxime cuando en esas condiciones era imposible llevar a cabo en el mismo año todos los proyectos de la Corte.

Fue sencillo escoger donde atacar primero. La campaña en esa parte de América, situada en los trópicos, comenzaba en noviembre y concluía en mayo, cuando se iniciaban las tormentas y se extendían las enfermedades. Ya estaban en enero y, aunque fuese uno de los objetivos primordiales recuperar Jamaica, la principal base inglesa en el Caribe y uno de los lugares más ricos del imperio británico, no podría iniciarse la expedición antes de un año. El viaje desde La Habana a cualquier puerto desde el que se pudiese caer sobre la isla era al menos de un mes, y eso sin contar con que los franceses que se sumaran a los combates no llegarían a América hasta junio. Mucho más tardarían nuevos refuerzos que se esperaban de Cádiz, por lo que, de momento, ese plan era inviable. Saavedra se comprometía a viajar personalmente a Nueva España para obtener el dinero necesario para llevarlo a cabo pero, hasta entonces, había que centrarse en otras miras.

Eliminada oportunamente Jamaica, quedaba Pensacola —no olvidemos que Saavedra era funcionario de Indias, además de íntimo de Gálvez—, pero debía actuarse con diligencia y tomarla lo antes posible, puesto que aunque la expedición zarpase en ese mismo momento —insistió ante la junta—, se necesitaban entre ida, vuelta y estancia, tres meses largos.

Con una energía notable y la fuerza que le daba la autoridad de la que estaba investido, el enviado del rey puso manos a la obra y trató con todos los responsables acerca de cómo llevar a cabo los planes que debían de conducir a la victoria final. En poco más de dos semanas de intenso trabajo la fuerza expedicionaria quedó de nuevo lista.

Estaba por entonces amarrada en el puerto una escuadra francesa a las órdenes de François Aymar de Monteil, que había sustituido en julio al conde de Grasse, de regreso a Francia por motivos de salud, y al conde de Guichen. La formaban 3 navíos de 74 cañones —*Palmier, Destino* e *Intrépido*—; 1 de 64, *Tritón*; las fragatas *Andrómaca* y *Unicornio*, el bergantín *Lebrera* y el cúter *Serpent*. La había enviado Luis XVI junto a un regimiento de infantería que ya estaba estacionado en Santo Domingo, para ayudar en la defensa de las posesiones españolas en caso de que se vieran amenazadas, pero no parecía dispuesta a moverse, salvo que fuera estrictamente necesario.

Pese a ello, el caballero de Montiel accedió a participar de buen grado con dos buques. Sabía de las penurias de la armada y estaba dispuesto a ofrecer su colaboración siempre que regresaran antes de mediados de marzo, pues se veía en la obligación de zarpar para entonces y poner rumbo hacia las Antillas francesas, donde el corso ingles parecía trabajar a sus anchas.

Otra vez el mal tiempo impidió cumplir los planes en las fechas previstas, pero el retraso fue de apenas una semana. El 28 de febrero a la una de la mañana, antes de rayar el alba, tras una última reunión entre Gálvez y Saavedra en el *San Ramón*, el navío en el que iban el jefe de la escuadra y el gobernador de Luisiana, se dio la orden de partida. Los franceses *Andrómaca* y *Tritón*, destinados a la avanzada,

partieron los primeros. Tras ellos, lentamente, según se cubrían de lona y cogían un oportuno terral, los 32 buques restantes que formaban la flota se dirigieron a mar abierto.

Ese mismo día zarparon también de Nueva Orleans 18 barcos con tropas del fijo y milicianos, Misisipi abajo, hasta Balize, en la desembocadura del río, a 133 kilómetros de la capital. Sus órdenes eran esperar allí hasta que Gálvez se lo comunicara y, en ese momento, partir de inmediato a reunirse con el grueso de la expedición en el punto que se asignara.

Solo un asunto, que a la larga se convertiría en un inconveniente, estaba sin resolver. Como la autoridad del mando no había quedado bien definida por Saavedra —que no podía en esa materia revocar las órdenes de Navarro—, la fuerza quedó dividida entre un mando naval y uno de tierra. Navarro y quienes se oponían al plan de Gálvez no podían impedir que dirigiese el asedio, pues era voluntad real, pero tenían capacidad de limitar el ejercicio de su poder. Para ello el mando de la flota recayó sobre José Calvo Irazábal que como su superior, Bonet, no se mostraba muy proclive a apoyar el ataque y estaba dispuesto a poner todos los impedimentos posibles.

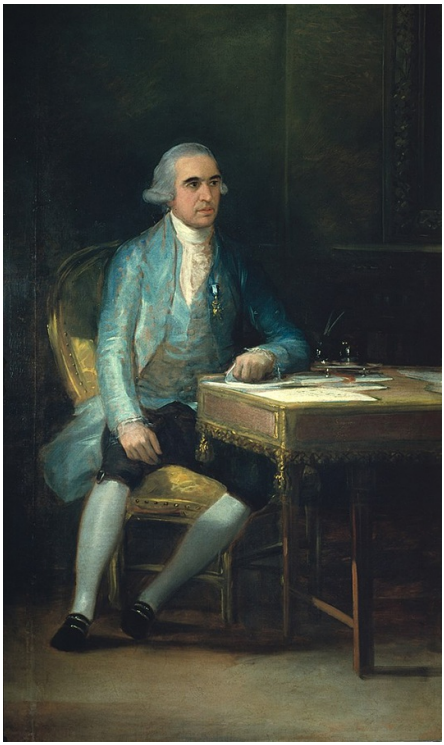
La expedición, con unos 1400 hombres de varios regimientos de infantería regular y milicias, 50 artilleros y 100 gastadores, apoyados por los 1400 tripulantes de los buques de la armada y los 400 de los transportes, era en realidad la menor de todas las que se habían organizado. Se marcó oficialmente como punto de destino inicial Mobila, para recoger allí a su guarnición y poner rumbo hacia Pensacola, pero en realidad los buques marcharon directamente a Pensacola. Lo que hizo Gálvez fue enviar a Mobila a una de las goletas con un mensaje en que le comunicaba a Ezpeleta

—que tras rechazar a los británicos esperaba un masivo ataque indio en cualquier momento—, que pasase a la ofensiva y marchara por tierra para apoyar también el asalto.

Para los británicos el ataque español formaba parte de los planes previsibles, por lo que no había sorpresa alguna. De cualquier forma, la fragata *Hound* tuvo la suerte de avistar a la flota española durante una salida rutinaria y dio aviso en la plaza británica antes de marchar rumbo a Jamaica para informar a su alto mando. El general Campbell no se quedó demasiado preocupado. Para defender su posición principal —Fort Saint George—, además de con las fragatas *Mentor* y *Port Royal* ancladas en el puerto, contaba con unos 1800 hombres entre soldados —pertenecientes al Waldeck, a los realistas americanos de Pennsylvania y Maryland, a los regimientos de infantería regular 16.º y 60.º y a los *Royal Forresters*— y artilleros, muchos de ellos de la *Royal Navy*. Junto a ellos se alineaban también voluntarios, negros armados y, como ya hemos comentado, aproximadamente millar y medio de indios aliados[69].

Milagrosamente las condiciones meteorológicas se mantuvieron estables y el cielo despejado, lo que evitó problemas en la formación naval española. La idea de Gálvez era desembarcar en la isla de Santa Rosa para tomar la batería de cañones de Punta Sigüenza y evitar así el fuego cruzado sobre la bahía. De paso, eso permitiría atacar a los barcos británicos que se encontraban en el puerto, que podían colaborar con sus cañones en la defensa. Era la mejor manera de disponer también de una buena posición frente al otro fuerte que protegían la entrada del estrecho caño de acceso, el denominado *Red Cliffs* o Barrancas Coloradas.

El sevillano Francisco de Saavedra y Sangronis, nacido en 1746, que inició su carrera como oficial del regimiento del Rey a los 22 años y llegaría a ejercer como secretario de estado desde el 30 de marzo al 22 de octubre de 1798. Hablaba y escribía



francés con fluidez. Su misión era promover la alianza de España y Francia en las operaciones militares conjuntas contra los británicos y asegurarse de su correcta financiación. Gran parte de sus esfuerzos tuvo que dedicarlos a limar las rencillas que habían surgido entre los jefes españoles en Cuba. Obra de Francisco de Goya realizada posiblemente en 1798. Courtauld Institute of Art, Londres.

A las seis de la mañana del 9 de marzo la flota llegó ante la bahía de Pensacola. A pesar de que el mar comenzó a batir el litoral de forma más brava, se inició el desembarcó de las tropas españolas y todo el material posible en Santa Rosa, una isla de 40 kilómetros de largo que dejaba un paso angustiosamente estrecho a la ensenada interior. Se hizo en chalupas, navegando a lo largo de toda su costa occidental. El fuego de las fragatas inglesas resultó totalmente inofensivo y, al día siguiente, se tomó la batería de Punta Sigüenza sin ningún problema. Estaba abandonada. Las fajinas se encontraban medio desechas y sus 7 hombres de guarnición, antes de huir y caer prisioneros, se habían limitado a clavar los 3 cañones de que disponían para hacerlos inutilizables[70]. Poco después llegaron noticia del teniente de navío Juan Antonio de Riaño: en unos cinco días los 900 hombres

procedentes de Mobila y Nueva Orleans llegarían a río Perdido.



Retrato del capitán de granaderos Robert Hay de Spott y Lawfield. Muestra el uniforme estándar de la infantería británica durante la guerra de independencia de los Estados Unidos. Los granaderos, ataviados con su famoso morrión de piel de oso, componían una de las dos compañías «de élite» o flank companies *de todo batallón —la otra era la compañía ligera—. Aunque habían vivido su más gloriosa etapa en el siglo* XVII*, en el* XVIII *eran sinónimo de tropa selecta, y aún habrían de alcanzar su mayor fama con la guardia imperial de Napoleón Bonaparte. El autor de la obra, pintada en 1790, el artista escocés sir Henry Raeburn sirvió en el 23.º de infantería, los Fusileros Reales, y participó en la mayor parte de los combates de la contienda.* Museo del Louvre, París.

Como estaba previsto, Gálvez ordenó la instalación de una pequeña batería en el lugar que antes ocupaban los ingleses, con ella obligó a cañonazos a retirarse al fondo de la bahía a las dos fragatas. No obstante, durante la noche, el bergantín *Childers* del comodoro Chadwick Lyndon logró pasar entre la flota española y poner rumbo a Jamaica. Llevaba una carta de Campbell en la que explicaba su situación y pedía refuerzos.

2.7.1 Manu militari

Hagamos ahora un alto en nuestro relato —justo cuando vamos a pasar al suceso que convertiría a Gálvez en un mito

—, para explicar un poco por encima las cuestiones más estrictamente militares de esta historia.

Es parte de la leyenda patriótica de la revolución americana que los sublevados luchaban contra el mejor ejército de Europa. No es cierto. Los británicos hacía décadas que estaban por detrás del ejército prusiano en cuanto a educación de oficiales y formación de soldados. Incluso del español, que pese a sus deficiencias heredadas de épocas anteriores y su escalafón de jefes y oficiales por méritos nobiliarios, desde la llegada de Carlos III copiaba el modelo prusiano.

En los regimientos británicos un excesivo celo militar se consideraba poco caballeroso. En lo posible, los oficiales dejaban todos los asuntos referentes a ese tema «abandonados» —y esa es la palabra exacta— en manos de los sargentos y cabos. Eso, no ocurría en el español. Lógicamente, esa fue también la actitud heredada por el ejército estadounidense en los primeros años de la guerra hasta que se hizo cargo de su instrucción Friedrich von Steuben, un oficial prusiano que, fiel a su tradición, obligó a los oficiales a realizar la instrucción con sus unidades.

Además, el ejército británico en América del Norte sufrió durante la guerra una serie de carencias que lo convirtieron en una caricatura de sí mismo. Era pequeño y sin artillería; no tuvo un sistema de reclutamiento viable desde que Nueva Inglaterra quedó bloqueada; le faltaba un sistema de suministro organizado y, sobre todo, muchos de sus oficiales y soldados, ni tenían formación adecuada, ni eran suficientemente capaces, ni lo bastante profesionales. Por eso, es injusto cuando sin unos mínimos conocimientos se critica al ejército español que intervino en América, o se piensa, como se lee muy a menudo en obras y artículos anglosajones,

que Gálvez hizo su campaña con un grupo de desarrapados. Curiosamente, una idea que no entendemos muy bien por qué, ha arraigado tanto últimamente entre los autores españoles. Puede que sea para darle a él mayor importancia, pero si es así se equivocan. Precisamente la petición incesante de tropas regulares profesionales cuando llegó el momento de la verdad, fue su mayor mérito. Sabía que estaba ante una oportunidad única y no estaba dispuesto a desaprovecharla.

En el ejército británico, la estructura de unidad permanente era el regimiento, normalmente con uno o dos batallones. Lo mandaba un coronel que compraba el cargo y lo levantaba a sus expensas, con dos oficiales de campo adicionales: un teniente coronel y un mayor —comandante—. Permanecer en el campo de batalla con sus hombres como hacían generalmente los jefes españoles tampoco era lo normal en los coroneles británicos. Muchos ni siquiera viajaban con el regimiento, se quedaban en la metrópoli, en sus distritos de origen, y dejaban todos los asuntos de guerra en manos del teniente coronel. Lógicamente, como no había ningún sistema de formación estándar para los oficiales o soldados, los regimientos variaban mucho en competencia y fiabilidad según el compromiso profesional de sus jefes, en particular de su teniente coronel y de su comandante.

Otro problema que tenían en América era la intendencia básica. Puesto que el coronel pagaba una considerable suma para mantener su regimiento en todos los aspectos —excepto las armas que las proporcionaba un depósito central—, se esperaba que tanto oficiales como soldados pudieran alimentarse y alojarse con su salario.

Cuando las unidades se trasladaban, generalmente encontraban albergue en casas de civiles. Ponían sus recursos en común y compraban alimentos a los ganaderos y

agricultores de la zona, lo que hacía que alrededor de un ejército en campaña acampado apareciera un floreciente mercado autóctono. Pero ese sistema, similar al que aplicaban todos los ejércitos en Europa, no funcionaba en América. Grandes áreas del país estaban escasamente pobladas, y era poco realista, como tenían por costumbre, depender de la oferta local. Ningún comandante británico llegó nunca a entender por completo que no hubiera gente en los cientos de kilómetros de bosques que se veía obligado a atravesar, habitados solo por indios salvajes y algunos colonos emprendedores. Una lección que los españoles hacía mucho tiempo que habían aprendido.

En cualquier caso, y aunque todas las anteriores fueran ya por sí suficientemente importantes, la mayor dificultad a la que se enfrentaron los británicos —generalizada en todos sus regimientos— fue el reclutamiento. No existía un sistema de depósito, y cada unidad se encargaba de obtener sus propios hombres. En consecuencia, mientras el regimiento se encontraba en el extranjero, al piquete encargado de la leva, que actuaba en Gran Bretaña, le resultaba casi imposible conseguir reemplazos que estuvieran dispuestos a cruzar el Atlántico para cubrir las bajas. Es cierto que había en América algunos hombres leales a la corona dispuestos a alistarse, pero preferían hacerlo en unidades locales en vez de comprometerse a una vida de servicio militar en los regimientos reales, que nunca se sabía dónde podían terminar. Y todo eso, sin contar las deserciones. Muchos soldados cambiaron de bando por un simple ascenso en el Ejército Continental cuando las cosas empezaron a ir mal. Para cubrir sus bajas y las de los caídos en el campo de batalla, Londres no podía hacer otra cosa que mandar regimientos al completo. A su llegada, el proceso volvía a repetirse.



El teniente coronel William Fitch y sus hermanas Sarah y Anne. *El retrato es una alegoría de la muerte de su protagonista. Fitch, nacido en Nueva Escocia en 1756, se prepara para partir en un magnífico corcel. Tras haber combatido en la guerra contra los estadounidenses, compró el cargo de teniente coronel del 83.º de a pie, organizado en Dublín en 1793. Falleció en combate en Jamaica dos años después. Copley copió el rostro de su amigo de una imagen anterior. Sarah tiende su mano al hermano perdido y Anne viste de luto. El ánfora es un emblema funerario. La puesta de sol, un recordatorio del paso del tiempo*. Obra de John Singleton Copley realizada en 1800. Galería Nacional de Arte, Washington.

A pesar de todas estas desventajas, no vamos a negar que varios regimientos como la guardia, los escoceses, o el *Royal Americans*, demostraron ser unidades de combate formidables. La guerra les proporcionó una experiencia que, bien aplicada, permitió al ejército británico acometer una profunda remodelación y obtener sus frutos durante las campañas napoleónicas. Hasta entonces, la derrota ante los revolucionarios americanos se vio entre la opinión pública como una humillante vergüenza que debía olvidarse cuanto antes. La siempre tradicional y racional Gran Bretaña fue tan

cruel con sus compatriotas vencidos como lo serían después el resto de países de su entorno, incluida España. Los soldados que lucharon en condiciones extremadamente duras durante 6 años para mantener la corona británica, regresaron a casa solo para ver cómo se los ignoraba. Victorias como Long Island o Brandywine nunca se bordaron como honores de batalla en las banderas de ninguna unidad.

2.7.2 «Yo solo»

Un incidente que nunca se ha estudiado lo suficiente, y se ha dejado en manos de la tradición, es la entrada de Gálvez en la bahía de Pensacola.

El día 11, Gálvez tuvo su primer percance serio. Intentó acceder a su interior con el buque insignia en cabeza, y se lo impidió un banco de arena, que acabó por producir daños en la tablazón. El hecho alarmó a los mandos de la armada y, de inmediato, pusieron objeciones a seguir adelante. Desconocían los fondos marinos y no pensaban ni remotamente ponerse al alcance de las baterías inglesas que defendían la bahía sin los datos imprescindibles. Ciertamente era una maniobra peligrosa, pero en el fondo pesaba mucho más la enemistad de Calvo con Gálvez, que las cuestiones navales.

Antes de zarpar de La Habana, Calvo había solicitado expresamente a Bonet, su superior, que le precisara con exactitud y por escrito los límites en los que debía de obedecer al comandante en jefe de la expedición. El oficio, fechado el 6 de febrero lo ponía bajo las órdenes de Bernardo de Gálvez en lo referente a la conquista de la plaza, aunque «sin separarse en lo demás de lo que previenen las Reales Ordenanzas de la

Armada, y procurando que en todos los buques de su mando se observase la exacta disciplina que en ellas se previene». Eso le dejaba las manos libres.

A Gálvez, dado como habían ido hasta entonces todos los intentos de aproximación a Pensacola, lo que más le alarmaba era que un cambio meteorológico que se había previsto los pillara fuera de la bahía y degenerara en una tempestad en mar abierto que los obligara de nuevo a retirarse, esta vez con parte de los hombres y pertrechos ya en tierra. Mantuvo conversaciones con Calvo, pero comprendió pronto que no conseguiría doblegarlo, a pesar de que contaba con el apoyo de la mayoría de los oficiales de la escuadra. Su única opción fue enviar a Mobila a Miró, para que el traslado de los hombres de Ezpeleta se acelerase. Todas las tropas en Luisiana y en las zonas ocupadas de Florida estaban bajo su mando, y allí ni Navarro, ni menos Calvo Irazábal, podían oponerse a su órdenes.

La noche del 16, inquieto e impaciente, envió al *Galveztown*, patroneado por Pedro Rosseau, a que realizara mediciones. Entró en la bahía y efectuó varios sondeos. Todos dieron resultado positivo y así se lo comunicó al jefe de la flota. A pesar de ello, amparado en sus órdenes y dado que seguía convencido de que el fondo era insuficiente, Calvo mantuvo su negativa a entrar hasta que fuera la armada la que hiciera los cálculos oportunos.

Solo aguantó un día más. A primera hora de la tarde del 18, a bordo del *Galveztown* y acompañado de todas las naves que se encontraban bajo su mando directo: dos cañoneras y la balandra *Valenzuela* —que era la nave de Riaño, llegada el día anterior de Mobila—, Gálvez, harto de discutir, levó anclas, envió una salva de saludo a los buques de la armada y, tras

pasar junto a ellos, maniobró lo suficiente como para coger el viento y poner proa a la bahía con la bandera desplegada.

Todo marchó bien a pesar del fuego desde Barrancas Coloradas y los poco más de 15 disparos que realizó el *Galveztown*. Las balas de cañón cortaron jarcias y agujerearon velas, pero no produjeron muchos más daños ni ocasionaron bajas Más que un acto heroico en sí era un claro desafío a la armada. Había nacido el lema que acompañaría la leyenda de Gálvez: «Yo solo».

Una vez el comandante en jefe estaba dentro de la ensenada a salvo de la artillería británica, ya no había opción. Tras un consejo de guerra celebrado a primera hora del 19, los navíos se internaron uno a uno en la bahía, donde quedarían a resguardo en caso de tempestad, por el mismo camino que habían utilizado los buques de Gálvez. Solo Calvo Irazábal, que aún tenía el *San Ramón* lastrado, obcecado y perdido el prestigio entre sus capitanes, decidió poner rumbo a La Habana tras una última carta con la que intentaba justificar su conducta: «En inteligencia de no poder entrar o no ser aquí necesario —le escribió a Gálvez—, me veo en la necesidad de retirarme a La Habana, para que hecha la aguada, víveres, y puesto el navío en su estiba, vuelva aquí a continuar el corso sobre este puerto, o para incorporarme en la escuadra que se dirija a la conquista de Jamaica u otra expedición». Cinco días, con el viento del sureste en contra, tardaría en poder levar anclas camino de Cuba. Desde allí, Calvo enviaría una larga carta al ministro de marina quejándose de la actitud de Gálvez.

No es esta, mucho más razonable, la versión que más crédito ha tenido en los últimos años, si no un épico relato nacido en 1952 de la pluma del sacerdote e historiador mexicano Guillermo Porras Muñoz del que, como es lógico,

no hay constancia oficial escrita. Según él, Gálvez envió a Calvo un regalo junto a una carta que fue leída en el puente del *San Ramón*. Decía: «Una bala de a 32 recogida en el campamento, que conduzco y presento. Es de las que reparte el fuerte de la entrada. El que tenga honor y valor que me siga. Yo voy por delante con el *Galveztown* para quitarle el miedo». Calvo contestó lo suficientemente alto como para que le oyeran todos los oficiales que estaban a su alrededor: «El general es un audaz malcriado, traidor al rey y a la patria, y por el insulto que acaba de hacer a mi persona y a todo el cuerpo de marina lo pondré a los pies del rey; el cobarde lo es él, que tiene los cañones por culata. Otra vez, semejante recado me lo debe mandar por un hombre ruin y no por un oficial, para tener la satisfacción de colgarlo de un peñol[71]».

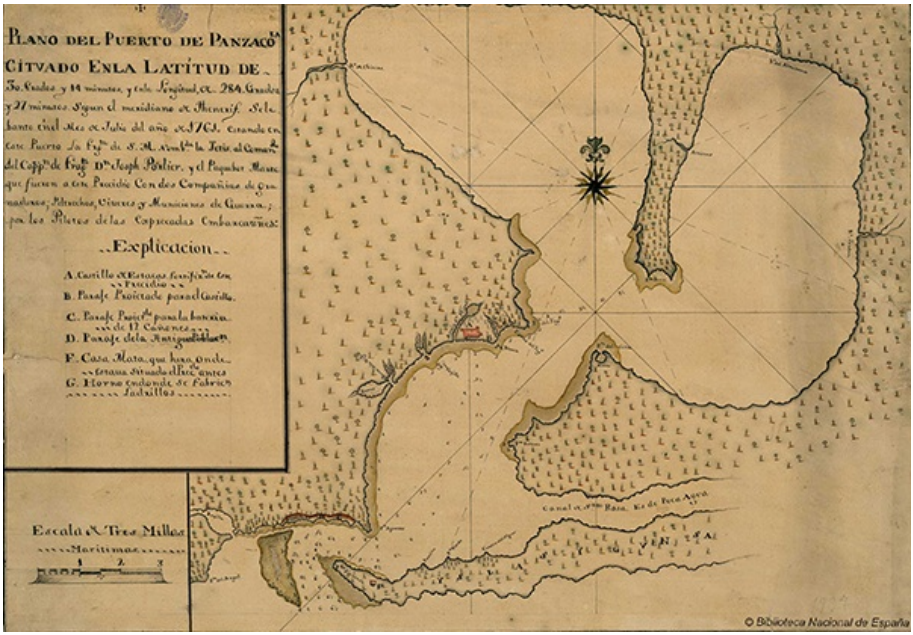
Es muy evidente, dada la época y los protagonistas, que ese enfrentamiento tan radical es falso. Además, ni siquiera aparece en el *Diario de operaciones contra la plaza de Pensacola* que escribió Gálvez, del que gracias a unos buenos amigos de la Universidad de Harvard, conseguimos hace ya años un magnífico ejemplar en cuarto de la primera edición publicada en La Habana en 1781. Citamos textualmente algunos de sus párrafos:

> Reconociendo el general que se tardaba demasiado en resolver la entrada de la escuadra con el convoy, y temiendo que tal vez por algún recio viento se viese obligada a dar la vela para no estrellarse en la costa, dejando por consecuencia abandonadas las tropas en la isla sin medios con que subsistir en ella, determinó ser él mismo el primero que forzase el puerto, en el firme concepto de que este último recurso podría estimular a los demás a que le siguiesen; y con efecto la tarde del 18 a las dos y media de ella se embarcó en un bote para ir a bordo

del bergantín *Galveztown* que se hallaba fondeado a la boca del puerto de Pensacola; y después de haber arbolado una corneta, hecho por este buque el saludo correspondiente, se hizo en él a la vela seguido de dos lanchas cañoneras y de la balandra del mando de don Juan Riaño, únicas embarcaciones que se hallaban privativamente a sus órdenes. El fuerte de las Barrancas hizo todo el fuego posible con particularidad al *Galveztown*, no pudiendo ignorar por la insignia que llevaba que en él iba el general; pero a pesar de sus esfuerzos entró en el puerto sin el menor daño.

A vista de esto determinó la escuadra hacer su entrada el día siguiente a excepción del navío *San Ramón* que ya se había lastrado. El 19 a las 2 de la tarde se hizo a la vela el convoy precedido de las fragatas del rey, y desde que la primera comenzó a sufrir el fuego hasta que todo el convoy se halló libre de él, medió una hora sin que del extraordinario fuego que hizo el fuerte de los *Red Cliffs* en las Barrancas, no obstante las averías que causó a los buques, resultase la menor desgracia personal.

Puede alegarse que esta primera edición, parte de cuyo texto apareció publicado en la *Gazeta de Madrid* quizá fue censurada por José de Gálvez, como afirman varios autores, pero no lo creemos plausible. El ministro no ganaba nada con ello. Al contrario, dado el resultado de las operaciones, le hubiese favorecido su publicación.



La bahía de Pensacola. Su entrada estaba protegida por las baterías de Punta Sigüenza, en rojo a la izquierda de la isla, y Barrancas Coloradas, también en rojo, situada más o menos enfrente. Arriba, en el centro, están el pueblo y el puerto, y un poco más al norte, sobre un escarpado, los fuertes. A pesar de haberse fundado la ciudad en 1698, hasta julio de 1761 los buques de la armada no tuvieron ninguna carta náutica fiable de la zona con las profundidades del fondo. La realizaron los pilotos de la fragata Tetis *y el paquebote* Marte. *Calvo Irazábal se mostraba reacio a utilizarla, pues pensaba que en veinte años se podían haber alterado las mediciones en el canal de acceso*. Biblioteca Nacional, Madrid.

En cualquier caso, siempre se le dan en España demasiada importancia a estos datos para ensombrecer incluso las victorias. Como si no fuese suficiente el triunfo sobre el enemigo y hubiese que aliñarlo con disputas internas. Incluso aunque se hubieran enfrentado de una forma tan grosera y escandalosa, no dejaría de ser un detalle menor que en nada influyó en el curso de los acontecimientos los días posteriores.

La mañana del día 20 las tropas establecieron los campamentos necesarios y comenzaron los preparativos para el asedio. Gálvez escribió a Campbell para —al mejor estilo de la guerra entre caballeros del siglo XVIII—, fijar las reglas del

encuentro que se avecinaba y, de paso, recordarle que los españoles no habían destruido las posesiones inglesas al recuperar La Habana, por lo que se esperaba de él una actitud similar. Se acordó que los combates se reducirían a Barrancas Coloradas y Fort Saint George y dejarían al margen a la población civil, que podría quedarse sin riesgo alguno en la ciudad.

Mientras, por kilómetros de sendas y caminos casi impracticables, entre los pantanos y el húmedo sotobosque, a través del zumbido de hordas de moscas negras que caían sobre los soldados exhaustos y sudorosos, con sus pesados capotes con faldones atados a la cintura, calzones ajustados y altas polainas abotonadas hasta la rodilla —las espaldas dobladas por el peso del mosquete, la bayoneta, la mochila, la cantimplora y los cartuchos—, los hombres de Ezpeleta avanzaron tan rápido como pudieron. Muchos enfermaron por la picadura de los mosquitos de la malaria, otros se lesionaron por los resbalones y las caídas en el pestilente barro y algunos sufrieron mordeduras de las serpientes venenosas que se escondían entre la vegetación. Nada los detuvo. El día 22, a las nueve y media de la mañana, llegaron a Santa Rosa para incorporarse a la expedición. Con ellos, las tropas a disposición de Gálvez llegaban ya a los 3600 efectivos, una cantidad adecuada para confiar en tomar la plaza.

Desde el primer momento todos los mandos españoles fueron conscientes de que había que completar el cerco cuanto antes y lanzarse al ataque. En caso contrario las enfermedades tropicales causarían un número mayor de bajas que las producidas en combate. Ingenieros, soldados y obreros transportaron esos días cientos de toneladas de suministros, y armamento hacia el campo de batalla. Se cavaron trincheras y reductos. Luego se extendieron los

trabajos de mina hacia las posiciones enemigas, con zanjas lo suficientemente amplias como para proteger a las tropas que desplazaban los morteros y la artillería de campaña, de la metralla, granadas y obuses, que lanzaban los británicos.

Los indios, buenos conocedores del terreno fueron los primeros en realizar incursiones sobre las posiciones españolas para intentar detener los trabajos de construcción de los reductos. Con frecuencia, aunque no hacían muchas bajas, los combates acababan en extenuantes luchas a la bayoneta. El día 25 una partida atacó los puestos avanzados y mató a varios hombres que estaban de guardia, «cometiendo con los cadáveres —según el informe— su acostumbrada crueldad de arrancarles las cabelleras y otras». Lo mismo que ocurría con los prisioneros capturados en las escaramuzas, que eran terriblemente torturados. De nada sirvió que los mandos de ambos bandos intentaran limitar esa costumbre.

El audaz gobernador de Luisiana intervino varias veces en los combates de forma directa y fue herido dos veces. Una bala le acertó en el abdomen y otra le alcanzó un dedo de la mano izquierda, pero prefirió mantenerse cerca de sus hombres. Cuando se agravó su estado le sustituyó el ya brigadier Ezpeleta. Respecto a la lucha, fue dura y difícil. El clima de la región, las lluvias que anegaban las trincheras, el barro, los mosquitos, el calor y la humedad, hacían la vida insoportable. Aun así, los soldados aguantaron estoicamente todas las carencias y privaciones.

Una característica importante de todas las batallas de esta época, que suele comentarse poco, era la cortina de humo de pólvora que generaban cañones y mosquetes. Según progresaban los combates, las armas acumulaban más suciedad y era cada vez más difícil cargar y disparar de manera eficiente. En Florida, con la humedad, se agravaba ese

deterioro, lo que obligaba a los soldados a extremar el cuidado de sus fusiles de chispa.

Durante las primeras semanas de abril, se reconocieron a fondo las fortificaciones británicas. Había dos reductos para defender Fort George: el de la Media Luna y el del Sombrero. Ambos estaban protegidos por parapetos de tierra coronados por una empalizada que se había construido bajo la dirección de Campbell el año anterior.

El 19 de abril los vigías de Santa Rosa divisaron unas velas en el horizonte. La preocupación de suponer que se trataba de los refuerzos que Campbell esperaba de Jamaica dejó paso enseguida a una enorme tranquilidad. Era la ilota de apoyo de José Solano, que transportaba 1600 soldados españoles[72] de refuerzo al mando del mariscal de campo Juan Manuel Cagigal, y 800 franceses. Con ellos el ejército de operaciones que ahora disponía de 15 navíos de línea, 4 fragatas, 30 transportes y más de 7000 hombres en tierra podía plantearse continuar la campaña hacia el interior si era necesario.

Para ayudar a su movimiento e instalación, las tropas se dividieron en cuatro brigadas. Tras reconocer el terreno y elegir el punto de emplazamiento de las nuevas piezas disponibles continuó el duelo artillero. Se mantuvo durante todo el mes. El español, constantemente hostilizado por incursiones de los indios, que disparaban sobre los puestos avanzados desde la espesura del bosque.

Botado en La Habana en 1775, el San Ramón *era un navío de 64 cañones distribuidos en dos cubiertas —algo más pequeño que este, que es de 74 cañones—. Su dotación, entre oficiales, marineros, artilleros e infantes de marina ascendía a unos 500 hombres. Naufragó en Cádiz, el 6 de marzo de 1810, durante un temporal.*
Dibujo de Alejo Berlinguero de la Marca realizado aproximadamente en 1800.
Museo Naval, Madrid.



Cuando llegó mayo todos los buques británicos del puerto habían sido hundidos por sus propias tripulaciones, destruidos o capturados por los españoles. Durante los tres primeros días del mes se realizó el intercambio de disparos de artillería más intenso producido hasta entonces. El cuarto, tras una larga serie de cañonazos que se prolongaron toda la mañana, un grupo de 200 de los sitiados realizó una salida salvaje que sorprendió a tres compañías de granaderos de los regimientos Mallorca e Hibernia, situados en Pine Hill, una ventajosa posición entre altos árboles próxima al fuerte. Pasaron a cuchillo a todos los que intentaron resistirlos, capturaron a varios oficiales y clavaron cuatro cañones. Fue la última acción de cierta entidad que realizaron los británicos. Los días posteriores ya solo combatieron a la desesperada.

Los días 5 y 6 de mayo, otra tormenta tropical golpeó a las naves españolas. Solano se vio obligado a retirarse por temor

a que sus buques quedaran destruidos contra la costa y se situó frente a la bahía para protegerla de la llegada de posibles refuerzos ingleses. A partir de ese momento el ejército continuó el asedio sin ningún apoyo. El 7, dado que estaban tan escasos de las imprescindibles balas del calibre 24 que debían utilizar las lanzadas por los ingleses, y no había seguridad de que Solano pudiera acercarse, Gálvez decidió acabar de una vez por todas y asaltar Fort Crescent —el recinto de la Media Luna—, ya bien a la vista.



El general William Johnson salva la vida del barón Dieskau en la batalla del lago George, en 1755. *La pintura promueve normas civilizadas ante la ferocidad de los «salvajes», que tanta preocupación despertaban en los europeos. El 20 de noviembre de 1777 William Pitt denunció en la Cámara de los Lores los actos de violencia de los auxiliares indios, pero una cosa era vivir en Londres y otra muy distinta combatir en América. Para generales como Campbell, dejarles manos libres era imprescindible*[73]. Obra de Benjamin West realizada entre 1764 y 1768. Museo y Galería de Arte de Derby.

El objetivo dominaba una altura cónica con una empinada cuesta de uno 750 metros. Sus recias paredes de un oscuro gris, parecían suavizarse en parte por el frondoso verde que lo rodeaba y la sombra de algunos árboles próximos. Los muros los custodiaban una maraña de maleza y decenas de árboles talados con sus puntas afiladas hacia fuera. Campbell y sus oficiales estaban convencidos de que era imposible subir por la pendiente sin sufrir un elevado número de bajas, y mucho menos fortificarla para cubrir a los asaltantes. Su altura, un

tanto escarpada, «la hacía accesible solo para las cabras» —comentó el general en uno de los paseos de inspección que hizo con ellos—, a lo que le contestó uno de los ingenieros con algo de desdén y mucha flema británica: «Cuando una cabra puede subir, puede hacerlo un hombre, donde llega un hombre, puede hacerlo un arma».

El ataque que preparaban los españoles, dirigido por el brigadier Jerónimo Girón, iba a ser nocturno. Lo llevarían a cabo repartidos en tres divisiones 900 hombres de los granaderos de la infantería de marina, los granaderos de los regimientos Soria, Príncipe, Navarra, Guadalajara, España y La Habana, y las compañías de cazadores de Príncipe, Navarra, La Habana, Soria, Aragón e Hibernia; más dos compañías ligeras francesas. Servían de guías un desertor del Waldeck y otro del regimiento americano pero, al llegar el amanecer, las tropas que iban cargadas con escalas, hachas y útiles de asalto, aún no habían alcanzado sus posiciones definitivas, por lo que valorando la vida de sus hombres, Gálvez ordenó suspenderlo.

Finalmente no hizo falta realizar una operación tan comprometida. El día 8, un disparo de metralla de la artillería española —con buena fortuna o debido a los datos suministrados por uno de los desertores británicos— alcanzó el polvorín con sus 105 defensores dentro. Lo destruyó en su totalidad junto a gran parte de la fortificación, las casamatas y los reductos. Según contó luego Campbell, murieron «cuarenta y ocho militares, nueve marineros y un negro». La gigantesca brecha que se abrió la aprovechó la infantería española para lanzar un ataque y tomar los escombros que quedaban. Ese día, antes del asalto final, Gálvez pronunció otra de sus vibrantes arengas:

> La hora de España está sonando y sus mejores hijos han de marchar hacia la victoria de sus armas. Muchos de vosotros habréis de morir, pero vuestro sacrificio no habrá sido en vano, porque la Patria habrá de rendiros honores y Dios habrá de recompensaros por la victoria con la infiel y enconada hereje, instigadora de todas las horas, traidora de todos los días, enemiga de todos los siglos, la pérfida Inglaterra. Sois vosotros a quienes se les ha encomendado el destino de España. ¡Ni un paso atrás, el pie siempre al frente, marcha de valientes, carga de vencedores!

Algunos defensores aún resistieron brevemente entre las ruinas a los granaderos y la infantería ligera de Girón y Ezpeleta. Acabaron con ellos, e instalaron en la posición una batería con la que atacar Fort St George. Lo machacaron a cañonazos durante todo el día siguiente. Desde ese momento, la mayoría de los realistas americanos y los aliados creek desertaron camino de Georgia. Los británicos pudieron devolver el fuego durante unas horas, pero se vieron totalmente desbordados por el bombardeo español. Consciente de que su última línea de defensa ya no podría resistir un asalto, Campbell izó bandera blanca a las 3 de la tarde para solicitar una tregua y poder preparar la capitulación.

Gálvez fijó el traspaso de los fuertes a las tropas españolas y francesas para el mediodía siguiente, 10 de mayo. Finalmente los británicos se rindieron a las cinco de la tarde. Campbell y el vicealmirante *sir* Peter Chester, gobernador de Florida Occidental, se entregaron a seis compañías de granaderos españoles y a la de cazadores de la brigada francesa, a la cabeza de 1113 hombres. Cedían todas sus banderas, artillería y pertrechos —123 cañones, 4 morteros, 6 obuses, miles de

balas y cientos de fusiles y bayonetas[74]—. El día 11, se ocupó Barrancas Coloradas.

Las bajas británicas eran de 105 muertos y 382 heridos. Las españolas de 74 muertos y 198 heridos. Los franceses solo tenían 3 muertos y 26 heridos. Pensacola y Florida Occidental eran de nuevo españolas. Gálvez acababa de lograr una gran victoria que sumar a la conquista del bajo Misisipi.

Tanto por este triunfo como por el magnífico trato dado a los civiles capturados en Pensacola, el general español obtuvo una enorme fama que aumentó cuando ofreció a los prisioneros la posibilidad de ser enviados a Nueva York con la promesa de no volver a combatir contra España o a sus aliados. Al gobernador Chester, lo devolvió a Londres. No es de extrañar que tanta generosidad llegase a enfadar a los norteamericanos, que presentaron una protesta formal.

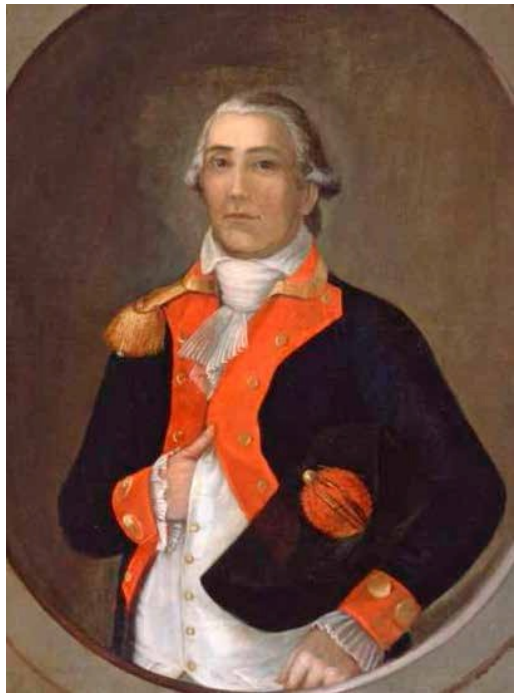
Entre el 18 y el 20 de mayo, las tropas españolas reembarcaron en la escuadra de Solano, que llevaba casi dos semanas alejado de la costa a causa del mal tiempo. Gálvez se quedó en Pensacola con el coronel del Hibernia, Arturo O'Neill, el nuevo gobernador de la plaza, para organizar la defensa. Cuando las dos líneas que formaban los navíos españoles se hicieron a la vela para aprovechar cuanto antes el viento que soplaba del Oeste, los buques franceses, con sus unidades a bordo, avisaron de que quedaban fondeados a la espera de la fragata *Andromaque*. Dos días más tarde ambas escuadras lograron reunirse en mar abierto, antes de llegar a La Habana. La mañana del 30, sin mayores incidencias, todos los buques anclaron en la amplia bahía de la capital cubana.



Uniformes españoles en Pensacola. De arriba abajo y de izquierda a derecha: soldado del 2.º batallón de infantería ligera de Cataluña, oficial de ingenieros, granadero del regimiento de Hibernia y granadero del regimiento de Aragón. Dibujos publicados en el Estado Militar de España de 1790.

Saavedra, que había viajado a Pensacola con los refuerzos de Cagigal, regresó un poco antes. Desembarcó la mañana del 26 y ese mismo día, tras comunicar la victoria a los miembros de la Junta de Guerra, les hizo partícipes de las nuevas órdenes del rey: Navarro, Navia y Bonet eran destituidos. Como gobernador interino de Cuba quedaba Cagigal; Gálvez ocupaba el puesto de general del ejército de operaciones y Solano pasaba a ser el nuevo comandante de marina de La

Habana. No podía negarse que la sombra del ministro de Indias llegaba muy lejos.



El teniente Michel Dragón. *Nacido en Atenas, Grecia, en 1739, emigró a Nueva Orleans alrededor del año 1760 como soldado del ejército francés. En 1764, cuando España asumió el control de Luisiana, Dragón recibió una comisión en la milicia. Por sus distinguidos servicios en Pensacola fue ascendido a teniente segundo y recibió un nombramiento para el ejército regular en 1792. Grandes áreas del lienzo se han desfigurado debido al exceso de pintura aplicada durante décadas por pésimos restauradores.* Obra realizada en 1810 atribuida a Luis Godefroy. Museo Estatal de Luisiana.

Solo quedaba un fleco por resolver. La mañana del 22 de abril se había producido en la lejana retaguardia española un suceso totalmente inesperado: una revuelta entre la población de Natchez. Animados por Campbell desde Pensacola, doscientos simpatizantes británicos que habían prometido al ocupar España el territorio no volver a tomar las armas, se alzaron bajo la dirección de John Blommart, un terrateniente suizo nacido en Ginebra, y atacaron el fuerte de Panmure. Sus 76 defensores al mando del capitán Juan de la Villebeuvre[75] resistieron con valentía trece días, pero el 4 de mayo no tuvieron otra opción que rendirse.

Gálvez intentó desde el primer momento solucionar el conflicto por la vía de la diplomacia, pero las intenciones de Blommart eran muy distintas: esperaba reunir fuerzas suficientes para amenazar incluso Nuevo Orleans.

Los rebeldes no pudieron saborear su triunfo mucho tiempo. Desde el momento que les llegó la noticia de la rendición de Campbell, su causa era inútil. Muchos abandonaron las armas y la región, para evitar represalias, camino del territorio de los chickasaw o los choctaw, pero un pequeño grupo se mantuvo desafiante. Contra ellos partió con 40 hombres el capitán de la milicia Esteban Robert de la Morandiere.

El 14 de junio Morandiere llegó a Point Coupee, cerca de Baton Rouge, donde preveía que se iba a realizar un nuevo ataque, y publicó una proclama por la que se concedía la amnistía a todos los sublevados de los alrededores. Luego continuó su avance hacia Natchez. Cuando llegó a Fuerte Panmure quedaban Blommart y tres rebeldes que fueron apresados y enviados a Nueva Orleans para ser sometidos a juicio. Blommart fue condenado a muerte y todas sus propiedades confiscadas, pero más tarde se le conmutó la pena capital.

A pesar de las buenas palabras de los colonos, su actitud obligó a que se mantuviera la «limpieza» de rebeldes durante todo el verano. En total se arrestó y se embargaron todos los bienes de 70 realistas más, que se negaron a prestar juramento de fidelidad. Conviene no olvidar que a pesar de la caída de Pensacola, los británicos mantenían todavía buenas relaciones con las tribus indias, y desde sus fuertes avanzados aún podían dirigir incursiones contra las posiciones ocupadas por los españoles. Además, los colonos de la región eran en su mayoría leales a Jorge III, dispuestos, como hemos visto en el caso de Natchez, a alzarse en armas a la menor ocasión. Eso supuso mantener en alerta a un buen número de tropas sobre esos enemigos encubiertos, que no se resignaban a aceptar el cambio de gobierno.

Tampoco era cuestión de engañarse. A pesar de todo lo sucedido, Londres aún mantenía sólidas posiciones en América. Controlaba buena parte del territorio de las Trece Colonias, Canadá, Nueva Escocia y Terranova y, en el escenario del Caribe y el Golfo de México, Florida Oriental, Bahamas, Jamaica y varias islas menores. Ahora las armas españolas eran una amenaza tan importante que podían incluso expulsar a Gran Bretaña de todos esos emplazamientos si la guerra se prolongaba —algo inimaginable tan solo unos años antes—, pero había que mantenerse firme.

Es cierto que las unidades regulares inglesas y las fuerzas leales no eran ya capaces de reconquistar el territorio perdido y, enredadas en una guerra desfavorable contra los norteamericanos y sus aliados franceses, no disponían de capacidad para impedir que los colonos insurrectos se saliesen con la suya. No obstante, la *Royal Navy* seguía invicta en el mar y, a pesar de los éxitos de los corsarios y de la amenaza de las flotas combinadas de España, Francia y Holanda —que acababa de sumarse al conflicto—, el Parlamento todavía confiaba en poder llegar a una paz ventajosa.

Para todos esos países la única posibilidad de que los ingleses se diesen por vencidos, y esta vez eso sí era una realidad, era continuar la presión de forma conjunta. En el caso español había además poderosas razones para proseguir la guerra. Por una parte, el hecho de que los británicos aún ocuparan Menorca y Gibraltar, objetivos esenciales para Carlos III. Por otra, que el conflicto proseguía con intensidad en Centroamérica.

2.8 El poder del dinero

En julio, en un navío de guerra anclado en Cap François, se reunieron dos hombres para idear un plan con el que continuar la campaña en 1782. Era la una de la madrugada del día 17, y tras la copiosa cena, los ventanales de popa del inmenso *Ville de Paris*, abiertos a la refrescante brisa nocturna, permitían soportar algo mejor el húmedo y pegajoso calor del Caribe. La intención de ambos era alinear los recursos militares y financieros de Francia y España para dar un último apoyo a la causa revolucionaria americana y acabar definitivamente con Inglaterra. Durante horas desarrollaron una impresionante lista de opciones para hostigar a su enemiga.

El proyecto, conocido tras su ratificación en Madrid y París como el Convenio De Grasse-Saavedra, tenía objetivos de largo alcance. Entre ellos, tomar posesión de varios puntos de las Islas de Barlovento —Barbados y Antigua— donde las flotas inglesas situadas en fortalezas protegidas amenazaban posesiones francesas y españolas, y conquistar de una vez por todas Jamaica[76], el centro de la riqueza británica en esa parte del mundo. Pero de momento, para evitar futuros contratiempos, ambos estuvieron de acuerdo en que el primer golpe había que darlo en Norteamérica. De Grasse y su flota tomarían posesión de la bahía de Chesapeake, y se moverían hacia el interior a través de los ríos para cortar la retirada y evitar la llegada de refuerzos al ejército británico que se encontraba en esa zona. Al mismo tiempo las tropas de Washington, Rochambeau y Lafayette lo rodearían para destruirlo por completo u obligarlo a rendirse. Cuantas menos tropas tuviera Londres a su disposición, más difícil sería que auxiliase a las islas y, de momento, ya tenía también bastante tarea en Gibraltar y Menorca.



Cap François, en la isla de Santo Domingo, desde 1670 el puerto natural tradicional de la flota francesa en el Caribe. Biblioteca Nacional de Francia.

De Grasse planeaba utilizar para su cometido no más de 24 de navíos de línea y dejar 4 o 5 para proteger el comercio francés. Sugirió también que 4 barcos españoles se unieran a su flota mientras navegaba hacia Chesapeake, para evitar sorpresas, pero Saavedra, diplomáticamente, se negó a participar en esa operación. Le señaló al almirante que España aún no había reconocido formalmente la independencia norteamericana, y tal vez podría haber alguna objeción política para dar un paso que parecía dar por supuesto ese reconocimiento. Sin embargo —le ofreció a De Grasse—, podría llevarse todas sus unidades de combate a Chesapeake si los 4 navíos españoles se dedicaban a proteger los buques mercantes franceses en Santo Domingo. El almirante no dudó en aceptar la propuesta.

Una vez solventados los problemas navales se presentó la solicitud de fondos del teniente general Rochambeau. En mayo había comunicado que su ejército y el de Washington necesitaban con urgencia un millón doscientas mil libras francesas[77]. Los soldados y marinos llevaban varios meses de servicio sin percibir salario alguno, primero durante los preparativos de la expedición en Brest, y luego durante los

treinta y ocho días que el enorme convoy empleó en cruzar el Atlántico, y en Dominica no había dinero para pagarlos.



José Solano y Bote, teniente general de la armada, frente a la Bahía de Santa Rosa, en Pensacola. Nacido en Zurita, Cáceres, en 1726, sentó plaza en la compañía de guardiamarinas de Cádiz a la edad de 16 años. El 25 de julio de 1784 el rey le concedió el título de marqués del Socorro y lo nombró consejero de estado por su participación en el asedio y toma de la ciudad. Óleo anónimo realizado en el siglo XVIII. Museo Naval, Madrid.

Se esperaba que en algún momento de principios del otoño llegara a Boston un cargamento de oro, pero con los peligros y la imprevisibilidad de los transportes por tierra, Rochambeau sabía que no podía depender de esos fondos para sufragar la campaña de Virginia. Según su carta, solo le quedaba lo suficiente como para mantener a sus tropas hasta el 20 de agosto, y el Ejército Continental estaba en las mismas condiciones. «No puedo ocultarle señor almirante —escribía —, que estas personas están al final de sus recursos, o que Washington no tiene a su disposición ni la mitad del número de soldados de que pensaba disponer. Sobre este tema es muy reservado, pero creo que en la actualidad no puede haber más de 6000, con eso está todo dicho». Era cierto. Muchos de los norteamericanos carecían de uniforme y calzado, no tenían armas, pólvora o municiones y también llevaban varios meses sin paga. Además, pasaban hambre, y habían comenzado a desertar.

Para Washington, la única forma de evitarlo era pagarles los haberes atrasados y conseguir el armamento y los pertrechos necesarios. Pero cuando solicitó el dinero a su intendente, Robert Morris, le contestó que prácticamente ya no había fondos y que le resultaba imposible obtener la cantidad en metálico de España o Francia, que no estaban dispuestas a aceptar las devaluadas letras de cambio del Congreso. El caso de Francia parecía obvio, pues la pésima situación de su erario público ni siquiera se lo permitía, pero el de España era distinto. La corte de Madrid consideraba que el monto de la deuda ya era desorbitado y se oponía a aportar más dinero a cambio de unos bonos prácticamente sin valor.

La petición resultaba un reto demasiado difícil, incluso para un hombre tan resolutivo como De Grasse. Su primer paso había sido reunirse con los comerciantes y plantadores de Cap François para pedirles un préstamo y ofrecerles como garantía sus propias plantaciones en Haití. Gracias a eso tenía ya una parte, aunque le faltaban más de 700 000 libras. Si no las conseguían, peligraba el éxito de todo lo acordado. Saavedra se comprometió a intentar solucionarlo.

Siempre era necesario disponer de una economía saneada antes de iniciar un conflicto. «En las guerras modernas la mayor bolsa puede determinar el resultado de las batallas», se había lamentado Washington en 1780 al reconocer que el sistema británico de crédito público «es tal que es capaz de esfuerzos mayores que el de cualquier otra nación». Pero también es cierto que el gobierno provisional rebelde no había previsto ninguna entidad centralizada eficaz que recaudara fondos o impuestos para apoyar la guerra que había iniciado.

Cada año el dinero en monedas de oro y plata se hizo más importante para comprar productos manufacturados en los

mercados mundiales en una sociedad que se basaba solo en la agricultura. La paciencia y el entusiasmo patriótico de los ciudadanos se desgastaron enseguida por la aterradora realidad de la guerra contra un imperio bien financiado y abastecido que no dudaba en quemar cosechas si con eso detenía la sublevación. Para solucionarlo el Congreso imprimió más dinero, y la moneda continental inició sin freno el camino a la hiperinflación. Cuando se derrumbó, en mayo de 1781 —al mismo tiempo que una brutal epidemia de viruela asolaba a la empobrecida población—, su relación era oficialmente de 175 a 1. Una cantidad que pasó de inmediato a 525 a 1 por ajuste de las cuentas públicas.

Jorge III, que sufriría terribles convulsiones por una enfermedad mental durante los últimos años de su reinado, estaba muy lúcido y sabía perfectamente que sus finanzas se resentían día tras día, cuando declaró en septiembre de 1780: «Estados Unidos está en dificultades económicas; las finanzas de Francia y España no están en buena situación. Esta guerra, como la última, se resolverá gracias a los créditos».

Saavedra comentó con Gálvez la reunión mantenida con De Grasse. A él le correspondía el mando de las tropas del ejército de las dos Coronas borbónicas, y aunque pensaba que el ataque principal debía de ser contra Jamaica o las islas de Barlovento, pues los 66 navíos de la flota combinada podía obligar a la británica a tener que defender su propio territorio metropolitano y con ello desatender la defensa de las islas caribeñas, aceptó a regañadientes liberar a la flota francesa de sus obligaciones en las Antillas.

El 15 de agosto Saavedra le escribió a De Grasse que «tras a ver a los generales, al intendente y al tesorero», le habían asegurado que la plata necesaria estaría disponible en La Habana. La enviarían desde México, de las minas de

Zacatecas y Chihuahua. Sin embargo, se enteró poco después que una serie de dificultades surgidas en Veracruz, impedían que llegase a tiempo. Los españoles de Puerto Rico y Santo Domingo habían contribuido con 100 000 pesos para la causa, pero no era suficiente, y la tesorería oficial de La Habana carecía temporalmente de oro y plata.

De nuevo el enviado del rey actuó con extraordinaria eficiencia y rapidez. Convenció a los residentes de La Habana para que colaboraran. El día 16 se proclamó que cualquier persona que deseara contribuir a ayudar a la flota francesa con su dinero —el interés ofrecido era de un 25%—, debía enviarlo inmediatamente a la tesorería. En seis horas se reunió la cantidad necesaria y dos oficiales franceses fueron a recogerla. Con los fondos embarcados, De Grasse y su flota zarparon de inmediato hacia Chesapeake por el Canal de las Bahamas.

La explicación de cómo se había obtenido esa suma tan deprisa era muy sencilla. Desde que los británicos habían tomado en febrero San Eustaquio, la isla holandesa del Caribe donde los rebeldes podían comprar todas las armas y municiones que les permitiese su dinero y cupiesen en las bodegas de sus buques corsarios, Cuba se había convertido en el socio comercial clave de Filadelfia. Más de la mitad de los buques que forzaban el bloqueo británico para entrar en los puertos de la costa este zarpaban de La Habana. Si además la corona aseguraba unos cuantiosos intereses por los fondos prestados, mucho mejor.

La reacción de Washington, normalmente un hombre muy reservado, subraya la importancia con la que esperaba a los franceses. Rochambeau, desconcertado, lo vio «agitar su sombrero hacia mí con gestos demostrativos de la mayor alegría. Cuando me acerqué a él explicó que acababa de

recibir un despacho que le informaba de la llegada de De Grasse».

El 30 de agosto, a bordo del *Ville de Paris*, firmemente anclado en la bahía, el almirante le escribió a Rochambeau y le señaló su «gran satisfacción» por haber llegado a tiempo. Le contó que transportaba los 3 200 soldados de refuerzo solicitados a las órdenes de Henri de Rouvroy, conde de Saint Simon; los pormenores de su viaje y como tras dejar Santo Domingo el día 3 de ese mes había necesitado primero ir a La Habana para completar la cantidad de 1 200 000 libras.



François Joseph Paul, conde de Grasse. Nacido en 1722 en el seno de una familia de la nobleza provenzal, había ingresado en la Orden de Malta a los 11 años. Tras un largo aprendizaje en sus buques, ingresó en la Marina Real francesa, donde completó toda su carrera. Después del combate de Las Santas fue sometido a consejo de guerra. Absuelto pero deshonrado, falleció el 11 de enero de 1788 en su castillo de Tilly sin haber recuperado el favor real. Su figura no se rehabilitó —de la mano de los estadounidenses, que le atribuyeron parte de los méritos de su victoria en Yorktown—, hasta 1939. Obra sin fechar atribuida a Jean Baptiste Mauzaisse. Castillo de Vincennes, París.

De todo eso también se enteraron los espías, que merodeaban tanto por las aguas de las Antillas como por allí. Le contaron a un furioso Clinton muchos detalles del paso de la flota francesa por la capital cubana. Entre ellos la rapidez con que se había conseguido una cantidad económica tan

sustancial. El general en jefe británico asumía que eran ellos los que controlaban la costa, y no le entraba en la cabeza cómo habían podido llegar los buques franceses a contactar con las tropas norteamericanas. Lo que sí entendía perfectamente era que esa nueva inyección de fondos podría darles nuevos bríos a unos rebeldes prácticamente agotados[78].

2.9 El mundo al revés

Desde que Charles Cornwallis aplastara a los rebeldes en Camden en agosto de 1780, era el general británico más popular en América del Norte. Llevaba allí destinado desde que había llegado como coronel del 33.º regimiento de a pie en 1776, y nadie podía decir que le faltase experiencia en combate, adquirida ya en 1757 en los épicos campos de batalla de la Guerra de los Siete Años. Quizá por eso sorprendió aún más que a partir de marzo de 1781 acatara sin rechistar las órdenes de Clinton y, en septiembre, tomara la decisión de retirarse desde las Carolinas hacia el puerto de Yorktown, en la península de Virginia. Una complicada posición donde el gobierno de Londres pretendía construir una base naval bien defendida en la que albergar buques de línea.

Retrato del general Charles Cornwallis realizado en 1783 por Thomas Gainsborough. Cornwallis, educado en Eton y Cambridge, primogénito de una familia noble que llevaba tres siglos como representantes de su condado en la Cámara de los Comunes, tenía 44 años cuando se rindió en Yorktown. Estaba en la cumbre de su carrera militar, pero nunca se sintió personalmente responsable de lo sucedido. Tampoco lo acusó de nada el gobierno, que en 1786 lo promocionó claramente y lo nombró gobernador general de la India. Dos veces ocupó ese cargo. La primera, hasta 1793; la segunda, desde el 30 de julio de 1805 hasta su fallecimiento en Ghazipur el 5 de octubre de ese mismo año. National Portrait Gallery, Londres.



El movimiento, que suponía un error estratégico del que nadie parecía haberse percatado en las filas británicas, ponía ante los aliados una oportunidad única: el grueso del ejército enemigo tenía la posibilidad de ser asediado al unísono por el ejército de Washington y las tropas francesas al mando de Rochambeau. Los ingleses se habían colocado por sí solos en una situación tan comprometida, que debía ser aprovechada.

No era esa la opinión de Cornwallis, que seguía invicto, todo lo contrario. Estaba seguro de que si se fortificaba en la ciudad, a la orilla de la bahía de Chesapeake, podría abastecer todas sus necesidades y desafiar a sus enemigos mientras la *Royal Navy* controlara las aguas atlánticas. Su equivocación era dejar que su ejército dependiera de la soberbia de los marinos británicos, y no contar ni con españoles ni con franceses.

En cuanto Clinton supo de la llegada de los buques franceses a Chesapeake envió a la armada. El 1 de septiembre, la flota combinada británica, formada por las escuadras de los

contraalmirantes Samuel Hood y *sir* Thomas Graves, bajo las órdenes de este último, zarpó de Nueva York rumbo sur con 20 navíos de línea y 9 fragatas. El curtido Graves avistó los suaves perfiles de la bahía a la luz del amanecer del día 5, desde el puente del *London*, su buque insignia de 98 cañones.

Esa mañana los hombres de De Grasse también habían ocupado muy temprano sus puestos de observación, solo que ellos esperaban a la escuadra de Jacques Melchior Saint-Laurent, conde de Barras, que había zarpado de Newport y también se dirigía al sur con suministros para Lafayette. Los experimentados marineros franceses no tardaron mucho en darse cuenta de que los navíos que surcaban el mar con el viento a favor eran británicos. Rápidamente se ordenó zafarrancho de combate y se esparcieron las cubiertas con arena para absorber la sangre que se vertiera durante la batalla.

Ambas flotas no llegaron a completar su formación en la boca de la bahía hasta las 13.00 y sus cañones abrieron fuego sobre las 16.00. Se enfrentaron hasta la puesta de sol sin que el resultado quedara demasiado claro. El *London* y otros cinco navíos británicos sufrieron graves daños, mientras que los de los franceses fueron solo menores, pero ninguna de las partes puso demasiado empeño en reanudar la lucha. Se dejaron derivar al sur durante varios días, hasta las proximidades de Cabo Hatteras, en Carolina del Norte.

De Grasse había cometido un error al alejarse tanto, y cuando perdió de vista a la flota británica, le invadió el temor de que podía haber virado hacia Yorktown. Cambió de rumbo, regresó a Chesapeake a toda vela y se sobresaltó cuando los vigías anunciaron la presencia de buques en la bahía. La suerte estaba de su lado, era Barras, que aguardaba su llegada.

Graves y Hood ni se habían planteado regresar. Celebraron un consejo de guerra y llegaron a la conclusión de que «dada la posición del enemigo, el estado actual de la flota británica y la imposibilidad de dar cualquier auxilio eficaz al general Cornwallis, la escuadra debía proceder con toda la expedición a Nueva York». Cuando un sorprendido rey Jorge escuchó la noticia de la derrota de su armada en los Cabos de Virginia, le confió al conde de Sandwich, primer lord del almirantazgo, en un tono muy diferente a sus declaraciones del mes de septiembre del año anterior: «Creo que el imperio está casi en ruinas. Este cruel evento está demasiado reciente para que yo sea ahora mismo capaz de decir cualquier otra cosa».

Cornwallis y su ejército se quedaron solos. Desde ese momento los franceses pasaron a controlar toda la bahía y, de inmediato, bloquearan el puerto mientras los ejércitos de Washington y Rochambeau, con la seguridad de poder ser aprovisionados por mar, se atrincheraban y sitiaban la ciudad.

No pasó mucho tiempo antes de que el general británico, cuyas fuerzas estaban sin comida ni pertrechos y eran machacadas sin piedad por los pesados cañones de 24 y 36 libras de los navíos franceses —que habían impedido todos los intentos de la *Royal Navy* de romper el bloqueo—, se viera obligado a informar a su gobierno: «No podemos esperar que la resistencia sea muy larga».

Sus palabras se hicieron realidad dos semanas después. A las 10 de la mañana del 17 de octubre, con los enfermos y heridos multiplicándose por momentos, Cornwallis le envió una carta a Washington mediante un oficial con bandera de tregua y un joven tambor que batía «parlamentar».

Un oficial americano con la cara roja de emoción se la entregó a su general, que rompió el sello y, en silencio, leyó atónito: …«inútil derramamiento de sangre»… «Sería

insensible e inhumano sacrificar la vida de este pequeño grupo de soldados valientes»… «Propongo un cese de hostilidades».

Cornwallis ofrecía un alto el fuego de veinticuatro horas y que dos agentes nombrados por cada bando se reunieran en un lugar neutral y conveniente —había elegido la granja vacía de un vecino, Augustine Moore—, para establecer los plazos de la entrega de mensajes a las guarniciones de York y Gloucester. Washington se daba perfecta cuenta de lo que eso suponía. Dobló la carta y la dejó sobre su mesa de campaña. Recordó de inmediato que hacía 4 años exactos de la rendición de Burgoyne en Saratoga.

Dos días después, a media mañana, tras mucho ir y venir entre las líneas de jóvenes oficiales asistentes, el propio Cornwallis estableció las condiciones de su rendición:

> La base de mis propuestas es que las guarniciones de York y Gloucester sean prisioneros de guerra con los honores tradicionales. Para la comodidad de las personas que tengo el honor de comandar, los ciudadanos británicos se enviarán a Gran Bretaña y los alemanes a Alemania, bajo el compromiso de no servir contra Francia, Estados Unidos, o sus aliados, hasta que sean liberados o regularmente intercambiados. Todas las armas, tiendas y pertrechos serán entregadas a usted, con la indulgencia habitual de que los oficiales conserven sus sables y que tanto oficiales, soldados, como varios individuos civiles relacionados con nuestros intereses puedan conservar sus propiedades privadas. Si Su Excelencia considera que es necesario para transmitir la respuesta que continúe la suspensión de las hostilidades, no voy a poner ninguna objeción.

Solo John Graves Simcoe, el prestigioso y hábil jefe de los *Queen's Rangers*, una unidad de élite organizada con americanos leales a la corona que no conocía la derrota y había infligido un elevado número de bajas a sus contrincantes, pidió que le dejaran marcharse con sus hombres de forma discreta, ante el temor de las brutales represalias de los rebeldes, como ya había ocurrido en otras ocasiones. Cornwallis se negó. Adujo que eso allí no sucedería, que eran como el resto de los soldados regulares y tenían derecho al intercambio y a la libertad condicional bajo palabra. Pronto se demostró que los temores de Simcoe no eran infundados.



El teniente coronel John Graves Simcoe con el uniforme de los Queen's Rangers. *Inició su carrera en Inglaterra en 1770 como alférez del 35.º regimiento, poco antes de que su unidad fuese enviada a América. Allí, durante el asedio de Boston, compró la plaza vacante de un capitán de granaderos del 40.º de infantería, en el que estuvo hasta 1777. Ese año se le ofreció el mando de los famosos* Queen's Rangers, *hasta entonces liderados por Robert Rogers y conocidos como los* Rogers'Rangers. *Con ellos combatiría hasta 1781. Diez años después el rey le nombraría gobernador de la provincia de Alto Canadá.* Obra de Jean Laurent Mosnier realizada en 1791. Biblioteca Pública de Toronto.

Sobre las 12.00 del día 20, entre una enorme muchedumbre emocionada en la que se mezclaba la caballería francesa, unidades formadas del Ejército Continental, soldados desocupados, hombres, mujeres y niños, comenzaron a salir

agotados regimientos británicos. A su frente, apareció tras un redoble de tambores, muy erguido en su silla, el general de brigada Charles O'Hara. Sustituía a un mortificado y avergonzado Cornwallis que, de repente, se encontraba demasiado enfermo como para asistir a la ceremonia de rendición ante lo que él mismo había calificado como «un enemigo inferior».

Lo seguía un piquete de honores que daba guardia a las banderas plegadas y precedía a la banda de tambores y cornetas. Interpretaban de manera queda *El mundo al revés*, una melodía melancólica y muy poco militar[79]. Una vez próximo al lugar ocupado por el estado mayor de Washington —que observaba todo desde su gran caballo bayo —, O'Hara descabalgó y le entregó la espada al general Benjamin Lincoln, que había sido elegido para recibirla.



El general Charles O'Hara, de pie, en el centro, se dirige al general Benjamin Lincoln, segundo al mando en el Ejército Continental. Mientras, Washington observa la escena. A la izquierda, se encuentran los oficiales franceses, a la derecha, los estadounidenses. Obra de John Trumbull realizada en 1820. Rotonda del Capitolio, Washington.

Un poco apartados, los soldados estadounidenses y sus aliados franceses formaban dos líneas enfrentadas. Entre los primeros, de pie, orgullosamente erguidos, radiantes de satisfacción, solo algunos iban vestidos con uniformes. Los segundos, resplandecientes con sus uniformes de paño blanco, mostraban un aspecto noble y marcial. Entre ambos, los descorazonados soldados británicos con sus casacas rojas, sucias y hechas jirones, marcharon hasta un campo próximo, donde un escuadrón de húsares franceses, situado en círculo, custodiaba a los mercenarios del ducado de Hesse[80], encargados de apilar cuidadosamente las armas entregadas.

Una banda de pífanos y tambores estadounidenses atacó repentinamente *Yankee Doodle —Tonto yankee—*, la canción que se había transformado de una provocación británica en un entusiasta himno rebelde. Una vez acabada, Washington intentó dirigirse a sus hombres, pero, emocionado, no encontró palabras para una ocasión tan trascendental, se limitó a pronunciar un corto y confuso discurso con dos obviedades: «un acontecimiento glorioso» y «un éxito importante».

Algunos de los 7241 soldados británicos y alemanes, custodiados por la milicia, empezaron a salir esa misma tarde camino de campos de internamiento en Virginia y Maryland. Cornwallis y sus principales oficiales quedaron en libertad condicional y se les permitió de inmediato que comenzaran a preparar su viaje a Nueva York. Antes de partir, cenaron varias noches en compañía de Washington, Rochambeau y otros funcionarios estadounidenses y franceses.

Simcoe y sus oficiales no estuvieron entre los invitados, aunque se libraron de las torturas que los rebeldes destinaban a los americanos partidarios del rey. La favorita, la práctica bárbara y vergonzosa de emplumar a los «odiosos *tories*» se

había convertido ya en un espectáculo popular. El alquitrán se calentaba ante la víctima para que pudiera ver sus borbotones y apreciara el dolor que sentiría si llegaba a tragarlo. Luego, el líquido oscuro y humeante se vertía sobre su torso desnudo. Enseguida, entre aullidos de dolor, se arrugaba la piel y se formaban ampollas en hombros, pecho y espalda. Un poco de líquido, o mucho, según el sadismo del ejecutor, se vertía sobre la cabeza, lo que podía causar ceguera en uno o ambos ojos.

Los espectadores aplaudían en cuanto se lanzaban las plumas sobre el pobre sujeto. Luego lo paseaban por la ciudad en un carro para que pudieran verlo e insultarlo las turbas frenéticas. Conseguir retirar del cuerpo el alquitrán endurecido llevaba horas y, muchas veces, se arrancaban trozos de carne. Las lesiones cutáneas y las infecciones posteriores eran inevitables.

Otra tortura que también se practicaba mucho, conocida como *spicket-ting*, resultaba insidiosamente salvaje: Se ataba a la víctima erguida, con un pie sobre una estaca afilada, y luego se le daba vueltas para, literalmente, atornillarle la estaca en el pie. Muy a menudo el sujeto quedaba inválido de por vida.

Los hombres de Simcoe tuvieron más suerte, sufrieron encarcelamiento y destierro, que junto a la ejecución sumaria por horca o fusilamiento, eran las formas más aceptables de castigo para los legitimistas. A menudo, simplemente para mostrar a los *tories* más indecisos lo que les ocurriría si no se sumaban a la causa rebelde. Es un hecho conocido que, tan pronto como el último buque de guerra británico dejó el puerto de Charleston, veinticuatro leales fueron colgados en un patíbulo cara al mar, para dar ejemplo.

Este comportamiento salvaje no era unilateral. Los legitimistas correspondieron en la misma medida. Aunque

puede aducirse que muchos fueron, sin duda, impulsados a ello por la bárbara persecución a que los sometieron, otros lo hicieron por puro odio, a veces contra antiguos amigos e incluso miembros de su misma familia. En los estados del sur, donde el número de legitimistas era mayor, con frecuencia se unieron en bandas para saquear las propiedades de sus vecinos patriotas. En esta época comenzaron los «linchamientos», que reciben su nombre de un plantador de Virginia, Charles Lynch, que colgaba a los simpatizantes británicos por los pulgares hasta que gritaban «Libertad para siempre».

Pero volvamos a Yorktown. La noticia de la rendición fue enviada de inmediato por todo el país con los jinetes más rápidos. En muy poco tiempo, la alegría de la victoria, recibida con ruidosas y exuberantes celebraciones, barrió las colonias. Incrédulos, los legitimistas hicieron cábalas con preocupación sobre su futuro y, sobre todo, el de sus propiedades. De momento, la gran mayoría optó por seguir al pie de la letra la octavilla distribuida el 24 de octubre por el coronel Tilghman, ayudante de campo de Washington, que invitaba a iluminar todas las ventanas de 18.00 a 21.00 para celebrar la gloriosa ocasión. Los que no lo hicieron, bien por dignidad o porque consideraron que era algo innecesario, no tardaron en ser víctimas de robos, saqueos y malos tratos.

Aunque quedaban dispuestas para el combate sustanciales fuerzas británicas y soldados de Hesse que controlaba aún decenas de fuertes y puestos en el interior del país y, sobre todo, el general Clinton seguía sólidamente establecido en Nueva York, la capitulación de Cornwallis fue decisiva. Rompió la voluntad de los británicos para continuar la guerra. Los convenció de que el esfuerzo para vencer a los estadounidenses era demasiado difícil y, lo más importante, demasiado caro como para continuar.

En un país enorme, con una población comprometida con su causa, los gastos para apoyar a un gran ejército que luchaba a casi 5000 kilómetros de distancia se estaba convirtiendo en una carga intolerable para un tesoro ya muy endeudado. Cosa muy distinta era la «otra guerra», básicamente naval, que libraban en medio mundo contra Francia, España y los Países Bajos. En esa aún estaban dispuestos a aguantar.

Cuando se supo en Inglaterra la decisión de Cornwallis, *lord* North sintió como si le hubieran golpeado el pecho con fuerza inusitada. También Jorge III quedó aturdido por la noticia, pero se comprometió a continuar la guerra «aunque eso exigiera realizar modificaciones en la forma de llevarla a cabo».

No pensaban lo mismo sus súbditos. A lo largo de toda Inglaterra reuniones públicas exigieron la paz, y la Cámara de los Comunes acabó por reflejar ese deseo. *Lord* North le escribió al monarca que tanto la política de la Corona hacia los Estados Unidos como su intento de establecer la supremacía del rey sobre el Parlamento debían cesar y, el 4 de marzo de 1782, cinco meses y medio después de Yorktown, el Parlamento inició los procedimientos para reconocer la victoria de «las repugnantes colonias» y comenzar las negociaciones de paz. Una debacle que obligó a North a renunciar a su cargo el día 22.

Los bostonianos empluman a sus convecinos. *Un dibujo atribuido al caricaturista británico Philip Dawe realizado en octubre de 1774. Los «Hijos de la libertad», una agrupación de patriotas que decía defender los derechos de los colonos, sembró el pánico entre los leales durante toda la contienda. El alquitrán que utilizaban para sus castigos era de pino, que funde a los 60º, no el que estamos acostumbrados a ver utilizar en las carreteras, que lo hace a los 150º.* Biblioteca del Congreso, Washington.



El 4 de abril, Clinton, que se mostraba demasiado agresivo y estaba dispuesto a continuar los combates, fue relevado del mando del ejército británico y sustituido por Carleton, que lentamente concentró todos los restos de tropas en Nueva York. Antes de terminar el año, abandonó los últimos puertos en manos británicas —Wilmington, Savannah y Charleston —. Solo en el valle del Ohio continuaron los combates. Allí las tropas británicas, sus aliados indios y los americanos leales a la Corona, mantuvieron la lucha mediante incursiones del estilo de las que hemos visto al tratar la toma de Saint Joseph por los milicianos de Porrué.

Ese no era el caso de la Florida Occidental. Las tropas españolas, tras aplastar la revuelta de Natchez, no se vieron ya envueltas en operaciones de envergadura. Se limitaron a proteger lo conquistado, aunque también realizaran algunos tanteos para la posible ocupación de Florida Oriental, junto a

Canadá, lo único del continente americano que aún seguía en manos británicas.



La Cámara de los Comunes. *La guerra había sido demasiado costosa y el primer ministro George Grenville ya no encontraba la forma de poder pagar la aplastante deuda del país y financiar los gastos de defensa y administración del amplio imperio británico*. Obra de Karl Anton Hickel realizada en 1793. Galería Nacional de Retratos, Londres.

2.9.1 La costa de los mosquitos

Yorktown —esa victoria decisiva que formaba parte también de la estrategia española en América del Norte, algo completamente ignorado por la historia—, consolidaba definitivamente la independencia de los Estados Unidos, pero no era el fin de la guerra que mantenía España, decidida a continuar hasta las últimas consecuencias.

Los británicos llevaban ya tiempo establecidos de manera extraoficial en la costa sur de la península del Yucatán, hoy

Belice, y en la Costa de los mosquitos, en las actuales Honduras y Nicaragua, dedicados a la explotación forestal, a pesar de que la mayor parte de ese territorio formaba parte de la capitanía general de Guatemala. Para Matías de Gálvez, la guerra era una oportunidad única para expulsarlos de manera definitiva.

Tras lo ocurrido en la fortaleza de San Juan y la pérdida de la de San Fernando de Omoa, donde aunque se recuperase, su prestigio había quedado realmente un poco tocado por algo de desidia y falta de previsión, la derrota de la escuadra francesa en Jamaica y la posibilidad de que los ingleses reagruparan fuerzas y volvieran a atacar de nuevo Centroamérica hizo pensar a Matías Gálvez que debía organizar una ofensiva para ocupar Roatán. La isla, a unos 64 kilómetros de la costa de Honduras, estaba controlada en su totalidad por los británicos. Su comandante, Edward Marcus Despard, la utilizaba como base para operaciones de guerrillas que permitieran mantener o ampliar la influencia británica en la Costa de los Mosquitos y para el corso contra buques españoles.

Era la primera vez que la corona tenía la posibilidad de tomar plena posesión de esos territorios, y eso animó mucho a Gálvez, que vio en ello también la oportunidad de reivindicarse ante su hermano el ministro.

El 14 de marzo, a las doce de la noche, tras reunir a todas sus fuerzas en Trujillo, Gálvez zarpó hacia Roatán en una pequeña escuadra formada por las fragatas *Santa Matilde, Santa Cecilia* y *Antiope*, la corbeta *Europa* y algunas lanchas cañoneras. La dirigía el capitán de navío Miguel Alfonso de Sousa, y transportaba 600 hombres del fijo de Guatemala. Los ingleses se habían pertrechado bien en sus dos fuertes, Federico y Jorge, situados en puntos estratégicos, y se preveía

que conseguir el éxito esperado no estaría exento de dificultades.

La mañana del 15, se intentó infructuosamente la rendición de la isla. Esa tarde, tras la discusión habitual con los oficiales de la armada —la costa tenía poco fondo y exigieron que Gálvez firmara un documento en el que se hacía responsable ante el rey si les ocurría algo a los buques—, se decidió comenzar el bombardeo al día siguiente y mantener los planes trazados con antelación.

A las 10.15, la *Santa Matilde* abrió fuego, y poco después la siguió la *Santa Cecilia*. En dos horas habían desmantelado los 20 cañones de las baterías de Fuerte Jorge, Despard's y Dalling's, que protegían la boca del puerto —New Port Royal —, el principal asentamiento de la isla. Se apoderaron de ellas de inmediato los granaderos y cazadores del fijo, que a las órdenes del general Gabriel Herbias habían desembarcado de las fragatas.

El siguiente objetivo fue el puerto. Las continuas descargas desde los buques lo destruyeron en cuestión de horas aunque estaban bajo el fuego del fuerte Federico, la batería Gales y de algunos cañones que se habían situado en las colinas de la ciudad. La guarnición, en la que nunca llegó a saberse si estaba Despard[81], aguantó hasta el atardecer. Sobre las 19.00, el teniente gobernador de la isla decidió rendirse. Los términos y condiciones de entrega se acordó discutirlos al día siguiente.

Gálvez y sus tropas permanecieron en la isla varios días. Se llevaron 29 cañones, 3 obuses y 12 pedreros; recogieron todas las armas, balas y pertrechos; detuvieron a 203 esclavos de los 500 o 600 que los ingleses decían que habían huido; destruyeron los edificios y plantaciones de la isla, quemaron la mayoría de los barcos del puerto para evitar que fueran

utilizados para el contrabando. Los españoles abandonaron la isla el 21 de marzo, con 10 oficiales del ejército, 11 de milicias, 71 soldados británicos, 300 esclavos y 135 civiles de ambos sexos. Los prisioneros fueron enviados a La Habana, en la *Antiope* y la *Europa*, donde se subastaron los esclavos y los demás quedaron a la espera de ser intercambiados. El resto de la expedición regresó a Trujillo.

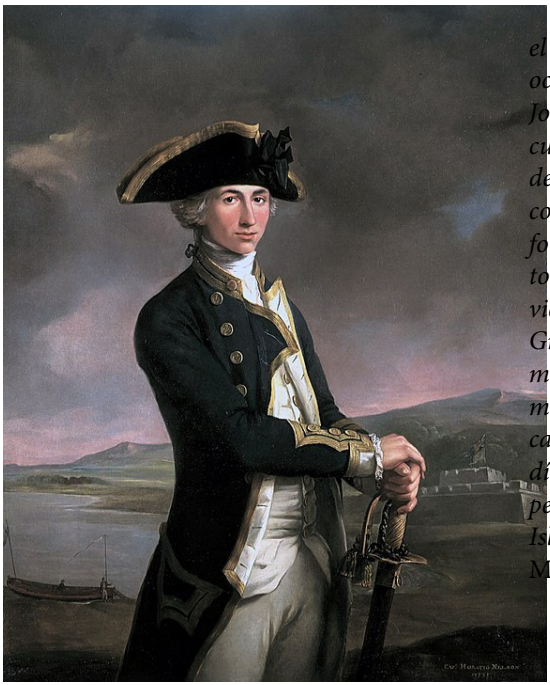
Recuperada Roatán, se optó por continuar la campaña una vez hecha la aguada y repuestos los víveres, y apoderarse de Río Tinto —Black River para los británicos—, en la costa atlántica de Honduras. La escuadra, a la que se habían unido 22 embarcaciones menores, zarpó el día 27 y puso proa hacia la Criva, donde dado lo bravo que se mostraba el mar, el 30 se decidió desembarcar a los soldados en dos lanchas cañoneras mientras las fragatas bombardeaban la costa.

Se formaron tres columnas de infantería a las órdenes de los tenientes coroneles José Casasola, Pablo de Pedro e Ildefonso Domezain, que avanzaron apoyados por la artillería del capitán Tomás Butler. No hubo resistencia. Poco podía hacer frente a una fuerza de esa consideración el capitán William Lawrie, del 49.º regimiento de infantería, encargado de defender el aposentamiento. Al verse perdido, Lawrie optó por clavar los 15 cañones de varios calibres de que disponía y retirarse. Fue apresado en la huida junto a gran parte de sus hombres cuando intentaba llegar a través de la selva hasta Cabo Gracias a Dios, en la desembocadura del río Coco.

Río Tinto pasó a llamarse Inmaculada Concepción, pero cualquier intento de avanzar más allá de Quepriva, Minitsrie, Siniboya, o los ríos Paun y Pinto se estancó. El 2 de abril un temporal obligó a las fragatas a volver a Trujillo y las tropas quedaron a la espera de ser abastecidas por tierra, algo mucho más laborioso y difícil. El 16 de abril se dieron por concluidas

las operaciones, se dejó allí algo de tropa y el resto regresó a Trujillo.

Matías de Gálvez consiguió el grado de teniente general y, como siempre, se repartieron un gran número de ascensos entre los oficiales —ya fueran del ejército, la armada o las milicias—, y premios entre los soldados, pero los británicos, a las órdenes de Despard, respondieron el 23 de agosto. Reagruparon a los colonos, reclutaron varios cientos de indios miskitos y se reforzaron con tropas de Jamaica para recuperar el asentamiento. La guarnición española, comandada por Tomás Julia, un veterano que se había destacado el año anterior en la recuperación de San Juan, se había reducido con las enfermedades y esta vez fueron ellos los que apenas tuvieron dificultades para ocupar de nuevo La Inmaculada Concepción. El final de la guerra impidió definitivamente el contraataque español.



Horatio Nelson, vencedor en el combate de Trafalgar el 21 de octubre de 1805, retratado por John Francis Rigaud en 1781, cuando aún era solo un capitán de la Royal Navy *de 23 años, con el castillo de San Juan al fondo. Megalómano durante toda su vida se presenta victorioso ante una posición que Gran Bretaña mantuvo solo seis meses y le supuso más de 2 500 muertos. Su intervención en la campaña, que duró apenas 20 días, se limitó a capturar una pequeña batería española en Isla Bartola.* National Maritime Museum, Greenwich.

2.10 Una isla del Caribe

El 30 de marzo de 1781, antes de la campaña contra Pensacola, el ingeniero jefe Luis Huet había presentado un plan de operaciones contra Nueva Providencia —las actuales Bahamas—, basado en informes recibidos de españoles que conocían las islas y habían estado prisioneros en ellas. El proyecto era interesante como punto de partida contra Jamaica, que no debía de olvidarse que ahora era el objetivo principal, y se le adjudicó una fuerza expedicionaria de 1 000 hombres y 20 buques, entre transportes y escoltas. Las circunstancias habían obligado a dejarlo a un lado, pero ahora parecía un buen momento para llevarlo a la práctica.

A finales de enero de 1782, Bernardo de Gálvez recibió órdenes para presentarse en Cuba. Sería el encargado, junto a De Grasse, de caer sobre las últimas posesiones inglesas del Golfo de México. El gobernador y Ezpeleta, recién designado mayor general del ejército de operaciones en América, abandonaron el frente de la Florida el 1 de febrero. Ese día ambos embarcaron en el navío *San Juan Nepomuceno* para, tras hacer escala en La Habana, poner rumbo a Guarico, en Santo Domingo. Llegaron a la isla, donde esperaba la flota francesa desde diciembre, el día 21. Allí, con la agradable sorpresa de que De Grasse y François Claude Amour, marqués de Bouillé, habían ocupado la isla de San Cristóbal y recuperado San Eustaquio, se dedicaron durante meses a organizar la llegada del ejército: 15 000 hombres y 12 o 13 navíos de la escuadra de Solano.



El combate de Les Saints, *también conocido como de Dominica. El* Barfleur, *de Hood, en el centro, ataca hasta su rendición al buque insignia* Ville de Paris, *a su derecha*. Obra de Thomas Whitcombe realizada en 1783. National Maritime Museum, Greenwich.

En marzo llegó la noticia del nacimiento de Luis José, heredero de la corona de Francia —la reina María Antonieta había dado a luz el 22 de octubre—. Se celebró con un solemne *Te Deum*, desfiles de tropas y la representación multitudinaria de una ópera francesa. Hubo fuegos artificiales, una cena ofrecida por el gobernador de Haití a 300 personas y un elegante baile de gala abierto por De Grasse y Gálvez que se prolongó hasta el amanecer. La alegría no duró mucho.

La última semana del mes, De Grasse partió con sus buques a Martinica para recoger al convoy que llegaba de Francia y luego regresar a Santo Domingo, donde debían concentrarse esas tropas con las españolas. El 9 de abril se encontró con la escuadra de *sir* George Rodney —recién llegado al Caribe con refuerzos—, que junto a la de Hood le buscaban por aguas de las Antillas francesas.

De Grasse dejó atrás a los transportes y ambas flotas se enfrentaron en paralelo durante tres largos días, mientras mantenían las distancias y reparaban los barcos que sufrían daños. El 12, a la altura del archipiélago de Les Saintes, los vientos se hicieron variables y ambas líneas se cruzaron. La lucha, feroz, duró hasta el anochecer. Cinco buques franceses fueron apresados, entre ellos el *Ville de Paris* de De Grasse, el resto se dispersó.

La derrota obligaba a Gálvez a cambiar sus planes. Aún quedaban 40 navíos franceses, pero esos buques y los de Solano ahora estaban obligados a controlar a Rodney. No había posibilidad de emprender el ataque hasta que llegaran refuerzos de Europa. Una vez más las esperanzas de recuperar Jamaica se desvanecían. Habría que esperar de nuevo, solo que esta vez para siempre.

Pero eso no se sabía todavía en Cuba el 18 de abril, cuando a menos de una semana de la derrota francesa, Cajigal le escribió a Gálvez. Le indicaba que había partido hacia las Bahamas dispuesto a conquistarlas, a pesar de las advertencias para que detuviese los planes de invasión —de hecho partió el día 22 sin darse por enterado—. Su decisión dejaba La Habana apenas sin guarnición, el mayor temor español, pues la mayor parte de las tropas disponibles embarcaron rumbo al Este. En total, 2500 hombres y 66 barcos de pequeño porte, que incluían una fuerza naval norteamericana al mando del comodoro estadounidense, Alexander Guillon, bajo cuyas órdenes navegaba una flotilla compuesta por la fragata *South Caroline*, de 28 cañones, y ocho bergantines.

El 4 de mayo la flota hispanonorteamericana llegó ante Nassau, el principal puerto del archipiélago, lo bloqueó y capturó tres pequeñas embarcaciones. El día 6, Cajigal envío a su ayudante Francisco de Miranda como parlamentario, y le

dio al capitán general británico de las islas, el vicealmirante John Maxwell los términos de la capitulación. No puso ninguna objeción. Miranda y Maxwell la firmaron el día 8.

Estaba claro que Maxwell, consciente de que cualquier resistencia era inútil, prefirió conservar los bienes y las haciendas de los colonos y no convertir las islas en una nueva Numancia. Los británicos, junto con la plaza y el resto del archipiélago de Bahamas entregaron 12 buques de guerra, 5 goletas, 2 balandras y alrededor de 65 embarcaciones menores. Además, 159 cañones, 6 obuses, 36 granadas de mano, 868 mosquetes, 31 pistolas y 86 espadas. En total los españoles hicieron 1412 prisioneros, de los cuales 274 eran soldados pertenecientes a las tropas regulares, 338 milicianos, y 800 marineros de los buques. Junto a ellos capturaron 2376 esclavos y todos los suministros almacenados en Nueva Providencia. Los cinco fuertes y las 566 casas edificadas en la isla se tomaron sin ninguna baja.

Era un éxito importante, fruto de una decidida actuación. Desgraciadamente el triunfo de Cajigal mostró el peor rostro del héroe de Pensacola. Bernardo de Gálvez, bien por la amargura de la derrota de la flota francesa, bien porque no se habían obedecido sus órdenes, se enfureció al conocer las noticias de la victoria. Una situación que empeoró cuando en la Corte de Francia se acogió con alegría ese logro español y no se dijo ni una palabra del de su padre en Centroamérica. A Cajigal y a Miranda, una vez de vuelta en La Habana, los acusaron de tratar con excesiva benevolencia al gobernador de las Bahamas, y acabaron arrestados por órdenes de Gálvez.

Cajigal, que era un hombre valiente y honesto, pagó el indigno comportamiento de nuestro orgulloso protagonista con una década en prisión y, aunque consiguió rehabilitar su nombre, jamás pudo hacer lo mismo con su carrera militar.

Respecto a Miranda, que no pudo contar con los contactos de Cajigal en la Corte para restablecer su honor, la amargura de su injusto destino le hizo desarrollar un intenso rencor a España que lo llevaría a intentar con todas su fuerzas la independencia de Venezuela, su tierra natal. Fue un buen ejemplo de la lamentable envidia española, que destruye incluso a sus más grandes hombres.

Las operaciones quedaron en suspenso durante los meses siguientes. En diciembre, se instaló en el Golfo de forma definitiva la escuadra de Hood e impidió toda comunicación de las tropas instaladas en Guarico con Cuba, México o la Península. Gálvez se encontró aislado y con los brazos atados. Se agotaron sus recursos y tuvo que recurrir a pedir prestamos a los comerciantes para sostener a sus tropas. Hasta primeros de marzo no consiguieron llegar unos pobres refuerzos desde La Habana, pero la ayuda llegaba tarde y ya era prácticamente inútil.

Los primeros días de abril de 1783, Bernardo de Gálvez recibió una Real Orden —firmada en El Pardo el 7 de enero de ese año— por la que se le notificaba que Charles Henri, conde d'Estaing, había sido designado para dirigir la flota francoespañola que se concentraba frente a Cádiz y tomaría el mando de la operación contra Jamaica. Para entonces los preparativos de la expedición ya se habían interrumpido con la firma de los preliminares de paz entre España y Gran Bretaña.

La noticia extraoficial se conocía desde el 29 de marzo. Había llegado antes que la orden de Madrid en un bergantín procedente de Cádiz. Sin embargo, Hood mantuvo su flota a la vista de la costa, como si no supiera nada, hasta el 5 de abril. Ese mediodía se acercó a tierra una embarcación con bandera parlamentaria y de ella bajo el príncipe Guillermo,

duque de Lancaster, para confirmar que la guerra había terminado.

A mediados del mes llegaron más despachos con nuevas órdenes para Gálvez, fechados esta vez el 10 de febrero. Entre ellas, la disolución del ejército de operaciones. La escuadra y el convoy de transporte abandonaron definitivamente Guarico rumbo a La Habana el día 26. Solo quedaron las oficinas de la Real Hacienda hasta liquidar totalmente los pagos pendientes. Más tarde Gálvez cumpliría puntualmente ese compromiso: enviaría desde Nueva España tres millones de pesos para cubrir las deudas. Ultimados todos los detalles se embarcó en el navío *San Luis* el 8 de mayo y zarpó para La Habana. Llegó el 17. El 1 de junio el ejército acabó por disgregarse al completo, y a todos los regimientos que lo habían formado se les comunicó su nuevo destino.



Armas del I conde de Gálvez, vizconde de Galveztown. Además de las baronías de Gálvez, Madrid, Cabrera y Márquez, lleva una flor de lis sobre campo azul, concedida a instancia de la provincia de Luisiana y un escudo de plata con el bergantín Galveztown, *una figura humana sobre la toldilla y, en el gallardete el mote «Yo solo», concedido por real cédula el 12 de noviembre de 1781.*

En La Habana Gálvez recibió también las distinciones que le otorgaba Carlos III. El 20 de mayo, en Aranjuez, se le había hecho merced de un título de Castilla, el condado de su nombre, con el vizcondado previo de Galveztown, por los méritos acumulados por sus antepasados al servicio del rey, y que él había actualizado en sus recientes campañas. Además, se le permitía añadir a su escudo de armas un nuevo cuartel que contenía al bergantín *Galveztown* y el lema «Yo solo», para perpetuar su heroica entrada en la bahía de Pensacola. También se le permitía agregar una flor de lis de oro en campo azur, en recuerdo de las armas francesas de la Luisiana y, a petición de sus habitantes, por su contribución a la paz y al desarrollo de dicha provincia. Finalmente, por merced real, se le concedía también una caballería pensionada en la Orden de Carlos III, recientemente creada, y la encomienda de Bolaños, en la Orden de Calatrava.

Gálvez también resolvió en Cuba otros detalles personales antes de regresar a la Península. En un documento fechado el 2 de julio, el obispo de la ciudad, ilustrísimo señor Echeverría y Elguezua, atestiguaba el matrimonio de Bernardo con Felicidad de Saint-Maxent, y también la constancia del Sacramento de la Confirmación que habían recibido sus hijos Matilde, Miguel y Adelaida —hija del matrimonio anterior de Felicidad—.

El día 7 le envió a su tío un escrito en el que le comunicaba que había tomado la decisión de dejar Florida y Luisiana en manos de su amigo y compañero Ezpeleta como gobernador interino —mientras él estuviese en la corte para rendir informes a Carlos III— y solicitaba su aprobación, y el 16 se embarcó con su familia en el navío *San Juan Nepomuceno* rumbo a Cádiz. El convoy en que viajaba avistó la costa de la Península el 8 de septiembre. En la corte estaría poco más de un año.

2.11 Despechados

Permitámonos volver atrás en el tiempo. Poco, dos años más o menos. En junio de 1781, incluso antes de que Cornwallis hubiese capitulado en Yorktown y dejara de oírse el estampido de los mosquetes, el Congreso estadounidense ya había designado a un comité de negociación de cinco miembros —John Adams, John Jay, Benjamin Franklin, Henry Laurens y Thomas Jefferson[82]— con instrucciones de viajar a París y preparar los términos de paz con Gran Bretaña.

Sus instrucciones podríamos calificarlas como amplias y de poco fondo. Debían exigir solo independencia y soberanía. Para todo lo referente a cualquier otra cosa, se confiaba en su propio ingenio, sabiduría y buen juicio. La única condición específica que habían recibido, aunque Francia disponía de un acuerdo con los norteamericanos por el cual ninguna de las dos naciones podían firmar nada por separado era «llevar a cabo las negociaciones para la paz o tregua sin que los supieran los franceses y sus aliados». Es decir, sin que se enteraran tampoco los españoles. Esos «buenos amigos» que, hasta entonces, habían corrido con la mayoría de sus gastos.

Era fácil de explicar. España dominaba el continente y podía ser un futuro enemigo, y la alianza con Francia, descrita por algunos interesados como una «farsa de amistad y unión» ya no era necesaria para algunos de los compromisarios que, como John Adams o John Jay, se oponían rotundamente a quedar ahora encadenados al gobierno de otra monarquía. El único que defendió esos días «la manera generosa y noble con que los franceses los habían apoyado» —sin nombrar ni una sola vez a España— fue Franklin que, a ratos, se sentía tan

francés como Luis XVI. A pesar de ello y de sus cálidas palabras, le faltó tiempo para negociar también a sus espaldas.

Tampoco puede decirse que la postura de Franklin fuese muy original. Ese tumultuoso año de 1781 lo terminaron el general Washington y su esposa Martha en Filadelfia, en calidad de invitados de los españoles. Francisco Rendón, que había sustituido a Miralles tras su fallecimiento, los acogió en su casa durante las vacaciones de Navidad. Habían traído su propia comida, artículos para el hogar y utensilios de cocina, pero Rendón, amablemente, insistió en que el rey de España se encargaría de satisfacer todas sus necesidades domésticas. En una carta a José de Gálvez en que le informaba sobre las vacaciones de los Washington, Rendón escribió: «interpreto que el general acepta nuestra hospitalidad como un gesto de respeto al rey español». Al año siguiente «al general» eso también se le había olvidado.

Las negociaciones comenzaron realmente, digámoslo así, en abril de 1782, y se prolongaron durante todo el verano. Bien pronto los delegados norteamericanos, dirigidos por Franklin, que ya tenía 76 años, un diplomático intrigante, astuto e ingenioso, con fama internacional por ser miembro de todas las sociedades científicas importantes de Europa, decidieron que, durante las reuniones que mantenían con Oswald —el mismo que había ayudado a Laurens y que ahora dirigía a la legación británica—, era mejor hacer solo lo que les interesase.

Es comprensible que los ingleses, cuya delegación además de a Oswald incluía a Thomas Grenville, de 27 años, hijo de *lord* Grenville, pusieran objeciones a la presencia de Franklin, a quien no tenían en ninguna estima, pero es bastante sorprendente que muchos estadounidenses y al menos uno de sus colaboradores más cercanos también lo hicieran[83].

Constantemente se oían en el Congreso gritos enojados que se preguntaban por qué se había confiado en «esa vieja serpiente corrupta, deshonesto e incapaz».

Franklin presentó una lista de «deseos». Contenía 8 términos, 4 de los cuales se consideraban esenciales: independencia completa; límites efectivos para las colonias; cambio de la frontera con Canadá que había extendido su límite sur hasta Nueva Inglaterra, Nueva York, Pensilvania, Ohio y el oeste de Misisipi y total libertad para pescar en la costa de Terranova. Los otros 4 calificados como «aconsejables» eran los siguientes: pago de reparaciones por la quema de pueblos americanos; una declaración del Parlamento que reconociera su error por haber iniciado la guerra; extensión de los privilegios comerciales entre ambos países y cesión completa de las provincias de Canadá y Nueva Escocia —casualmente donde estaban todas las propiedades que le habían incautado a Franklin[84]—.

El 30 de octubre a las 11 de la mañana los estadounidenses y sus homólogos británicos comenzaron una intensa semana de reuniones que se prolongaron hasta la cena la mayoría de las noches. Oswald, un jubilado extraficante de esclavos con un solo ojo, que había hecho fortuna gracias a los contratos gubernamentales, no era rival para sus oponentes. Prácticamente compartía el punto de vista estadounidense e incluso estaba de acuerdo en que Gran Bretaña debería cederles Canadá.

Para entonces, Franklin, víctima de «la cruel gota», débil, y con su lado izquierdo paralizado por males urológicos, hacia irregulares apariciones en las negociaciones, que habían quedado en gran parte en manos de John Jay. Él fue quién las resolvió casi sin ayuda en agotadoras jornadas frente a

Oswald en las que preparaba y redactaba durante la noche las discusiones del día siguiente.

Jay ignoró la propuesta de Franklin para la cesión de Canadá y Nueva Escocia, y declaró magnánimamente que no estaba dispuesto a poner en peligro la paz por el regateo de «unas pocas hectáreas». Eso sí, se cuidó mucho de decir que prefería que estuvieran en manos de Inglaterra a que Francia, que todavía tenía allí grandes ambiciones, pudiese aprovechar para ocuparla.

Con ese espíritu de «dulce conciliación» Gran Bretaña se olvidó de las condiciones puestas en la paz de París con la que había finalizado la Guerra de los Siete Años y, con muy poco sentido histórico y jurídico, renunció a mucho más territorio del que era necesario. A estas alturas los franceses se alarmaron un poco cuando el conde de Vergennes se enteró de lo que ocurría, pero como realmente ya no les perjudicaba demasiado, los dejaron seguir con sus conferencias «secretas».

Y aquí aparece otro mito que ha rodeado siempre a esta guerra con Inglaterra protagonizada por Gálvez: que España fue en buena parte dejada de lado durante los acuerdos de paz. Tampoco es cierto. No intervino en lo que discutían los estadounidenses, pero inició también sus negociaciones por separado con Gran Bretaña —y eso en su caso era lo más razonable , a finales de mayo de 1782, cuando aún se reorganizaba la expedición contra Jamaica y se mantenía el asedio de Gibraltar. De hecho, el conde de Aranda, al que le habían asegurado que el sitio terminaría como máximo en otros cuatro meses, le daba largas a Thomas Grenville a la espera de que el Peñón cayera.

John Jay, como presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Jay ejerció los cargos de embajador en Madrid y Londres. Su estancia en la capital del reino, del 27 de septiembre de 1779 al 20 de mayo de 1782, fue un completo fracaso. Consiguió incomodar tanto a españoles como a estadounidenses. El tratado de paz que negoció



intentó mejorar todo lo posible las relaciones con Gran Bretaña mientras dejaba de lado a Francia y España, con quienes no pensaba que tuviera ninguna deuda de gratitud. Obra de Gilbert Stuart, realizado en 1794. National Gallery of Art, Washington.

Es más, varios párrafos de las amplias y detalladas instrucciones que Floridablanca le remitió a Aranda el día 29, demuestran que el gobierno no solo tenía las cosas muy claras, sino que no le importaba lo más mínimo actuar a espaldas de sus aliados franceses:

> Si se dilatase la adquisición de Gibraltar, se daría por nosotros algún equivalente ya fuese en dinero, ya en algunas posesiones, como podrían ser las que nos pertenecen por cesión de Portugal en la costa de Guinea y sus islas, sin perjuicio de quedarnos con los territorios y derechos necesarios para hacer nuestro comercio de negros.
>
> A más no poder cederíamos algunos de los presidios de África, excepto el de Ceuta, si acomodasen a Inglaterra para tener pie en el Mediterráneo y facilitar su navegación y aún su comercio con las regencias. De esto podría tener

celos Francia, pero se la sosegaría haciéndola observar que tal vez las regencias concebirían más celos del poder inglés establecido en aquel continente y, en lugar de firmar relaciones de amistad, podrían encenderse disensiones y disputas.

Se procurará que en las restituciones de Francia no se comprenda, si se puede, la isla de Granada, por su cercanía a Caracas, y en los reglamentos de la India Oriental, ver si se puede asegurar más nuestra libertad de comerciar y navegar y si dejarían los ingleses que nos situásemos en Santo Tomás de Meliapur, en caso de cedernos su derechos Portugal. Esto se debe tocar sagazmente, y no removerlo si se teme cavilación o contradicción.

Por lo que respecta a Holanda, apoyaremos sus restituciones e indemnizaciones de acuerdo por entero con Francia, sacando partido del buen trato, así en el Cabo como en Batavia, de nuestras embarcaciones que vayan a Filipinas[85]. Según lo que se nos avise, se irán especificando más estos y otros puntos.

Se ha de tener presente que estas indicaciones son para negociar sobre las materias del tratado, sin que convenga concluir cosa alguna si no hay nuevas órdenes o instrucciones. Esto dará tiempo, que es lo que se necesita.



La salida de la guarnición de Gibraltar. *El 26 de noviembre de 1781, los ingleses intentaron romper el cerco. Solo las tropas del teniente José de Baroza, de las Reales Guardias Walonas, resistieron y no se retiraron. El cuadro representa la hipotética muerte de Baroza en su puesto, abandonado por sus soldados, ante el general George Elliot, comandante británico de la Roca. El problema es que este cuadro histórico, como tantos otros, no representa la realidad. Los ingleses tuvieron que regresar a sus líneas y Baroza, que quedó gravemente herido, fue ascendido directamente a coronel el 8 de enero de 1782 —su nombramiento está publicado en la* Gaceta de Madrid—. Obra de John Trumbull realizada entre 1786 y 1789. Museo Metropolitano de Nueva York.

Lo malo es que se dispuso de ocho meses y ni siquiera fue suficiente. El gobierno británico cambió en el mes de julio: William Petty, conocido como *lord* Shelburne, mucho más partidario de los estadounidenses que su predecesor, Charles Watson —fallecido de improviso—, sustituyó al joven Granville por Alleyne Fitz-Herbert, mucho más curtido en esas lides. Con él comenzaron las presiones, avivadas también por Francia y Holanda, que exigían acabar cuanto antes las negociaciones y recuperar lo perdido[86].

El nuevo plenipotenciario tuvo su primera reunión con Aranda el 5 de agosto. Del mismo modo que el español

procuraba dilatar la discusión a la espera de noticias de Gibraltar, el británico intentaba apresurarla. El día 17, por mediación de De Grasse, que volvía a París tras ser liberado, Fitz-Herbert presentó en la corte francesa su proposición de acuerdo. En lo referente a España, Gran Bretaña cedía todo lo perdido en el golfo de México y entregaba Mahón o Gibraltar, a elegir. Una de las dos se la quedaba para que pudiera hacer escala su comercio con el Mediterráneo Oriental.

Floridablanca autorizó esa negociación el día 25, y aconsejó a Aranda que procurase obtener ambas plazas a cambio de entregar Orán y el puerto de Mazalquivir. Si no lo conseguía, que los británicos se quedaran solo la ciudad de Mahón, y el resto de la isla se mantuviera en manos españolas. Así estaban las cosas cuando el ejército informó al Ministro de Estado que iba a ser imposible tomar Gibraltar y, peor aún, los ingleses eran plenamente conscientes de ello.

Desde ese momento, y a pesar de que España intentó realizar una segunda expedición conjunta contra las Antillas Británicas para conseguir una mejor posición en las negociaciones, Francia, asegurados sus intereses, se negó a intervenir en cualquier operación que pudiera comprometerlos. De pronto, Floridablanca se encontró solo y sin posibilidad de ejercer presión. El 7 de octubre Aranda entregó un proyecto de preliminares basado en todas las conversaciones mantenidas hasta la fecha y Londres lo consideró inadmisible.

Las negociaciones se rompieron para reanudarse ya en Versalles, bajo los auspicios de la corte francesa el 23 de noviembre. España había pasado de ser protagonista a ocupar un papel secundario. El primer golpe fue exigir para la entrega de Gibraltar que se restituyera todo lo conquistado y

se añadiera o bien Puerto Rico, o Guadalupe y Dominica, o Martinica y Santa Lucía. Algo imposible.

La propuesta era igual de descabellada que la que había hecho Gran Bretaña en enero de 1780 para devolverlo: recibir a cambio la cesión de Puerto Rico; la fortaleza de Omoa, en Honduras; un puerto y territorio para una fortaleza en la bahía de Orán; el pago de los efectos militares de plaza; diez millones de libras como indemnización por los gastos hechos en fortificarla; renunciar a toda alianza con Francia y alinearse contra los insurgentes o, al menos, no ayudarlos de forma directa o indirecta. Para los ingleses, que querían dar una imagen mucho más firme de la que se podían permitir, parecía que no había sucedido nada en Florida.

En vista de que las cosas no mejoraban, y la corte de Versalles se mostraba inflexible en no reanudar las operaciones militares, los preliminares de paz se firmaron el 20 de enero de 1783. Ese mismo día Gran Bretaña suscribió también su acuerdo con Francia. Holanda se mantuvo al margen, solo accedió a que suspendieran las hostilidades hasta que se solucionara la devolución de Negapatnam, que Londres se empeñaba en retener.

España, mantenía Menorca y Florida Occidental, territorios recuperados durante la guerra, y recibía la Florida Oriental a cambio de las Bahamas. Ahora disponía de una enorme frontera con la nueva nación que acabaría por ocasionarle enormes problemas en los años siguientes. Por otro lado, aunque debía permitir que los ingleses continuaran en algunos puntos con el comercio del palo de tinte, recuperaba las costas de Nicaragua, Honduras —Costa de los Mosquitos— y Campeche. Como era previsible, Gran Bretaña conservaba Gibraltar.

Jorge III ratificó los acuerdos preliminares el 25 de enero, y Carlos III, el día 31. En general, y si se mantenía al margen todo el asunto de Gibraltar, lo conseguido parecía favorable para España, que obtenía su mejor tratado de paz desde 1558. El error cometido no era ese, sino refrendar todo antes de que los estadounidenses hicieran públicas sus resoluciones. Ahí comenzaron las auténticas dificultades.

El convenio final entre estadounidenses y británicos no se firmó hasta el 2 de septiembre[87], y a ambos les dio tiempo más que suficiente como para reconsiderar sus posiciones. Acudieron a rubricarlo al Hotel de York, en la capital francesa, David Hartley, miembro del Parlamento de Londres, que representaba al rey Jorge III y, como delegados de los Estados Unidos, Adams, Franklin y Jay. El Congreso de la Confederación lo ratificó el 14 de enero de 1784, y la Cámara de los Comunes, que lo consideró una humillación, el 9 de abril, tras muchas discusiones.



La renuncia del general Washington el 23 de diciembre de 1783. *Acabada la guerra Washington se despidió de sus oficiales y se retiró a su plantación, Mount Vernon. Hasta 1787, que fue llamado a la Convención Constituyente de Filadelfia y*

elegido su presidente por unanimidad, se mantuvo fuera del juego político. Obra de John Trumbull realizada en 1828. Galería de Arte de la Universidad de Yale, New Haven.

La base de lo concedido era el reconocimiento de la independencia de las Trece Colonias como los Estados Unidos de América —Artículo 1—, una nación a la que se le habían definido sus límites sobre mapas hábilmente elaborados por los sublevados y a la que se le otorgaba todo el territorio al Norte de Florida, al Sur del Canadá y al Este del río Misisipi, incluidos el río y las montañas Allegheny. Por lo tanto, heredaba la frontera de Luisiana de 1763, con el problema de que España había ocupado una parte de ese territorio por las armas durante la guerra. Eso, en el futuro, tendría una gran importancia para el desarrollo de los enfrentamientos fronterizos entre España y los Estados Unidos. Además, Gran Bretaña renunciaba también al valle del río Ohio y daba a la nueva nación plenos poderes sobre la fundamental explotación pesquera de Terranova.

A partir de conocerse en profundidad las cláusulas de lo firmado surgieron las primeras desavenencias que auguraban un futuro muy oscuro. En el artículo octavo, los dos países se garantizaban mutuamente «la navegación del Misisipi desde su nacimiento hasta el océano», ya que habría de permanecer «por siempre libre y abierta a los súbditos de Gran Bretaña y a los ciudadanos de los Estados Unidos». El conde de Aranda solo pudo calificarlo como de aporte «asombroso»: ninguno disfrutaba en aquel momento más que de un acceso parcial a las márgenes del curso alto y medio del gran río.

Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda. Nacido en Siétamo, Huesca, en 1719, viste uniforme de capitán general de los reales ejércitos. De su cuello pende el Toisón de Oro, que recibió en 1756 de manos de Fernando VI, por sus servicios a la Corona. Embajador en París de 1773 a 1783, a su regreso a Madrid, apoyado por los nobles y militares descontentos con la gestión del conde de Floridablanca, logró que Carlos IV lo destituyera en febrero de 1792 para nombrarle a él como Ministro de Estado. Los diversos objetos representados son atributos que aluden a sus múltiples



facetas: militar, diplomática, política, industrial, científica. En la parte inferior del lienzo una cartela recoge varios elogios hacia su persona. Obra de Ramón Bayeu Subián, realizada en 1769. Museo Provincial de Huesca.

Era cierto que cuando Francia cedió a España la Luisiana, España permitió que tanto Francia como Gran Bretaña pudieran navegar por el Misisipi. Pero, una vez reconocida la independencia de sus colonias, Gran Bretaña no podía sostener derechos de navegación sobre un territorio cuya soberanía era de otro estado. Se trataba de una pretensión sin precedentes: por ejemplo, cuando España reconoció la independencia de Portugal en 1668, no conservó el derecho de navegación sobre el Tajo o el Duero en suelo portugués.

Mientras, aunque los Estados Unidos se encontraban en plena discusión acerca de su destino nacional, su Constitución, o el propio modelo de organización política que iban a desarrollar, con especial énfasis en la delimitación del sentido y significado de su opción federal, lo que sí tenían muy claro era la dirección que iba a tomar su organización económica. Era evidente que las nuevas autoridades, por muchas discrepancias que tuvieran o cualquiera que fuera su estructura, compartirían un ideario muy comprometido con

el libre mercado y la expansión de la actividad mercantil en el espacio sometido a su influencia. Ni que decir tiene que en una época en que el comercio utilizaba el barco como principal sistema de transporte, la libertad de navegación era un cauce esencial para su consecución, y el Misisipi básico para su desarrollo. Todo obstáculo de las potencias europeas a esa voluntad, originaría la abierta hostilidad de la República recién emancipada.

Uno de los primeros que vieron el peligro fue el experimentado Aranda, que ese mismo año le transmitió a Carlos III sus preocupaciones sobre los nuevos vecinos con los que ahora se iba a tener que mantener relaciones: «Esta Nueva República —le decía—, nació como un pigmeo, necesitando de la ayuda de España y de Francia para alcanzar su independencia. Vendrá un día muy cercano en el que crecerá como un gigante. En ese momento se olvidará de los beneficios recibidos de ambos países y pensará solo en su propio engrandecimiento. El primer paso de este nuevo país, una vez obtenida su independencia, será el de apoderarse de las dos Floridas. Más tarde aspirará a conquistar toda La Nueva España». La profecía del conde de Aranda no tardaría ni un siglo en cumplirse.

Por supuesto, todo eso no fue algo que ocurriera de un día para otro. A pesar del pesimismo de Aranda, la corte de Madrid era perfectamente consciente del más que previsible devenir de la acción exterior estadounidense, y por eso envió otra vez a Nueva York, capital provisional del nuevo estado, a Diego de Gardoqui, que se instaló como embajador en la ya bulliciosa urbe a orillas del Hudson. Había sido un gran amigo de Jay, además del puente imprescindible entre España y las fuerzas rebeldes durante la Guerra, y conocía muy bien la mentalidad de los colonos recién emancipados. Muy especialmente de sus dirigentes.

Gardoqui sabía que la inevitable confusión en que se encontraban en ese momento los estadounidenses ofrecía grandes posibilidades al sostenimiento de la estrategia española. Según sus despachos reservados, en las antiguas Trece Colonias no solo existía un sólido grupo partidario de la monarquía, sino también varias tramas que pugnaban por encabezar esa alternativa política. Al mismo tiempo, se detectaba también un creciente separatismo en regiones como Kentucky, tierra tradicionalmente de indómitos colonos, donde un movimiento bajo el liderazgo de James Wilkinson, pretendía la independencia del territorio para situarlo bajo el protectorado de España. Mantener todas esas divisiones era esencial para conseguir llevar a delante el encargo especial que le había asignado Floridablanca: cerrar el Misisipi a la navegación de las potencias extranjeras a cambio de reconocer los 31 grados de latitud Sur como frontera entre los Estados Unidos y La Florida.

De esa época —el año 1784—, son las cartas que le envió a su amigo y antiguo colaborador Bernardo de Gálvez. En ellas le exponía claramente su opinión sobre una situación tan delicada: que debía recordarle a Estados Unidos que «el único derecho que ellos tenían sobre el río Misisipi era el de gratitud a España, no el de usurpación. Si el nuevo país —le sugería Gálvez a Gardoqui—, contra toda razón y sentido común, decidiera amenazarnos, habrá que ignorarlos». Más adelante, se reafirmaba en su opinión: «nosotros no les temeremos, sabiendo que tenemos suficientes tropas y la amistad de muchas tribus indias que odian a los norteamericanos y que tienen suficiente conocimiento en la guerra de guerrillas». Quizá era un juicio demasiado optimista, pero al menos se mantenía acorde con las ideas que había defendido desde el primer momento de avanzar hacia el Norte.

Las posibilidades de actuación que se abrían ante el astuto diplomático vasco eran enormes, pero todos los proyectos acabarían frustrándose con la muerte de Carlos III en diciembre de 1788, la elección de George Washington como presidente de los Estados Unidos el 30 de abril de 1789, y el regreso de Gardoqui a España ese mismo año.

Lo cierto es que la fortaleza de la posición diplomática española, y su estatus como gran potencia, se enfrentaba a un agudo contraste con la realidad de sus posibilidades estratégicas. Aunque hubiese tropas en Nueva España y Cuba dispuestas a actuar, las guarniciones en Luisiana, Natchez o San Agustín, que debían servir como escaparate del vigor de la monarquía además de defender las fronteras norteamericanas, eran mínimas.

La crisis producida entre 1789 y 1791 con la isla de Nootka —frente a Vancouver, en Canadá—, ocupada por la fragata *Princesa* y el transporte *San Carlos*, a las órdenes ambos del alférez de navío Esteban José Martínez, que se incorporó al virreinato de Nueva España, demostró la pujanza militar de la monarquía española, pero también la imposibilidad de sostener unas fronteras que se extendían desde allí hasta el límite Sur de las Carolinas. Detalles como ese le permitieron al por entonces secretario de Estado estadounidense, Thomas Jefferson, futuro presidente, tener la certeza de que España no era un aliado o un posible adversario temible, sino la potencia europea hegemónica en todo el continente americano y un rival hostil. Un enemigo que, eso sí, era vulnerable.

Solo la Revolución Francesa y sus consecuencias impulsaron una brusca transformación en la relación de fuerzas que aseguró a España una posición hegemónica en Norteamérica. Frágil, es cierto, pero todavía hegemónica. También la inversión de un sistema casi secular de alianzas. El

estallido de la guerra entre Gran Bretaña y la Francia republicana, a la que siguió la declaración de guerra de Francia a España, el 7 de marzo de 1793, determinó el establecimiento de una alianza entre España y el Reino Unido, suscrita el 25 de mayo siguiente que, con la Francia revolucionaria envuelta en su propia y laboriosa subsistencia, y las dos grandes potencias navales atlánticas unidas, aislaba a los Estados Unidos diplomáticamente.



Josef de Jáudenes y Nebot, nacido en Valencia en 1764. Hijo de Antonio de Jáudenes y Amat y Emilia Nebot, fue nombrado representante diplomático español en los Estados Unidos en 1791. Se casó con Luisa Carolina Matilde Stoughton, hija del cónsul español en Boston, y se estableció en Filadelfia. Fue reemplazado en 1796 y regresó a España con su esposa. Más tarde ocuparía el cargo de intendente de los ejércitos reales. Obra de Gilbert Stuart realizada en Nueva York en 1794. Museo de Arte Metropolitano, Nueva York.

Casi por primera vez desde la conversión de la monarquía española en un auténtico sistema imperial, su posición internacional y, sobre todo, sus intereses en el continente americano, disfrutaban de la alianza con la gran potencia británica. Se diría que esa sólida posición geoestratégica favorecería a España, pero los años sucesivos demostrarían hasta qué punto podía llegar la necedad de sus gobernantes.

3.ª PARTE

Regreso a Nueva España



Matías de Gálvez y Gallardo, padre de Bernardo y hermano de José. Comandante de las campañas contra los británicos en América Central y virrey de Nueva España de 1783 a 1784. Obra realizada en 1790 atribuida a Andrés López. Museo Nacional del Virreinato. Tepotzotlán.

Oigo del mundo el eco lisonjero
Sonar gozoso en torno de mi mente,
Y la insensata gente
Veo correr en vano
Sin poder halagar ningún sentido:
¿Será, que la fortuna a los mortales
Jamás otorgue algún placer cumplido;
O que el fastidio siga a las pasiones,
Que no pueden saciar sus corazones?
La vanidad de los placeres
María Rosa Gálvez de Cabrera

3.1 Futuro incierto

El 29 de abril de 1783, Matías de Gálvez consiguió por fin lo que hacía ya tiempo le habían prometido: gobernar Nueva España. Otra vez tenemos que remontarnos en el tiempo, en esta ocasión 4 años atrás, para explicar lo sucedido. Cuando se marchó a Guatemala para ocupar su puesto de capitán general, lo hizo con unas instrucciones selladas de la Corona destinadas a ser abiertas en caso de fallecimiento del virrey de Nueva España. Las había incluido su hermano José y especificaban que, para evitar vacíos de poder, a partir de ese momento, si se produjera el óbito, lo sucedería de inmediato, precisamente el capitán general de Guatemala. Por supuesto, las instrucciones no estaban directamente asignadas a su nombre, pero tal y como evolucionaba la salud de Bucareli, lo previsible era que se aplicaran a Matías.

La hábil estratagema se le complicó al ministro al dejarla en manos de la fortuna. Matías fue nombrado capitán general, gobernador y presidente de la Audiencia de Guatemala en abril de 1779, antes de de que falleciera Bucareli. Sin embargo, aún no le había dado tiempo a llegar para tomar posesión de su cargo, por lo que el virreinato se le entregó a Martín de Mayorga, quien desempeñaba oficialmente la capitanía.

Gálvez, ambicioso como el resto de la familia, nunca se lo perdonaría a Mayorga. Tuvo que esperar a que el rey aceptara la renuncia del virrey en 1783, para ocupar el puesto. Lo hizo a pesar de su edad y mala salud.

España e Inglaterra acababan de firmar la paz, y Gálvez pudo dedicar su presupuesto y esfuerzo a la mejora de la capital, aunque Mayorga no había desempeñado mal sus

funciones. Durante su breve administración, el nuevo virrey, de personalidad amable y llanos modales, pero algo falto de capacidad política, se dedicó también a fomentar las obras públicas y a desarrollar las instituciones culturales, lo que le valió el siempre deseado reconocimiento del pueblo.

Fruto de su trabajo sería la publicación del primer periódico en la capital —*La gazeta de México*— que, a semejanza de la de Madrid y otras capitales, se empezó a editar por tercera vez[88] el 14 de enero de 1784 bajo su patrocinio —de ahí que su impresor, el criollo Manuel Antonio Valdés y Munguía siempre tratara muy bien a la familia Gálvez—; la dotación de 15 000 pesos anuales para que se mantuvieran los trabajos en la academia de San Carlos de Bellas Artes —creada por su predecesor— la división en cuatro partes de Ciudad de México para su mejor control y administración, o la completa renovación de lo que se entendía por entonces como servicio de policía, con la intención de hacerlo más efectivo.

En lo económico, fundó una casa de empeño y organizó el Banco Nacional de San Carlos, una filial del que ya existía en la Península. Actividades que intercaló con un intento de incrementar la producción de las minas de plata mediante la importación de mercurio de China, que se cambiaba por pieles de nutria. En general no le fue mal con esas actividades, logró aumentar los ingresos del gobierno a 19 millones de pesos anuales.

Martín de Mayorga, caballero de la Orden de Alcántara. Virrey de Nueva España desde el 23 de agosto de 1779 al 28 de abril de 1783. Natural de Barcelona, Mayorga continuó el trabajo de Bucareli y fundó la Academia de Bellas Artes de México. Falleció a bordo del navío que le conducía de regreso a la Península, ya cerca de Cádiz. Obra atribuida a José Germán de Alfaro. Museo Nacional de Historia.

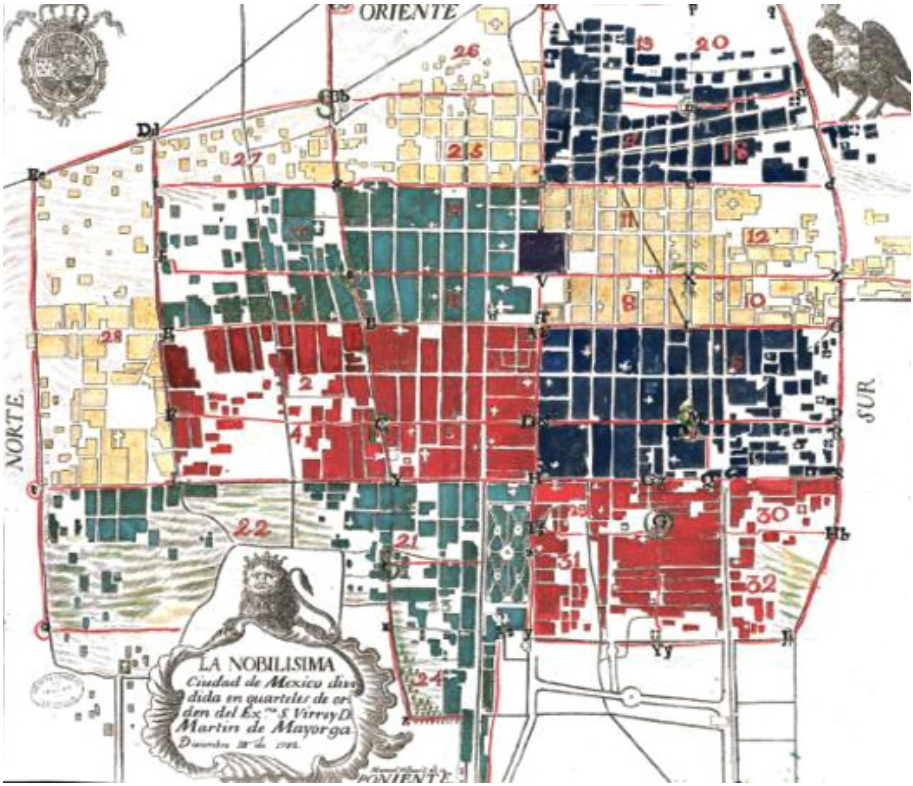


EL EXCMO. S.r D. MARTIN DE MAYORGA CABALLERO DEL ORDEN DE ALCAN
ara, Mariſcal de Campo de los R.s Exercitos de S.M. Virrey Govern.r y Cap.n Gene
l de eſta N.E. y Preſidente de ſu R.l Aud.a tomo poſſecion el dia 25. de Agoſto de 17

Matías, que con la temprana muerte de su padre cuando él tenía 12 años, había pasado su adolescencia dedicado a las labores del campo y más parecía un honrado labrador que un hombre de Estado, también demostró unas aptitudes y un conocimiento del medio rural, la agricultura y la ganadería, muy relevante.

Por lo demás, aunque una de las premisas que había impuesto Matías al editor de la *Gazeta* era que no se publicasen noticias relativas a los apaches, en la frontera Norte las cosas continuaban poco más o menos igual que cuando se fueron los Gálvez. Al menos en lo concerniente a las relaciones con los indios «bárbaros», a los que no se había podido presionar mientras las tropas estaban dedicadas a combatir con Gran Bretaña. No así administrativamente, pues las Provincias Internas habían cambiado de nuevo la forma de regirse y, desde 1779, para que su comandante general no tuviera asuntos que ventilar con la audiencia de

México, las provincias de Coahuila y Texas se habían separado para agregarlas al territorio de la audiencia de Guadalajara. Solo California y Nuevo México permanecían dependientes de la audiencia de la capital.



La delimitación de Ciudad de México en barrios iniciada por Mayorga, la completó Matías de Gálvez con limpieza, alumbrado y conservación de puentes, acequias y calles. El espíritu de orden borbónico se reflejó en la cuadrícula de los cuarteles, indicados por colores, con la que se reestructuró la capital de Nueva España. Plano realizado por Manuel Villavicencio en 1782. Archivo General de Indias.

También había cambiado su comandante, Teodoro de Croix. Apoyado sin medida por José de Gálvez, había sido aupado a virrey del Perú el 15 de febrero de 1783, poco antes del nombramiento de Matías. Así, el ministro se aseguraba el control del otro virreinato vital para la Real Hacienda.

Al recibir su orden de traslado, Croix entregó el mando al antiguo gobernador de las Californias, Felipe de Neve, recién

ascendido a brigadier, que en esos momentos era el comandante inspector de los presidios internos. En ese baile de cargos, su puesto pasó a ocuparlo José Antonio Rengel.

Neve, que compartía muy pocas ideas con Croix, inmediatamente inició una política más agresiva contra los indios hostiles, especialmente contra los diversos grupos que asolaban Nuevo México, Sonora y Arizona.

3.1.1 Los navajos

Esa primavera, cuando el mayor de los Gálvez apenas se había sentado en su despacho del Palacio Virreinal, el gobernador de Nuevo México, Juan Bautista de Anza, se enteró de que los navajos, con los que se suponía en paz, estaban aliados con los apaches del Gila para organizar un ataque contra el pueblo y el presidio de Janos, en Nueva Vizcaya. De inmediato le comunicó la noticia a Neve que le ordenó, en sendas cartas fechadas el 18 de diciembre de 1783 y el 14 de enero de 1784, hacer todo lo posible para desbaratar la nueva alianza y procurar que los navajos acabaran por hacerle la guerra a los gileños.

Anza exigió a los navajos que cumpliesen con las condiciones del tratado que habían acordado con el gobernador anterior, Mendinueta, y les advirtió de que si seguían violando su palabra, se les retiraría la protección española, serían perseguidos y expulsados de sus tierras, y acabarían reducidos a la misma vida errante que los gileños. Le escucharon y parecieron hacerle caso, pero poco más.

Entre tanto, el comandante general comenzó su campaña contra los apaches. En seguida, consiguió varias victorias con las que logró en marzo de 1784 empujarlos al norte del rio

Gila y, entre abril y mayo, con tropas procedentes de Sonora y Nueva Vizcaya, invadió su territorio. Mataron a 68 gileños y apresaron 168 caballos y mulas y gran cantidad de pertrechos, pieles y alimentos. Neve cayó enfermo y falleció el 21 de agosto de ese año. Su puesto pasó a desempeñarlo Rengel que, perplejo ante una situación que parecía escapársele de las manos, en vez de comunicarse directamente con el rey, de quién teóricamente dependía, pidió instrucciones para proceder tanto a la audiencia de Guadalajara como a Matías de Gálvez.

La audiencia, aunque carecía también de instrucciones y precedentes, autorizó a Rengel para que ejerciera solo el mando militar y político y se olvidara de las causas de hacienda y justicia, que se suponían también bajo su cargo. A su vez, el virrey le concedió facultades de interino, pero dependiente de su gobierno. Al final, Rengel, sumido en un galimatías que superaba en mucho sus capacidades políticas, optó por lo que mejor sabía hacer, continuar con la vigorosa campaña militar iniciada por Neve.

Desgraciadamente para los navajos, las limitaciones de presupuesto y la consiguiente reducción de operaciones militares que se habían tenido que mantener durante la guerra contra Inglaterra ya no imperaban, y para impresionarlos y demostrar que realmente los españoles estaban dispuestos a llevar a cabo sus amenazas, Rengel cursó instrucciones a Anza para que realizara una demostración de fuerza y exhibiera todos sus efectivos, incluidos soldados presidiales, colonos, indios pueblo y algunos aliados yutas.

Los alcaldes mayores de las jurisdicciones lindantes con el territorio navajo se encargaron de cumplir las órdenes pero, aunque se recibió bien a los emisarios, tampoco se consiguieron los efectos deseados. Esta vez los navajos

aceptaron enviar algunas partidas de guerra contra los gileños, pero aparentemente se limitaron a atacar a otros apaches en lugar de a los enemigos de los españoles.

En vista de su poca colaboración durante las operaciones, el 11 de febrero de 1785, Rengel volvió a cursar instrucciones para Anza diciéndole que tomara nuevas medidas contra ellos. El gobernador se vio obligado a enviar patrullas de soldados para evitar que pasaran a territorio gileño para unirse con sus antiguos aliados y tuvo que prohibir que continuasen con su lucrativo comercio en los poblados de los indios pueblo y con el resto de habitantes de Nuevo México.

Esas medidas y la impresión que les causó las repetidas victorias españolas sobre los gileños los meses anteriores, les decidió pasado el invierno a entablar unas negociaciones más serias. El 5 de junio, 46 navajos, incluidos 7 de sus jefes, se presentaron ante el alcalde mayor del pueblo de Laguna y se prestaron voluntarios para la siguiente campaña contra los apaches del Gila.

Ese mismo mes, 120 guerreros navajos montados y otros 30 a pie, acompañaron a 94 tropas auxiliares indígenas de Laguna en una incursión contra los gileños. Mataron a más de 40 y se llevaron sus cabezas y cabelleras para demostrar que se habían convertido en enemigos de sus anteriores aliados. Como recompensa, Anza, les permitió reanudar las actividades comerciales, su única fuente de ingresos.

Esas tácticas de dependencia lograron que una parte sustancial de los navajos acabasen por romper durante años sus relaciones con los apaches del Gila. La política de Anza, apoyada por el virrey Gálvez consistía en intimidar primero a los indios mediante una enérgica demostración de fuerza, para luego pagarles una especie de sueldo a los caciques de la tribu. Era la misma táctica que había empleado por vez

primera contra los comanches en 1779 cuando logró acabar con Cuerno Verde y casi todos sus más inmediatos seguidores.

El problema era que muchos navajos no estaban conformes con la política de sus jefes y se sentían más atraídos por la vida en libertad de los apaches y la lucha que libraban contra los españoles. Ya para 1788, cuando Anza terminó su mandato, y aunque el nuevo gobernador, Fernando de la Concha, procuró continuar con el sistema de alianzas que su predecesor había concertado con navajos, comanches y yutas, lo cierto es que habían aumentado las incursiones de los apaches, y a partir de 1790, aunque la mayor parte de la tribu se mantuvo en paz, un número muy elevado de navajos se unió de nuevo a sus antiguos aliados.

Aunque el lector haya pensado por un momento lo contrario, no nos hemos olvidado de Bernardo de Gálvez, que mientras todo esto ocurría llevaba meses recibiendo parabienes del gobierno y la corte. El 15 de octubre de 1783, como algo transitorio para mantenerlo ocupado hasta que se decidiera qué cargo iba acorde con su categoría, se le encomendó la inspección general de las Tropas Veteranas y Milicias Regladas de Indias. Ni siquiera lo desempeñó un mes. El 3 de noviembre, puesto que la Luisiana y ambas Floridas dependían de Cuba, se le concedió esa capitanía general[89], donde ya gozaba de un gran aura popular.

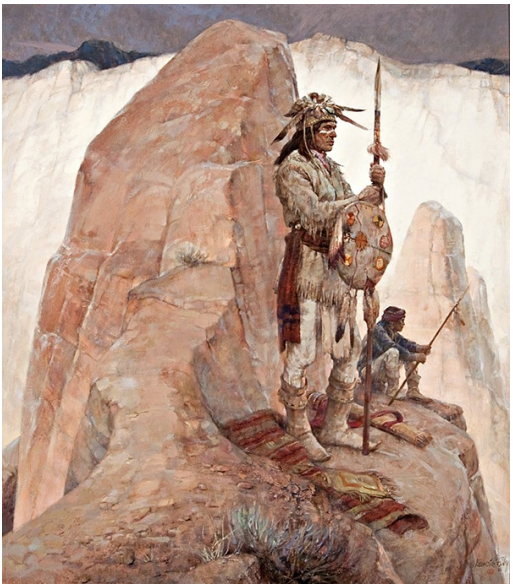
Es evidente que esa decisión estaba influenciada por la opinión de José de Gálvez, para quién era el momento propicio de recoger los dividendos obtenidos de la guerra y acelerar la reforma del imperio americano. Tener a Matías en Nueva España y a Bernardo al frente de todos esos territorios que hacían frontera con los Estados Unidos, le garantizaba que se cumplirían sus indicaciones. Precisamente, el regreso a

la soberanía española de las Floridas y toda la desembocadura del Misisipi era uno de los frutos más importantes de la firma del Tratado de París. Con esas provincias y la Luisiana, toda la costa atlántica del continente, entre Florida y Venezuela, quedaba de nuevo en manos españolas —al menos sobre el papel—, tras varios siglos de amenazas e intrusiones de otras potencias europeas.

Aún tardaría otro año Bernardo en partir para América. En octubre de 1784 se encargó de embarcar en Cádiz las tropas reclutadas para servir al otro lado del Atlántico y zarpó con ellas para tomar posesión de su capitanía general. Se enteró de que su padre había muerto en México, al hacer escala en la bahía de Aguadilla, en Puerto Rico.

Es muy probable que el virrey hubiera sido un dócil instrumento de la política de su hermano de no haber ocurrido ese inesperado contratiempo, pero no debía de sorprenderle a nadie: desde el mismo momento que pisó tierra mexicana, su salud, que ya había sufrido mucho en Honduras, había empeorado constantemente. A mediados de septiembre había dejado de firmar todos los documentos salvo los realmente importantes y desde el 20 de octubre ya no ejercía funciones gubernativas, cedidas a la Real Audiencia. El 3 de noviembre, a los 77 años de edad, le había sobrevenido el fatal desenlace.

Centinelas chiricaguas. *El principal inconveniente con los indios era que no constituían una sola nación y lo que una banda acordaba no afectaba para nada a las demás. Los navajos, por ejemplo, buscaban únicamente la protección de los españoles por las incursiones que sufrían de los yutas y comanches.* Obra de Kenneth Riley, colección particular.



Quizá lo que si pueda llamar la atención es que, pese a que la enfermedad hacía presagiar un rápido final, no se encontrara pliego de mortaja del finado —las instrucciones selladas que debían de abrirse a su fallecimiento y donde se nombraba sucesor—. A la espera de que el rey tomara una decisión, se hizo cargo de las tareas relativas al gobierno la Audiencia, y de todos los asuntos administrativos el regente de cámara que lo había hecho hasta entonces, Vicente Herrera.

A decir verdad, no puede decirse que nadie tuviera queja de la labor desempeñada por el virrey. El buen sentir público en la calidad, honestidad y transparencia de su corta gestión, hizo que Carlos III le exonerara por Real Orden de 26 de marzo de 1785 del Juicio de Residencia. Sería su hijo el responsable de promulgar un edicto el 12 de julio —tras pedir el correspondiente permiso al monarca—, mediante el que se abrió por un periodo de seis meses pública información en todas las provincias del virreinato de Nueva España sobre las actuaciones de Matías de Gálvez, por si hubiese alguna

reclamación. Treinta, fueron los testigos que prestaron declaración ante el oidor Eusebio Bentura Beleña, que concluyó el proceso el 9 de noviembre con la «Certificación de no haverse puesto demanda alguna contra los bienes de S.E. ni en otro modo quexándose de sus providencias, y ser ya pasado el término en que pudieran haver usado de esta acción los que acaso tuviesen algo que pedir».

3.2 La llegada del héroe

Bernardo de Gálvez desembarcó en La Habana el 4 de febrero de 1785. No llegaría ni a un trimestre el tiempo que pasó en la Perla de las Antillas, pues la meteórica carrera que llevaba se aupó aún más con el repentino fallecimiento de su padre. Su tío —probablemente el responsable de que Matías no tuviera nombrado sucesor— decidió que era la persona de más confianza para ocupar el puesto vacante y lo premió con el virreinato. El 16 de mayo abandonó Cuba en la fragata de guerra *Santa Águeda* acompañado de toda su familia y cruzó el Canal de Bahamas hacia el nuevo destino. Sería el último.

El día 25, a primera hora de la mañana, un Gálvez muy distinto de aquel lejano teniente que se había admirado de las poderosas fortificaciones de San Juan de Ulúa, volvía a pisar Veracruz. Desde allí, acompañado de Felicidad, ambos vestidos con austeras pero elegantes ropas de viaje, con gravedad y gesto impasible —los monarcas españoles eran famosos por su impasibilidad y el virrey debía de representar esa magnificencia—, inició su lenta marcha hacia la capital.

Por el Camino Real, vía Tlaxcala, Puebla y Otumba[90], el mismo trayecto de 396 kilómetros —82 leguas con ventas y haciendas que brindaban hospedaje y servicios— por donde

había caminado Hernán Cortés y ahora transitaba el comercio exterior, el correo y toda la influencia cultural europea, llegó el 16 de junio a San Cristóbal, tradicionalmente el lugar elegido para recibir los poderes de manos del regente de la Real Audiencia. Era la última etapa antes de recorrer las 5 leguas que lo separaban del santuario de Guadalupe, donde el virrey se aseaba y vestía de gala para recorrer a la mañana siguiente la legua restante hasta Ciudad de México.

A lo largo de la ruta oficial, el nuevo virrey, del mismo modo que lo habría hecho el monarca, iba tomando posesión simbólica del reino, y las procesiones y festivales públicos en los que participaba sellaban su paso por el territorio con signos rituales dirigidos a sus súbditos. La entrada en las ciudades por donde pasaba su comitiva tenía un significado político muy preciso, en el que se le asimilaba simbólicamente con el rey ausente. Por eso, todos sus gestos públicos, incluida la llegada a Tlaxcala a caballo —símbolo regio desde la Edad Media—, la primera que se hacía entre el clamor popular, debían seguir el modelo de la entrada de un soberano.

El día 17, a las puertas de la capital, salió a recibirlo la comitiva de autoridades. Desde el punto de vista político, era una parte muy importante de todo el ceremonial, cuyo orden preciso y estrictamente jerarquizado indicaba claramente, de menor a mayor, la distribución de poder en Nueva España. Los oidores, la máxima autoridad en ausencia de virrey, cerraron el cortejo.

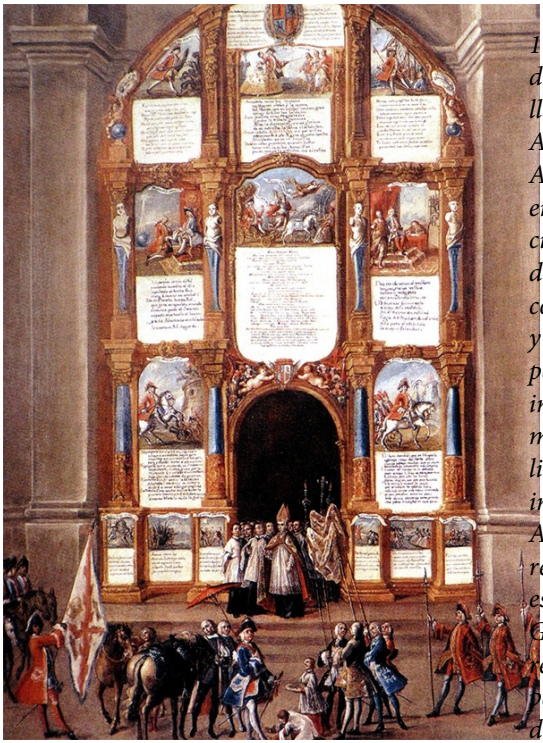
Tras el encuentro, Gálvez se dirigió en procesión hacia el arco triunfal construido por el ayuntamiento. Allí, el secretario del cabildo, en presencia de la Audiencia, le tomó juramento de que guardaría los fueros de la ciudad y defendería el reino, antes de darle paso al lugar en el que le esperaban los regidores con el palio.

El uso del palio era lo que más ensalzaba la condición del virrey como monarca transfigurado. Principalmente por dos razones: primero porque en España el palio era la marca inconfundible de la realeza, más importante que la corona, ya que los reyes españoles no se coronaban. Pero también porque en una monarquía como la española, intrínsecamente católica, en la que el lenguaje utilizado para referirse al rey era el mismo que el utilizado para dirigirse a Dios, era casi inevitable que se empleara la misma representación para denotar la soberanía del rey, que para significar la potestad divina, y el desfilar bajo palio era un privilegio que el monarca compartía tan solo con el Santísimo Sacramento.

Con los dos alcaldes de la ciudad con las bridas de su caballo de la mano, la procesión se dirigió a la catedral, donde se había erigido un nuevo arco triunfal. El cabildo eclesiástico entonando el *Te Deum laudamus*, con cruz y otro palio, salió a recibir al máximo representante del soberano. Acabada la ceremonia en la catedral, tras los besamanos de rigor, el virrey y su esposa pudieron dirigirse por fin a su palacio. La *Gazeta de México* se hizo puntual eco de la toma de posesión:

> Entró como a las once y media por entre las dos filas que formó la tropa de los regimientos de Zamora, Corona, Milicias, Comercio y Compañía de Plateros, desde el palacio hasta la garita de Peralvillo, habiéndolo saludado la artillería con una salva de quince cañonazos. Siendo recibido con tan general júbilo, que aun los más infelices operarios de la nueva calzada que se ha fabricado en el camino de Guadalupe salieron a dar la bienvenida, con ramos de flores, muchos cohetes y con fuegos artificiales y mostrando este inmenso pueblo por sus calles el mayor regocijo con incesantes clamores de «vivas» que resonaban por todas partes.

Esa jornada y las dos posteriores continuaron con celebraciones, cenas y agasajos y, desde el primer momento, se hizo evidente que entre las principales características de la personalidad del «héroe de Pensacola» estaba su pasión por la popularidad. Para lograrla cuanto antes, una de sus disposiciones iniciales en la capital fue volver a organizar representaciones en el gran teatro del Coliseo Nuevo, un enorme edificio de cuatro plantas con 18 palcos en cada piso, que se había inaugurado el 23 de diciembre de 1753, en la época del virrey Juan Francisco de Güemes. La dos con las que inauguró la temporada nada más llegar y en las que corrió con todos los gastos, levantaron el telón las noches del 18 y 19.



Arco triunfal levantado en 1755 a las puertas de la catedral de Puebla para celebrar la llegada del virrey Agustín de Ahumada, marqués de las Amarillas. Los arcos los encargaban las autoridades civiles o religiosas, los gremios de artesanos, las asociaciones de comerciantes o los particulares, y exaltaban la figura del personaje al que se recibía. Se inspiraban en sucesos mitológicos, plasmados en lienzos, esculturas o tableros con imágenes y textos literarios. Ante el mal estado de las arcas reales en Nueva España, el espíritu ilustrado de José de Gálvez impuso fuertes restricciones presupuestarias para evitar los excesivos costes de todos estos eventos de bienvenida a virreyes y prelados. Obra atribuida a José Joaquín Magón realizada probablemente ese mismo año. Colección particular.

Tampoco es que eso fuera algo muy sorprendente o un enorme despilfarro. En realidad, era lo normal. Se fomentaban toda clase de espectáculos, como las corridas de toros, las peleas de gallos, los volatines o los juegos de pelota, pero de manera muy especial el teatro. No solo para responder «a la necesidad de diversión para la vida humana», como se decía por entonces, sino también porque las autoridades consideraban que las representaciones teatrales eran un buen recurso educativo para forjar héroes, reformar costumbres, y cumplir «lo mandado por el rey», siempre que se tuviera suficiente precaución a la hora de elegir las obras que apareciesen en escena y se evitara cualquier desorden o escándalo. Sirva como muestra para corroborar sin ningún género de dudas esta afirmación, una composición anónima, sencilla, ingenua y probablemente irónica, aparecida en Ciudad de México a finales del siglo XVIII:

Procuro con ficciones
Inclinar hacia el bien los corazones.
La comedia es mi nombre
Y mi deber el corregir al hombre.
Es el drama mi nombre
Y mi deber el corregir al hombre,
Haciendo en mi ejercicio
Amable la virtud, odioso el vicio.
Con risa y canto alivio pesadumbres
Y de todos corrijo las costumbres.
Ría, llore, cante, embelese, asombre:
Será mi fin la corrección del hombre.

Diferentes providencias —reglamentos—, asignaban a ese quehacer escénico una serie de propósitos que no se correspondían con su esencia artística y, Gálvez, que siempre se había caracterizado por ser un apasionado del arte de Talía, no se mostró ajeno a ellas. Su reglamento teatral, que presentó el 29 de abril de 1786, recogió y adaptó en 41 apartados, conceptos y disposiciones tomados de los de 1725, 1763, 1779 y 1781, una idea central de la que derivaba todo el articulado: «conservar las buenas costumbres, la pureza y el decoro que ha de permitirse a esta diversión».

El texto que redactó dejaba claramente expresada la finalidad oficial impuesta a la poesía dramática y, para cumplirlo, fijaba cuales debían ser los medios principales para lograr ese objetivo. Ya en su preámbulo establecía que el teatro debía escenificarse con «la pureza y rectitud que exigen la santidad de nuestra religión y lo resuelto por su majestad». Eso evitaría los excesos y abusos que, según el virrey, se habían cometido sobre los escenarios teatrales. Tampoco dudó para lograr sus propósitos en modificar también la organización escénica previa a su gobierno; la sustituyó por una sociedad de accionistas que no solo debía colaborar financieramente, sino que estaba obligada a velar que se cumpliera el sempiterno reglamento.

Principalmente porque el resto de artículos recogían pura censura. Según el primero, debían de evitarse las representaciones de piezas con tema sagrado, bíblico, o que dieran cabida a figuras de santos, para evitar desvirtuar algún tema religioso; las obras que lo incumplieran, serían recogidas y archivadas en la sociedad de accionistas. El segundo, exigía que no solo los textos fueran examinados con anterioridad a su posible representación, sino incluso otros aspectos, como los sainetes, las tonadillas o los bailes. En ese mismo artículo ya se advertía que, aunque con anterioridad se hubiera

representado la obra, no estaba exenta de cumplir las normas de la autoridad virreinal, lo que llevaba al absurdo de poder haberse visto en Madrid y estar prohibida en Nueva España si no era del gusto de Gálvez, el arzobispo de México, o cualquier otra autoridad con suficiente poder.

Para prevenir ese riesgo, el artículo 15 determinaba la elaboración mensual de una lista de obras representables, que además serviría de pauta a los preparativos de escenificación, como eran la integración de la compañía teatral, la reunión de los músicos, los ensayos o la elección del vestuario, lo que a su vez permitía un riguroso control sobre el producto final. Algo impensable en la Francia que servía de referencia a todos esos dirigentes que se consideraban a sí mismos ilustrados, pero que actuaban en América de manera muy distinta a como ocurría en Europa.

Se sucedieron meses en los que el virrey simultaneó actividades gubernativas y militares con actividades lúdicas. Por lo demás, los fastuosos gastos y la extrema ostentación en la que se vio envuelto, de la que no se veía exenta la hermosa y admirada Felicidad, acostumbrada a vivir rodeada de lujo, le suscitaron enseguida críticas y acusaciones de parte de la Audiencia —que consideraba su actitud poco formal y nada común entre los gobernantes—. Algunas llegaron ante la corte de Madrid, donde llegó a decirse que aspiraba a una corona independiente y que pretendía alzar Nueva España contra la metrópoli, pero nadie les dio la más mínima credibilidad. Máxime cuando contaba con el apoyo incondicional de su tío y del todo poderoso conde de Floridablanca. La Corte lo reprendió severamente y las cosas tampoco fueron mucho más allá.

Lo que no puede negarse es que Gálvez supo ganarse al pueblo gracias a medidas populares bien elegidas y mejor

divulgadas. En su primer año como virrey, una hambruna general debido a terribles heladas que acabaron con los cultivos, mató a más de 300 000 ciudadanos. Eso provocó que los habitantes de los pueblos en los alrededores de Ciudad de México emigraran en masa a la capital en busca de amparo, solo para caer en el centro de la miseria y la muerte. Gálvez distribuyó como pudo parte de los fondos del virreinato entre los necesitados, gastó más de 12 000 pesos de su propio patrimonio y pidió prestamos por valor de otros 100 000 para socorrer a los hambrientos. Su mismo palacio lo convirtió en improvisado albergue para los indigentes. Incluso distribuyó personalmente entre la población grano y alimentos, al tiempo que presionaba a los comerciantes para que repartieran lo que sobraba en favor de los desamparados, que ya se encargaría la Audiencia de solventar las deudas que eso supusiera.

Para remediar en lo posible el desempleo, además de dar las órdenes oportunas para replantar rápidamente los campos cuyas cosechas se habían perdido, comenzó inmediatamente a crear fuentes de trabajo. A la española, en el área de la construcción. Abrió nuevas carreteras, se pavimentaron calles y se terminó la reconstrucción de la Catedral. Luego le propuso al rey terminar las obras que su padre había comenzado en Chapultepec.

3.2.1 El asunto de Chapultepec

A través de la historia de la humanidad la arquitectura ha evolucionado y prosperado siempre en estrecha relación con el poder político y económico. Es algo tan evidente que ni siquiera es necesario poner ejemplos. Bernardo de Gálvez,

cuyo paso por el virreinato desencadenó fuertes polémicas, fue el centro de un caso de este tipo.

Desde poco después de la llegada de Hernán Cortés, el cerro de Chapultepec, que con sus más de 700 hectáreas de bosque había servido como antiguo lugar de descanso y esparcimiento de los emperadores aztecas, albergó un palacio que acogió a numerosos virreyes y visitantes distinguidos durante más de doscientos años. Sin embargo, la explosión de un polvorín a mediados del siglo XVIII, que causó serios destrozos en el edificio, llevó a tomar la decisión de que se abandonara el lugar y se buscara una residencia alternativa que cumpliera esos mismos propósitos de solaz.

Consciente del descuido en que se encontraba el paraje, y al mismo tiempo conocedor de su importancia simbólica, Matías de Gálvez decidió incorporar su rehabilitación como parte del plan urbanístico que había organizado, por lo que el 26 de abril de 1784 le escribió a su hermano con la intención de de comenzar las obras de reparación de toda la zona:

> Varias veces he reconocido el deplorable estado en que se hallan la casa, cercas y bosque de Chapultepec: la primera inhabitable, las segundas en el suelo y el tercero talado y destruido. Para recuperarlos, propuse al Tribunal del Consulado, que siempre que lo hiciera con sus fondos, pediría a su majestad que el recibimiento y entrega del bastón de los virreyes fuera en Chaputepec, en lugar de en San Cristóbal, como está mandado, y me han respondido que desde luego contribuirán a este fin con 20 000 pesos para la obra de la casa.
>
> En vista de esto hice buscar en la secretaría del virreinato las reales órdenes que tratan de la reedificación de este antiguo y memorable edificio, y habiéndose hallado dos del señor bailío frey Julián de Arriaga,

contemporáneo de VE., la primera con fecha 6 de enero de 1761, en que S.M. declaró hacer por cuenta de la Real Hacienda todos los reparos necesarios, y la segunda de 6 de diciembre de 1763, en la que a representación del virrey marqués de Cruilles, calculando el coste total en 45 000 pesos y especificándose las obras precisas, se contestó que se harían más adelante por hallarse entonces el erario con algunos atrasos. Yo regulo que con los 20 000 pesos que ofrece el Consulado y con otros 8 o 10 000 que su majestad dé de sus reales cajas, podrá componerse.



Baile de máscaras en el teatro del Príncipe de Madrid. Las representaciones realizadas en Ciudad de México no tenían nada que envidiar a las de la capital de la metrópoli. Obra de Luis Paret realizada en 1767. Museo del Prado, Madrid.

El ministro no se negó a la solicitud de su hermano mientras no tuviera que poner más dinero, pero a Matías solo

le dio tiempo de poner en marcha poco más que el saneamiento del terreno.

La idea la recogió su hijo Bernardo, quién decidió erigir un palacio acorde con la importancia y entidad del virreinato. La ubicación elegida fue la cima del cerro, justo en el lugar que ocupaba una antigua ermita dedicada al arcángel San Miguel, a su vez levantada sobre los restos de los cimientos de la que fuera residencia de Moctezuma II Xocoyotzin. Un magnífico emplazamiento desde el que, por entonces, se divisaban la extensa llanura y los campos de cultivo que llegaban hasta el pie de las montañas próximas.

Los primeros encargados de realizar los planos fueron los arquitectos Francisco Guerrero y Torres y Joaquín García de Torres, que habían llevado a cabo varios proyectos en la capital, pero su propuesta fue rechazada por la Corte, en beneficio de la del teniente coronel de ingenieros Francisco Bambitelli. Inició las obras el 16 de agosto de 1785 con el pertinente permiso del Ministro de Indias[91].

Primero se llevó a cabo el desmonte del cerro; después vinieron las excavaciones, los cortes del terreno, la formación de terraplenes y, por último, se empezaron a levantar los muros destinados a sostener un sobrio pero elegante edificio de estilo barroco. La idea de crear fuentes de trabajo en tiempos de crisis ya estaba extendida por entonces en Nueva España y la obra sirvió para emplear a cerca de 4 000 desocupados «hombres y muchachos desde la edad de diez años para arriba» —en palabras del propio virrey—, que habían visto sus campos de maíz asolados por las recientes inclemencias del tiempo.

Cuando Bambitelli se fue a La Habana a ocupar un nuevo destino, el capitán de ingenieros Manuel Agustín Mascará, un barcelonés que había llegado a Nueva España en 1778 como

parte de la expedición de Teodoro de Croix que debía encargarse de levantar los mapas de las Provincias Internas, quedó al frente de los trabajos.

A pesar de que la construcción marchaba con rapidez, Gálvez no tuvo la oportunidad de ver terminado el palacio. Su repentino fallecimiento sorprendió a todos, principalmente a varios de sus enemigos que lo acusaban de gastar enormes cantidades de dinero en un edificio con oscuros propósitos que, según ellos, iba camino de convertirse en una fortaleza disfrazada que apuntalaría el poder de los Gálvez.

Cuando el virrey murió, nadie quiso hacerse responsable del inmueble y las obras se paralizaron. La Corona ordenó suspender los trabajos definitivamente poco después y subastar la finca en 60 000 pesos, a pesar de que ya se habían invertido cerca de 300 000. Ante la falta de compradores dispuestos a desprenderse de una suma tan elevada, en 1792 el virrey Juan Vicente de Güemes Pacheco y Padilla, segundo conde de Revillagigcdo, lo destinó para Archivo General del Reino de la Nueva España, pero el proyecto tampoco fructificó a pesar de que ya se tenían los planos de adaptación, hechos por el arquitecto Miguel Constanzó.



Vista aérea del Castillo de Chapultepec en una fotografía de la década de 1930. Solo el bloque central pertenece a los planos originales aprobados por Gálvez. El resto son ampliaciones ordenadas por el emperador Maximiliano y los presidentes Porfirio Díaz y Venustiano Carranza. En realidad, para la historia de México, el edificio no está unido a los Gálvez, sino a Maximiliano y su esposa Carlota, que allí, como en Viena, daban románticas recepciones rodeados de bosques.

Años estuvo abandonado como muestra de un derroche totalmente innecesario. Alexander von Humboldt visitó el cerro y lo que por entonces se denominaba «el Alcázar» durante su estancia en la capital de México en 1803. En su libro titulado *Ensayo político del Reino de la Nueva España* condenó el vandalismo de los ministros de la Real Hacienda, que en nombre de la economía empezaron a vender en subasta los vidrios, las puertas y las ventanas del edificio, que se encontraba a 2325 metros sobre el nivel del mar, «dejándolo expuesto al embate de los vientos[92]». Finalmente acabaría por adquirirlo en 1806 el Ayuntamiento de Ciudad de México.

3.3 La guerra continúa

Lo que comentábamos en el capítulo anterior, que Matías de Gálvez impedía contar a *La Gazeta* era, por ejemplo, que entre los años 1783 y 1785, al Norte de Sonora y en Arizona, el capitán del presidio de Tucson, Pedro Allende y Saavedra, un experimentado militar que había combatido en la campaña de Portugal de 1762, había dirigido ya una docena de incursiones de castigo contra los apaches con un salvajismo por las dos partes inconcebible. Ambos bandos no se privaban de, en ocasiones, quemar vivos a sus prisioneros o someterlos a torturas atroces que podían ir desde clavar a sus víctimas en los cactos hasta arrancar ojos y lenguas.

Eso, o que en Texas, que no había sufrido ningún ataque durante la guerra con Gran Bretaña, y cuyos ganaderos habían obtenido un enorme beneficio con el suministro de carne a las tropas que combatían en Florida, los indios, en especial los comanches, empezaban a extenderse hacia el Sur y comenzaban a hostigar puestos aislados de la frontera, además de amenazar las comunicaciones y la vida pacífica de la colonia.

Que esas noticias no se publicaran, no suponía que le fueran desconocidas al Ministro de Indias. Una de las órdenes que Bernardo de Gálvez había recibido de su tío antes de ocupar su cargo, era la de reformar política y militarmente las Provincias Internas. Ahora que tenía control sobre el virreinato, el ministro prefería que volvieran a quedar directamente en manos del virrey. Según se dijo en esta ocasión, con la intención de mejorar su funcionamiento administrativo y simplificar el proceso de toma de decisiones, que al estar hasta entonces vinculadas directamente al rey, sufrían inevitables demoras en materias que necesitaban soluciones urgentes.

Precisamente ese era el principal cometido que le había encargado el ministro a Bernardo al concederle también autoridad sobre el comandante general de las Provincias Internas: buscar soluciones. Diseñar en base a sus conocimientos una política que llevara la calma a aquella región, atormentada unas veces por los conflictos con los indios amigos y otras por las incursiones de los apaches.

Gálvez asumió con agrado la idea de inspirar una nueva política indígena aplicable a la frontera, fruto de la experiencia adquirida en la Luisiana, pero también en sus tiempos de oficial en Nueva Vizcaya y Sonora. No era lo normal encontrarse al frente del virreinato con un hombre

que hubiese combatido contra los apaches mano a mano con la tropa, y lo sabía. A fin de cuentas, eso, «los saberes prácticos adquiridos en la guerra con los indios», era lo que le permitía dirigirse a sus subordinados de la región con un toque de cierta prepotencia.

Enseguida puso manos a la obra. El 6 de octubre nombró comandante general interino por vía de comisión al brigadier Jacobo Ugarte y Loyola[93] con las mismas facultades de su antecesor Neve, pero con la precisión explícita de que siguiera al pie de la letra las órdenes que él le diera tanto en lo militar como en lo político y económico. Para que no hubiera duda alguna de quién sería la autoridad suprema, el rey dispuso que Ugarte realizara ante el virrey el juramento de que habría de desempeñar ese empleo bien y fielmente, antes de ocupar su puesto.

Los cambios aplicados por José de Gálvez no solo afectaron a la vinculación al virrey. También se realizó una división del territorio distinta, para lograr «su buen gobierno». Dejó de ser una única comandancia para quedar dividida en tres unidades administrativas con otros tantos responsables: la comandancia de Poniente, que administraba Sonora, Sinaloa y la Alta y Baja California; la comandancia de Oriente, donde se incluían los territorios de Texas, Coahuila, Nuevo León y Nuevo Santander y la comandancia del Centro, que agrupaba Nueva Vizcaya y Nuevo México, pero quedaba bajo la autoridad de la comandancia de Poniente.

Pronto se vio la redundancia de esta última parte de la estructura, de forma que pocos meses después de haberse organizado, se reformó nuevamente con una división más racional: dos comandancias divididas por el río Guanaval. En Poniente se incluyeron las Californias, Sonora, Nuevo México y Nueva Vizcaya, y en Oriente Coahuila, Texas, la provincia

de Nuevo León y la colonia de Nuevo Santander. Las localidades de Saltillo y Parras formaron dos distritos especiales, incluidos en la administración de Nueva Vizcaya.

El fruto de los conocimientos de Gálvez y de copiar la conducta seguida con los indios por franceses y británicos —aunque él no llegara nunca a reconocerlo específicamente—, fue un documento de 216 artículos salido, sin ninguna duda, de su pluma: *Instrucción para el gobierno de las Provincias Interiores de Nueva España.* Esas normas, embarulladas a veces aunque en su preámbulo dijera que se iban a reducir a «metódicos y claros puntos», serían el eje de la política con los indios -dieran o no resultado—, durante los años siguientes. Aunque él mismo las considerara inacabadas por falta de tiempo e incorporaran un enigmático párrafo en el artículo 213: «Hay además varias operaciones, ardides y cautelas que saben los inteligentes y que no refiero porque el tiempo y otros asuntos graves ejecutan para la conclusión de estas instrucciones».



Retrato ecuestre de Bernardo de Gálvez. Obra de los frailes Jerónimo y Pablo de Jesús realizado en 1796. Castillo de Chapultepec. Museo Nacional de Historia.

El 26 de agosto de 1786 Ugarte recibió la extensísima instrucción de gobierno enviada por Bernardo de Gálvez —la que se le había remitido en su momento a Croix solo tenía 25 puntos—. Le ordenaba que se desentendiera de todo lo referente a la justicia y lo dejara a cargo de los intendentes y gobernadores de las provincias, y que tampoco se ocupara de la Real Hacienda salvo en lo referente a sueldos militares, auditoría o gastos extraordinarios que produjeran las operaciones de guerra. Toda su atención debía centrarse en la defensa y conservar la paz con los indios. Para poder cumplir ese objetivo en un territorio tan amplio le nombraba dos subalternos que quedarían directamente a sus órdenes y que

solo tendrían facultades sobre las cuestiones militares: el comandante inspector Rengel y el coronel de infantería Juan Ugalde.

Ugalde debía encargarse directamente de las provincias de Sonora y las Californias, Rengel de Nueva Vizcaya y Nuevo México y el coronel Ugalde de Texas y Coahuila. Bajo el mando de Ugalde también quedaban las tropas de las jurisdicciones de Parras y Saltillo, las del Nuevo Reino de León y las de la Colonia del Nuevo Santander, aunque en los asuntos referentes a estas dos últimas debía recurrir directamente al virrey y olvidarse del comandante general.

La dificultad que se presentaba ante esta nueva línea de mando era la nula independencia. En las provincias que se le encargaban, Ugarte tenía libertad de disponer lo que creyera conveniente respecto a los asuntos bélicos, excepto cuando sus órdenes entraran en conflicto con las que el virrey enviara a la Comandancia directamente. A la hora de la verdad se encontraba con las manos atadas.

El resto de instrucciones, que debían de regir junto con el reglamento de 1772, proponían en general estimular la formación de alianzas y hacer que los grupos interesados en la paz se volvieran dependientes de los españoles por medio del comercio y los regalos. «Pues es mi ánimo establecer con ellos un comercio que los atraiga, que los interese y que con el tiempo los ponga bajo de nuestra dependencia» —decía Gálvez—. En ese sentido pensaba el virrey que, dado que los apaches ansiaban proveerse de escopetas, pólvora y municiones porque en su uso encontraban el gusto y la seguridad de la caza y porque equivocadamente pensaban que les eran más ventajosos en la guerra, había que proveérselos. Eso sí, los fusiles que se les dieran debían de ser «viejos, de mala calidad, largos para que estorbaran la marcha a caballo y

así tuvieran pronta descompostura». De hecho, aunque pareciera ilógico, Gálvez hacía en su escrito un balance de las ventajas y desventajas del arco y la flecha contra el arma de fuego, y concluía que, si los indios dejaban sus armas tradicionales, habría muchas ventajas para los españoles.

Otro de los métodos que propugnaba era fomentar en los apaches las bebidas embriagantes. Los indios del Norte tenían mucha afición a ellas, pero no los apaches, por ello era necesario inclinarlos al aguardiente o mezcal. Casi sin esfuerzo y en poco tiempo lo demandarían en el trueque y redundaría en mayor lucro para los comerciantes. Después de todo, «suministrarles la bebida a los indios —reflexionaba en sus instrucciones— será un medio de granjearles la voluntad, descubrir sus más profundos secretos, adormecerlos muchas veces para que piensen y ejecuten menos sus hostilidades y constituirlos en una nueva necesidad que estrechamente les obligue a reconocer nuestra forzosa dependencia».

Esa misma política ya se aplicaba desde 1784 en Florida. Mediante una acertada combinación de sobornos y regalos se convencía a los jefes locales de la necesidad de estar a bien con ellos. El dominio no se ejercía de forma directa y apenas era visible. Se agasajaba y honraba a los jefes y, en grandes fiestas, se les atiborraba de alcohol y se les despojaba de posesiones que se consideraban claves, pero con cuidado de mantener la paz y la tranquilidad y dejando siempre los territorios abiertos al comercio.

Todas las cosas útiles que los indios podían necesitar se ponían en sus manos, y la variedad era enorme: vestidos, telas, pañuelos, tijeras, cuchillos, azadas, brazaletes, anillos, collares, sortijas, bisutería y las comentadas armas de fuego. A cambio se recibían ricas pieles muy valoradas en Europa. El comercio hizo a muchas comunidades indias tan

dependientes de estas pequeñas manufacturas que se convirtió para ellos en algo esencial. Las normas, copiadas íntegramente de las británicas eran más o menos las siguientes: Nombrar superintendentes de asuntos indios para tratar de cualquier queja que presentasen; agasajarlos con regalos y ponerlos en posesión de todas sus tierras; hacer con ellos tratados de amistad y defensa mutuas; castigar a los delincuentes según las leyes de España; establecer Casas de Comercio; obtener exclusividad comercial para surtirlos de todo lo que necesitan e invitarlos a ir a España, de vez en cuando, a hablar con el rey.

Independientemente de estas instrucciones, el proyecto de Gálvez se centraba además en determinados arreglos en la administración militar de la Comandancia, las inevitables normas para mejorar el estado de las guarniciones y en aplazar toda una serie de problemas que consideraba menores para concentrar los esfuerzos en lo que él entendía como la cuestión principal: acabar con los auténticos enemigos de la tranquilidad, los apaches que no estuvieran dispuestos a «las dulzuras de la vida racional».

Contra ellos van todas sus consignas, con el claro propósito de quebrantar su empuje y contenerlo. Para llevar a cabo esa misión, Gálvez, con un fuerte espíritu de cuerpo, confiaba en sus antiguos compañeros de armas, los soldados presidiales, de los que hace una fuerte defensa y distingue, aunque fueran soldados del ejército regular, del resto de tropas de Nueva España:

> Son del país, más aptos que el europeo para esa guerra, siendo preocupación de estos últimos creer que a los americanos les falta el espíritu y la generosidad para las armas, atendiendo a que en todas las épocas y naciones la guerra ha hecho valientes y la inacción cobardes. Y si es

esta una verdad incontestable, es precisa consecuencia que deben ser fuertes y aguerridos unos hombres que nacen y se crían en medio de los peligros.

No son menos bravos los criollos de tierra adentro que los indios con que pelean, pero las circunstancias que los acompañan no son tan favorables, su ligereza y agilidad a caballo grande —respecto a la de los europeos—, es perezosa comparada a la de los indios, y nuestra religión que pide otras justas atenciones en la muerte, no permite en los últimos instantes aquellas apariencias de generosidad con que mueren ellos; pues los apaches ríen y cantan en los últimos momentos para adquirir su mentida gloria, y nosotros aspiramos a la verdadera por medio del llanto y el arrepentimiento resultando que al paso que a ellos se animan y se envidian, los nuestros se abaten y se entristecen.

Tampoco pueden nuestros soldados sufrir la sed y el hambre con la misma constancia del indio, ni resistir con la misma indolencia la intemperie porque el distinto resguardo con que se crían los hace más sensibles y delicados.

Si era necesario se encargarían de atacar las rancherías indómitas, buscar a las partidas de guerreros hostiles en sus escondites, guaridas en montañas y desiertos, y perseguirlas de forma implacable. A cualquier precio. Incluso si eso suponía utilizar todas las energías del virreinato que, evidentemente, debería pasar a la defensiva en otros puntos de la frontera -por ejemplo donde estaban los seris— y no podría expandirse mientras tanto ni hacia el Norte ni al Oeste, lo que sentenciaría con los años a la Alta California.

«Hay que contener a los seris y tiburones —afirma en el artículo 106—, procurando atraer a estos indios a la antigua

paz, pues aunque sea mala esperanza de que se mejore, es menester tomarse tiempo para la empresa de estrecharlos en la isla del Tiburón, atacarlos y sujetarlos de una vez». De sus palabras se desprende que no se renuncia a la victoria sobre los seris, pero que se esperará a tener informes sobre su número y su fuerza militar para no lanzar el ataque si no es con plenas garantías de éxito. Ese sería uno de los muchos e importantes errores de apreciación que contenían las instrucciones; los seris resistirían a los «blancos» mucho más que el «orgulloso» pueblo apache.

En general, ese sistema de Gálvez, en el que se aplicaban duras represalias a los que persistían en mantenerse en armas, tuvo éxito en algunas ocasiones y varios cientos de apaches occidentales dejaron sus refugios en las montañas Galiuro para presentarse en los presidios y hacer la paz. En Tucson, por ejemplo, el comandante José Ignacio Moraga entregó ricas ropas al jefe apache Nautil Nilché a cambio de seis orejas de enemigos, un intercambio que sirvió como prueba de paz y colaboración. Luego los indios fueron reubicados como colonos en las llanuras, cerca del río Santa Cruz, en el área que se conocería mucho después como Apaches Mansos.

Por supuesto nada de esto se hacía de forma casual, sino como consecuencia de la alianza con los comanches de la que hablábamos en la primera parte. En caso de no llegar a acuerdos, las instrucciones también promovían al mismo tiempo mantener la presión militar sobre todos los «salvajes» y darle un giro belicista a las relaciones con ellos, pues «No son capaces, en su actual sistema, de reducirse a la religión ni al vasallaje, sin un milagro de la Omnipotencia». En ese caso se ordenaban acciones militares constantes contra sus bandas de guerreros de forma que se vieran obligados a aceptar su sedentarización en las tierras de las misiones o fueran aniquilados. Parecía una doble moral, pero en esencia, lo que

le venía a decirle a Ugarte era que actuara como creyera conveniente.



El jefe apache chiricahua de Nuevo México conocido como Cuchillo negro. Obra de John Mix Stanley realizada en 1846. Museo Smithsonian de Arte Americano, Washington.

Eso es lo que hicieron, por ejemplo, los mexicanos de mediados del siglo XIX, que iniciaron su política de exterminio de los apaches tomando como modelo las instrucciones de Gálvez. Incluso las mandaron publicar nuevamente en el periódico oficial en 1843. Y como sus antecesores, recurrieron a la cacería de indios o a contratas de sangre —ya vimos que las había inaugurado Teodoro de Croix—, pero de una forma más profesionalizada, con mercenarios extranjeros y nacionales.

En realidad, las instrucciones no solucionaron mucho más, a pesar de que en la actualidad se diga lo contrario. Quizá también porque, en un ambiente en el que parece que todo lo hecho por Gálvez es perfecto, han querido entenderse como

una panacea a todos los problemas con los indios, cuando eran poco más que unas reflexiones personales dirigidas a Ugarte. Así lo demuestran sus primeras palabras: «Es notorio el infeliz estado en que se hallan las provincias internas. Las recibe VS. postradas con los rigores de la guerra, peste y hambre». Y no le faltaba razón, porque ya hemos visto que desde 1723, los lejanos tiempos en que ejercía de virrey el marqués de Casafuerte, todos los esfuerzos para conseguir su pacificación habían resultado inútiles.

Con instrucciones o sin ellas, los años siguientes fueron una sucesión ininterrumpidas de emboscadas, asaltos, robos, escaramuzas, venganzas, expediciones de castigo y todo tipo de violencias, perpetradas a pequeña escala tanto por apaches y bandas de forajidos como por tropas españolas e indios auxiliares. En ningún momento se consiguieron estabilizar las Provincias Internas ni garantizar un mínimo de paz y tranquilidad que permitiera su progreso. Una situación que hoy llamaríamos de forma políticamente correcta, «guerra de baja intensidad».

3.4 Los últimos días

El decaimiento físico del virrey se conoció al menos desde el 27 de julio de 1786. Ese día se celebró una misa de gracias a la que Gálvez no asistió «por estar un poco enfermo». Quince días después, Bernardo se encontraba «mudando de temperamento» en San Ángel —hoy un barrio del Distrito Federal—, donde habían construido las familias adineradas de la capital sus segundas residencias, para cuando necesitaban «cambiar de aires», por sus magníficas características naturales y su bondadoso clima. A partir de

entonces su salud empeoró de día en día, lo que motivó incluso su incomparecencia en el tradicional paseo del Pendón, que se celebró los días 12 y 13 de agosto para conmemorar la caída de Tenochtitlan.

A finales de ese mes, José Gómez, el cabo de alabarderos que se ocupaba de su guardia personal ya calificó el estado del virrey como «muy malo». Era víctima de una enfermedad que seguía su desarrollo inexorable y a la que nunca llegó a ponérsele nombre. Pasó septiembre sin ninguna mejoría y, el 9 de octubre, se reunió una junta de médicos que llegó a la conclusión de que, dado lo irremediable de la situación, se le administrasen al virrey los Sagrados Sacramentos.

La mañana del 13 de octubre, día señalado para esa ceremonia pública y solemne, Gálvez se incorporó en su cama para que su ayuda de cámara lo afeitara y lo vistiera con el uniforme de teniente general, a la espera del Santísimo Sacramento. Mientras, puesto que a la ceremonia asistirían las autoridades civiles y eclesiásticas, llegaron a palacio los miembros de los tribunales, las corporaciones y el arzobispo, Alonso Núñez de Haro y Peralta.



La última residencia de Bernardo de Gálvez —antiguo Observatorio Astronómico Nacional de Tacubaya—, fotografiada en 1910 con la reforma realizada en la década de los ochenta del siglo XIX. Una obra que duró 17 años. El palacio arzobispal original, construido en 1737 por orden del virrey Juan Antonio Vizarrón y Eguiarreta, arzobispo de México, como su segunda residencia, solo era el edificio de planta cuadrada situado en primer plano a la derecha. Todo el inmueble se demolió en 1963, hoy en su lugar se encuentra la Preparatoria 4 de la Universidad Nacional Autonómica de México.

La procesión partió de la catedral encabezada por la cruz, portada en alto, a la que seguían los curas de las parroquias y los frailes de todas las religiones. Cerraba el cortejo el palio del Santísimo, bajo el cual llevaba el sagrado viático el deán del cabildo catedralicio, Leonardo Terraya. En absoluto silencio, solo roto por el tintineo de las campanillas que portaban los monaguillos y el toque de campana del templo, la comitiva atravesó el Zócalo, entró en palacio y se dirigió a los aposentos del virrey. Todos se arrodillaron piadosamente ante la llegada del Santísimo, salvo Gálvez, que ya ni siquiera podía hacerlo. En pie, sujeto por sus ayudantes para evitar que se desplomara, escuchó devotamente a las once de la

mañana las oraciones del sacerdote y recibió por última vez la sagrada comunión.

El 31 de octubre, al caer la tarde, amparados por la oscuridad, sus sirvientes lo trasladaron en una litera al cercano pueblo de Tacubaya, apenas a 7 kilómetros del palacio, a una vivienda del arzobispo. Ese mismo día, antes de partir, dirigió una carta a su tío en la que le comunicaba su enfermedad y la imposibilidad que tenía para firmar los despachos y las disposiciones necesarias para continuar con el gobierno. En realidad, todos los duplicados de la correspondencia oficial que se había expedido hasta entonces en el mes de octubre iban ya firmados por el secretario segundo de cámara, porque el virrey no estaba capacitado ni siquiera para estampar algo parecido a su rúbrica.

Para los vecinos de la capital no trascendió la gravedad del estado de salud de Gálvez, o bien se les ocultó la verdad a propósito. Un extraño oscurantismo que no se había dado hasta entonces —y muchos virreyes habían fallecido en el ejercicio de sus funciones—, que llevó posteriormente a pensar que «una mano negra» se ocultaba tras su enfermedad.

En noviembre, durante los primeros días de su estancia en Tacubaya, recibió una carta del bachiller Vicente Matamoros fechada el 4, que confirma lo lejos que estaban los novohispanos de saber el estado en que se encontraba. Matamoros, que lo había conocido durante un viaje a Puebla de los Ángeles, le transmitía su enhorabuena y los debidos parabienes por la mejoría de su salud y le enviaba un devocionario de cinco días en honor de las tres necesidades de Nuestra Señora de la Soledad. En la misiva, además de desearle que «mediante la protección de la Virgen consiguiera total y perfecta salud», le comunicaba «la gravísima congoja

en la que todos los habitantes de la ciudad estuvimos cuando nos llegó la noticia de que estaba enfermo y en cama».

Gálvez, o mejor alguien de su séquito, le contesto el día 7 agradeciéndole el devocionario y «el buen deseo que manifiesta tener en el logro de mis alivios, que en el día no se han verificado». Esas últimas palabras se eliminaron de la carta finalmente enviada a Matamoros[94].

El día 8, o bien el propio Gálvez o sus acompañantes, eran plenamente conscientes de que le llegaba la muerte. Mediante un decreto expedido en esa fecha el virrey anunció que el Real Acuerdo quedaba encargado del gobierno, y el regente de la Audiencia pasaba a hacerse cargo de los asuntos de correos y temporalidades. Solo el gobierno militar quedaba aún en sus manos.

Poco después, dio poder para testar a Ramón Posada de Soto y le declaró su última voluntad: dejaba como herederos a sus hijos Miguel y Matilde y al que estaba por nacer, ya que la condesa se encontraba embarazada. Explícitamente le comunicó a Posada su deseo de «mejorar en el tercio y remanente del quinto de todos mis bienes habidos y por haber, a mi hija Matilde de Gálvez y Maxent y al varón o hembra que naciere del vientre actual de la expresada mi mujer, de manera que sobre sus legítimas hayan y tengan, por iguales partes, el importe del tercio y remanente del cuarto de mis bienes, una y otra vinculada, e inalienable, como Mayorazgo».

Esa misma tarde la Audiencia daba salida a la misiva que comunicaría esa decisión al gobierno de Madrid y, a la mañana siguiente, avisaba a todas las dependencias de que a partir de las 10:30 horas del día 10, ella sería la que se ocupara de los asuntos pendientes.

Bernardo de Gálvez falleció tras una larga agonía en la que se le repitieron las crisis producto de su enfermedad tres semanas más tarde, el 30 de noviembre a las 04:15. Esa mañana, siete horas después del óbito, las campanas de los templos de la capital comenzaron a tañer los 100 toques de rigor que anunciaban la vacante en el gobierno. Acabaron a las 20:00 y las siguieron hasta la media noche las dobles generales.

A las 23:30, iluminada con 100 luces y escoltada por 6 alabarderos a cada lado, llegó a palacio, desde Tacubaya, la macabra procesión que transportaba el cadáver del virrey. Gálvez iba sentado en la carroza fúnebre acristalada, a la vista de todos, vestido con el uniforme de teniente general, el manto de caballero de la Real Orden de Carlos III, la venera de Calatrava y el bastón de mando. Tras él marchaban enlutados sus pajes y la caballería de la guardia. El cadáver se expuso al público en una semioscuridad apenas rota por cuatro grandes cirios a la mañana siguiente, en el salón principal del palacio, tapizado para la ocasión de damasco carmesí.

Esa misma noche se llevaron en una vasija cubierta también de damasco las entrañas de Gálvez, extraídas por los médicos al embalsamar su cuerpo. Quedaron depositadas en el panteón nuevo del presbiterio de la capilla de los Reyes, donde su esposa había decidido que permanecieran a perpetuidad.

Durante tres días quedó expuesto el fallecido mientras los párrocos y las comunidades de religiosos celebraban misas de cuerpo presente. Cada uno de esos días se oyeron 31 cañonazos fúnebres que recordaban al pueblo la muerte del virrey.

El entierro se dispuso para el lunes 4 de diciembre y es fácil de imaginar que estuvo rodeado de fastos tan suntuosos que serían largos de enumerar. Acabada la misa, el arzobispo procedió al oficio sepulcral. Se cantaron los cuatro responsos prescritos y, a continuación, se depositó el cadáver en la bóveda del altar de los Reyes en presencia de cuatro ministros de la Real Audiencia, al disparo de 13 salvas de artillería y de los fusiles de los granaderos. La llave de la caja se entregó al capitán de alabarderos de la Guardia del Virrey.

El acta de la inhumación se asentó en los libros del sagrario de la catedral metropolitana, sin que el notario olvidara ninguna de las glorias que en vida había acumulado el difunto:

> En quatro de diciembre del año de mil setecientos ochenta y seis, se depositó en la Bóbeda del Altar de los Reyes de esta Santa Iglesia Metropolitana el cadáver del Exmo. Señor D. Bernardo de Galves, Conde de Galves, Cavallero Pensionado de la Real y distinguida Orden Española de Carlos Tercero, Comendador de Bolaños en la de Calatrava, Teniente General de los Reales Exércitos, Ynspector General de los Reales Exércitos, Ynspector General de las Tropas de América y Filipinas, Capitán General de la Provincia de la Luciana, y dos Floridas, Virrey Governador, y Capitán General de esta Nueva España, Presidente de esta Real Audiencia, casado con la Exma. Señora Doña Felicidad de Saint Maxent Condesa de Galves, recivio los Santos Sacramentos en su Real Palacio, murió en el Palacio Arzobispal de la Villa de Tacubaya el día treinta del próximo mes pasado, y lo firmé. Juan Francisco Dominguez.

La Audiencia escribió al rey dando parte del suceso, pero previendo que José de Gálvez recibiría primero la correspondencia de Nueva España, dispuso otra carta dirigida al conde de Floridablanca con instrucciones para el administrador de correos de La Coruña —el puerto de llegada — de que la despachara directamente, en cuanto la recibiera, con la mayor urgencia.

También el arzobispo Alonso Núñez de Haro le escribió al rey el mismo día de la defunción de Gálvez para darle cuenta del acontecimiento, pero más preocupado en su propio interés. «Yo, como tan interesado en el bien público, y obligado al mejor servicio de V.M. —le decía al monarca—, doy esta infausta noticia con la mayor pena y suplico rendidamente a V.M. que para consuelo de estos sus más fieles y dichosos vasallos se provea pronto este virreinato, porque así lo juzgo conveniente en estas tristes circunstancias; o lo que fuera de su Real agrado».

Le salió bien. Por real cédula dada en El Pardo a 25 de febrero de 1787, y puesto que misteriosamente tampoco en el caso de Bernardo se encontró el «pliego de mortaja», el arzobispo quedó nombrado virrey interino por vía de comisión hasta que llegara su sucesor. Una de sus primeras decisiones fue sacar el cuerpo de Gálvez de la capilla de los Reyes y trasladarlo al Colegio Apostólico de San Fernando, donde yacía su padre, Matías, para cumplir -según se dijo— una de las últimas voluntades del virrey. El acto oficial se realizó con una misa solemne el 10 de mayo, dos días después de que Núñez de Haro tomara posesión de su cargo[95]. El cadáver se llevó a su nuevo lecho mortuorio de manera discreta, sin ninguna solemnidad, la noche siguiente.

3.4.1 Frágil herencia

Pocos días después, Felicidad, recuperada del parto de Guadalupe, la hija póstuma de Gálvez, se embarcó con todos sus hijos para la Península. La condesa viuda se instaló ese mismo año en Madrid, en una casona de la Corredera Baja de San Pablo, frente a la fuente de la iglesia de San Antonio de los Portugueses. Mantuvo una relación con Francisco Cabarrús, que se ocupaba de las finanzas de la herencia, y se hizo célebre como anfitriona de tertulias en las que se hablaba en francés, se recibían las publicaciones del país vecino y participaban ilustres literatos y políticos, entre ellos Aranda, el mismo Cabarrús, Jovellanos, Lorenzo Fernández de Moratín, el arquitecto Francisco Sabatini, Ignacia Clemente —la viuda del ministro de Hacienda Miguel Múzquiz, conde de Gausa—, Gaspar Leal, director de la Compañía de Filipinas, o Martín Navarro, intendente de la Luisiana.

A partir de 1789, ya fallecidos José de Gálvez y Carlos III, y en el contexto del repliegue ideológico y político acentuado por el temor a la Revolución Francesa, esas reuniones y sus participantes se hicieron sospechosos a los ojos del secretario de Estado, Floridablanca. En junio de 1790 fue detenido Cabarrús —al que Carlos IV había hecho conde el año anterior—, por contrabando de plata y razones políticas, mientras lo visitaban la condesa de Gálvez y sus hijos y, en agosto, se sometió a vigilancia, por orden de Campomanes, que por entonces ejercía como Presidente de las Cortes, la peligrosa tertulia de la condesa. Según el informe resultante, «era grande el concurso de extranjeros y aún de nacionales».

Finalmente, el 11 de septiembre Felicidad fue desterrada con sus tres hijas a Valladolid. Miguel estaba interno en el Real Seminario de Hijos de Nobles, por lo que no se marchó a Nueva Orleans, donde aún perduraba la memoria de los

Gálvez, cómo le insistieron que hiciera su madre y su hermana. Al año siguiente, se autorizó su traslado a Zaragoza. Todos esos sucesos no hicieron más que, sin ningún fundamento, acentuar en algunos círculos las sospechas sobre la muerte de su marido.

Desde el destierro, la condesa se defendió en sus cartas de las acusaciones de difundir las ideas revolucionarias y trató de presentar sus tertulias como reuniones carentes de contenido político. Absuelta en 1793, cuando Aranda asumió el control del Ministerio de Estado, falleció el 20 de mayo de 1799 en su casa de Aranjuez.

La suerte de los hijos de Bernardo de Gálvez fue diversa: Adelaida, a la que siempre había tratado como suya, se casó en 1792 con Benito Pardo de Figueroa, veterano de la campaña de Pensacola, teniente general y embajador ante las cortes de Prusia y Rusia.



Francisco Cabarrús, fundador del banco de San Carlos. Nacido en Bayona, Francia, en 1752. Estaba casado desde los 25 años con María Antonia Galabert y era padre de dos hijos, Teresa y Domingo. Ennoblecido por Carlos IV en 1789 con el título de conde, serviría más adelante a José Bonaparte como ministro de Finanzas. Obra de Francisco de Goya realizada en 1797. Banco de España, Madrid.

Miguel, que heredó de su padre el condado de Gálvez y fue caballero de la Orden de Calatrava, se inclinó por la carrera militar, e ingresó como cadete en la Compañía Americana de los Guardias de Corps, pero la abandonó con el grado de capitán tras participar junto a Godoy y el conde de Toreno en una conspiración frustrada para restituir a Carlos IV en el trono que ocupaba su hijo Fernando VII. Regresó a la milicia como teniente coronel en el 1.º regimiento de caballería del ejército del rey José Bonaparte y se vio obligado a huir a París. Acusado de traición al terminar la Guerra de Independencia, todos sus bienes en España se vieron incautados. Regresó a Madrid amnistiado en 1820 y recuperó una pequeña parte de lo perdido en 1822. Falleció soltero tres años después, el 2 de abril de 1825.

Guadalupe, la más pequeña, se trasladó a vivir a Málaga, a casa de su tía Isabel de Unzaga, en 1799, nada más morir su madre. Falleció en 1801.

Matilde, tuvo una vida más aventurera. Se casó en 1795 con un Guardia de Corps de la compañía flamenca, Raimundo Capece de Minutolo, hijo de la aristocrática familia napolitana del príncipe de Canosa, que llegaría a mandar el regimiento de caballería de Farnesio y ser mariscal de campo. Al año siguiente de su boda en Madrid, tuvo el papel principal en *Eugenia,* un drama en prosa mezclado con arias de música que se representó en el Teatro de los Caños de Peral —hoy en su solar se encuentra el Teatro Real— y, debido a problemas con Godoy, en 1805 la familia abandonó España para establecerse definitivamente en Nápoles. Allí, según agentes franceses que se refieren a ella en sus informes como la «mariscala de campo[96]», tanto ella como su marido formaron parte en 1807 de una conspiración para asesinar a José Bonaparte, por entonces rey de Nápoles.

Heredera del título de su hermano y del de su tía, marquesa de Sonora, Matilde falleció en 1839, durante un viaje a Málaga, donde había acudido desde Italia posiblemente para evitar la subasta de bienes familiares que un juzgado había anunciado el año anterior. Era la última de los Gálvez.

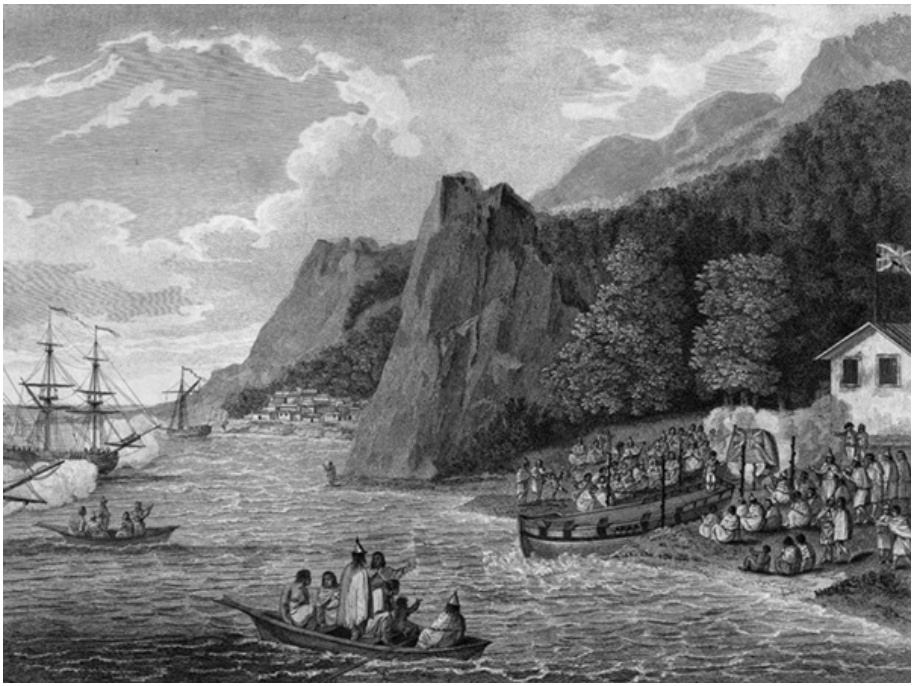
3.5 El legado

Casi nada cambió en la frontera tras la muerte de Bernardo de Gálvez. En 1787, tras el periodo en que se hizo cargo del gobierno la Audiencia, le sustituyó a la cabeza del virreinato el teniente general de la armada Manuel Antonio Flórez Maldonado, que durante los tres años que permaneció en el cargo mantuvo una política de poco comprometida continuidad.

A pesar de las póstumas medidas promulgadas por el virrey, el poder militar de las diferentes naciones de apaches, indios norteños o comanches continuó como una amenaza importante. Tanto porque podían poner en pie de guerra contingentes que superaban en número, por lo general, a las tropas españolas, como por el tipo de lucha irregular que planteaban. Solo los lipanes disponían por entonces, según cálculos de las autoridades, de más de 2000 guerreros, cantidad que podían duplicar fácilmente los comanches. Mientras, España tenía en todas las Provincias Internas 3200 soldados, de los que rara vez llegaban a más de 3000 los que estaban en condiciones de prestar servicio.

Tan solo factores como la ausencia de caudillos que unificaran a las diferentes ramas apaches bajo un mando único o la hostilidad de otras tribus indias hacia ellos, impidieron que pusieran aún en más problemas a los

soldados del rey. Máxime cuando aún no existía la abrumadora superioridad occidental en potencia de fuego de la que nos hablan las películas de Hollywood y que permitiría las matanzas del siglo XIX. De hecho, en las Provincias Internas del siglo XVIII, el arco podía competir —muchas veces con ventaja—, con los mosquetes españoles.



Desembarco británico en Nootka. *En 1788, cuando el virrey Flórez Maldonado se decidió por fin a instancias del gobierno del nuevo rey a tratar de colonizar toda la costa norteamericana del Pacífico, la creación de un pequeño asentamiento español en Nootka, la actual Canadá, desataría una crisis diplomática de gran magnitud que estaría a punto de llevar a España, Inglaterra, Francia e incluso a Rusia a la guerra.*

En la corte de Madrid, José de Gálvez se mantuvo en el Ministerio de Indias hasta su fallecimiento en Aranjuez el 17 de junio de ese mismo año. Fue enterrado en la iglesia de Ontígola. Desde unos orígenes modestos había logrado convertirse en uno de los políticos más poderosos de la Ilustración española. Trabajador, sagaz, pero también ambicioso y despótico, persiguió con saña a los servidores que

no cumplieron sus mandatos, enmendó de forma enérgica los errores de los corruptos y no le importó favorecer el nepotismo con sus allegados.

Por supuesto que realizó magníficas obras durante su prolongado mandato, aunque se criticaran sus actuaciones y se hicieran acusaciones de favorecer a sus paisanos y familiares en detrimento de otros candidatos mejores —lo que no había ninguna duda de que era cierto—, pese a todo, la Corona hizo siempre oídos sordos, pues los ingresos fiscales aumentaron notablemente durante su secretaría,

Por lo demás, el éxito español en Norteamérica no duraría mucho. Desde el mismo día en que acabó la guerra con los británicos, los Estados Unidos consagraron su política exterior a hacerse con el control de Luisiana. Bien por la fuerza, bien por mediación de las actividades comerciales de particulares y compañías dedicadas a asentarse en los territorios en litigio entre ambas naciones. Esas operaciones se prolongaron durante doce largos años y, aunque todos los proyectos militares fracasaron, la presión sobre el débil Carlos IV, que había accedido al trono en 1788 tras la muerte de su padre, fue tan intensa, que finalmente sus erráticos e incapaces ministros cedieron.

Así, tras una serie de encuentros diplomáticos, España entregaba todo lo que deseaban los Estados Unidos y anulaba de un plumazo los triunfos militares y diplomáticos de sus representantes en la región que, adelantándose a compañías de especuladores y a todo tipo de intrigantes y aventureros, habían contenido la expansión norteamericana durante más de una década.

El triste acuerdo firmado en San Lorenzo de El Escorial el 27 de octubre de 1795 por Manuel de Godoy en nombre de Carlos IV de España y Thomas Pinckney en representación

de Estados Unidos, luego ratificado por el presidente estadounidense George Washington el 7 de marzo en Filadelfia y por el rey de España en Aranjuez el 25 de abril, fijaba entre otras cosas nuevas fronteras. La de los Estados Unidos y Luisiana desde la intersección del río Misisipi con el paralelo 31° N, a lo largo del río hasta su cabecera, y las dos Floridas desde el mismo punto de intersección del Misisipi con el paralelo 31°, en línea recta hacia el Este, hasta el río Apalachicola. Desde ahí, por el centro del río, hasta su unión con Flint, y desde ese punto, de nuevo en línea recta hacia el Este hasta el nacimiento del río Santa María. Luego ya, río abajo hasta desembocar en el Océano Atlántico.

Además, se permitía libertad de navegación por el río Misisipi para los estadounidenses, libertad de comercio, y ambos países se comprometían a reprimir las hostilidades cometidas por los indios contra la parte contraria. Igual que a no establecer alianzas con los indios que habitasen en ella. Unas concesiones que no demostraban más que la debilidad de la Corona española.

En realidad, a partir del mal resuelto conflicto de Nootka con el Reino Unido, y sobre todo con el inicio del ciclo de guerras de la Revolución Francesa, España se lanzó a una vertiginosa carrera cuesta abajo de la que salió incapacitada para defender con firmeza sus territorios de América y Europa. Sus repetidos cambios de bando y su falta de firmeza en política internacional provocaron que, prácticamente, dejara de tenérsela en cuenta.

Manuel Antonio Flórez Maldonado con uniforme de teniente general de la armada. Nacido en Sevilla en 1722, el sustituto de Bernardo de Gálvez se había embarcado en 1736 y realizado una meteórica carrera naval. Virrey de Nueva Granada entre 1776 y 1781 y de Nueva España entre 1787 y 1789, durante su mandato, ya sin José de Gálvez al frente del Ministerio de Indias, recobró las atribuciones de Hacienda que habían sido encomendadas a un superintendente y reorganizó el ejército con la creación de tres nuevos regimientos. A su vuelta a la



península, donde regresó por motivos de salud, se le nombró consejero de Estado. Falleció en Madrid en 1799. Anónimo. Castillo de Chapultepec, México D.F.

De nada sirvió la brillante actuación esos años de los representantes de España en Luisiana y Florida, casi siempre solos, ante enormes desafíos a los que respondieron con firmeza y honor. Conocedor Napoleón Bonaparte, el nuevo árbitro de la política europea, de la debilidad de la reina María Luisa —consorte de Carlos IV- por su hermano el duque de Parma, no le resultó difícil redactar y presentar el 1 de octubre de 1800 un tratado preliminar y secreto por el que se estipulaba el compromiso de Francia de procurarle al duque de Parma «un aumento de territorio en Italia, que le permita aumentar sus Estados de una población de un millón a un millón y doscientos mil habitantes, con el título de rey —Art. 1.º —, en la Toscana o en las Legaciones Romanas —Art. 2.º —».

A cambio de eso, en el artículo 3.º, se apunta que: «S.M.C. Carlos IV promete y se obliga por su parte a devolver a la república francesa, seis meses después de la total ejecución de

las condiciones y estipulaciones arriba dichas, relativas a S.A.R. el señor duque de Parma, la colonia o provincia de la Luisiana con la misma extensión que tiene actualmente bajo el dominio de España, y que tenía cuando la Francia la poseía». Unos pocos años después, el 30 de Abril de 1803, se firmaba en París la venta que Napoleón hacía de la Luisiana a los Estados Unidos, por la cantidad de 15 millones de dólares. A partir del momento de su adquisición, los Estados Unidos se marcaron las Floridas como nuevo objetivo.



En 1819, con James Monroe de presidente y John Quincy Adams como secretario de estado se firmó el Tratado transcontinental de 1819 o de Adams-Onís, que fijaba las nuevas fronteras de España y Estados Unidos. España, que mantenía Texas y Nuevo México, se vio forzada a entregar Florida a los Estados Unidos a cambio de cinco millones de dólares no pagados, sino destinados a abonar las reclamaciones económicas estadounidenses. El 10 de julio de 1821, la fortaleza de San Marcos, en San Agustín, se entregaba a los estadounidenses.

En Nueva España, mientras tanto, la élite criolla consciente también de que era más poderosa que el gobierno de la metrópoli, comenzó el largo proceso de lucha por su

independencia. La situación volvió muy endeble la protección de las fronteras y abrió una oportunidad para los estadounidenses de cumplir otra vez su anhelo de expansión territorial.

En 1819, cuando las tropas del ejército insurgente luchaban contra los realistas, Luis de Onís, embajador en Washington desde 1809, firmó con el secretario de estado norteamericano John Quincy Adams, un tratado que permitiera asegurar Texas para la Corona española. Un territorio que los Estados Unidos reclamaban como parte de la Luisiana y, por lo tanto, comprado a los franceses en 1803. A cambio, la nueva frontera entre ambos países se fijó más allá del río Sabina y Arkansas, hasta el paralelo 42°. Como consecuencia inmediata España perdió sus posesiones más allá de esa latitud: todo el territorio de Oregón, las dos Floridas, el resto de la Luisiana y la posibilidad de navegar por el río Misisipi. Ambos países lo ratificaron el 22 de febrero de 1821.

Los antiguos amigos a los que España había ayudado a independizarse ya no tendrían piedad del viejo imperio que se derrumbaba. Era solo el principio del fin.

EPÍLOGO

HAN PASADO YA MÁS DE DOSCIENTOS AÑOS desde la muerte de Bernardo de Gálvez, y es evidente que su legado permanece, pero el tiempo nos permite ver las cosas con distancia y claridad.

En los Estados Unidos Gálvez sigue vivo, y su memoria se cuida con mimo y cariño. El condado, la ciudad y la bahía de Galveston, recuerdan su nombre en Texas, y Gálvez y St. Bernard, lo hacen en la vecina Luisiana. Allí, en las parroquias de East Feliciana y West Feliciana, también perdura el nombre de su esposa Marie Felice de Saint-Maxent d'Estrehan. En «El Cabildo» de Nueva Orleans, una rama del Museo Estatal de Luisiana, que se encuentra en la Plaza Jackson, tiene un retrato del general acompañado de una buena información biográfica. En Baton Rouge, la actual capital del estado, la plaza de Gálvez, junto al Ayuntamiento, y un complejo de oficinas de 12 pisos de la administración del estado, son un homenaje a su figura. Todo ello no deja de ser un bonito recuerdo que ensalza a un hombre que, por sus acciones, dejó un importante huella en las tierras que tuvo que gobernar en nombre de su lejano monarca, el rey de España.

Sin embargo, no debemos olvidar que interpretar el pasado conforme a criterios actuales es un error, que no lleva más que al desconcierto. Gálvez, como Blas de Lezo, está actualmente de moda entre quienes intentan en los últimos años reivindicar a muchos de los «héroes olvidados de

España», pero su caso especialmente, al traspasar las fronteras internacionales, está inmerso en una progresiva confusión que está haciendo que se pierda la perspectiva de quienes eran realmente él y sus hombres, por quienes combatieron, y cuáles fueron sus verdaderos objetivos.

En 1976 Juan Carlos I inauguró una estatua en homenaje a Bernardo de Gálvez levantada en el centro de Washington. En aquel acto, el rey declaró, tal y como puede leerse en el pedestal, que la efigie del general malagueño, «es un recordatorio de que España ofreció la sangre de sus soldados por la causa de la independencia estadounidense». Son unas hermosas palabras, pero no son ciertas. Quién le redactara el discurso al monarca, estaba muy equivocado.

Ningún soldado del ejército español dio su vida por los nacientes Estados Unidos, la dieron por su país, por España, que era la nación cuya bandera defendían. Que el resultado de los combates ayudase a la causa de los «insurrectos» de las colonias británicas era, sinceramente, algo que a la práctica totalidad de ellos le importaba «un bledo». O sea, nada.

Por cosas como esta, la reivindicación de Bernardo de Gálvez en los Estados Unidos actuales empieza a verse de forma algo desenfocada. Era un general de los Reales Ejércitos de España. Nunca fue ni podrá ser un héroe «latino». Referirse a sus tropas como a las de un ejército «latino», tal y como se entiende hoy este término en los Estados Unidos y en una buena parte de la América de habla española, es pura y simplemente, ridículo. Por lo tanto, tampoco es en ese sentido un «hispano», pues en su tiempo, ambos términos tenían un significado muy diferente al que tienen hoy en día.

En la Nueva España de Gálvez, el color de la piel y el lugar de nacimiento eran esenciales para «ubicar» a cada individuo en el complejo sistema de castas que, aunque comenzara a

mostrarse impreciso como sistema de clasificación «racial», aún lo era para la asignación del estatus social. Es verdad que había «pardos» y «morenos», y sobre todo criollos, en muchas de las unidades del ejército que combatieron en Luisiana o Florida y en las fronteras de las Provincias Internas, pero todos se consideraban españoles, aunque hubiera quién los menospreciara por su origen. Eso sin contar con que el núcleo principal de combate, las tropas que realmente decidían todo cuando el adversario era un ejército regular europeo, eran peninsulares. Sin excepción. Aunque moleste, esa, y no otra, es la realidad.

Tampoco hay que olvidar que, aunque ahora se ha convertido en algo habitual decir que «los virreinatos no eran colonias», el hecho cierto es que la burocracia especializada, la alta jerarquía eclesiástica y militar, y los grandes comerciantes, eran también, en una inmensa mayoría, europeos. Todos juntos perfeccionaron durante años un sistema muy complejo orientado solo a impedir que los puestos decisivos del comercio, milicia e iglesia cayeran en manos de los criollos, quienes a pesar de esforzarse en demostrar la pureza aristocrática de su sangre, en su mayor parte siempre fueron clase media, y jamás se les permitió, salvo muy contadas excepciones, otro papel. Respecto a los mestizos y mulatos, relegados a trabajos de baja categoría, incluso en la milicia, al menos eran considerados «gente de razón», pues la ascendencia india o negra fue siempre tenida por una marca infamante.

Debemos por tanto tras la lectura de sus hazañas situar a Bernardo de Gálvez en el lugar correcto, y dejar claro lo que fue: un notable militar y político que dedicó su vida a defender los intereses de su patria, España —a la que sirvió siempre de la mejor forma posible—, pero sin poder separar

sus actos de su época y de su tiempo. Nada más y nada menos.

CRONOLOGÍA

1746

25 de julio: Nace en Macharaviaya, Málaga, Bernardo Vicente Apolinar de Gálvez Gallardo.

1762

13 de noviembre: Por el Tratado de Fontainebleau, Francia le entrega Luisiana, incluida su capital, Nueva Orleans, a España.

1763

10 de febrero: El Tratado de París pone fin a la Guerra de los Siete Años.

1765

26 de abril: José de Gálvez zarpa hacia Nueva España como visitador.

1767

14 de abril: José de Gálvez pone al mando del coronel de dragones Domingo Elizondo 1100 hombres, incluidos 700 soldados profesionales de la llamada «Expedición Sonora», entre los que se encuentra la 1.ª compañía franca de Voluntarios de Cataluña, al mando del capitán Agustín Callís, un veterano de las guerras de Italia y Portugal. Es el mayor ejército que ha visto Sonora hasta entonces. Su misión: someter a los indios pima y seri, que se han sublevado de nuevo y hecho fuertes en Cerro Prieto —la sierra de Santa Rosa, entre Guaymas y Hermosillo—.

25 de junio: Expulsión de los jesuitas de Nueva España. Tardarán aún dos años más en salir de California.

1768

Octubre: Una expedición de castigo mata en Ojo Caliente, Nuevo México, al jefe comanche Cuerno Verde, su hijo hereda la jefatura y el tocado ceremonial con cuernos teñidos de verde. La expedición no consigue abrir la comunicación con Texas a través de las tierras dominadas por los comanches.

28 de octubre: Los franceses se rebelan en Luisiana. Charles Philippe Aubry, que fuera el último gobernador francés, reasume el mando de forma interina en nombre de España.

1769

Febrero: Bernardo de Gálvez llega a Nueva España para participar en las campañas contra los apaches.

Marzo: José de Gálvez ordena fundar en Loreto, Baja California Sur, un colegio para formar buenos marineros y pescadores. Divide California en Vieja —hoy Baja— y Nueva —luego Alta— y, con los recursos destinados a expulsar a los jesuitas, envía una expedición de conquista y colonización a la California Nueva.

8 de mayo: José de Gálvez desembarca en la costa de Sonora y ofrece a los seris el perdón o el exterminio. En octubre se lanza la campaña de pacificación de Cerro Prieto, que durará hasta 1771.

Agosto: El general Alejandro O'Reilly es nombrado gobernador y capitán general de Luisiana. Con 2.000 hombres remonta el Misisipi, somete Nueva Orleans, ejecuta a 6 cabecillas y restaura el orden.

31 de agosto: Para acabar con los seris, José de Gálvez ordena ocupar y poblar definitivamente la bahía de Guaymas. Para ello se funda el pueblo de San José de Guaymas.

26 de diciembre: Comienza el conflicto con los británicos por la posesión de las Islas Malvinas. Se extenderá a 1770.

1770

5 de marzo: Comienzan los motines de los colonos norteamericanos contra el gobierno de Londres.

Octubre: Bernardo de Gálvez llega a Chihuahua para tratar de expulsar a los apaches con una expedición que le llevará hasta el río Pecos. Finalizará el 23 de noviembre.

1771

Abril: Los seris y los pimas se rinden definitivamente a Domingo Elizondo en Sonora.

29 de noviembre: José de Gálvez y su sobrino Bernardo, abandonan Nueva España.

1773

20 de enero: Hugo O'Conor es nombrado comandante inspector de presidios con rango de coronel. Ocupará el cargo basta 1777 e intentará hacer cumplir el reglamento autorizado por el rey con fecha 10 de septiembre del año anterior.

1774

Mayo: Athanasc de Mézières, francés al servicio de España, negocia un tratado con los taovayas del Norte de Texas para usarlos de intermediarios con sus aliados comanches.

1775

17 de junio: Batalla de Bunker Hill. La rebelión de los colonos norteamericanos se convierte en guerra abierta contra Gran Bretaña.

8 de julio: Al mando de una compañía del regimieno de Sevilla, Bernardo de Gálvez interviene en la desastrosa

campaña contra Argel, donde es herido de gravedad.

1776

1 de enero: José de Gálvez nombrado Ministro de Indias.

20 de enero: Luis de Unzaga, gobernador de Luisiana, ayuda por primera vez a los rebeldes estadounidenses entregando cinco toneladas de pólvora del rey al capitán George Gibson, del Consejo de Defensa de Virginia, que remonta el Misisipi bajo protección de la bandera española.

23 de marzo: Tras 26 días de cerco, 1.500 portugueses logran rendir el fuerte de Santa Tecla, hoy en Bagé, Brasil, defendido por 200 españoles. Lo incendian y arrasan al día siguiente; luego atacan los de Santa Bárbara y Trindade y recuperan la villa de Rio Grande.

8 de mayo: Zarpa de Cádiz la última Flota de Indias al mando del jefe de escuadra Antonio de Ulloa. Regresará en 1778.

1 de agosto: José de Gálvez crea el virreinato del Río de la Plata.

22 de agosto: Una Real Cédula de Carlos III crea en Nueva España la Comandancia General de las Provincias Internas.

16 de noviembre: Apaches y seris atacan las misiones de San Ignacio y Magdalena, en Sonora.

1777

1 de enero: Bernardo de Gálvez asume el cargo de gobernador interino de la Luisiana, ese mismo año contraerá matrimonio con María Felicidad de Saint Maxent Estrellan.

2 de enero: El brigadier Teodoro de Croix asume su cargo de comandante general de las Provincias Internas. Se mantendrá en el puesto hasta 1783.

Mayo: Juan Bautista de Anza llega a Sonora como comandante militar de la provincia. Se encuentra con que su

situación es tan precaria que los comanches están a punto de colapsarla.

Junio: Los apaches queman la iglesia y edificaciones de San Cayetano de Calabazas, al Sur de Arizona. Sus ataques obligarán a abandonarlo en 1786.

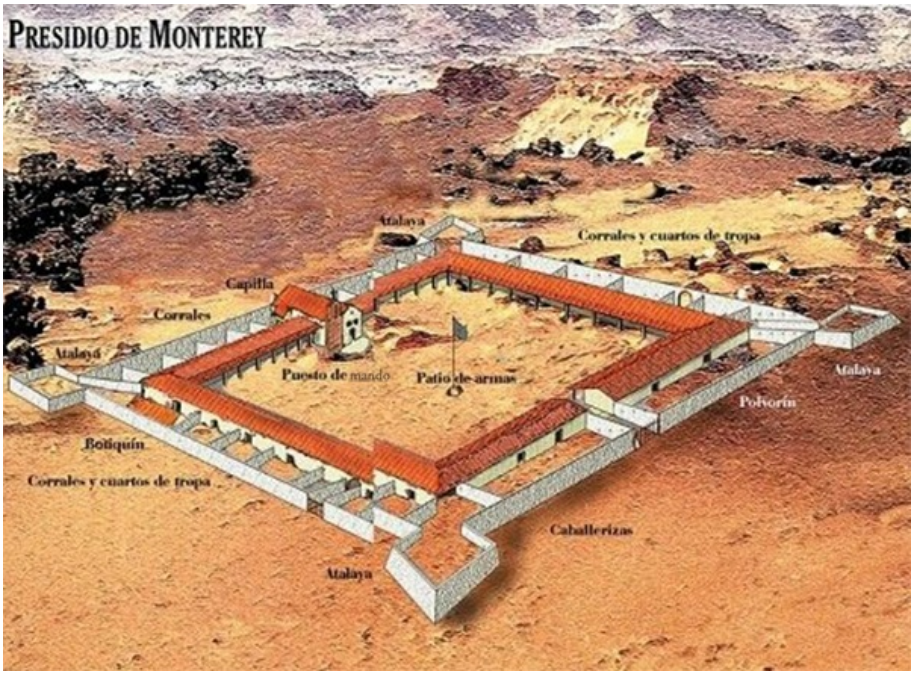
1778

Julio: Comienza la Campaña de Illinois, del general rebelde norteamericano George Rogers Clark. Cuenta con el aprovisionamiento de las autoridades españolas de Saint Louis y Saint Geneviéve, en Misuri.

Agosto: Llamados por el gobernador Bernardo de Gálvez, que quiere proteger Nueva Orleans con cuatro nuevas fundaciones próximas, colonos de Canarias se establecen en Luisiana.

Septiembre: Fundación de San Bernardo, en Luisiana, junto al río Rojo, como pueblo de los indios taovayas. Su nombre se elige en honor al gobernador Bernardo de Gálvez.

Octubre: Bernardo de Gálvez envía a su tío José un mensaje instándole a confiar en el comercio más que en la guerra para atraer a los indios, con el argumento de que costará a la Corona diez veces menos. Le hará caso en febrero del año siguiente.



Representación del Presidio Real de San Carlos de Monterrey, en California, construido junto a la misión de San Carlos Borromeo de Carmelo, fundada por fray Junípero Sena. San Francisco y Aíonterrey eran los últimos eslabones de la línea de presidios establecida entre 1770 y 1780. La imagen que se presentaba siempre de estas posiciones era la de que se enfrentaban a partidas de asaltantes con una abrumadora superioridad numérica, cuya fuerza era heroicamente resistida por apenas un puñado de españoles. Estos, no obstante verse superados en número, lograban infligir en los atacantes mucho mayor daño del que recibían. La conclusión a la que llegaban en la Corte de Madrid, derivada de estos despliegues de eficacia, era que si unos pocos españoles hacían frente a cientos de agresores apaches, entonces el refuerzo de las guarniciones existentes aseguraría una campaña efectiva para someter a todos los indios rebeldes. Estaban completamente equivocados. Infografía de Juan Ignacio Cuesta. Colección particular.

1779

22 de febrero: José de Gálvez transmite a Teodoro de Croix una real orden por la que se anulan las disposiciones de 1772 contra los apaches, que a partir de ahora deberá tratar de atraer por medios pacíficos.

4 de abril: Matías de Gálvez es nombrado presidente de la Audiencia, gobernador y capitán general de Guatemala.

27 de junio: España le declara la guerra a Gran Bretaña.

15 de agosto: Bernardo de Gálvez organiza una expedición terrestre contra Florida Occidental. El gobernador de Texas, Domingo Cabello y Robles, le envía 10 000 cabezas de ganado vacuno, escoltadas por soldados de los presidios de Béxar y La Bahía, para alimentar a las tropas.

3 de septiembre: Juan Bautista de Anza combate con los comanches y mata a Cuerno Verde y a su primogénito. Los comanches se retiran a los territorios de Oklahoma y Texas.

7 de septiembre: Bernardo de Gálvez toma el fuerte Bute, de Manchak.

15 de septiembre: Los españoles toman la británica Belice, pero no ocupan el territorio.

21 de septiembre: Capitulación del fuerte de Baton Rouge y entrega sin resistencia del fuerte Panmure, de Natchez.

28 de noviembre: Matías de Gálvez reconquista el fuerte San Fernando de Omoa en Honduras.

Diciembre: Fin de la primera campaña. Supone para España el control de toda la cuenca baja de Misisipi, y para Bernardo de Gálvez su ascenso a mariscal de campo.

1780

16 de enero: La escuadra inglesa de Rodney derrota a la escuadra de Juan de Lángara en el sitio de Gibraltar.

14 de marzo: Gálvez toma fuerte Charlotte, en Mobila.

28 de marzo: Primer intento de tomar Pensacola con una expedición naval.

8 de abril: Plan de operación en América para llevar a cabo el dictamen del conde de Riela.

28 de abril: La expedición de Solano zarpa de Cádiz rumbo a La Habana para la campaña americana.

Mayo: José de Gálvez solicita a Teodoro de Croix que pida a los habitantes de las Provincias Internas dinero para ayudar a los revolucionarios de las colonias inglesas. Se recaudarán millones de pesos.

12 de mayo: los británicos se rinden en Charleston al Ejército Continental.

26 de mayo: Ataque británico a San Luis de Illinois.

Junio: Se extiende por Nuevo México, Texas y Coahuila una gran epidemia de viruela que afecta especialmente a los comanches, wichita y apaches lipanes. Durará más de un año.

Julio: Teodoro de Croix ofrece 100 pesos a cualquiera persona en Nuevo México que capture, vivo o muerto, un apache varón. Crea también un fondo para redimir cautivos de los indios que será aprobado por la corona en 1782.

16 de octubre: La segunda expedición a Pensacola zarpa de La Habana. Es alcanzada por un huracán.

21 de octubre: Las fragatas *Cecilia* y *Nuestra Señora de la O* al mando del capitán Gabriel de Aristizábal, rinden dos fragatas británicas armadas en corso a 50 kilómetros al noroeste de La Habana, la *George,* de 24 cañones, y la *Nancy,* de 18. Iban de Jamaica a Charlestown con mercancías por valor de 200 000 pesos fuertes.

Diciembre: Fin de la segunda campaña. Iniciada con el fin de expulsar a los británicos de la Florida Occidental, finaliza sin éxito con el regreso de Gálvez a La Habana.

26 de diciembre: Los británicos derrotan a los independentistas que había atacado Fort Saint Joseph, en Michigan, y dos jefe milwaukee acuden a San Luis para pedir ayuda a las autoridades españolas y ponerse bajo su protección. La ayuda milwaukee permitirá desde entonces a España mantener la región.

1781

3 de enero: Reconquista española del fuerte Inmaculada en el río San Juan de Nicaragua.

7 de enero: El teniente De Castro rechaza el ataque inglés contra Mobila.

12 de febrero: Una expedición española al mando de Eugéne Purré, apodado «Beausoleil», remonta el Misisipi y toma el fuerte británico de San José, en el lago Michigan.

22 de abril: Sublevación contra España de los habitantes de Natchez y toma del fuerte Panmure.

8 de mayo: Bernardo de Gálvez toma Pensacola. Se logra el dominio de toda la Florida y un notable apoyo para los independentistas norteamericanos.

14 de junio: Se firma en Pensacola un acuerdo con los creek, ratificado en 1784.

Julio: José de Gálvez manda refuerzos para sofocar la sublevación en América meridional.

21 de julio: Saavedra suministra 1 000 000 de pesos a la escuadra francesa para sufragar sus gastos, ir a Yorktown, y abastecer a las tropas de George Washington.

19 de octubre: El general Cornwallis se rinde en Yorktown.

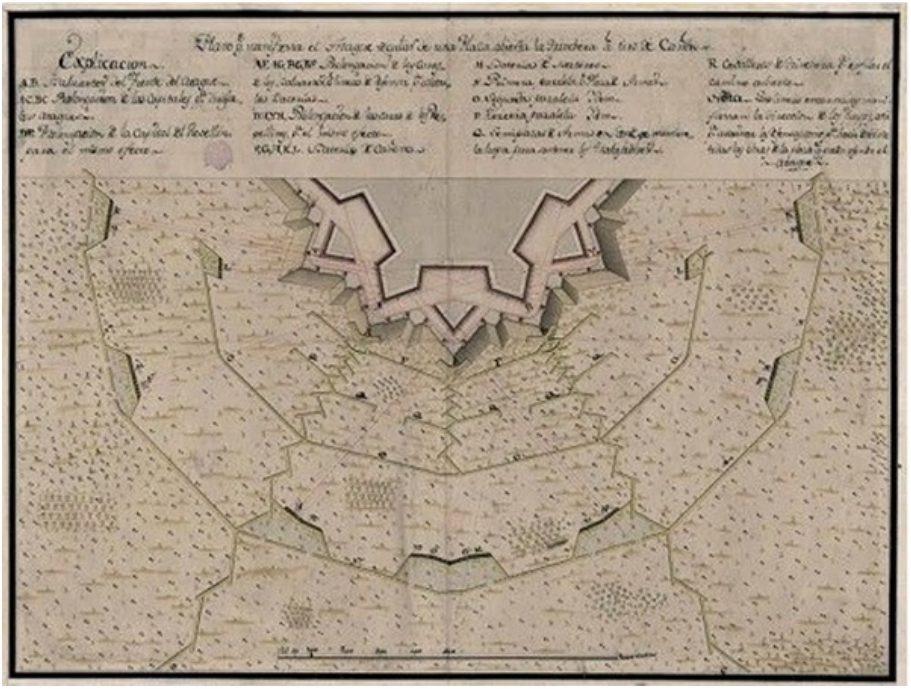
1782

1 de febrero: Bernardo de Gálvez nombra a Esteban Rodríguez Miró gobernador interino de Luisiana y se traslada al puerto francés de Guaneo para preparar la campaña contra Jamaica.

4 de febrero: La guarnición inglesa de Menorca se rinde al duque de Crillón.

16 de marzo: Matías de Gálvez ocupa la isla de Roatán en Honduras.

4 de abril: Toma del fuerte del río Tinto rebautizado como Inmaculada Concepción de Honduras.



Plano que representa la forma genérica de realizar el ataque contra una plaza fortificada, una vez abierta la trinchera para tenerla a tiro de cañón. Según la nota manuscrita, las líneas rojas indican la dirección de los fuegos, tanto para arruinar las defensas como para batir de rebote el resto de posibles obras de la plaza. Desde que se aplicaron en el asedio de fortificaciones la zapa, las pararalelas, la construcción de reductos, o los caminos cubiertos, la superioridad se inclinó la mayoría de las veces a favor del sitiador, pues podía presentar siempre un frente de mayor extensión que el atacado, sirviéndose al mismo tiempo de las mismas máquinas e idénticos medios ofensivos de los que disponía el sitiado para su protección. Obra anónima. Biblioteca Nacional de España, Madrid.

8 de abril: Sale de la Martinica una flota francesa de 35 navíos de guerra, bajo el mando del conde De Grasse que, con apoyo español, pretende conquistar Jamaica. Al día siguiente es interceptada frente a la Dominica por la flota inglesa de 36 navíos de los almirantes *sir* George Rodney y Samuel Hood.

12 de abril: La flota del almirante De Grasse es derrotada en el paso de Los Santos, entre las islas Dominica y

Guadalupe. De Grasse queda prisionero. Diecinueve navíos muy averiados, al mando del marqués de Vaudrevil logran entrar en Guarico el día 26 con la protección de la escuadra de Solano, que ha zarpado 4 días antes para dar cobertura a los supervivientes.

1 de mayo: 600 apaches atacan Tucson, defendido por 100 españoles. Son rechazados.

8 de mayo: Toma de las Bahamas por Cagigal.

13 de septiembre: Fracaso del ataque de las baterías flotantes contra Gi-braltar.

30 de noviembre: Gran Bretaña, Francia y España reconocen la independencia de los Estados Unidos y fijan sus límites fronterizos en el río Misisipi al Norte del paralelo 32°28'N, con España, y en los Grandes Lagos con Inglaterra.

25 de diciembre: Los apaches vuelven a atacar Tucson. El teniente José María de Abate tiene que construir, a su costa, un muro de protección.

1783

7 de enero: Bernardo de Gálvez es relevador por el conde de Estaing como jefe del ejército en América.

20 de enero: Firma de los preliminares del tratado de paz entre España y Gran Bretaña.

13 de febrero: Al ser nombrado virrey del Perú, Teodoro de Croix cede la comandancia general de las Provincias Internas al brigadier Felipe de Neve.

20 de febrero: Dos acaudalados residentes de ciudad de México, con grandes ranchos en Coahuila, Juan Lucas de Lasaga, caballero de la Real Orden de Carlos III y administrador general de minería, y el marqués de San Miguel de Aguayo, se quejan al rey por carta de los ataques apaches, lo que fuerza a José de Gálvez a cambiar las

disposiciones contra los indios de 1779 y restaurar las de 1772.

29 de abril: Matías de Gálvez toma posesión de su cargo como virrey de Nueva España.

1 de junio: Bernardo de Gálvez evacúa el ejército de operaciones en Guarico.

3 de septiembre: La guerra termina definitivamente con la firma del tratado de paz.

1784

26 de abril: Felipe de Neve lanza una gran ofensiva de exterminio contra los apaches. Las operaciones terminarán el 6 de julio.

Mayo: Gran Bretaña entrega a España la Florida Oriental, ya con la actual frontera con Georgia, fijada después de 1763 y límite Oeste en el Apalachicola.

10 de mayo: Bernardo de Gálvez envía al piloto José de Evia para que cartografíe la costa desde los cayos de Florida hasta Tampico, en México.

31 de mayo: Se ratifica en Pensacola el tratado suscrito en 1781 con los creek.

22 de junio: Las autoridades españolas de Mobile llegan a acuerdos de amistad, trato y comercio con representantes de las tribus alabama, chickasaw y choctaw. Durante la guerra se habían dividido entre aliados de España y de Gran Bretaña.

26 de junio: España cierra el Misisipi a los comerciantes norteamericanos.

Noviembre: Toma posesión de su cargo en las Provincias Internas José Antonio Rengel de Alcaraz y Páez, su tercer comandante general. De inmediato pone fin a las órdenes de Neve de ejecutar a los indios tarahumaras del oeste de Chihuahua que estén encarcelados. Para entonces 24 ya han

sido ahorcados, destripados o descuartizados y sus cabezas exhibidas en sus aldeas como escarmiento.

3 de noviembre: Fallece en México Matías de Gálvez.

Diciembre: Tras la campaña del año anterior, algunos jefes comanches piden la paz en Nuevo México. Se dividen las opiniones entre actuar en la Apachería con la fuerza o buscar una solución negociada.

1785

17 de junio: Bernardo de Gálvez toma posesión de su cargo como virrey de Nueva España.

Octubre: Gálvez ordena la construcción del acueducto de 5 kilómetros de Valladolid para paliar los efectos de la sequía y la hambruna, que comienza a afectar el centro de Nueva España.

9 de octubre: El rey crea el marquesado de Sonora y el vizcondado de Sinaloa y se los concede a José de Gálvez.

1786

28 de febrero: Juan Bautista de Anza, gobernador de Nuevo México, firma en Santa Fe la paz con los comanches occidentales, representados por Ecueracapa, y una alianza con ellos contra los apaches. Durará un siglo. También consigue que Ecueracapa acepte la paz con los utes.

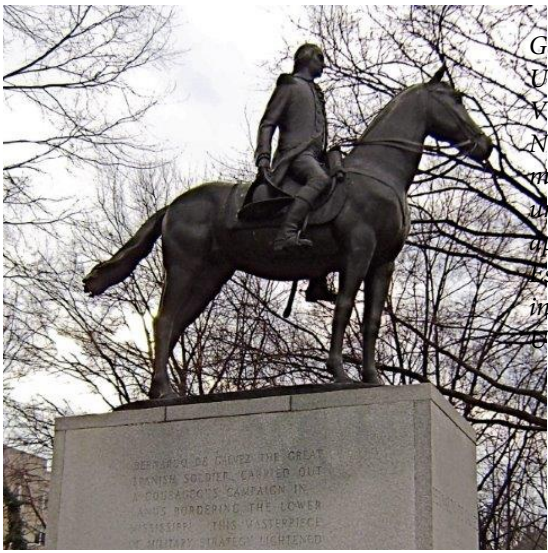
2 de abril: Los creeks declara la guerra al estado de Georgia. Cuando las autoridades españolas amenazan con cortarles la ayuda que reciben desde 1784, se avienen a firmar la paz.

Agosto: Bernardo de Gálvez promulga sus *Instrucciones para el gobierno de las Provincias Internas de Nueva España,* que consolidan el cambio de guerra ofensiva a defensiva e instituyen la política de sobornar a los apaches para que dejen

de combatir. Estarán vigentes hasta la independencia de México.

26 de agosto: La Comandancia de las Provincias Internas queda dividida en tres: Oriente, Centro y Occidente.

30 de noviembre: Tras una larga y penosa enfermedad, fallece en México Bernardo de Gálvez.



La estatua de Bernardo de Gálvez en Washington D.C. Ubicada en la intersección de Virginia Avenue y 22nd Street, N.W., es un recuerdo al notable militar español, al tiempo que un reconocimiento de la aportación de los soldados de España a la causa de la independencia de los Estados Unidos.

1787

17 de marzo: Carlos III firma la Real Orden que divide el virreinato de Nueva España en Intendencias. Una propuesta que había hecho José de Gálvez por primera vez en 1771.

25 de mayo: George Washington es elegido como primer presidente de la Convención Constitucional de los Estados Unidos. El embajador español, Diego de Gardoqui, está presente en la ceremonia.

17 de junio: Fallece en Aranjuez José de Gálvez.

1800

1 de octubre: Firma del Tratado de San Ildefonso. Francia recupera la Luisiana, a cambio de territorios en Italia para el duque de Parma.

1803

30 de abril: Napoleón Bonaparte vende la Luisiana a los Estados Unidos por ochenta millones de francos.

1819

22 de febrero: Firma del tratado Adams-Onís. España vende la Florida a los Estados Unidos, tras iniciar estos una guerra contra los seminólas en 1813.

1821

10 de julio: España cede a los Estados Unidos el resto de sus territorios en Florida a cambio de mantener la soberanía sobre Texas.

APÉNDICE

Las naciones indias



Joseph Brant —Thayendanegea—. Obra de Gilbert Stuart realizada en 1785. Museo Británico, Londres.

No creo que la apachería se sujete voluntariamente; Dios puede hacer ese milagro.

Bernardo de Gálvez

Algonquinos

Su contacto con los misioneros españoles fue escaso. Se limitó a las pocas expediciones costeras que en el siglo XVI exploraron el Este de Norteamérica. Se extendían por los actuales estados de Carolina del Norte y Virginia, junto a los ríos James, York y Rappahannock. Los ingleses los conocían con el nombre de «Powhatans», debido a Powhatan, el jefe de la zona en la que establecieron la colonia de Jamestown en 1607. Fueron masacrados entre 1622 y 1644 por los colonos ingleses. El único grupo que convivió con los españoles fue el que vivía a lo largo de río Savannah.

Apaches

Fue el nombre dado a un grupo de naciones culturalmente cercanas del este de Arizona, norte de Sonora y Chihuahua, Nuevo México, regiones de Texas y las Grandes Llanuras. Lingüísticamente pertenecen a la familia atapascana, igual que los navajos. Expulsados de las praderas de Nuevo México por los comanches, los diversos grupos apaches, que llevaban varios siglos de relación más o menos pacífica con los indios pueblo y los españoles, recuperaron su antigua tradición seminómada. Luego, despojados de sus zonas de caza y establecidos entre los ríos Colorado y Brazos, en Texas, encontraron en los ganados de las misiones y presidios un magnífico sustituto del bisonte. Cazadores y recolectores de productos silvestres, hacían trueque y practicaban el pillaje para subsistir.

Conocían perfectamente su vasto territorio, que defendieron tenazmente. Siempre mostraron una gran fiereza como guerreros y mucha habilidad como estrategas. En 1540 los primeros exploradores españoles de las tierras del Norte de Nueva España emprendieron una larga lucha contra ellos, dado su difícil sometimiento. No se rindieron hasta 1886,

cuando los chiricahuas fueron deportados a Florida y Alabama y confinados bajo vigilancia militar.

Atakapas

Parientes lejanos de los túnica, habitaban la costa del Golfo de México en la frontera entre Texas y Luisiana. Parte de su herencia, al menos genética, ha permanecido entre los creoles del Este de Luisiana.

Caddos

La gran familia de pueblos a la que pertenecían se extendió desde el valle del Misuri hasta el sur de Luisiana. Cuando España adquirió el control de la zona, los que habitaban las fronteras actuales de Texas, Oklahoma y Luisiana, estaban ya muy integrados en el sistema colonial francés. Tras la venta de Luisiana y el abandono español de sus últimos puestos en la región, fueron empujados poco a poco hacía el Territorio Indio de Oklahoma.

Cherokees

La mayor nación del Suroeste. De lengua de la familia iroquesa, se trasladaron al Sur tras una larga marcha muchos años antes del descubrimiento de América. Desarrollaron una sofisticada cultura y contactaron con los españoles ya en la década de 1540.

Aliados habituales de los británicos se habían enfrentado varias veces a los españoles de Florida, pero cuando España, tras el Tratado de Paz de París, mantuvo su pugna fronteriza con los Estados Unidos, pasaron a apoyarla debido a que las continuas violaciones de su territorio por los colonos estadounidenses los empujaban cada vez más al Oeste. Finalmente la tribu se dividió y, en su mayor parte, marchó al Territorio Indio.



El jefe cherokee Tahchee, conocido como William «El holandés» —en su idioma, Tahchee es literalmente, «holandés»—. Tercero de los cuatro hijos de Skyugo, famoso líder de su nación. Con la progresiva conquista del Oeste, los indios de las llanuras fueron expulsados de sus tierras y obligados a cambiar su estilo de vida. El tratado que los cherokees firmaron con los estadounidenses en 1828 fue considerado tan ofensivo por muchos de los guerreros, que se decidieron a abandonar su región, trasladarse a Texas y formar partidas dispuestas a luchar contra los blancos o el resto de sus aliados indios. Obra de Charles Bird King realizada en 1837.

Cheyenes

Habitaban las Grandes Llanuras. Se componían de dos tribus, los Sotaeo'o y los Tsitsistas. Su nombre deriva de una palabra sioux que significa «pequeño cree».

Eran aliados de los arapajó y los sioux lakota. Su nación comprendía diez grupos que se extendían por todas las grandes praderas, desde el sur de Colorado a las Colinas Negras, en Dakota del Sur. Hacia mediados del siglo XVIII los grupos empezaron a separarse; algunos permanecieron cerca de las Colinas Negras, y otros se establecieron cerca del río Platte, en el centro de Colorado.

Chickasaw

De la familia lingüística muskogui, se dividían en dos grupos, Impsaktea e Intcukwalipa. Ocupaban el Noroeste de las orillas de los ríos Misisipi y Alabama.

Durante el siglo XVIII se vieron envueltos en los conflictos coloniales entre franceses e ingleses. Enemigos tradicionales de los choctaw, cuando estos se aliaron con los franceses, ellos lo hicieron con los ingleses. Vivían en fortificaciones y controlaban el comercio entre Luisiana e Illinois. Tanto hombres como mujeres luchaban a caballo.

En 1760 pactaron con los franceses de Luisiana, gracias a los oficios del jefe Piomingo, opuesto al jefe creek McGuillivray. En 1775, dirigidos por James Colbert, ayudaron a los británicos contra los colonos norteamericanos, hasta que se rindieron en junio de 1785. Hacia 1805 cedieron la mayor parte de Tennessee; en 1816 todas las tierras de Alabama y en 1818 el resto de Tennessee.

Chiricaguas

Se llamaban a sí mismos *sagatajen-né*. Habitaban la Sierra Chiricagua, que les daba nombre. Unidos y aliados con los navajos y algunas cuadrillas de tontos, sus vecinos, atacaron la provincia de Sonora. Tuvieron coalición con los séris, suaquis y pintas bajos, a los que absorbieron. Rota su alianza con los navajos, trataron de llegar a la paz en la provincia de Nuevo México. Algunas de sus rancherías se establecieron pacíficamente en los presidios de Bacoachi y Janos; otras se quedaron en su territorio, enfrentados a navajos y moquinos, a quienes intentaban robarles el ganado y hacerles el mayor daño posible.

Limitaban por el Norte y por el Oeste con los tontos, por el Sur con los españoles y con los gileños por el Este. Estaban divididos en cuatro bandas que llegaron a mezclarse y emparentar entre sí: Bedonkohes, Chihennes, Chokonen y Nednais. Eran los apaches más belicosos y conocidos. Entre sus líderes estuvieron Cochise, su hijo Naiche, Gerónimo, Mangas Coloradas, Victorio y Nana.

Chitimachas

Habitaban el delta del Misisipi. Eran hábiles pescadores y grandes cazadores de caimanes. Envenenaban el agua para ahuyentar a sus enemigos. Alejados de los terrenos que ocupaban los europeos quedaron cada vez más aislados en su oscuro mundo de los pantanos.

Choctaws

Independientes y guerreros, de raíz Muskogee, se defendieron bien de las agresiones francesas y se mostraron en general favorables a los británicos, aunque a España le vino muy bien su constante oposición a los norteamericanos. Vivían el Oeste del río Tombigbee, en Alabama y Misisipi. Divididos en distritos y ciudades, formaban una sociedad matriarcal gobernada por poderosos jefes guerreros. Se deformaban el cráneo desde niños y llevaban largas cabelleras.

Estaban asociados o emparentados con tribus más pequeñas que se extendían desde el bajo Misisipi y Luisiana hasta el Noroeste de Florida. Un pequeño grupo eran los napochi, del río del Guerrero Negro. Los únicos choctaws que han sobrevivido fueron los que se mezclaron con los colonos franceses del delta del Misisipi.

Comanches

Nómadas, procedían del lago Atabasca, en el lejano Norte canadiense. No alcanzaron la frontera de las provincias españolas hasta el siglo XVIII. Desde allí se extendieron lentamente hacia el Sur y comenzaron a hostigar los puestos aislados de Texas y Nuevo México. Tras diversas campañas de castigo, el gobernador Domingo Cabello y Robles firmó con ellos un tratado en 1785 que permitió una paz aceptable basada en el comercio y los regalos. Se mantuvo vigente hasta el final de la presencia española.

Creek

Parte de la gran confederación de tribus de lengua Muskogee. Se dividían en dos grandes grupos, los altos creeks, en los ríos Alabama, Coosa y Tallapoosa; y los bajos creeks, en los ríos Chattanoochee, Flint y Ocmulgee. Cada grupo se separaba a su vez en otros menores, como los hitchiti, okmulgge y mikasuki, de los bajos creeks, o los alabama, koasati y tuskegee, de los altos creeks. Casi siempre aliados a los ingleses, fueron esenciales para conservar las Floridas en manos españolas en el periodo de la segunda dominación —de 1784 a 1821—, pues su odio a los norteamericanos, contra los que habían combatido durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, hizo que sus jefes se volvieran aliados de España. En la década de 1830 fueron expulsados de sus tierras y enviados a Oklahoma.

Gileños

Era una de las ramas apache más guerrera y sanguinaria. Limitaban por el Oeste con los chiricaguas; por el Norte con la provincia de Nuevo México; por el Este con los mimbreños, y por el Sur con la frontera de Nueva España.

Atacaban indistintamente en Sonora y Nueva Vizcaya, cuyos territorios les eran tan conocidos como los propios. Siempre estuvieron unidos a los mimbreños, con los que compartieron frutos y riesgos. El repetido castigo que sufrieron en el siglo XVIII redujo sus fuerzas a tres cuartas partes del total. Varias rancherías que se suponían pacíficas se establecieron en el presidio de Janos. El resto permanecieron en sus tierras, sin dejar de hacer incursiones sobre los asentamientos españoles.

Iowas

De la familia siouan, vivían en las orillas del lago Ontario y en las riberas de Misisipi, desde donde emigraron hasta el actual Iowa. En 1760 se calcula que eran unos 1 100.

Sus costumbres eran parecidas a las del resto de tribus de las llanuras, como los omaha, ponca y osage. Cazadores semisedentarios, cultivaban maíz. Vivían en casas cubiertas de tierra con forma de horno, pero también usaban el dpi durante la época de caza o en las incursiones guerreras. Como los osage o los kansa, llevaban el pelo rapado, decorado con piel de ciervo. Recibían reconocimiento en batalla por tres razones: comportamiento valeroso, matar a un enemigo o decapitarlo y cortarle la cabellera. Entre 1820 y 1830 cedieron sus tierras de Minnessota, Iowa y Misuri a los Estados Unidos.

Jicarillas

Se llamaban a sí mismos *yntujen-né*. Los españoles, al ver que atacaban como los antiguos egipcios, los denominaron faraones. Después los apodaron jicarillas, diminutivo de jicara —vasija pequeña—, porque realizaban alfarería. Sus tierras limitaban por el Norte con la provincia de Nuevo México; por el Oeste con los apaches mimbreños; por el Este con los mescaleros y por el Sur con la provincia de Nueva Vizcaya.

Eran muy numerosos y estaban divididos en dos grandes grupos: los llaneros o jicarillas del este, que vivían en verano en tipis para cazar búfalos en las llanuras al este del río Grande y en invierno iban a las montañas entre el río Colorado y el río Grande; y los olleros o jicarillas del norte, que vivían al oeste del río Grande, a lo largo del río Chama, y practicaban una incipiente agricultura.

Fueron indiferentes a la presencia española hasta la década de 1700, cuando la rebelión de los indios Pueblo desencadenó la reconquista de Nuevo México. A partir de entonces una

parte se unió a los mescaleros en sus ataques a Nuevo México y Nueva Vizcaya. Los que vivían pacíficos en Nuevo México estaban en terrenos contiguos al pueblo de Taos, frontera con los comanches, y en el presidio de San Elizario. De los cerca de 10 000 jicarillas que había a finales del siglo XVIII, en 1897 quedaban 330.

Kiowas

Cuando llegaron los primeros europeos vivían principalmente en la cuenca norte del río Misouri, las llanuras del oeste de Texas, Oklahoma y el este de Nuevo México. En 1650 emigraron al sur, hasta las Colinas Negras, y compartieron el territorios con los indios cuervo —*crow* en inglés—.

Empujados al sur por la invasión de cheyennes y sioux, descendieron por el río Platte hasta la cuenca del río Arkansas. Allí lucharon con los comanches que ocupaban esas tierras. Alrededor de 1790, los dos grupos se aliaron y decidieron compartir el área. Desde ese momento, comanches y kiowas desarrollaron profundos lazos de amistad. En esos años también se unió a ellos un grupo adicional, los apaches de las llanuras, llamados en ocasiones kiowa apaches.

Nómadas, sobrevivían a base de carne de bisonte y de los vegetales que recolectaban. Vivían en tipis, y dependían de sus caballos para cazar y hacer la guerra. Destacaban en saqueos a larga distancia. Llegaban por el norte hasta Canadá y por el sur a Nueva España. Aunque los inviernos en su región eran muy duros, se adaptaron fácilmente a ese clima, y no solían estar demasiado tiempo al sur de sus territorios.



Familia comanche de Texas occidental. Obra de Lino Sánchez y Tapia, dibujante de la expedición dirigida por Jean Louis Berlandier. El guerrero utiliza una capa de piel de bisonte.

Lipanes

Situados en la zona más oriental de la Apachería, se llamaban a sí mismos *li-panjen-né*. Cuando llegaron a Texas lo hicieron como una gran tribu, pero después se dividieron en dos grupos: los lipanes septentrionales, en la orilla norte del río Grande, y los meridionales, al norte de Coahuila.

Los primeros enlazaban con los mescaleros y llaneros en los terrenos contiguos a ambas tribus; los segundos, vivían generalmente entre la frontera de la provincia de Texas y el mar. Todos eran enemigos acérrimos de los comanches, sus vecinos. Utilizaban armas de fuego, que adquirían al

comerciar con los indios de Texas, cuya amistad conservaban cuidadosamente. Por el Oeste, limitaban con los llaneros; por el Norte con los comanches; por el Este con los carancaguaces y borrados y, por el Sur, con la frontera de Nueva España. A partir de 1700, la guerra con los comanches los hizo dividirse en 14 bandas diferentes, todas igual de hostiles.



Indios de la tribu sauk. *Emplazados al norte de la Luisiana junto al lago Osakis, en el actual centro de Minnesota, mantuvieron dos guerras devastadoras contra los franceses. Derrotados el 9 de septiembre de 1730, muchas mujeres y niños fueron tomados cautivos, por lo que los guerreros supervivientes se aliaron desde entonces con los británicos. Superados tras la independencia de los Estados Unidos por los colonos y soldados que se extendían hacia el Oeste, intentaron sin mucha fortuna preservar su tierra tribal para mantener la paz.* Obra de George Catlin realizada en 1828.

Llaneros

Se llamaban a sí mismos *cuelcajen-né.* Ocupaban los llanos y arenales situados entre el río Pecos, que ellos llamaban *Tjunchi,* y el Colorado de Texas, que denominaban *Tjulchide.* Vázquez de Coronado los llamó querechos. Más tarde y hasta

1750, los españoles los denominaron carlanas, cuartelejos o bandas paloma. A veces simplemente se los nombraba como apaches de los llanos.

Eran muy numerosos, con gran cantidad de guerreros. Se dividían en natagés, lipiyanes y llaneros propiamente dichos. Combatían contra los comanches y atacaban solo en algunas ocasiones los aposentamientos españoles. Cuando lo hacían, se unían a los mescaleros y faraones, con quienes tenían amistad y una estrecha alianza. Limitaban por el Norte con los comanches, por el Oeste con los mescaleros, por el Este con los lipanes y por el Sur con la línea de presidios españoles.

De 1750 a finales de siglo, los términos natagés y mescaleros se mezclaron indistintamente en muchas ocasiones para denominar a los mismos apaches. Luego, ya en el siglo XX, quedaron incluidos dentro de los jicarillas.

Maidu

Del grupo penutíe, su nombre quería decir «hombre». Se dividían en tres grupos: montaña, valle y gente de la colina.

Ocupaban el valle del Sacramento, en las orillas de los ríos Feather y American, y las montañas adyacentes de Sierra Nevada, California. Eran unos 9 500 en 1770. Vivían en casas de forma circular, con techo cónico provisto de chimenea, fabricadas con palos, corteza, estopa y hierba, cubiertas de tierra. Formaban poblados de 250 personas cada uno, con terrenos propios de caza. Se alimentaban de la recolección de frutos y semillas, la pesca y la caza. Llevaban muy poca ropa. No conocían las técnicas textiles de sus vecinos.

Mescaleros

Se denominaban a sí mismos *sejen-né,* pero los españoles los llamaron mescaleros porque consumían un alimento obtenido de la cocción del tallo y de la base de las hojas del

mescal. Se dividían en 10 bandas, con el tiempo muchas se fusionaron entre ellas o se unieron a los lipanes.

Para la caza del bisonte y atacar a los españoles se aliaban a los llaneros y faraones, sus vecinos. Entraban por el bolsón de Mapimí y asaltaban las provincias de Nueva Vizcaya y Coahuila. Disponían de algunas armas de fuego pero nunca abandonaron las tradicionales. Eran relativamente pocos a causa de las guerras con los comanches sus acérrimos enemigos. Por el Norte limitaban con la Comanchería, por el Oeste con los faraones, por el Este con los llaneros, y por el Sur con la frontera de Nueva España.

Mimbreños

Era un grupo muy numeroso que tomaron su nombre de su principal emplazamiento, las montañas Mimbres, en el suroeste de Nuevo México, pero que vagaban por toda la región desde la orilla oriental del Río Grande, hasta San Francisco en el Río Arizona. Se dividían en dos: altos y bajos. Los primeros vivían pacíficos junto a la provincia de Nueva Vizcaya, en los presidios de Janos y Carrizal, después de haber sido vencidos en diferentes campañas. Los segundos, una cantidad mucho menor, estaban situados más al Oeste, en territorios próximos al Norte de la provincia de Nuevo México. Tenían alianza con los faraones, con los que limitaban por el Este, y se enfrentaban de manera continua con los españoles.

Mojaves

Del grupo de lenguas yumano-cochimíes, vivían en los márgenes del río Colorado, entre Needles y el Cañón Negro. Se cree que había unos 80 000 durante el siglo XVII, pero en 1775 se calcularon en unos 3 000. Influidos culturalmente por los hopi, eran agricultores y se dedicaban a la pesca fluvial.

Vivían en asentamientos rurales, en pequeñas bordas entretejidas y distribuidas por el campo. Los propietarios de cada casa lo eran también de las tierras productivas que tenían alrededor. Enemigos de los pápago y los pima, su prestigio se basaba en el éxito en las batallas, la lucha cuerpo a cuerpo y en poder tocar al enemigo en combate sin matarlo ni herirlo. Tenían una sociedad guerrera secreta, *kwanami,* con arqueros, lanceros y escuderos.

Muy belicosos, no se integraron en el sistema de misiones. En 1821, aunque no reconocían ninguna autoridad, su territorio pasó a México, que lo cedió en 1848 a los Estados Unidos.

Navajos

Sus tierras eran las más septentrionales, repartidas entre los actuales estados de Arizona, Nuevo México, Utah y Colorado. Vivían en 10 rancherías -Sevolleta, Chacoli, Guadalupe, Cerro-Cabezón, Agua Salada, Cerro Chato, Chusca, Tunicha, Chelle y Carrizo—, localizadas en la sierra y mesas de Navajo, que les daban su nombre en español: indios apaches de Navajo. Un topónimo que proviene de *navahuu*, vocablo tewa que significa campo de cultivo en cauce seco. Ellos se denominaban a sí mismos *dineh,* el pueblo. Originarios de Canadá, no emigraron al suroeste americano hasta el siglo XIII.

Desde su contacto con los españoles aprendieron a criar ovejas, sembrar maíz y otras legumbres y a trabajar la plata y las piedras preciosas. Con eso y las mantas y otros tejidos de lana que confeccionaban comerciaban en Nuevo México. Enfrentados a los españoles durante un tiempo, firmaron la paz en la década de 1780 y pasaron a gobernarse por un capitán general nombrado por el virreinato. Enemigos ancestrales de los yutas, con los que lindaban por el Norte,

combatían también contra los chiricaguas y gileños, con los que limitaban por el Sur. Al Oeste eran vecinos de los moquinos, y el Este tenían la frontera de Nuevo México.

En la actualidad, con más de 300 000 personas, son la mayor nación nativa reconocida por el gobierno de los Estados Unidos. Constituyen un organismo independiente que gestiona la reserva de Four Corners.



Salvaje con pintura de guerra, *una obra de Alexandre de Batz realizada en 1732 que representa a la tribu Natchez del Misisipi. Los Natchez eran una variante de la nación Creek que vivía en las orillas del Misisipi. Contactaron con los exploradores españoles en el siglo XVI y consiguieron mantener su cultura hasta que los franceses los destruyeron en 1729 en una corta guerra. Los supervivientes fueron vendidos como esclavos en Santo Domingo o se unieron a otras tribus de la zona. Hoy están extinguidos.* Colección particular.

Paiutes o payutas

Incluían varías tribus con lenguas uto-aztecas. Ocupaban el Sureste de Nevada, las orillas del río Colorado en el Sureste de California, el Oeste de Utah, parte de Oregón e Idaho y el Noroeste de Arizona. Eran recolectores de semillas y cazadores de pequeños animales.

Los españoles no tuvieron ningún problema con ellos cuando atravesaron el territorio en los siglos XVI y XVII. Hasta 1600, cuando los ute adquirieron caballos y armas de fuego,

apenas se diferenciaba a ambos. Entre 1776 y 1821 los atacaron los ute para utilizarlos y venderlos como esclavos. Se llegaría a pagar entre 100 y 400 dólares por un paiute.

Pawnees

Se dividían en cuatro grupos: *skidi* o *skiri, chaui, kitkahahki* y *pitahauirata* o *tapage*. Vivían en la cuenca media del río Platte, en los actuales Nebraska y Kansas. Hacia 1702 eran 2 000 familias. Se cree que procedían del Sur, quizás del golfo de México, desde donde emigraron hacia el Norte por el curso del río Misisipi.

Llegaron a Nuevo México en el siglo XVIII y se enemistaron con los sioux porque los atacaron para robarles caballos, armas y provisiones. Poseían caballos y comerciaron con los franceses hasta 1763; al pasar Luisiana a España, el intercambio de productos decayó. Ayudaron a los norteamericanos contra los ingleses y se mostraron amistosos con ellos después de la compra de Luisiana en 1802. En 1857 les cedieron todas sus tierras.

Mujer ojibwe. *Los ojibwe o chippewa tenían sus tierras en el curso alto del Misisipi, frontera de Luisiana y Canadá. A través de su amistad con los comerciantes franceses, con los que establecieron relación en 1640, comenzaron a utilizar productos europeos y adquirieron armas con las que dominar a sus enemigos tradicionales, los lakota y fox, establecidos al Oeste y Sur de su territorio. En la década de 1780 los ojibwe controlaban casi la totalidad de los actuales Michigan, Wisconsin y Minnesota, lo que incluía la mayor parle del área del río Rojo. También se extendían por las costas del Norte de los lagos Hurón y, hacia el Oeste, hasta las Montañas de la Tortuga, hoy en Dakota del Norte. Formaban parte de una alianza con los anishinaabe, ottawa y potawatomi denominada el consejo de Tres fuegos, enemiga de la Confederación iroquesa.* Obra de Charles Bird realizada en 1837.



Pima

Los *akimel o'odham* o pima vivían en Arizona y Sonora. Su nombre significa «pueblo del río», que los distingue de sus parientes los pápagos —la gente del desierto-. Aparentemente los españoles los llamaron pima por una frase que utilizaban repetidamente que suena igual y significa «No sé».

Pueblo

Eran un conjunto de unos 40 000 individuos que habitaban sobre todo en el estado de Nuevo México. El término «pueblo» se refiere tanto a la agrupación como a su modelo de vivienda: un complejo de habitaciones de varios niveles hecho de barro y piedra, con un techo de vigas cubierto con barro.

El grupo incluye a los hopi, zuñi, keres, jemez y tañoanos. Construían sus poblados sobre una alta plataforma con propósitos defensivos, el más antiguo que se conoce es

Acoma, en Nuevo México. Eficientes agricultores, desarrollaron un importante sistema de irrigación.

Quechanes

También conocidos como yuma, se subdividían en dos grupos: los del río, entre los ríos Colorado y Gila, y los de la montaña, situados al Sur de Arizona, cerca del Gran Cañón. En 1702 eran unos 2 500.

De cultura similar a sus vecinos mojave y a tribus afines, los de las tierras altas no eran agricultores, pues carecían de suficientes recursos hídricos. Se dedicaban a la caza y a la recolección. Los del río sin embargo vivían de los cultivos y la caza, para la que usaban arco y flechas. Eran poco guerreros, pero usaban con gran efectividad en el combate cuerpo a cuerpo una maza corta y redonda y un escudo. Eran los únicos para los que las mujeres eran específicamente botín de guerra.

En 1780 fueron agrupados en rancherías, lo que no evitó que al año siguiente protagonizaran una revuelta contra los españoles. Con el Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848, su territorio fue puesto bajo soberanía de los Estados Unidos.

Seminolas

En origen eran un grupo de bajos creek de Georgia, Oconee y Mikasuki a los que se unieron pequeños grupos de yamasee y yuchi. Juntos absorbieron en la década de 1750 los restos de las tribus timuca y calusa.

Emigraron progresivamente desde el Norte para adentrarse en Florida a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII y establecerse en las tierras entre los ríos Sissimneem, Withlacoochee y el lago Okeechobee. En los años del dominio inglés de Florida se incrementó su población con la llegada de altos creeks de lengua Muskogee. La nueva tribu, conocida

desde 1785 como «semínole», contaba con una buena parte de negros huidos de las plantaciones británicas. Protegidos por las autoridades españolas primero de Luisiana y luego de Florida, los utilizaron mucho en las guerras con sus vecinos anglosajones de Georgia y Carolina del Sur. Odiados por los comerciantes de esclavos y acosados por los colonos estadounidenses, entre 1816 y 1858 libraron tres guerras desesperadas para evitar ser expulsados de sus tierras.

Seris

Vivían en la provincia de Sonora. Su territorio tradicional incluía las islas Tiburón y San Esteban. Se dividían en varios grupos: *Xiica hai iic coii* —conocidos también como tepocas y salineros—, *Xiica xnaai iic coii, Tahejöc comcaac* —se les conocía como seri o tiburones—, *Heeno comcaac, Xnaamotat, Xiica hai iic coii, Tahejöc comcaac* y *Xiica Hast ano coii.*

Los *comcaac,* como se llamaban a sí mismos, eran la antítesis de lo que buscaban los españoles: su territorio no era fácilmente aprovechable, no tenían riquezas acumuladas, no producían lo suficiente para hacer útil la conquista y no eran apropiados como mano de obra para cultivar y servir, ya que desconocían esas actividades. Por ello fueron considerados como un grupo belicoso, dedicado al pillaje y robo del ganado de los blancos. Los españoles primero y los mexicanos más tarde, reaccionaron ante los *comcaac* con políticas violentas, pero fue a mediados del siglo XIX cuando fueron más perseguidos y prácticamente aniquilados tanto por los soldados como por los rancheros mexicanos. Solo algunos lograron huir y refugiarse en la isla Tiburón.

Shoshones

De lengua uto-azteca, se dividían en cuatro grupos, pero uno de ellos, los comanches, formaron una nación independiente. Vivían entre Montana e Idaho y llegaban al

Sureste de California, centro y Este de Nevada, Noroeste de Utah, Sur de Idaho y Oeste de Wyoming. Los shoshones occidentales no tenían organización tribal, y se dividían en familias afiliadas muy lejanamente, que subsistían de recolectar semillas silvestres y pequeños mamíferos. Cada familia era nómada e independiente y solo se unían una vez al año. Algunas obtuvieron caballos y adoptaron la silla de montar española, aunque con ligeras modificaciones en los arneses.

Hacia 1700 fueron expulsados de su región por los pies negros, que los diezmaron con los cree y assiniboine para robarles caballos. A partir de entonces atacaron Nuevo México para conseguir más. En 1781 sufrieron por primera vez una epidemia de viruela.

Siouans

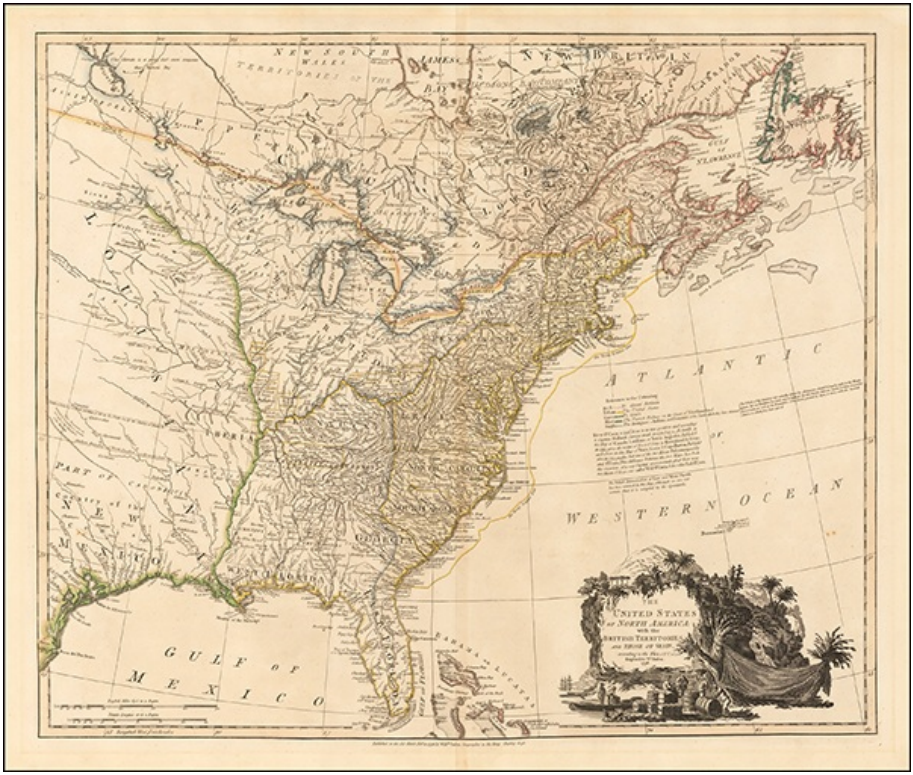
Vivían en Carolina del Sur. Tenían cierta relación con algunas de las grandes tribus de las praderas del Oeste del Misisipi. Los más importantes eran los catawba y los pedee, que ocupaban los ríos que hoy separan las dos Carolinas y, sobre todo, los cheraw, un feroz pueblo guerrero de la zona norte de Carolina del Sur. Al Norte, en el Cabo del Miedo y los ríos Neuse y Haw, vivían los eno, que tenían como vecinos a los tuelo-saponi de Virginia. La mayor parte de estas tribus desaparecieron a lo largo del siglo XVIII por la presión de los colonizadores escoceses, excepto algún grupo de catawbas y los que estaban más mestizados.

Sioux

Eran tres grupos étnicos —lakota, santee y yankton— que hablaban variedades de una misma lengua. Nómadas, aunque a finales del siglo XVIII estaban establecidos en la pradera central del subcontinente norteamericano, se desplazaban según el movimiento de las manadas de bisontes. Los tipis,

fácilmente transportables, eran perfectos para ese tipo de vida.

Temidos guerreros, adoptaron enseguida el caballo y las armas de fuego proporcionadas por franceses y británicos. Arrancaban la cabellera a los enemigos. Hacia el año 1780 se calculaba que podían ser unos 10 000. La Compra de Luisiana en 1803 iniciaría la expansión blanca hacia su territorio.



Mapa de los Estados Unidos de América del Norte con los territorios británicos y españoles limítrofes, de acuerdo al Tratado firmado el 2 de septiembre. *El mapa, coloreado a mano, cubre un área de Terranova y la bahía de James hasta el extremo sur de Texas, aquí llamado «Genis» por la nación india —así se denominaba también a la confederación Hasinai—, que ocupaba la región oriental. William Faden, su autor, lo publicó por primera vez en 1777 durante la Guerra de la Independencia, y regularmente lo revisó y actualizó para añadirle más información. Esta versión, de 1783, es la tercera de las ocho que realizó. La primera en incluir el nombre de Estados Unidos.* Colección particular.

Timicuas

Formaban una confederación de tribus junto a los potano, satuniba y otros grupos más pequeños. Vivían en Cabo Cañaveral, Florida, y su territorio limitaba con la bahía de Tampa al Norte, el río Saint Mary al Sur, y el río Ocilla al Oeste. Eran vecinos de los calusa y de los ais. Los poblados, formados por cabañas circulares levantadas sobre palos cubiertos de hojas de palmito y una casa comunal en el centro, estaban rodeados por una estacada. Eran sedentarios y semiagricultores, vivían de la caza, la pesca y de recoger frutas silvestres y raíces de kunti.

Poseían una organización militar bastante desarrollada y tanto los prisioneros de guerra como sus descendientes eran esclavizados. Se les tenía por cazadores de cabelleras, caníbales y polígamos, Eran amigos de los apalachee y enemigos de los creek. Desde 1700 fueron atacados e invadidos por los muskogee y los ingleses de Carolina del Sur, por lo que se aliaron con los españoles.

Tontos

La más occidental de todas las tribus apaches. Algunas partidas que vivían junto a la línea de presidios de la provincia de Sonora se unieron a los chiricaguas para asaltar asentamientos españoles, pero el resto vivían en paz en sus territorios, o en las proximidades del presidio de Tucson, donde sembraban maíz y legumbres. Se surtían de carne mediante la caza de buras y coyotes, por lo que se conocía también con el nombre de coyoteros. Limitaban al Oeste con los pápagos, cocomaricopas y yavipais; por el Norte con los moquinos; por el Este con los chiricaguas, y por el Sur con la línea de presidios.

Muy numerosos, se dividían en Tonto del Norte y del Sur. Los primeros habitaban la cuenca alta del río Verde y las sierras del norte de las montañas San Francisco, en Arizona.

Formaban 4 bandas. Los del Sur, vivían a lo largo del río Verde, por la Sierra Ancha, y en las montañas Mazatzal. Se dividían en 2 bandas: *Tsé Noltlizhn* y *Dil Zhee*. Esta se mezclaba con apaches yavapais.

Tunicas

Eran un grupo pequeño y aislado de los Muskogees. Ocupaban parte del valle del Misisipi. Famosos en el siglo XVIII por la calidad de sus pieles, todavía hoy siguen viviendo en Luisiana algunos de sus descendientes. Durante el período español, de 1764 a 1804, mantuvieron por lo general buenas relaciones con la administración y los colonos.

Utes

Eran un grupo escindido de los shoshones, que hablaban una lengua propia. Tras la rebelión de los indios pueblo en 1680 y la reconquista española de Nuevo México, utes, apaches y hopis llegaron a una alianza que tenía como objetivo impedir el asentamiento de los blancos en sus tierras. Durante más de una década los tres pueblos colaboraron en los ataques a ranchos y misiones y al robo de caballos y ganado.

Hartos de los saqueos, los españoles emprendieron una expedición de represalia en 1746 y otra al año siguiente, que derrotó a una alianza de utes y comanches en Abiquiu. Ambas campañas causaron un grave quebranto a los utes, que vieron sus campamentos atacados y destruidos, pero no por ello continuaron sus incursiones aliados con navajos, lipanes o comanches.

Durante el último tercio del siglo XVIII la situación en la frontera ute, lo que hoy es el sur de Colorado, mejoró. Los ute integraron cada vez más en el entramado de relaciones comerciales del Norte de Nueva España, por lo que no es de

extrañar la facilidad con la que fueron llevados a la alianza contra los comanches de Cuerno Verde en 1779, en la que los utes mouache colaboraron con verdadera dedicación.

Wichitas

Formaban una confederación en el sur de las Grandes Llanuras junto a otras muchas tribus pequeñas, como los pawnees piques, taovayas, tawakonis, kichais y wacos. Buenos guerreros, cazadores y pescadores, se dedicaban también al comercio. Gracias a sus relaciones con los franceses, desde mediados del siglo XVIII estuvieron en contacto permanente con los europeos.

Conocidos por sus tatuajes en la cara y cuerpo en círculos y líneas, se llamaban así mismos *kitikiti'sh* —el pueblo de los ojos de mapache—. En época de Francisco Vázquez de Coronado se llegó a estimar que su población eran unas 200 000 personas. Unidos a los comanches depredaron el centro de Texas desde sus bases en el norte. Muy dañados por las enfermedades contraídas en sus contactos con los blancos, hoy están prácticamente extinguidos.

Yamasee

Eran una confederación guerrera multiétnica de origen muskogee. Vivían entre el sudoeste del río Savannah y la Florida española, donde llegaron a enlazar con los cusabo y otras tribus menores. Gracias a los misioneros españoles poco a poco se integraron en la sociedad europea de la Florida. Aliados a cherokees, chickasaws, catawbas, apalachees, apalachicolas y yuchis, libraron una brutal guerra con los colonos angloescoceses de la provincia de Carolina del Sur entre 1715 y 1717. Unidos desde entonces a los españoles, combatieron en las campañas de la Guerra de la Oreja de Jenkins —de 1739 a 1718— y en la fase final de la Guerra de los Siete Años —de 1761 a 1763—. Acabado el conflicto

muchos de ellos optaron por no quedarse en Florida, controlada por los británicos, y emigraron a Cuba con los funcionarios, militares y colonos españoles. Durante la campaña de Pensacola regresaron. En 1784, una vez devuelta la Florida a la soberanía española pasaron a integrarse en la nación Semínola.



Jefe kiowa. *Los kiowa se integraron con los apaches de una manera muy simple. Tenían pocos grupos, por lo que se fusionaron con ellos en vez de plantearles alguna oposición. El sistema de parentesco era la base de su estructura social, por lo que no les planteó ningún problema. A menudo, un hombre tenía más de una esposa y por lo general vivía con los parientes de ella, a los que no tardaban en unírseles otros familiares inmediatos. Los tipis con símbolos heráldicos, que se repetían en sus escudos eran los símbolos de una familia.* Obra de Charles Bird King realizada en 1837.

Yanas

Situados al norte de California, en la cuenca superior del río Sacramento, en el centro de las Sierra Nevada, hablaban la lengua hokana. Se organizaban en pequeñas bandas dedicadas a la caza y la pesca. Fueron diezmados por los colonos blancos a partir de la fiebre del oro de 1848. Los supervivientes que no fueron vendidos como esclavos vivieron escondidos en los cañones durante cuarenta años.

Yaquis

Asentados originariamente a lo largo del río Yaqui, en Sonora, su territorio comprendía tres zonas claramente

diferenciadas: la Sierra del Bacatete, una zona pesquera entre Guásimas y Bahía de Lobos y tierras de cultivo en el valle del Yaqui. Medianamente evangelizados y hechos a la vida sedentaria, la expulsión de los jesuitas de sus territorios los hizo finalmente sublevarse y romper el periodo de paz.

Fusiles y mosquetes

Desde el siglo xvii hasta los primeros años del siglo xviii, la mayoría de las naciones no especificaron ninguna norma para la producción de armas de fuego para uso militar. Las adquirían los regimientos de forma más o menos individual, muy a menudo solo al gusto del comprador. A medida que se incrementó su importancia sobre el campo de batalla, esta falta de estandarización condujo a crecientes dificultades en el suministro de municiones y materiales necesarios para la reparación. Para hacer frente a estas dificultades, los ejércitos decidieron comenzar a adoptar modelos con «patrones» estandarizados.

El arma más corriente de la infantería era el mosquete de chispa, ánima lisa y avancarga. Medía alrededor de un metro y medio de largo, pesaba de seis a siete kilos y se le podía adaptar una bayoneta de hasta cuarenta centímetros de longitud. Disparaba un proyectil esférico de plomo que pesaba unos treinta gramos.

Para cargarlo había que realizar una complicada maniobra de hasta veinte movimientos consecutivos. El soldado tomaba un cartucho de la caja que colgaba de su cinturón o del correaje que llevaba en bandolera y le quitaba la tapa con los dientes —por esa razón uno de los aspectos primordiales en la selección médica de los soldados, consistía en verificar que tuvieran la mayor cantidad de piezas dentales posibles—. A continuación, vertía un poco de pólvora del mismo en la cazoleta u oído del mosquete e introducía el resto en el fondo del cañón con ayuda de una baqueta[97]. Luego metía la bala —que mientras tanto mantenía en la boca con la tapa del cartucho—, dentro del cañón y volvía a utilizar la

baqueta para apretar y deformar el proyectil contra la carga de pólvora.

Al accionar el gatillo, una chispa encendía la pólvora de la cazoleta que, a su vez, detonaba la del cañón. La pólvora húmeda, el pedernal desgastado y los fogones u oídos bloqueados causaban numerosos fallos de tiro y, en el entusiasmo y premura del combate, era muy frecuente entre los mal adiestrados reclutas recién llegados, perder la baqueta al olvidarse de sacarla del cañón antes de apretar el gatillo y lanzarla como proyectil.

A diferencia de lo que se ve en las películas, el ánima lisa y la forma irregular del proyectil convertían al mosquete en un arma muy poco certera. Podían lanzar una bala a unos 900 metros de distancia, pero su alcance eficaz era inferior a los 100 metros. Incluso en ese caso, las posibilidades de acertar en el blanco eran mínimas. Por lo tanto, para lograr un verdadero efecto de choque, era necesario agrupar el mayor número de armas posibles y dispararlas al mismo tiempo para lanzar una lluvia de líalas en la dirección del enemigo cuando estaba a unos 50 metros. De esta forma había más probabilidades de que al menos uno de los disparos llegara a su destino.

Mosquete *Brown Bess* corto. Segundo modelo

Las tropas británicas utilizaban la primera evolución del *Long Land Pattern Musket,* de calibre 75 mm. conocido como *Brown Bess.* Un arma con llave francesa[98] que estuvo en servicio durante más de un siglo —desde 1722 a 1838, año en que fue sustituido por un modelo de percusión—, gracias a sus diversos modelos de mosquete y carabina: *Short Land Pattern,*

India Pattern —el tercer modelo entró en servicio en 1790 en la India—, *New Land Pattern Musket* y *Sea Service Musket.*

Los orígenes del nombre *Brown Bess* son variados. Hay quién cree que es una referencia a la reina Isabel I, otros que piensan que hace referencia al color de la madera tratada con una pátina especial para mejorar su permeabilidad y dureza, que se amplió también al barnizado de sus partes metálicas, y un tercer grupo, entre los que nos incluimos, que defienden la idea de que es una traducción del vocablo alemán *braun buss* —arma poderosa—, donde el término *buss* no es más que una adaptación o degeneración de *arquebus* o *blunderbuss.*

El *Short Land Pattern* se produjo por primera vez para las unidades británicas en 1740, como resultado de la lenta evolución del primer modelo de 1728. De avancarga y pólvora negra, era muy similar a la última versión del primer modelo, la de 1756, excepto por el cono del cañón, menos pronunciado, y su longitud, reducida de 46 a 42 pulgadas, de ahí su nueva denominación. Fue el modelo de uso preferente por el ejército británico durante toda la revolución americana por Real Cédula de 11 de junio de 1768. Según se fueron recibiendo las nuevas unidades, las antiguas se distribuyeron entre los indios aliados, lo que no impidió que el Ejército Continental, sobre todo tras la derrota británica en Saratoga, se hiciera también con un número elevado de ejemplares de ambos tipos.

Longitud arma: 149 cm.

Longitud cañón: 110 cm.

Peso: 4,8 kg.

Tipo de proyectil: esférico.

Calibre: 17 mm.

Bayoneta: De cubo, con hoja triangular de 430 mm.

Fusil español para infantería modelo 1757 con llave francesa

Era un arma de avancarga, con ánima lisa y llave de chispa. Las llaves consistían en una serie de prensas ajustables que sujetaban un trozo de piedra de pedernal, muy dura que tenía la propiedad de liberar chispas cuando se la frotaba con otra o con un trozo de metal.

La exposición a los elementos de estas delicadas piezas, obligaba a que en las marchas y durante el mal tiempo, las cazoletas y llaves fueran envueltas en tiras de trapo encerado o engrasado, para preservar el sistema de fuego del arma. Cuando se tiraba del gatillo, se liberaba la llave, la que golpeando con otra pieza especialmente labrada para volverla áspera, soltaba chispas que encendían la pólvora que, al igual que en antiguo mosquete, se había vertido en el oído. Nuevamente, se transmitía el fuego a la cazoleta y luego a la recámara o interior del cañón, deflagrando la pólvora y expulsando violentamente el proyectil.

El calibre se medía por el peso de la bala y no por el diámetro del ánima. El fusil español era de un calibre muy similar al Brown Bess, y rondaba el 1/16 de libra o una onza, que vendría a ser un diámetro de unos 17 o 18 mm.

Su nombre, «fusil», procedía de su mecanismo de piedra y chispa. Se lo dieron los italianos que formaban parte de los regimientos españoles. En italiano la piedra de sílice que se utilizó antes que el pedernal es focaia,

antiguamente y de forma popular: focile. De ahí que el sistema acabara por nombrar el arma.

Longitud arma: 150 cm.

Longitud cañón: 110 cm.

Peso: 4,2 kg.

Tipo de proyectil: esférico.

Calibre: 17 o 18 mm.

Bayoneta: De cubo, con hoja triangular de 299 mm.



Fusil español para infantería modelo 1757. Es el único con llave francesa. Los de las ordenanzas de 1717, 1724, 1789 o 1801 son de llave «de patilla», o a la española. Museo de la industria armera. Eibar.



Mosquete Brown Bess *corto. Segundo modelo. En 1740 se repartió entre los regimientos de dragones y en 1768 entre los de infantería. Fue el mosquete común en el ejército británico entre 1793 y 1797*. Colección particular.

ANEXO

TROPAS EMBARCADAS EL 15 DE FEBRERO DE 1780 EN LA HABANA DESTINADAS A LA MOBILA

Unidad	Oficiales	Tropa
1.º y 2.º batallones del regimiento del Príncipe	42	604
1.º batallón del regimiento de Navarra	31	689
Compañía de cazadores del Fijo de la Habana	2	51
Infantería ligera de Cataluña	4	100
Real Cuerpo de Artillería	2	42
Ayudantes y garzones blancos para el mando de pardos y morenos	2	2
Tropa de color		
Granaderos y cazadores de pardos	5	139
Granaderos y cazadores de morenos	5	139
Milicia suelta de artillería	4	100
Trabajadores de fortificación	2	100

ESCUADRA QUE ZARPÓ DE LA HABANA EL 7 DE MARZO DE 1780

Buques de guerra	Cañones	Comandante
Navíos		
San Gabriel	70	Capitán navío Joaquín de Cañaveral
San Juan Nepomuceno	70	Capitán navío José Perea
San Ramón	64	Capitán navío José Calvo
Fragatas		
N.ª S.ª de la O	42	Capitán navío Gabriel de Aristizibal
Santa Matilde	36	Capitán fragata Miguel de Alderete
Santa Marta	36	Capitán fragata Andrés Valderrama
Caymán	22	Capitán fragata Miguel Goicoechea
Paquebote		
San Pío	18	Teniente navío Pedro Obregón
Bergantines		
Santa Teresa	14	Teniente navío Manuel Bilbao
Kaulicán	14	Teniente navío Ramón Bertendona
Renombrado	18	Teniente navío José M.ª Chacón

San Francisco Javier	10	Patrón Juan Vicente Carta
San Juan Bautista	10	Patrón Pedro Imán
Saetía		
San Peregrino	14	Teniente navío Juan de Herrera
Balandra		
N.ª S.ª del Carmen	14	Teniente fragata Miguel de Sapiain

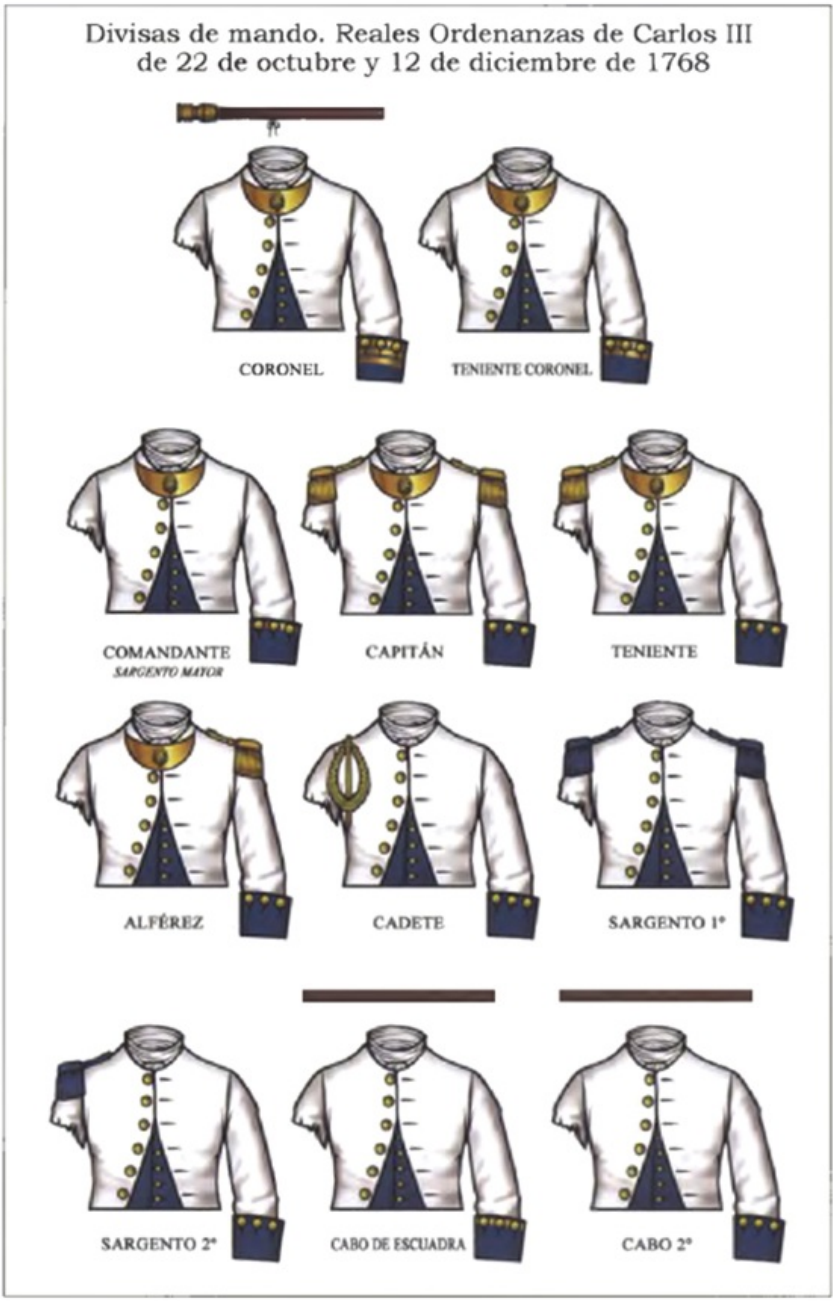
Buques de transporte	Cañones	Capitán
Fragatas		
El Corazón de Jesús	1	José María Mongioti
San Juan Baptista	8	Juan Gamindes
Nuestra Sra. Del Carmen	8	Francisco Pruna
San Ignacio de Loyola	6	Josef Magarola
La Luisiana	9	Claudio Chabot
Saetías		
El Santo Cristo del Calvario	6	Jaime Espárrago
Nuestra Sra. del Carmen	4	Jaime Fornell
San Cayetano	7	Cristóbal Rosell
San Francisco de Paula	5	Jaime Tremoll
Jesús, María y José	8	Rafael Ferret
Santa Rosalía	8	Josef Antonio Gatell
El Ángel de la Guarda	6	Francisco Camacho
El Santo Cristo del Calvario	8	Félix Grau
Pura y Limpia Concepción	4	José Soler
N.ª S.ª de los Remedios	5	José Barrera
N.ª S.ª de los Desamparados	2	José Blanch
Paquebote		
San Magín	-	Josef Robira
Bergantines		
Santa Eulalia	4	Mariano Fontrodona
San Juan Baptista	4	Juan Vilaró
N.ª S.ª del Carmen	-	Antonio Morales

EJÉRCITO DE LAS DOS CORONAS ANTE PENSACOLA. ABRIL DE 1781

Plana mayor
Comandante general: Mariscal de campo Bernardo de Gálvez.
Segundo Comandante: Mariscal de campo Juan Manuel de Cagigal.
Mayor general: Coronel José de Ezpeleta.
Cuartel maestre general: Teniente Coronel Francisco de la Nava.

Comandante de la artillería: Teniente Coronel Vicente Risel.
Comandante de ingenieros: Teniente Coronel José de Urraca.
Primera brigada
Comandante: Brigadier Jerónimo Girón.
Regimiento de infantería del Rey: 419 hombres.
Regimiento de infantería del Príncipe: 257.
Regimiento de infantería de Navarra: 672.
Regimiento de infantería fijo de La Habana: 244.
Segunda brigada
Comandante: Coronel Manuel Pineda.
Regimiento de infantería de Soria: 495 hombres.
Regimiento de infantería de Hibernia: 467.
Regimiento de infantería de Flandes: 424.
Tercera brigada
Comandante: Coronel Francisco Longoria.
Regimiento de infantería de Guadalajara: 328 hombres.
Regimiento de infantería de España: 428.
Regimiento de infantería de Aragón: 287.
Regimiento de infantería fijo de la Luisiana: 149.
Dragones de México, España, Habana y Luisiana: 97.
Cuarta brigada
Comandante: Capitán de Navío Felipe López de Carrizosa.
Marineros: 624.
Infantes de Marina: 699.
Tropas afectas al cuartel general
1.ª División. Campo Volante
Comandante: Coronel Pablo Figuerola.
2.º batallón de infantería ligera de Cataluña: 228 hombres.
Fusileros de montaña: 78.
Milicias de pardos de La Habana: 262.
Milicias de Nueva Orleans: 173.
2.ª División. Francesa
Comandante: Capitán de navío de la Marine Royale, monsieur de Boiderut.
2.º batallón del regimiento Agenois.
1.º batallón del regimiento Gatinais.
Compañías de regimiento Cambresis.
1.º batallón del regimiento Poitiou.
1.º batallón del regimiento Orleans.
Compañía de cazadores.

Regimiento del Cabo (Haití). Total de las unidades francesas: 715. Dotaciones de marinería e infantería de marina de los buques franceses: 725.
3.ª División. Artillería
Comandante. Teniente Coronel Vicente Risel Cuerpos: 471 hombres Artilleros españoles, 209 Real Cuerpo de artillería francés: 74 Artilleros marina española, 80 Artilleros marina francesa, 108
Escolta del cuartel general
Carabineros de Nueva Orleans: 13
Otras unidades
Zapadores (gastadores de fortificaciones): 120



En octubre de 1768 Carlos III dictó las *Ordenanzas de Su Majestad para el régimen, disciplina, subordinación y*

servicio de sus exércitos, que realmente entraron en vigor en febrero del año siguiente y se mantuvieron vigentes hasta la reforma de 1978 —sí, hasta la llegada al trono del rey Juan Carlos I—. Eran un compendio de leyes que regulaban prácticamente todos los aspectos referentes al funcionamiento del ejército y la armada, entre ellos los de las divisas de grado.

En un tiempo en que la guerra se modernizaba a pasos agigantados, las ordenanzas confirmaron la supresión para los oficiales del molesto espotón y la incómoda alabarda, que hasta entonces eran símbolo de mando. Tanto ellos como los sargentos fueron dotados de sable y fusil con bayoneta. La gola, el recuerdo de la armadura medieval de los caballeros, distintivo entre los oficiales de estar de servicio, quedó solo para actos en formación.

Los capitanes generales continuaron llevando en la mano la bengala tradicional —un bastón de mando corto, de madera lisa, herencia de los cónsules romanos —, que utilizaban ya dos o tres siglos antes. Los demás generales, brigadieres, jefes con mando de cuerpo y ayudantes, un bastón de mando de madera, largo, con puño de oro en todos los casos salvo en el de los ayudantes, que lo remataban, según el empleo que tuvieran, con casquillo de plata o marfil. En caso de que tuvieran que usar ambas manos en combate, se colgaba del segundo botón del lado derecho de la casaca.

También los cabos conservaron la vara de madera, que llevaban desde que se dictaron las ordenanzas de Felipe V en diciembre de 1706. En su caso la instrucción era muy clara —artículo 16—, tanto en su descripción como en su fin: «los cabos primero y segundo tendrán

una vara sin labrar, del grueso de un dedo regular y que pueda doblarse, a fin que el uso sobre el soldado de esta insignia no tenga malas resueltas». A diferencia de los oficiales, no solían llevar el bastón en campaña, pero si lo hacían lo colgaban como ellos, en el segundo botón de la casaca.

Todas estas divisas de empleo estuvieron en vigor prácticamente hasta la Guerra de Independencia. La Real Orden de 15 de julio de 1802 firmada por Carlos IV y las denominadas «Ordenanzas de Godoy», afectaron casi exclusivamente al corte y color de los uniformes, que pasaron a copiar la moda francesa. Como en otros muchos campos, sus máximas las dictaba Napoleón Bonaparte, primero al mando de la Revolución y luego del Imperio.

LISTADO DE BUQUES DE LA FLOTA DURANTE LA CAMPAÑA DE PENSACOLA

Escuadra de escolta de los mercantes: José Calvo.
Navío *San Ramón.* 64 cañones. Buque insignia de José Calvo.
Fragata *Santa Clara.* 34 cañones. Capitán de fragata Miguel Alderete.
Fragata *Santa Cecilia* 28. Capitán de fragata Miguel de Goicoechea
Chambequín *Caimán.* José Serrato
Paquebote *San Gil.* José María Chacón
Escuadra de socorro: José Solano y Bote
Navíos españoles
San Luis, insignia de José Solano y San Nicolás: 80 cañones.
San Francisco de Asís, San Juan Nepomuceno, Guerrero, San Miguel, Arrogante, San Gabriel, San Agustín y *Velasco,* 74 cañones.
*Astuto,*58 cañones.
Navíos franceses a las órdenes del chevalier de Monteil
Palmier, Intrepide y Destín de 74 cañones
Tritón, de 64 cañones.
Cuatro Fragatas.

Ejército británico de guarnición en Pensacola. abril de 1781

Siempre ha habido controversia entre los autores españoles sobre los efectivos de que disponía el general Campbell en Pensacola. Vamos a tratar de aclararlo sobre las cifras que se citan de manera más habitual.

Se habla de 300 de Maryland y 241 de Pensilvania: En el caso de los primeros, puede que cuando los creara en octubre de 1777 James Chalmers con los efectivos de un batallón, tuvieran sobre el papel 300 hombres, pero nunca llegaron a estar al completo. A mediados de 1781 las deserciones lo habían dejado prácticamente en la mitad. Cuando los capturados en Pensacola fueron enviados bajo palabra a Nueva York, eran unos 100.

Los segundos, los creó también como batallón en octubre de 1777 William Allen, pero siempre fueron tan pocos que en diciembre de 1779 tuvieron que fusionarse con los realistas de Maryland para formar el Cuerpo Unido de realistas de Pensilvania y Maryland.

Esos eran los que estaban en Pensacola, en total unos 350 entre oficiales y soldados. Aunque la cifra es quizá muy optimista, porque cuando llegaron a Long Island en libertad bajo palabra, la unidad la formaban 51 oficiales y soldados, 12 mujeres, 11 niños y 6 sirvientes.

16.º regimiento de a pie —en el reducto de la reina—
Formado en 1688, llevaba en la Florida desde 1767, y aunque había participado en la defensa de Baton Rouge, donde buena parte de sus hombres habían quedado prisioneros, se habían cubierto sus bajas con reclutas llegados de Gran Bretaña en el transporte Elizabeth en agosto de 1780. Es muy posible que si tuviera los 135 hombres a los que se hace siempre referencia.
57.º regimiento de a pie
7 hombres. Campbell había sido el comandante del regimiento hasta octubre de 1778. Aunque la unidad había sido desde entonces destinada a Nueva York y

Halifax, y estuvo allí hasta el final de la guerra, es posible que fueran parte de los oficiales de su estado mayor.

60.º regimiento de a pie —en el reducto del príncipe de Gales—

En Pensacola estaban los batallones 3.º y 4.º, formados en América en 1779. El 3.º había combatido ya en Baton Rouge, y el 4.º en Savannah y Mobila, por lo que podemos dar perfectamente por buenos los 200 hombres a los que se hace normalmente referencia.

3.º regimiento de Waldeck

351 hombres. Habían llegado a Quebec 670 soldados como parte de las tropas de Brunswick en 1776. Desplegados en Florida Occidental desde 1778 en los batallones de los comandantes Von Alberti, Von Florn y Von Penzel, es posible que ya solo quedara esa cifra.

Realistas de Pensilvania y Maryland

Se habla de 300 de Maryland y 241 de Pensilvania: En el caso de los primeros, puede que cuando los creara en octubre de 1777 James Chalmers con los efectivos de un batallón, tuvieran sobre el papel 300 hombres, pero nunca llegaron a estar al completo. A mediados de 1781 las deserciones lo habían dejado prácticamente en la mitad. Cuando los capturados en Pensacola fueron enviados bajo palabra a Nueva York, eran unos 100. Los segundos, los creó también como batallón en octubre de 1777 William Allen, pero siempre fueron tan pocos que en diciembre de 1779 tuvieron que fusionarse con los realistas de Maryland para formar el Cuerpo Unido de realistas de Pensilvania y Maryland. Esos eran los que estaban en Pensacola, en total unos 350 entre oficiales y soldados. Aunque la cifra es quizá muy optimista, porque cuando llegaron a Long Island en libertad bajo palabra, la unidad la formaban 51 oficiales y soldados, 12 mujeres, 11 niños y 6 sirvientes.

West Florida Royal Forresters

Se habla de 600. Es imposible. No solo nunca fueron tantos, sino que en julio de 1781 quedaban solo 2 oficiales, 1 sargento y 10 soldados. Se desconocen sus bajas exactas en Pensacola, pero no pueden haber sido más de medio centenar.

Artillería real

62 hombres

Dragones de Maryland embarcados

300 hombres. Un regimiento imposible de localizar entre las unidades leales. Posiblemente no existiera.

Negros armados

300 hombres. Es posible. La cifra es imposible de cuantificar. Gálvez, en su diario de operaciones, solo habla «de un gran número».

Civiles armados

100 hombres. Como en el caso anterior, imposible de cuantificar.

Marineros de los buques

300 hombres
Aliados indios
Entre 1 000 y 1 500. La cifra de entre 60 y 100 que cita algún autor, no ofrece ninguna verosimilitud.

Los británicos sufrieron 191 muertos y 382 heridos. Tuvieron 56 desertores y 1 113 —sin contar los negros, y los 300 hombres que consiguieron huir a Georgia—, fueron hechos prisioneros. Las bajas españolas ascendieron a 74 muertos, 198 heridos y, al menos, 5 desertores.



Bandera coronela.
Regimiento *Royal Cantabres.*



Bandera de batallón.
Regimiento *Royal Cantabres.*



Bandera de batallón.
Regimiento de la Corona
de Nueva España.



Royal Navy. Escuadra blanca.
1707-1800.



Estandarte de la familia Calvert.
Milicia leal de Maryland.



Bandera de batallón.
52.º regimiento de
infantería británica.



Bandera coronela.
Regimiento Erbprinz.
Hesse-Cassel.



Bandera de ordenanza.
Regimiento de infantería
Zastrow. Brunswick.



Bandera coronela.
Regimiento de infantería
Von Knyphausen. Hesse.



Bandera rebelde de
los Hijos de la libertad



Estandarte del general
George Rogers Clark.



Bandera de la milicia
rebelde *Green Mountain Boys.*



ndera patriota utilizada en Yorktown.

Milicia patriota del general John Sullivan.

Bandera de Gadsden. Armada del Congreso Continental.

Compañía de *minuteman* de Bedford.

1.º de Filadelfia de caballería ligera. Guardia de George Washington.

2.º Regimiento patriota de Carolina del Sur

Regimiento francés. Cambrésis.

Regimiento francés. Agenois.

Regimiento francés. Orleans.

Bandera coronela. Regimiento fijo de La Habana.

Bandera de batallón. Pardos de La Habana.

Bandera coronela. Regimiento de Guadalajara.

SITIO DE YORKTOWN. 28 DE SEPTIEMBRE A 19 DE OCTUBRE DE 1781

Ejército británico: Teniente general Charles Earl Cornwallis.

Cuartel general
Estado Mayor
—17.º de dragones ligeros.
—Infantería de marina.
Artillería
—Regimiento Real.
—Destacamentos de marineros de los buques.
Infantería
Brigada de la Guardia. General de brigada Charles O'Hara.
—2 batallones del regimiento de la guardia.
Brigada de infantería ligera. Teniente coronel Robert Abercromby, del regimiento 38.º.
—1.º batallón: compañías ligeras de los regimientos 4.º, 7.º, 15.º, 17.º, 23.º, 27.º, 33.º y 38.º.
—2.º batallón: compañías ligeras de los regimientos 37.º, 40.º, 43.º, 45.º, 49.º, 55.º, 63.º y 71.º y 82.º.
1.ª Brigada. Teniente coronel John Yorke, del regimiento 22.º.
—Regimientos: 17.º, 23.º, 33.º y el 2.º batallón del 71.º.
2.ª Brigada. Teniente coronel Thomas Dundas, del regimiento 80.º.
—Regimientos: 43.º, 76.º y 80.º.
Infantería alemana
Contingente de Ansbach-Bayreuth. Coronel August von Voigt.
—Regimientos de infantería l.º y 2.º.
—Compañía de artillería.
Contingente de Hesse-Kassel. Teniente coronel Matthew von Fuchs.
—Regimiento de infantería del príncipe heredero.
—Regimiento Von Bose.
—Compañía de infantería ligera.
—Compañía de artillería.
Unidades leales
Rangers de la Reina.
Legión británica.
—Voluntarios de Carolina del Norte.
Destacamentos de obreros.

Ejército Continental: General George Washington.

Cuartel general
—4.º de dragones ligeros continentales
—Legión Armand. Coronel Charles Armand Tuffin, marqués de la Rouerie.
Artillería. General de brigada Henry Knox.
—1 compañía del l.º regimiento. Teniente coronel Edward Carrington.

—9 compañías del 2.º regimiento. Coronel John Lamb.
—3 compañías del 4.º regimiento. Capitán Patrick Duffy.

—4 compañías de gastadores y minadores.
Infantería
División ligera. General marqués de Lafayette.
1.ª brigada. General de brigada Peter Muhlenberg.
—Batallón del coronel Joseph Vose: 8 compañías de infantería ligera de Massachusetts.
—Batallón del teniente coronel Jean-Joseph Sourbader de Gimat: 5 compañías de infantería ligera de Connecticut, 2 de Massachusetts y 1 de Rhode Island.
—Batallón del teniente coronel Francis Barber: 2 compañías de infantería ligera de New Hampshire, 2 de Nueva Jersey, la compañías ligera del regimiento canadiense y 3 compañías de infantería de línea de Nueva Jersey.
2.ª brigada, General de brigada Moses Hazen.
—Batallón del teniente coronel Alexander Scammell: 2 compañías de infantería ligera de New Hampshire, 3 de Massachusetts y 3 de Connecticut.
—Batallón del teniente coronel Alexander Hamilton: 2 compañías de infantería ligera de Nueva York y 4 compañías de infantería ligera provisional, 2 de Nueva York y 2 de Connecticut.
—Regimiento canadiense de Hazen. Teniente coronel Edward Antill.
2.ª División. General Benjamin Lincoln.
1.ª Brigada. General de brigada James Clinton.
—1.º y 2.º regimientos de Nueva York de infantería de línea.
2.ª brigada. Coronel Elias Dayton.
1.º y 2.º regimientos de Nueva Jersey.
—Regimiento de Rhode Island.
3.ª División. General barón Yon Steuben.
1.ª brigada. General de brigada Anthony Wayne.
—1.º y 2.º batallones de Pensilvania.
2.ª brigada. General Mordecai Gist.
—3.º y 4.º regimientos de Maryland.
—Batallón de infantería de Virginia.
Milicia de Virginia. General Thomas Nelson.
—1.ª brigada. General George Weedon.
—2.ª brigada. General Robert Lawson.
—3.ª brigada. General Edward Stevens.
—Legión estatal de Dabney. Charles Dabney.

Ejército francés: Teniente general conde de Rochambeau.

Artillería. Teniente coronel conde d'Aboville.
—Regimiento de Auxonne.

—Regimiento de Metz.
Infantería.
División del general vizconde de Viomenil.

Brigada Soissonois. Coronel marqués de St. Maime.
—2 batallones del regimiento Soissonois.
—2 batallones del regimiento Saintonge.
División del general marqués de San Simón.
Brigada Agenois. Coronel marqués de Audechamp.
—2 batallones del regimiento Agenois.
—Regimiento Gatinois.
Brigada Touraine. Coronel vizconde de Pondeux.
—2 batallones del regimiento Touraine.
Destacamento en Gloucester. General de brigada marqués de Choisy.
—Infantería de marina.
—Legión de Lauzun.
—2 escuadrones de húsares, de la compañía general de la 2.ª legión.
—4 compañías de infantería y un destacamento de artillería de la 2.ª legión.

BIBLIOGRAFÍA

ALBI, Julio: *La defensa de las Indias 1764-1799.* Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1987.

BANNON, John Francis: *The Spanish Borderlands Frontier, 1513-1821.* Universidad de Nuevo México. Alburquerque, 1974.

BRYMMER, Douglas: *Report on Canadian Archives.* Maclean, Roger & Co. Ottawa, 1886.

CAUGHEY, John Walton: *Bernardo de Gálvez in Luisiana, 1776-1783.* Berkeley. Universidad de California Press, 1934.

COKER, William S. y COKER, Hazel E: *The Siege of Pensacola, 1781, in Maps.* The Perdido Bay Press. Pensacola, 1981.

CONROTE, Manuel: *La intervención de España en la independencia de los Estados Unidos de la América del Norte.* Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, 1920.

CÓRDOBA BELLO, Eleazar: *Las reformas del despotismo ilustrado en América.* Universidad Católica Andrés Bello. Caracas, 1975.

CURTIS, Edward S.: *Los beduinos de América.* Vol. 1 de *El indio norteamericano.* Editorial Olañeta. Barcelona, 1993.

CHÁVEZ, Thomas E.: *Spain and the Independence of the United States: An Intrinsic Gift.* Universidad de New

Mexico. Alburquerque, 2002.

DEL CANTILLO, Alejandro: *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio: que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la casa de Borbón.* Madrid, 1843.

DESDEVISES DU DESERT, Gustave: *La Louisiana a la fin du XVIII siecle. Revue de l'Histoire des Colonies Francaises.* París, 1938.

ELIZONDO, Domingo: *Noticia de la expedición militar contra los rebeldes seris y pimas del Cerro Prieto, Sonora, 1767-1771.* Instituto de Investigaciones Históricas. México DF, 1999.

EDWARDS, Richard y HOPEWELL, Merna: *History of St. Louis.* San Luis, 1860.

FLAGLER, Edward: *La política española para pacificar a los indios apaches a fines del siglo XVIII. Revista Española de Antropología Americana* n.º 30. Madrid, 2000.

GÁLVEZ, Bernardo de: *Noticia y reflexiones sobre la guerra que se tiene con los indios apaches en las provincias de Nueva España.* Anales del Museo Nacional. México D.F. 1925.

GÁLVEZ, José de: *Informe que en virtud de Real Orden de 24 de mayo de este año hizo el Ilmo. Visitador General, don José de Gálvez, al Exmo. Virrey don Antonio de Bucareli, del estado en que dejaba para restituirle a España lo graves asuntos que tuvo a su cargo, del 31 de diciembre de 1771.* Biblioteca Nacional. México D.F.

GAYARRE, Charles: *History of Louisiane. The Spanish Domination.* Redfield Editores. Nueva York, 1854.

GARCÍA MELERO, Luis Ángel: *La independencia de los Estados Unidos de Norteamérica a través de la prensa*

española. Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid, 1977.

GERHARD, Peter: *The North Frontier of New Spain,* Universidad de Princeton, 1982.

HAMALAINEN, Pekka: *The Comanche Empire.* Universidad de Yale. New Haven, 2008.

HARING, C. H.: *The Spanish Empire in America.* Harcourt, Brace & World, Inc. Nueva York, 1947.

JONES Oakah L.: *Nueva Vizcaya. Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain.* Universidad de Oklahoma, 1979.

KENNER, Charles L.: *The Comanchero Frontier. A History of New Mexican-Plains Indian Relations.* Universidad de Oklahoma, 1969.

LAFORA, Nicolás de: *Relación del viaje que hizo a los presidios internos situados en la frontera de la América Septentrional.* Editorial Vito Alessio Robles. México, 1939.

MARSHALL, Douglas W. y PECKHAM, Howard W.: *Campaigns of the American Revolution: An Atlas of Manuscript Maps.* Universidad de Michigan. Ann Arbor, 1976.

MONTEMAYOR, E. A. y BEERMAN, Eric: *Yo Solo: The Battle Journal of Bernardo de Gálvez during the American Revolution.* Editorial Polyanthos. Nueva Orleans, 1978.

MONTERO DE PEDRO, José: *The Spanish in New Orleans and Louisiana.* Pelican Publishing Company. Gretna, Luisiana, 2000.

MOORHEAD, Max: *The Apache Frontier. Jacobo de ligarte and Spanish-Indian Relations in Northern New Spain, 1769-1791.* Universidad de Oklahoma, 1968.

MORALES FOLGUERA, José Miguel: *Los Gálvez de Macharaviaya.* Junta de Andalucía-Benedito Editores.

Málaga, 1991.

MORALES PADRÓN, Francisco: *Participación de España en la independencia política de los Estados Unidos.* Publicaciones Españolas. Madrid, 1963.

MOROTE CHAPA, Francisco: *Notas y noticias sobre don Matías de Gálvez, virrey de Nueva España.* Editorial Vivas Mora. Valencia, 1930.

NAVARRO GARCÍA, Luis: *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las provincias internas del Norte de Nueva España.* Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, 1964.

—*América en tiempos de Carlos III.* Ministerio de Cultura. Madrid, 1985.

O'CONNOR, Hugo: *Informe sobre el estado de las Provincias Internas del Norte, 1771-1776.* Prólogo de Enrique González Flores. Editorial Cultura T.G. México, 1952.

OROZCO Y BERRA, Manuel: *Historia de la dominación española en México.* Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos. México D.F. 1938.

PAQUETTE, Gabriel B.: *Enlightenment, Governance, and Reform in Spain and its Empire 1759-1808.* Palgrave MacMillan. Londres, 2008.

PARKER THOMPSON, Buchanan: *La ayuda española en la guerra de la independencia norteamericana.* Ediciones Cultura Hispana. Madrid, 1967.

PIÑERA RAMÍREZ, David: *Visión histórica de la frontera norte de México.* Centro de Investigaciones Históricas. Universidad Autónoma de Baja California. La Paz, 1987.

PORRAS MUÑOZ, Guillermo: *El conde de Gálvez.* Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1954.

PRIESTLEY, Herbert Ingram: *José de Gálvez, Visitor-general of New Spain 1765-1771.* Universidad de California. Berkeley, 1916.

REPARAZ, Carmen: *Yo Solo.* Ediciones del Serbal. Barcelona, 1986.

RODRÍGUEZ GALLARDO, José Rafael: *Informe sobre Sinaloa y Sonora, 1750.* Archivo General de la Nación. México D.F. 1975.

RUBIO ARGUELLES, Ángeles: *Un ministro de Carlos III: D. José de Gálvez y Gallardo, Marqués de la Sonora, ministro general de Indias, visitador de Nueva España.* Diputación Provincial. Málaga, 1949.

RUBIO MAÑÉ, Jorge Ignacio y RODAS DE COS, Francisco: *México en el siglo XVIII. José de Gálvez y Gallardo 1720-1787.* Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1983.

SANTOS ARREBOLA, María Soledad: *La proyección de un ministro ilustrado en Málaga: José de Gálvez.* Universidad de Málaga-CajaSur. Málaga, 1999.

SOUVIRON, Sebastián: *Bernardo de Gálvez, virrey de México.* Excelentísima Diputación Provincial. Málaga, 1946.

TEGGART, Fred J.: *Capture of St. Joseph, Michigan, by the Spaniards in 1781,* en *Missouri Historical Review,* Volumen V Columbia, 1911.

TWAITES, Reuben: *France in America, 1497-1763.* Editorial Cooper S. París, 1968.

VALENZUELA, María del Carmen: *El estado de guerra en Nueva España, 1760-1808.* Colegio de México. México D.F. 1950.

WORCESTER, Donald E.: *The Apaches. Eagles of the Southwest.* Universidad de Oklahoma, 1979.

WRIGHT, J. Leitch, Jr.: *Florida in the American Revolution*. Universidad de Florida. Gainesville, 1975.

YELA UTRILLA, Juan F.: *España ante la independencia de los Estados Unidos*. 2 vol. Gráficas Academia Mariana. Lérida, 1925.

Cuando la situación es adversa y la esperanza poca, las determinaciones fuertes son las más seguras.

Tito Livio




MIGUEL DEL REY VICENTE (Madrid, 1962) es escritor y ha sido director de la revista *Ristre* en su segunda etapa. Como autor especializado en historia militar ha publicado *La Guerra de África (1859-1860), La Guerra de la Oreja de Jenkins, La Guerra de los Diez Años (1868-1878), Las Guardias Reales en la campaña de Italia* y decenas de artículos y colaboraciones en prensa. Especialista en uniformología y vexilogía, es también miembro de varias asociaciones de España, Francia y Gran Bretaña dedicadas a la investigación de la historia moderna y medieval.

CARLOS CANALES TORRES (Madrid, 1963) es abogado y escritor. Colaborador durante 13 años del programa La Rosa de los Vientos de Onda Cero e interesado en las leyendas y tradiciones españolas es autor, junto a Jesús Callejo, de *Duendes* (EDAF 1994), primera obra de la trilogía *Seres Mágicos de España, Seres y lugares en los que usted no cree* y *Enigma: de las pirámides de Egipto al asesinato de Kennedy*. Especialista en historia ha escrito decenas de artículos y libros como La *Primera Guerra Carlista (1833-*

1840), armas, uniformes y banderas, El ejército de Aníbal. Cartago contra Roma, La Campaña del Sahara (1957-58). Una dura lección en el desierto, Breve Historia de la Guerra de Independencia (1808-1814) y, en colaboración con Fernando Martínez Laínez, *Banderas Lejanas* (EDAF 2009). Miembro de la Asociación Napoleónica Española, ha dirigido la revista *Ristre Napoleónico*.

Juntos forman parte del proyecto norteamericano de historia Edge & Cleaver y han publicado *Las reglas del viento. Cara y cruz de la Armada española en el siglo XVI* (EDAF, 2010), *Breve historia de la guerra del 98, Breve historia de la guerra de Ifni-Sahara, Los años de España en México. De Cortés a Prim* (EDAF, 2011), *La Batalla de Andoain. Ez da kuartelik su ematen dubenentzat* y *Naves mancas. La armada española a vela de Cabo Celidonia a Trafalgar* (EDAF, 2011), obra por la que recibieron el IX Premio Algaba, *Blitzkrieg* (EDAF, 2012), La *palmera y la esvástica* (EDAF 2012), *Una jauría de lobos* (EDAF, 2012), Las *garras del águila* (EDAF, 2012), *A sangre y fuego* (EDAF, 2012), *En tierra extraña* (EDAF, 2012)), *Arrozales sangrientos* (EDAF 2012), *Falls-chirmjáger* (EDAF, 2012), La *audacia en la guerra* (EDAF, 2013), *Abrahan Lincoln* (EDAF, 2013) *Polvo y terror* (EDAF, 2013), De *madera y acero* (EDAF, 2013), *Ni un paso atrás* (EDAF, 2013), *Halcones del mar* (EDAF, 2013) , *David y Goliat* (EDAF, 2013), *Exilio en Kabul* (EDAF, 2013), *Nelson Mándela* (EDAF, 2013), *La Gran Guerra* (EDAF, 2014), *Esclavos* (EDAF, 2014) , *Valquirias* (2014), *La II Guerra Mundial* (2014) y *Naves negras* (2015).

Notas

[1] Archivo Histórico Nacional. Pruebas de hidalguía de Miguel de Gálvez para la Orden de Calatrava. <<

[2] En realidad, fue bautizado como Andrés Luis. En 1747, a petición del propio interesado, se le antepuso el nombre de Miguel. <<

[3] En el testamento otorgado por Luisa Romet el 8 de julio de 1751, en el que firmó como uno de los testigos Luis Van Loo, pintor de cámara del rey, figura que tuvo una hija con cada una de sus esposas, y que ambas fallecieron de forma prematura. <<

[4] Hasta entonces era muy común comprar los cargos de la monarquía, sobre todo en ultramar. Gálvez fue uno de los últimos en tener la oportunidad de hacerlo. <<

[5] En 1770, Miguel fue nombrado Alcalde de Casa y Corte. Cuatro años después tomó posesión de su nuevo cargo de Ministro togado del Consejo de Guerra. En 1786 fue enviado como Ministro Plenipotenciario ante la corte de Prusia y, posteriormente, ejerció ese mismo puesto en Rusia. Justo cuando a su hermano José le interesaba conocer las maniobras rusas en Alaska y la Alta California. <<

[6] Antonio, con el grado de coronel, fue nombrado administrador de las Islas Canarias, pero la embarcación que lo trasladaba a tomar posesión de su puesto fue capturada por el pirata marroquí Alí Pérez. Libre tras dos meses de cautiverio, se le cambia el cargo por el de administrador del puerto de Cádiz. <<

[7] Cerca de 7 000 hombres formados en 6 regimientos de infantería —4 ingleses y 2 irlandeses—, 1 regimiento de caballería y un destacamento del Regimiento Real de artillería. Todos a las órdenes del general James O'Hara, segundo barón Tyrawley, que fue sustituido en julio de 1762 por el general John Burgoyne. <<

[8] Algunos autores lo ascienden antes de tiempo. No sería mariscal hasta el 13 de junio de 1783. <<

[9] Para todo lo referente a los combates en La Habana y Manila ver nuestra obra *Naves mancas*. EDAF, 2011. <<

[10] William Pitt padre, primer ministro entre 1766 y 1768. <<

[11] A grandes rasgos, seguimos para su descripción el manuscrito *Noticias relativas a la nación Apache*, del teniente coronel Manuel Antonio Cordero Bustamante, nacido en Cádiz en 1753. Prestó servicios en el regimiento de infantería de Zamora, en los de Dragones de España y México, en las Compañías Presidiales de Janos y San Buenaventura; combatió en 25 campañas contra los indios en las Provincias Internas —en cuatro de ellas como oficial subalterno y en las demás como comandante—, capturó o mató a 472 indios enemigos y rescató a 6 prisioneros. Hablaba la lengua de los «salvajes», había tenido con ellos tratos y relaciones, y los conocía bajo todas sus aspectos. Nadie como él, aunque su obra sea prácticamente desconocida, para contarnos su vida y costumbres. <<

[12] Las ruinas que pueden verse hoy no son las originales. Son los restos de un proyecto para reconstruirla realizado en 1936 por la Comisión del Centenario de Texas. <<

[13] 3 mariscales de campo, 6 coroneles, 5 tenientes coroneles, 10 comandantes, 109 tenientes, 7 asistentes, 16

cadetes, 228 sargentos, 401 cabos y 151 soldados, que incluían músicos y tambores. <<

[14] El fuero militar es la potestad de juzgar por medio de los tribunales militares y conforme a las leyes del ejército a los miembros de esa institución. <<

[15] Impuesto sobre las dignidades nobliliarias, creado en 1631. <<

[16] Para todo lo referente al galeón de Manila ver nuestra obra *Naves negras*. EDAF, 2015. <<

[17] Fundarían por ejemplo La Luisiana, en Sevilla, o La Carolina, en Jaén. <<

[18] Son muchos los oficiales que combatieron en la frontera como Elizondo de los que puede seguirse su trayectoria, y no podemos ceder a la tentación de dar algunos datos de su apasionante biografía. De él se sabe que había nacido en 1709 o 1710, por un escrito fechado en Pamplona el 19 de mayo de 1781, donde dice tener «la avanzada edad de 71 años», en el que solicita al rey el empleo de mariscal de campo. Había ingresado de cadete a los 19, en el regimiento de dragones de Sagunto, donde tras combatir en Orán, en 1733; las batallas de Camposanto, 1743; Velletri, 1744 y Pianceza y Tidone, en 1746, había desarrollado toda su carrera antes de ser ascendido a capitán en 1751 y distinguirse en 1762 en la campaña de Portugal. Destinado a Nueva España, como uno de los responsables de la formación del ejército regular y promovido allí a coronel del regimiento de dragones de España, conservaría ese mando hasta su muerte, que le sobrevino en Madrid, el 1 de junio de 1783. Falleció soltero y dejó por heredera a una prima llamada Bernarda de Garro, que cobró todos sus «sueldos, raciones y otros goces vencidos», por un importe de 27 924 reales, según la

liquidación practicada el 19 de mayo de 1784. Muchos textos cometen el error de mencionarla como su esposa. <<

[19] Más tarde se harían cargo de ellas de forma definitiva los dominicos. <<

[20] Ver en esta misma colección *Banderas lejanas*. EDAF, 2009. <<

[21] Cuatro años de trabajos forzados en las obras públicas era la pena normal en Nueva España. En general, se consideraba que dos años era el tiempo mínimo recomendado para una sentencia, pues para un tiempo inferior no le resultaba rentable a la Corona el traslado de un reo. <<

[22] Infidentes eran todos aquellos súbditos de la Corona que atentaban contra ella. <<

[23] No es el mismo río que cruza el Gran Cañón, en el norte de Arizona. <<

[24] Todavía en 1787 se ofrecían recompensa por cada par de orejas de apache. <<

[25] 26 de mayo de 1770. AGI, Guadalajara, 512. <<

[26] Algunos biógrafos de Gálvez hablan de que estos lanzazos le atravesaron la cuera y no llegaron a herirle. Nuevamente se produce aquí un hecho de «gloriosa tradición», puesto que el regimiento de la Corona era de infantería. Ni Gálvez ni sus hombres iban uniformado como los dragones de cuera. <<

[27] En Nueva España se denominaba así a un baile ritual de los aztecas y luego, por extensión, a una reunión de brujos o una danza de guerra nativa. <<

[28] El Seminario de Nobles fue fundado en 1725 para la formación de los jóvenes miembros de la nobleza, que tenían al ejército como una de sus principales salidas. <<

[29] Las excepciones fueron los regimientos de infantería de Zamora, Guadalajara, Hibernia, Voluntarios de Aragón y Flandes, que enviaron solo 1 oficial; los de Irlanda, Cantabria, Navarra, Ultonia y América, que enviaron 3 y el regimiento de caballería de Santiago, que seleccionó 2. <<

[30] La Real Orden, que se conoció mucho antes, se hizo efectiva el 30 de enero de 1776. Todos los mariscales, brigadieres y coroneles, así como lo oficiales intermedios, con muy pocas excepciones, ascendieron un grado de forma automática. <<

[31] Para todo lo referente a este tema ver nuestra obra *Esclavos*. EDAF, 2014. <<

[32] Hijo del brigadier general Miguel de Ugalde había nacido el 9 de diciembre de 1729. Se incorporó al ejército en 1738 como cadete y combatió por primera vez en 1743, en el Norte de Italia, contra los austriacos. De 1749 a 1757 combatió en el norte de África y, durante la Guerra de los Siete Años, contra los portugueses. Fue ascendido a teniente coronel y enviado en 1764 a América, donde ejerció como corregidor de Gochabamba, Bolivia, hasta 1772. En 1787 fue ascendido a general en jefe de Texas, Coahuila, Nuevo León y Nuevo Santander. En 1790 lideró con éxito las tropas contra los apaches en Arroyo de la Soledad, que se renombró en su honor como Cañón de Ugalde. Ya en la Península fue ascendido a mariscal de campo en 1797 y a teniente general en 1810. Murió en Cádiz en 1816. <<

[33] Según estimaciones, tras la epidemia producida de 1781 a 1782, la población comanche total se estabilizó en torno a los 12 000 o 14 000 individuos hasta mediados de la década de 1840. De ellos, en el periodo de 1780 a 1830, alrededor de un 30% era población masculina de entre 18 y 50 años, por lo tanto, susceptible de ser guerreros. <<

[34] Como tales potencias las trataban los españoles, no solo en lo político y militar, sino también en lo diplomático, al firmar con alguna de ellas acuerdos solemnes. Al «abrazo de Anza» con los comanches, siguió el convenio de la villa de San Fernando, con una de las ramas de los apaches lipanes. <<

[35] Ver nuestro libro *Naves mancas*. EDAF, 2012. <<

[36] El capitán Thomas Preton, el cabo William Wemms y los soldados Hugh White, Hugh Montgomery, John Carroll, William McCauley, William Warren y Mateo Kilroy. Todos del 29.º regimiento de infantería. <<

[37] A grandes rasgos, los *whigs* estaban en contra de la monarquía absoluta. Los *torys* eran conservadores. <<

[38] Revere nunca gritó «¡Llegan los británicos!», como le atribuiría posteriormente la leyenda; su misión dependía de actuar en secreto. Por entonces la mayoría de los colonos de Massachusetts se consideraban británicos y el campo estaba lleno de patrullas del ejército. <<

[39] A Randolph, que falleció de una apoplejía el 22 de octubre de ese año, le sustituyó John Hancock, comerciante, traficante y uno de los hombres más ricos de las Trece Colonias. Todos los representantes en el Congreso tenían importantes razones particulares de índole económica para enfrentarse a Gran Bretaña, no solo les movían razones filosóficas. <<

[40] En la hora y media que duró el combate las bajas británicas ascendieron a 1 054 hombres de los 3 500 que entraron en acción. Las pérdidas rebeldes fueron 100 muertos y 267 heridos. <<

[41] Desde 1742 la provincia de Venezuela, que se extendía desde el Cabo de la Vela hasta Maracapana, dependía directamente de la metrópoli, no del Virreinato de Nueva

Granada. Por esa razón, su gobernador tenía el rango de capitán general. <<

[42] Juan de Miralles Trailhon en Charleston; Juan José Eligio de la Puente, familiar de la esposa de Miralles, en Florida; Luciano de Herrera, en Jamaica y el coronel Antonio Raffelin en Haití. <<

[43] Archivo General de Indias, Santo Domingo, 2596. <<

[44] «En vista de cuanto vuestra señoría manifiesta —le decía José— me manda el rey advertir con la misma reserva que, en el caso de que los colonos tomen los establecimientos ingleses del Misisipi y quieran entregarlos a su majestad, los reciba vuestra señoría como en depósito, siempre que vea no haya de causar esto algún violento procedimiento de los ingleses». <<

[45] Gardoqui sería el primero en ser nombrado el 2 de octubre de 1784 encargado de negocios en los Estados Unidos, y en 1792 ocuparía el cargo de superintendente general de la Real Hacienda. <<

[46] Clark, hermano mayor del célebre explorador William Clark, que junto a Meriwether Lewis hizo el viaje desde San Luis al Pacífico en 1804, no fue ascendido a general de brigada por el gobernador de Virginia, Thomas Jefferson, hasta mediados de 1781. <<

[47] El lucrativo tráfico de esclavos, concedido por la Corona a partir de 1763 a negreros ingleses en vez de españoles, es esencial para comprender las relaciones comerciales entre España y Gran Bretaña en el siglo XVIII. Ver nuestro libro *Esclavos*. EDAF, 2014. <<

[48] Morris se dedicaba también al tráfico de esclavos desde 1757 junto a su socio, Thomas Willing. Willing, Morris and Company eran dueños además de una naviera y de una plantación, Orange Grove, que se extendía a lo largo del

Misisipi. Casualmente esa plantación la dirigían Oliver Pollock y un hermano de Morris, Joseph. <<

[49] Dos eran de los rebeldes americanos, no ingleses, y Gálvez los devolvió. <<

[50] Para la correspondencia entre Gálvez y Lloyd: Public Records Office, State Papers. <<

[51] Carta fechada el 6 de mayo de 1777. Archivo General de Indias, legajo 1146. <<

[52] Los llamaron «guachinangos», pero no era un nombre peyorativo, se refería a la región de origen de la mayoría, en el actual estado de Jalisco. <<

[53] Leyva, nacido en Barcelona, había llegado a Nueva Orleans en 1769 con Luis de Unzaga. Estaba casado con María de la Concepción y Zezar y tenían dos hijas, Josefa y Margarita. Les había acompañado en el viaje su hermana Teresa, de la que se dijo que mantuvo un idilio con Clark. <<

[54] Carta de Leyva a Gálvez. San Luis, 8 de junio de 1780: «…he colectado 1000 piastras. De esta cantidad he puesto 400 de mi propio bolsillo para aligerar la carga de esta pobre gente. Mis propios medios no me permiten hacer un esfuerzo mayor porque tengo dos hijas. Estas buenas gentes se han consumido y han hecho lo imposible para conseguir entre ellos las 600 piastras y además cerca de 400 jornadas de trabajo». AGI. Papeles de Cuba. <<

[55] Emmanuel de Hesse, nacido en Rotemburgo en 1746, se casó con Leopoldina María Anna Francisca de Paula Adelgunda von Liechtenstein, princesa de Liechtenstein, en 1771. Tuvieron 2 hijos. Falleció en 1812, a la edad de 65 años. <<

[56] Los chippewa y los sioux estaban enemistados, pero Hesse logró ponerlos de acuerdo. <<

[57] La viuda de Ignacio Rigauche, abriría en San Luis en 1797 la primera escuela para señoritas de la ciudad. <<

[58] En total, si contamos a Leyva y Cartabona, los defensores eran 31 soldados veteranos y 281 paisanos. <<

[59] Si hacemos caso a Lee Sandweiss, en su libro *Seeking St. Louis: voices from a river city, 1670-2000* —Missouri Historical Society Press. San Luis, 2000. Página 27—, según informó a Leyva uno de los prisioneros españoles que había logrado escapar, las bajas británicas ascendían únicamente a 3 indios muertos y otros 2 heridos. No parece lógico, si tenemos en cuenta el uso de artillería, la intensidad del combate y las pérdidas de los defensores. <<

[60] Llevaba el nombre de Robert Morris, procer de la revolución. Era la balandra inglesa *Rebecca*, capturada en el Misisipi por el *Rattletrap*, del capitán James Willing, y armada por Pollock. <<

[61] Rousseau participó junto a Gálvez en las tomas de Mobila y Pensacola. Posteriormente sería nombrado «comandante de las galeras del Misisipi». En 1800, ya teniente coronel, cuando Francia recuperó la Luisiana, se vio obligado a pedirle ayuda a Carlos IV para poder subsistir, dada su «situación deplorable y su avanzada edad». <<

[62] Waldeck era la más pequeña de las tres provincias de Hesse que suministraron soldados a Jorge III. El regimiento había comenzado su servicio en 1776, en Nueva York, incorporado el ejército del general William Howe. <<

[63] Para todo lo referente a las tropas de Hesse puede consultarse *Letters to Their Prince from Members of Hesse-Hanau Military Contingent in the Service of England During the American Revolution*. Una recopilación de cartas traducidas por Bruce Burgoyne. <<

[64] El artículo tercero de la capitulación permitía a los habitantes las mismas ventajas que a los moradores de Baton Rouge. Eso incluía proporcionar a la guarnición víveres frescos a un precio algo mayor del que pagaban los británicos. <<

[65] La fragata de guerra *Volante*, la galeota *Valenzuela*, la fragata mercante *Misericordia*, 4 saetías, el paquebote *Rosario*, que actuaba como buque hospital, y 4 bergantines —entre ellos el *Gálvez*, armado en corso, y el *Kaulicán*—. <<

[66] El 12 de mayo 5500 soldados del desmoralizado ejército continental fueron hechos prisioneros. La rendición del general Benjamin Lincoln fue la mayor derrota americana de la guerra revolucionaria. <<

[67] Creada como compañía de dragones ligeros del capitán Chrystie el 13 de marzo de 1780, por su jefe, Adam Chrystie, llegaron a formar la unidad tres compañías. Después de sufrir serias bajas en Mobila y Pensacola, fue disuelta el 15 de marzo de 1782 y sus supervivientes enviados a Nueva York. <<

[68] Nueve años después, en 1790, viajó a Inglaterra con algunos indios para promover un absurdo plan de invasión de México. Durante sus actividades como pirata por las Bahamas fue capturado dos veces por los españoles. La primera, en 1792, fue enviado a Manila y escapó en Sierra Leona. La segunda, en 1799, fue encarcelado en el Castillo del Morro, en La Habana. Allí murió en 1805. <<

[69] Para los órdenes de batalla ver Anexo II. <<

[70] La operación consistía en introducir un clavo por el fogón de la pieza. <<

[71] Esa contestación se publicó por primera vez en 1929 en *El diario de Pensacola*, de Francisco de Miranda, perdido durante más de un siglo. Dado, como veremos, el odio que

Miranda sentía hacia Gálvez, es, sin ninguna duda, una invención. <<

[72] Exactamente 1617. Sacados de los regimientos del Rey, Soria, Guadalajara, España, Navarra, Hibernia, Aragón, 2.º de infantería ligera de Cataluña, Flandes y fijo de La Habana. 62 soldados pertenecían a la artillería. <<

[73] George Washington también se vio involucrado en estas violentas actividades, cuando era oficial británico. El 28 de mayo de 1754, al principio de la Guerra de los Siete Años en América, permitió al jefe indio Tanaghrisson partirle el cráneo a un oficial francés prisionero, Joseph Coulon de Jumonville, y lavarse las manos con su cerebro, para sellar su alianza con Inglaterra. El asunto Jumonville, sobre el que aún hoy hay discrepancias dado su protagonista, causó por entonces en Europa un enorme escándalo. <<

[74] 30 712 cartuchos con bala, 2142 fusiles y 1208 bayonetas. Las banderas eran dos del Waldeck y una de artillería. Todas las que se tomaron en la campaña, salvo una que se quedó Gálvez y hoy está en el Museo del Ejército de Toledo, fueron entregadas a la Mesa de la Guerra, en 1783. <<

[75] De la Villebeuvre, que había vivido con los indios, y el coronel José Martín protagonizarían el 14 de mayo de 1790 la firma de un tratado de amistad con el rey de la facción española de la nación Chickasaw, Taki Etoka, y el gran jefe de los Choctaw, Franchimastaba, en el que se distribuían las tierras de las 3 naciones. Aunque llevó la paz a la región, nunca fue reconocido por el general Washington ni por los chickasaw aliados de los americanos. <<

[76] España la había perdido en 1655, un episodio que ya contamos en nuestra obra *Naves mancas*. EDAF, 2013. <<

[77] Es prácticamente imposible establecer las equivalencias entre países. Gran Bretaña tenía su libra. Francia acuñaba dos

distintas, la tornesa y la parisina, con valores diferentes, y España —con el sistema monetario más complejo de todos— disponía de piezas de vellón, nueva plata, vieja plata y plata de México. <<

[78] El propio conde De Grasse escribiría más tarde: «el dinero español fue el cimiento del triunfo americano». <<

[79] *El mundo al revés*, parte de una de las óperas cómicas de John Burgoyne, que se había estrenado por primera vez en un escenario de Londres, no estaba elegida al azar. La letra dice:

Si los caballos cabalgaran sobre los hombres y las flores buscaran las abejas,

si el pasto comiera vacas y los gatos fueron perseguidos por los ratones,

y si el verano siguiera a la primavera, sería un lugar al revés;

todo el mundo estaría al revés. <<

[80] Federico de Prusia alquiló a su sobrino, Jorge III, 22 000 soldados de Hesse por un importe de 3 191 000 libras. La gran mayoría fueron utilizados para combatir en la rebelión de las Trece Colonias. <<

[81] Algunas fuentes británicas lo sitúan esos días en jamaica. Si estaba en Roatán, huyó y no fue capturado, pues se mantuvo activo en la zona. <<

[82] Laurens, nombrado por el Congreso embajador en Holanda, había sido apresado a principios de 1780 cuando viajaba a Amsterdam. Acusado de traición a la patria, lo internaron en la Torre de Londres. El 31 de diciembre de 1781, tras pagar una fianza de 50 000 libras que le prestó su amigo Richard Oswald, fue canjeado por Cornwallis, que aún estaba en América. Jefferson, futuro presidente de los Estados Unidos, se negó a cruzar el Atlántico mientras los británicos

no le garantizaran su seguridad y le concedieran un salvoconducto. Nunca llegó a a viajar a Europa. <<

[83] Adams, dijo de su errático e irascible colega en 1782, «El cruel destino me obliga a actuar con él en los asuntos públicos. Voy a tratarlo con decencia e imparcialidad perfecta, aunque no tenga hacia él otros sentimientos que desprecio y aborrecimiento». <<

[84] El único hijo varón de Franklin, William, era leal al rey. Tanto esta solicitud como la que presentó en el Congreso para que se concediera un indulto general a todos los que habían empuñado las armas contra los Estados Unidos, las hizo, sin ninguna duda, pensando en su futuro. <<

[85] Para las relaciones de España y Holanda en el archipiélago filipino ver nuestra obra *Naves negras*. EDAF, 2015. <<

[86] Los británicos habían tomado las islas holandesas de San Eustaquio, Saba y San Martín. Sus posesiones en las costas de Malabar, Negapatnan —en la costa de Coromandel, India— y Trinquemale, en Ceilán. <<

[87] España y Francia firmaron la paz definitiva con Gran Bretaña el día 3 de septiembre, pero con los acuerdos previamente establecidos. Es un error muy común no tener este hecho en cuenta. Holanda no firmó la paz hasta el 20 de mayo de 1784. <<

[88] Existieron tres Gazetas de México que mantuvieron siempre la grafía italiana «z». La primera comenzó a publicarse el 1 de enero de 1722 por Juan Ignacio María de Castoreña y duró apenas tres meses; la segunda, editada por Juan Francisco Sahagún de Arévalo y Ladrón de Guevara vio la luz del 1 de enero de 1728 hasta diciembre de 1739 y la tercera se mantuvo activa desde el citado 14 de enero hasta el 2 de enero de 1810. <<

[89] Hay un enorme malentendido producto de la continua copia de errores, sobre los nombramientos de Gálvez y todos los territorios que gobernaba, como si fuera una especie de ser todopoderoso. Desde 1780 el capitán general de Cuba lo era también de Luisiana y florida Occidental, territorio que se amplió con Florida Oriental a partir de la firma del tratado de paz. Durante el tiempo que Gálvez ejerció el cargo, el gobernador de Nueva Orleans era Esteban Miró; el de Pensacola, Arturo O'Neill y el de San Agustín, el coronel Vicente Manuel de Céspedes. Ezpeleta, como ya hemos indicado, ejerció en La Habana la capitanía general de forma interina desde finales de abril de 1783 hasta la llegada de Gálvez en 1785. Luego viajó a Nueva España como inspector general de todas las tropas del virreinato. <<

[90] La peregrinación del virrey tenía un hondo significado, tanto político como religioso. Tlaxcala, principal aliada de los conquistadores y capital de los indios representaba la asunción de la jefatura de su nación; Puebla, la primera población por entero española tenía el mismo cometido, pero para los peninsulares; Otumba, la victoria militar que había permitido a los conquistadores la fundación del reino; Cholula, la capital religiosa de los aztecas y Guadalupe, la advocación mariana que representaba la protección divina a los españoles. <<

[91] Carta de Bernardo de Gálvez a José de Gálvez de fecha 27 de julio de 1785 en la que da cuenta con testimonio del expediente formado sobre las obras del alcázar de Chapultepec, sus cercas y bosques. AGI. México. <<

[92] Von Humboldt también compartía la idea generalizada entre la opinión pública de Ciudad de México de que se trataba de algo más que una residencia veraniega: «La disposición del edificio es muy singular. Está fortificado por el

lado de la ciudad, en el que se ven muros salientes y parapetos para colocar cañones, aunque a todo esto se ha dado la apariencia de simples ornatos arquitectónicos. Del lado Norte hay fosos y subterráneos capaces de contener provisiones para muchos meses». <<

[93] Ugarte y Loyola, de origen vasco, había sido cadete con dispensa de edad en 1732 en el regimiento de Guardias de Infantería Española —el artículo 2.º, tratado 2, título XVIII, de las ordenanzas del ejército instituidas por Carlos III en 1768, determinaba que los cadetes no podían ser menores de 12 años salvo que obtuvieran la dispensa—. En el regimiento, tras combatir en Italia y Portugal, había alcanzado el grado de coronel en 1767. Desempeñó el puesto de comandante interino hasta 1791, en que pasó a ocupar la intendencia, presidencia y comandancia general de Nueva Galicia, que ejerció hasta su muerte el 19 de agosto de 1798. <<

[94] Para ambos documentos: Correspondencia de virreyes. Archivo General de la Nación. México D.F. <<

[95] Curiosa personalidad la de Núñez de Haro, que había nacido en 1729 en Villagarcía del Llano, Cuenca, en el seno de una familia noble. Protagonizó uno de los casos más inauditos y surrealistas ocurridos en Nueva España. Ejerció el cargo de virrey durante tres meses y tres días, lo que tardó en llegar el sustituto de Gálvez, el teniente general de la armada Manuel Antonio Flórez Maldonado, pero exigió seguir recibiendo ese tratamiento y honores hasta su muerte, ocurrida en 1800. <<

[96] Se ha publicado que ese apodo lo recibió en España por ir vestida de uniforme, junto a su marido, a la cabeza del regimiento. No hay ninguna referencia en el regimiento Farnesio que abale esa afirmación. <<

[97] Las primeras baquetas eran de madera. Las de metal no se difundieron en Europa, de la mano de los prusianos, hasta bien entrada la Guerra de los Siete Años. <<

[98] La llave francesa se extendió por Europa Central y del Norte con los triunfos de Luis XIV y su nuevo modelo de ejército. <<

ÍNDICE

Bernardo de Gálvez 3
Intermedio 8
Introducción 15
1.ª PARTE. Asuntos de familia 18
1.1 Tiempos revueltos 20
1.1.1 Juegos preliminares 25
1.1.2 Abriendo camino 31
1.2 La Apachería 35
1.3 El rompecabezas de la frontera 50
1.3.1 De visitadores y otras pesquisas 53
1.3.2 La campaña de Cerro Prieto 59
1.3.3 Informes y más informes 66
1.4 El momento y lugar adecuados 69
1.4.1 Empeño desmedido 75
1.4.2 Ideales enfrentados 87
1.4.3 Recoger lo sembrado 91
1.4.4 La academia 94
1.5 Aventura en Argelia 96
1.6 Frágil como cristal 102
1.6.1 Las Provincias Internas 107
2.ª PARTE. La hora de la venganza 114
2.1 Con paciencia infinita 116
2.1.1 Un té demasiado frío 122
2.2 Un lugar peculiar 130

2.2.1 Tiempo de espera 145
2.3 El momento de las decisiones 150
2.4 Ofensiva en el Norte 161
2.4.1 Mano dura. La respuesta española 177
2.5 La mejor defensa: el ataque 182
2.6 De vuelta a la Florida 198
2.6.1 Luchar contra los elementos 211
2.6.2 Intercambio de golpes en Mobila 225
2.7 Líneas divergentes 234
2.7.1 Manu militari 242
2.7.2 «Yo solo» 247
2.8 El poder del dinero 265
2.9 El mundo al revés 272
2.9.1 La costa de los mosquitos 284
2.10 Una isla del Caribe 289
2.11 Despechados 296
3.ª PARTE. Regreso a Nueva España 312
3.1 Futuro incierto 314
3.1.1 Los navajos 318
3.2 La llegada del héroe 324
3.2.1 El asunto de Chapultepec 331
3.3 La guerra continúa 336
3.4 Los últimos días 347
3.4.1 Frágil herencia 354
3.5 El legado 358
Epílogo 365
Cronología 369

Apéndice: Las naciones indias 384
Anexo 417
Bibliografía 432
Sobre los autores 439
Notas 441